

La marca del Zorro

Hazañas del comandante Francisco Rivera Quintero
contadas a Sergio Ramírez.

Sergio Ramírez

© Sergio Ramírez
Mayo 2016

Cuidado de la edición: Óscar de Pablo, Alicia Rodríguez y
Ezra Alcázar.
Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.

Prólogo

METIDO EN LA PIEL DE *EL ZORRO*

Este libro parte de las diecisiete horas de conversación, registradas en video para la historia, que sostuve a lo largo de varias jornadas del mes de septiembre de 1988 con el comandante Francisco Rivera Quintero, *El Zorro* de la película que fue la guerra de liberación de Nicaragua, combatiente clandestino desde la adolescencia, guerrillero de la montaña, caudillo militar por naturaleza, jefe de tres insurrecciones populares al frente del pueblo en las barricadas hasta conseguir la derrota de la Guardia Nacional el 16 de julio de 1979, en Estelí, cuando aún no había cumplido los veinticinco años de edad.

Concluida la grabación, revisamos en nuevas sesiones de trabajo las transcripciones, cada uno de los dos su copia en la mano, surgieron recuerdos más precisos e incorporamos ampliaciones, y luego, con el auxilio de Roberto Cajina, investigador de la Dirección Política del Ejército Popular Sandinista, establecimos las congruencias históricas, cotejando fechas, lugares geográficos, nombres, pero sin despojar al texto básico, así compuesto, del halo fundamental que envuelve los acontecimientos del relato, la memoria misma del protagonista, siempre en vela.

La veracidad de los hechos permanece intocada a lo largo de la narración, porque se trata de un testimonio vivo,

sin mácula de adornos o acomodados, los recuerdos del protagonista fluyendo incansables para registrar nombres, fechas, batallas, acontecimientos, certidumbres, y vicisitudes, soledad y derrotas, dudas y nostalgias, desánimos y enterezas, y el triunfo por fin, al término del largo camino emprendido, todo como un gran círculo trazado con pólvora que despunta en los días duros de una infancia proletaria vivida en un barrio marginado de Estelí, el lugar donde *El Zorro* nació en 1954, se cierra en 1979, también en Estelí, el lugar al que regresó tres veces en son de insurrección, hasta sellar la victoria.

Más de cuatrocientos nombres de viejos militantes sandinistas, guerrilleros de los primeros tiempos, colaboradores urbanos y rurales, baquianos de la montaña, correos, jefes y soldados de la insurrección, vivos y muertos, recordó *El Zorro* sin olvidar sus seudónimos, y sin olvidar tampoco las fechas y los parajes donde se libraron escaramuzas, emboscadas, combates, los sitios donde cayeron tantos compañeros, toda una geografía puntual en su cabeza y todo un santoral de héroes y mártires que anda siempre consigo en su memoria, preservándolos celosamente del olvido con amor de sobreviviente, reviviéndolos en su plática y en su prédica para que no los devore el pasado.

Como podrá verse a lo largo de estas páginas, se trata de un personaje excepcional que cuenta una historia excepcional, como excepcional ha sido el esfuerzo de exponer sus hazañas a la luz, porque mi mayor dificultad consistió en derrotar su modestia, sacarlo del anonimato en que siempre quiere refugiarse, vencer su humildad, obligarlo a usar el yo y abandonar el nosotros en el que trataba de perderse, acosado por mi insistencia de interrogador, hasta conseguir

diferenciar lo que él hizo y lo que hicieron los demás, difícil porque su humildad y su modestia son verdaderas, no el resultado de una pose o de un cálculo escénico. Pero perdió esa batalla *El Zorro*, y aquí está de cuerpo entero.

La mano del escritor ha intervenido solamente para ordenar sus recuerdos en una estructura narrativa capaz de mostrar la progresión del círculo que su vida traza con pólvora, para que arda a los ojos del lector, metiéndome en la piel de *El Zorro* y en su propio lenguaje para exaltarlo en todos sus fulgores.

Conocí a *El Zorro* en febrero de 1979 en Panamá, en la base militar de Farallón, cuando la tendencia Tercerista del FSLN celebraba una reunión decisiva de sus principales cuadros, “el congresito”, en preparación del inicio de la fase final de la guerra. Aquel muchacho callado y apartado, rubio y de ojos claros, cenceño y manso, imagen típica de los campesinos de Las Segovias, había dirigido en septiembre del año anterior la primera insurrección de Estelí, a la cabeza de una treintena de guerrilleros, y tras sumar a centenares de jóvenes y gente de toda clase de edades en las barricadas, pudo retirarse a los alrededores de la ciudad, rompiendo el cerco de las tropas de la Guardia Nacional. Ahora era el jefe de tres columnas en el Frente Norte, nutridas con los nuevos combatientes conquistados en las calles.

Desde entonces era una leyenda y desde entonces rechazaba hablar de sí mismo, como hombre de pocas palabras que siempre ha sido. Conversamos brevemente esa vez sobre sus hazañas, porque además, entre tantas urgencias y reclamos, nadie pensaba en ponerse a escribir la historia de la lucha, era la lucha misma la que estaba escribiendo la historia,

y a *El Zorro* le faltaban aún muchas hazañas que cumplir; y si con alguien lo vi de lejos, confesándose largamente, fue con el padre Miguel D'Escoto, a quien esa humildad suya deslumbró por completo — un santo —, me diría Miguel, rotundo en sus calificativos, pues de verdad, la lucha por la liberación de Nicaragua se libraba entre santos y demonios.

De vuelta en sus campamentos, *El Zorro* entraría de nuevo a Estelí en el mes de abril, encabezando una segunda insurrección que nadie se esperaba, y otra vez lograría romper el cerco enemigo, más feroz y más nutrido ahora, abriendo brecha con sus columnas de chavalos, mucho más numerosas que la primera vez, en una brillante operación militar que a otros les hubiera valido un libro entero y que él despachó en la grabación con desgano, con parquedad y casi de soslayo, la misma voz pausada, de acentos campesinos, que había atravesado el aire en una transmisión de Radio Sandino, nuestra emisora clandestina, para hacer saber al pueblo que no había muerto, tal como la dictadura proclamaba en sus comunicados. *El Zorro* de las leyendas había burlado el cerco, estaba vivo, se preparaba para nuevas batallas.

En junio regresaría a Estelí, ya los miles de combatientes que la magia de la insurrección popular había multiplicado en los montes, avanzando detrás de sus huellas de caudillo juvenil, miles de jóvenes como él, decididos a la victoria, emboscando al ejército de la dictadura en los caminos, asaltando las guarniciones de todos los poblados del norte, marchando sobre Matagalpa y Estelí, combatiendo calle por calle, casa por casa, en medio del cañoneo de los tanques y los bombardeos aéreos, hasta conseguir al fin la conquista de los últimos reductos enemigos. Al fin la derrota de la Guardia Nacional que por tantos años pareció imposi-

ble, al fin la bandera rojinegra flameando triunfante sobre las ruinas de los cuarteles.

Pero ese no era todo *El Zorro*. *El Zorro* entero venía de más lejos, desde los albores mismos de la existencia del Frente Sandinista, cuando en los años de su infancia ayudaba en pequeñas tareas a su hermano Filemón Rivera, uno de los primeros soldados en alistarse en las filas de la lucha clandestina, venía de su terca decisión por ingresar también, siendo aún adolescente, a esas filas de héroes, mártires y santos de catacumba, continuamente diezmadas y continuamente engrosadas, cuando aún la victoria no se vislumbraba, y morir era la prueba suprema del compromiso por una causa que iba encendiéndose en la conciencia del pueblo, gracias, precisamente, a la terca virtud del ejemplo.

No eran muchos los combatientes, *El Zorro* lo comprueba en 1973 cuando entra a los territorios míticos de la montaña, donde otra vez, después de repetidos fracasos, el Frente Sandinista trataba de enclavar un bastión guerrillero. Son cinco años de dura iniciación, de combates, de feroz represión, de derrotas, los campesinos asesinados, presos, torturados, las comarcas asoladas, las tropas contrainsurgentes cercando a las escuadras guerrilleras, los mejores hombres cayendo uno a uno, su hermano Filemón y Carlos Fonseca entre los muertos. *El Zorro* acosado en el monte, sobreviviendo solo, una y otra vez solo, perseguido y solo, ya el Frente Sandinista dividido, hasta que la lucha retoma un nuevo impulso bajo una nueva concepción estratégica, se abre una nueva perspectiva, y en octubre de 1977 se inicia la etapa insurreccional. Se establece el Frente Norte en Nueva Segovia y *El Zorro* resurge en el combate, resurge en las tres insurrecciones de Estelí, una etapa que pasa por la reunificación de

las tres tendencias del Frente Sandinista y que no culminaría sino con el triunfo del 19 de julio de 1979.

Pasaron nueve años desde aquella fecha para que este libro fuera posible. *El Zorro* de las leyendas, respetado por todos, querido por todos, el ejemplo vivo que siguió escondiéndose de los reflectores, recibió después del triunfo el título de comandante guerrillero, ingresó al Ejército Popular Sandinista y ahora tiene el grado de coronel, el mismo que los hombres de su Estado Mayor le habían conferido en Estelí en 1979, improvisando los escalafones. A *El Zorro* lo bautizaron también sus hombres, por *El Zorro* de las películas, como él mismo lo cuenta, y entre muchos seudónimos que tuvo, él mismo eligió en 1977 el de *Rubén*, por Rubén Darío.

El Zorro huidizo que al fin aceptó sentarse conmigo, frente a las cámaras y los reflectores, para librar una de las batallas más difíciles de su vida. La perdió, para que la ganara la historia, y yo, como escritor, gané el inmenso privilegio de escribir el libro mejor pagado de mi vida. Con otro privilegio adicional, que no escondo al orgullo: en noviembre de 1988, mientras progresa *La marca del Zorro* en la computadora, la Dirección Nacional del FSLN nos otorgó a los dos, junto con otros militantes, la Orden Carlos Fonseca.

El Zorro, *Rubén*, *Chico* Rivera, aprendiz de carpintero, peón agrícola en las plantaciones de tabaco, oficial de zapatería, de su barrio proletario pasó a la montaña, se hizo hombre en la montaña y las calles de su infancia miserable lo vieron dirigir la guerra en las barricadas, nadie lo impuso como jefe porque en las guerras populares el pueblo mismo alumbró a sus jefes. —Siempre preferí estar solo, rodeado de pocos hombres, los necesarios para comunicarme con los mandos de mis fuerzas— me cuenta *El Zorro*.

Y Álvaro Baltodano, que comandaba una columna en la insurrección de Matagalpa, me cuenta que en julio de 1979, mientras resonaban en las calles los combates por la liberación de Estelí, llegó a buscar a *El Zorro* para establecer no recuerdo qué coordinaciones militares, no lo halló en el Cuartel General, y mientras preguntaba por él vio acercarse una multitud, combatientes de camuflaje, camisas de todos los colores, gorras y sombreros; kepis, pañuelos rojinegros al cuello, un bosque de fusiles, armas de cacería, escopetas, y mujeres, ancianos, niños, en la procesión, *El Zorro* a la cabeza, la procesión lo seguía a donde él se moviera.

Éste es el círculo. A medida que el trazo avanza, la propia historia del Frente Sandinista va revelándose en cada una de sus etapas, unos pocos primero que serían millares al final, la forja y la maduración, la soledad del combate antes, el empuje definitivo después, el niño que se asoma a los acontecimientos conducido por el ejemplo de su hermano, el adolescente que despierta al compromiso, el muchacho que parte a la montaña, el guerrillero que sale perseguido de la montaña, el combatiente curtido que toma su puesto en la ofensiva, la ansiada alternativa de victoria, el caudillo de veinticuatro años que regresa clandestino a Estelí a organizar la primera insurrección, sin un centavo en la bolsa porque sólo le habían entregado el valor del pasaje en autobús, sin otro apoyo que el de sus familiares, amigos de la infancia, viejos conocidos, el jefe militar que rompe el primer cerco a la cabeza de centenares de combatientes populares, el estratega natural que entra de nuevo a la ciudad y vuelve a salir, ahora con el doble de hombres, el comandante guerri-

llero que retorna por última vez y ya para siempre al frente de miles, derrota a la Guardia Nacional, conquista Estelí.

De la soledad a las multitudes, del combate solitario a la insurrección victoriosa, el círculo que se cierra, el trazo de pólvora que regresa al punto de partida.

Sergio Ramírez

Managua, 4 de junio de 1989,
en el X Aniversario de la Revolución.

1

UN RÍO DE AGUAS BERMEJAS

Me llamo José Francisco Rivera, y soy hijo de un carpintero y de una lavandera.

En la insurrección mi seudónimo más conocido fue el de *Rubén*, aunque me decían también *Chico*, por mi propio nombre, pero más que nada *El Zorro*. Desde que ingresé a la vida clandestina empecé a vivir bajo diferentes seudónimos, y llegué a tener un largo rosario de nombres, pensados unos al ponérmelos, y otros escogidos al vuelo. Así fue que a lo largo de todos esos años me llamé primero *Elías*, cuando entré a las filas del FSLN, *Octavio González*, cuando estuve en Cuba, y después *Pánfilo*, *Enrique*, *Miguel Ángel*, *Fabián*.

Rubén, por el poeta Rubén Darío, como voy a explicar por allí adelante. *El Zorro*, porque antes de la insurrección de septiembre de 1978 en Estelí, cuando estábamos reunidos haciendo los planes del levantamiento en una casa a la que conocíamos como El Cuartelito, un compañero llamado José Santos Quintero, boxeador aficionado, al que apodaban *Nube Negra*, me vio que ese día andaba vestido de negro y de sombrero, y comenzó a llamarme así.

Los demás, que oyeron que así me nombraban, quedaron llamándome también *El Zorro* cuando escribían sus partes de guerra y sus informes.

Muchos pensarán que me bautizaron como *El Zorro* por mi sagacidad, o por tener mañas para sorprender al enemigo y eludirlo en el combate, pero la verdad es que fue por *El Zorro* de las películas, que también luchaba contra los malvados, y nadie sabía quién era, a qué horas aparecía ni dónde se ocultaba.

Fui alumbrado en la ciudad de Estelí, en un barrio de pobres de la parte oeste que se llama El Zapote, un día 4 de octubre de 1954, que según la tradición católica es el día de San Francisco de Asís, cuando casi siempre cae un gran aguacero con truenos y relámpagos, lo que la gente llama el cordonazo de San Francisco. Seguramente mi madre me puso así porque lo traía el santoral del Almanaque Bristol donde también vienen marcados los días de guardar y los movimientos de la luna, y es la costumbre campesina que a uno lo bautizan con el nombre del santo que le toca. Por eso es que en el campo hay cantidad de Timoteos, Sinforosos, Telésforos y tantos otros nombres extraños. Es cuestión de suerte.

En la ronda del barrio hay una quebrada donde bulle un río de aguas bermejas que después de serpentear por muchos parajes va a desembocar al río Coco en territorio de Nueva Segovia; y de este río, que se llama Estelí, toma su nombre la ciudad. Según el doctor Alejandro Dávila Bolaños, que sabía mucho de cosas antiguas, Estelí quiere decir en lengua de los indios, río de sangre, río de aguas rojas, coloradas...

Como no recuerdo que hubiera por allí zapotales, me imagino que el nombre de barrio de El Zapote tendrá que ver más bien con los sapos que cantaban en lo hondo de la quebrada toda la noche.

Mi madre, Virginia Quintero Alaniz, era de Mancoital, un valle en el departamento de Jinotega, y venía de una

familia indígena. Digo indígena por las características que ella tenía, de pelo negro y abundante hasta la cintura, morena y bajita, de facciones finas como una miniatura. Nunca conocí a su familia, no puedo decir quiénes eran, si eran de Mancotal o habían llegado de algún lado, pero la mayoría de los habitantes de aquellas comarcas son así, bajitos de estatura, morenos, crespos, murruquitos, gente muy humilde, muy sencilla, muy cariñosa, muy amable y trabajadora, campesinos que siembran algo de maíz, un puñito de frijol, tal vez dueños de algún ganado. Y desconozco las raíces de mi madre porque ésa es la desgracia de los pobres; nacen, les da la edad adulta, mueren, y a veces no saben ni cómo se llaman, de dónde vienen, ni para dónde van.

No sé si estaré en lo cierto, pero me parece que cuando empezaron a construir la represa de Mancotal, le quitaron a los familiares de mi mamá la tierra que tenían, para inundarla, y los relegaron más lejos.

Fue hasta el año de 1966, cuando ella se agravó de tanto lavar y planchar, y pidió que la lleváramos a Matagalpa donde su hermana, porque quería morir allí, entonces fue que conocí a mi abuela. Mi papá hizo un viaje a Mancotal a buscar a mi abuela para traerla Matagalpa, y la vi por primera vez. Mi abuela sí era blanca, de ojos zarcos, y si mi mamá habrá salido morena, sería acaso por la parte de mi abuelo, no sé.

Muy educada, muy humilde, muy sencilla, muy religiosa, mi mamá creía en Dios y en los santos, en el diablo y en todas esas cosas de purgatorio y castigos eternos, y los domingos y días de fiesta iba sin falta a la iglesia a oír misa. Religiosa en el más puro sentido de la palabra, no como

otros que rezan en el templo, se persignan, se golpean el pecho a la hora de la elevación y otro montón de chochadas, y al regreso a su casa se olvidan y joden al prójimo a su gusto. A sus hijos nos mandaba a la iglesia, cuando no nos llevaba ella, a misa o a aprender el catecismo, pero sin presionarnos. Mis hermanas mujeres eran las que entraban a la iglesia, y yo me quedaba en el atrio o en el parque, jugando. La verdad es que la misa, los sermones y las prédicas, me aburrían.

No era bocatera, nunca discutía con la gente, ni siquiera con mi papá, que a veces buscaba cómo ultrajarla cuando llegaba bebido. Le repugnaban las pendencias y nos castigaba a nosotros cuando nos peleábamos con alguien, o nos expresábamos mal de palabra. No sabía leer ni escribir, nunca supo, y su oficio de toda la vida hasta que murió, fue lavar y planchar ropa ajena de la gente pudiente de Estelí, manteles de la Cafetería Estelí, sábanas de algunas pensiones y hoteles, porque desde que se abrió la carretera panamericana había hoteles en Estelí. A las siete de la mañana estaba metida en el río, lavando entre las piedras, con el agua hasta la cintura, y allí se pasaba restregando las piezas de ropa en las lajas hasta las cinco, seis de la tarde.

A mí me llevaba al río, yo era el cumiche y el más pegado a ella. Me ponía un camisón de niña, y dentro del agua los dos me entregaba las piezas pequeñas, blúmeres y brasieres, para que los lavara. Por eso es que los compañeros siempre me hacían chiles, que yo desde chiquito había aprendido a tocar esas piezas íntimas de mujer.

Volvíamos a la casa ya cayendo la oscurana, y después que hacía la comida, se dedicaba a planchar, dándole la una, las dos de la madrugada en ese quehacer. Calentaba

las planchas de hierro en el fogón hasta que los carbones quedaban rojos dentro de la plancha, pringaba la ropa, la almidonaba, volteaba las piezas al revés y al derecho, repasándolas con la plancha, y ya listas las iba poniendo aparte, con cuidado de que no se ensuciaran. Yo me tendía en una banca, al lado de la mesa donde ella estaba planchando, que era la misma mesa en que comíamos y, mientras la veía trabajar, me iba quedando dormido; y cuando terminaba, se acercaba a despertarme para que nos fuéramos a acostar, en la misma cama, porque no se despegaba nunca de mí. Lavar y planchar. Ése era, como dicen los campesinos, su tren de todos los días, sin descanso, sin diversiones ni placeres.

Y si algún gozo tenía, era el ver que sus hijos anduviéramos limpios, que camináramos bien zurciditos, que hiciéramos las tareas de la escuela, que no perdiéramos clase por vagancia, que no nos metiéramos en malas juntas, que no deambuláramos con muchachos que iban por el camino del vicio.

Mi papá, que vive siempre en Estelí, se llama Marcos Rivera, fuerte todavía hoy a pesar de sus años, rosado de piel y de ojos claros, como mucha de la gente del norte, muy parecido a mí en lo físico. Su primer oficio fue mozo de carretas, trabajando con las carretas de bueyes de un hombre llamado Octavio Mendoza.

Y por eso de ser carretero es que pudo conocer a mi mamá, cuando una vez le tocó hacer un viaje a Matagalpa para transportar a Juan Quintero, un cantinero que se trasladaba a Estelí con todos sus bártulos, en busca de mejor fortuna. Con él venía su esposa, doña Ángela Godoy, y traía también a su hermana menor, la que iba a ser mi madre, por-

que aunque muy jovencita todavía, ella le ayudaba en su negocio de cantina, como cocinera. El trayecto duraba varios días, pues había que desenyugar los bueyes para aguarlos, y los pasajeros aprovechaban las estaciones para sestar a la sombra de los árboles, en la vega de los ríos. En esas paradas empezó mi papá con sus requiebros, ella le correspondió, y así se enamoraron.

Mi tío Juan abrió su humilde cantina en Estelí, donde también se jugaban dados, y al poco tiempo se volvió un lugar muy concurrido, principalmente por los guardias rasos acantonados en el comando departamental. Mi papá le hacía todos los días la visita de novio en la cocina, mientras ella se afanaba en sus quehaceres, hasta que ya palabreados y protegidos por el favor de doña Ángela, se juntaron y se fueron a vivir aparte.

El siguiente oficio que aprendió mi papá fue el de labrador, esa gente que desbroza a golpe de hacha los troncos de madera que se ocupan para fabricar las estructuras de las casas, vigas, horcones, soleras. Y de allí pasó a fajarse en la agricultura, como peón, y en la carpintería, entrando de aprendiz en el taller del maestro don Chico Picado, jefe de una familia de carpinteros; de don Chico para abajo colaboradores todos más tarde del Frente Sandinista. En su casa, donde también funcionaba la carpintería, y que en 1962 empezó a ser casa de seguridad del Frente Sandinista, mi hermano Filemón guardaba escondido un mimeógrafo, en el que imprimía, allí mismo, hojas volantes de propaganda para la lucha armada.

Carpintería de construcción, no tanto la ebanistería, aunque también le entró mi papá al asunto de muebles. Y

aprendió a fabricar trompos, porque don Chico tenía un torno donde se hacían los trompos bailarines más famosos de Estelí. A ese mismo taller ingresé yo como aprendiz, llegado el tiempo.

Nosotros fuimos cuatro hermanos. Filemón, el primero, diez años mayor que yo; de seguro ese nombre lo habrá estado esperando también en el almanaque. Yo fui el último, como ya dije, y por eso el más pegado a mi mamá. Entre Filemón y yo hubo dos mujeres: Rosario, fallecida en enero de 1988, y María Félix, que vive en Estelí, en el mismo barrio donde nacimos, y que ahora se llama barrio Filemón Rivera, casada con Luis Salgado Bucardo, de los Salgado Bucardo de Estelí. No es que mi mamá le haya puesto María Félix por la artista de cine mexicano, porque ella nunca conoció la puerta de un cine; la hermana suya que vivía en Matagalpa, a la que buscó a la hora de morir, se llamaba así, María Félix.

Desgraciadamente, mi papá bebía mucho desde joven, y ese asunto del guaro lo perjudicó, porque en cosas de familia era desobligado con todos nosotros, y con sus demás hijos. Porque como era propenso a las mujeres y a las alegrías, desde antes de juntarse con mi mamá, ya tenía otros hijos.

Toda la familia de mi papá era de Estelí. Mi abuela, Estebana Rivera Obregón, de origen campesino, murió a la edad de noventa años. Por parte de su madre, fue el hijo varón único, hijo natural, como dicen, y por ese lado tuvo una hermana, mi tía Concepción Rivera, muy querida para mí. Mi abuelo se llamaba Luciano Benavides, y de él sólo vi alguna vez una fotografía vieja donde luce uno de esos bigotes grandes, de guías entorchadas, muy parecido a Rubén Darío. Era peón agrícola, y después se fue a trabajar de minero

a Siuna, para el tiempo en que empezó la explotación del oro en el Atlántico, y cuando los campesinos emigraban en multitudes a los minerales de los yankis, creyendo agarrar algo de aquella riqueza, aunque lo único que agarraban era la silicosis. Murió ya muy anciano en Condega, por allí del año 1973, y dejó desperdigados muchos hijos, unos en Estelí, y otros en Matagalpa; Alicia Flores Benavides se llamaba una de esas tías mías de Matagalpa.

Si mi mamá nunca fue al cine, y no conoció nunca a las artistas, mi papá era todo lo contrario. Vivía metido en el Cine Montenegro, uno de los dos que existían en Estelí, y hasta de balde entraba ya, porque se había hecho íntimo amigo del dueño, un viejito llamado don Hilario Montenegro. El otro cine, más elegante, donde iba la gente acomodada, era el Cine Estelí, mientras al Cine Montenegro, “el de los grandes cañonazos”, asistía la pobretería a ver las películas mexicanas. Recuerdo que cuando iba a empezar la función, y don Hilario calculaba que ya no iba a vender más boletos, se salía a la puerta y nos llamaba a los chavalos que estábamos afuera, en espera de su señal, para que entráramos sin pagar, amonestándonos antes para que no hiciéramos ninguna bulla ni escándalo.

En el cine, divirtiéndose con las películas, cuando no andaba en los burdeles, en las cantinas, en los billares, engavillado con otros amigos parranderos, rifándose en pendencias y en pleitos constantes con la guardia. Porque fue opositor a la dictadura toda su vida, en el Partido Liberal Independiente me parece que anduvo metido en los primeros tiempos. Insultaba a los guardias ya borracho, gritaba mueras a Somoza, vivas a Sandino, y acababa casi siempre

en la bartolina, culateado, ya sea porque lo llegaban a buscar a la casa con gran despliegue de soldados, para llevárselo preso, o porque lo capturaban en las cantinas o en la calle.

A mí me tocaba siempre irlo a traer a esos lugares, si es que la guardia no lo había levantado ya, él pegando gritos de desafío, y yo tratando de llevármelo. Y ya puestos en la calle, después de muchos trabajos para que aceptara venirse conmigo, se iba deteniendo frente a las casas de los somocistas reconocidos, y de los orejas, y de pura malicia, haciéndose el que no sabía, me preguntaba: —Mirá, Chico, ¿quién vive aquí? Yo buscaba cómo despistarlo, dándole un nombre falso, y él reaccionaba, arrecho: —No seas cochón, jodido, el que vive aquí es un esbirro. ¡Muera Somoza, hijueputa!

Ya dije que antes de juntarse con mi mamá, por lo disipado que era, vivía con otras mujeres, entre las que recuerdo a Juliana Espinoza, que le tuvo dos hijas, María Irene y Dominga Espinoza Rivera. Y ya en tiempos de mi mamá, mantenía siempre a otras en el pueblo, sin ocultarlas; pero su querencia más fija era Fidelina Pérez, una señora mayor que mi mamá en edad, que hacía pan, destazaba cerdos y vendía en el barrio chicharrones y nacatamales. Porque vivía en el mismo barrio, a una cuadra de mi casa. Con ella tuvo cuatro hijas, todas mujeres también: Olga, Isabel, Alicia y Oneyla, valientes colaboradoras mías en la insurrección, igual que las otras que ya mencioné, María Irene y Dominga.

Después del triunfo de la revolución terminó, ya viejo, casándose con doña Fidelina, como que al fin allí sentó cabeza. Y para decir verdad, aquella casa fue siempre su base principal de operaciones, porque si es cierto que a la de nosotros no dejaba de llegar, eran como visitas las que nos hacía. Mi

mamá, muy humilde, le alistaba sus mudadas, le preparaba con esmero su comida, pero él nunca se quedaba a dormir, aunque manejaba sus pertenencias en el aposento, su ropa, su valija y, en un galeroncito pegado a la casa, mantenía un taller de carpintería. Y otro, bajo el techo de doña Fidelina.

Mi mamá agachaba la cabeza ante esa situación. Nunca tuvieron ni un sí ni un no por ese asunto de mujeres, y no le reprochó jamás su vida libertina. Aunque sí sostengo, y soy testigo, de que la vida marital entre ellos se había terminado; y si ella lo recibía y lo atendía era por mansedumbre, y algo de cariño viejo, a pesar de que él no ayudaba en nada a mantener la casa, ni le metía nunca el hombro en el gasto de la ropa y los zapatos de nosotros, ni daba para los libros y los cuadernos de la escuela.

Cuando mi mamá y yo veníamos del río, cargando los moteles de ropa lavada, doña Fidelina se salía a la puerta de su casa, apenas la divisaba, para insultarla con multitud de improperios, buscando camorra. Pero ella nunca le respondía palabra, nunca alzaba ni siquiera la cabeza para desafiarla; y si yo, arrecho al oír aquellas ofensas, contestaba algo para defenderla, me castigaba. Tampoco me prohibía que fuera a aquella casa a jugar con mis hermanas, y la verdad es que doña Fidelina me recibía con cariño; era a mi mamá a la que no podía ver ni en pintura.

Murió en Matagalpa, el 16 de mayo de 1967, cuando yo tenía trece años y Filemón estaba ya en la clandestinidad. Se fue acabando, gastado su organismo por tantos años de lavar y planchar, el mismo esfuerzo día tras día, pasando del agua fría del río al fogón donde calentaba las planchas de carbón, tantas noches doblada sobre la mesa,

planchando hasta la madrugada para levantarse otra vez, casi sin dormir, a meterse otra vez en el agua. Le comenzó un dolor agudo en el brazo izquierdo, algo así como reumatismo; cogió cama larga después, y se nos fue poniendo peor, hasta que presintiendo que ya no tenía remedio, nos pidió que la fuéramos a dejar a Matagalpa, porque quería morir allá. Así nos dijo.

A pesar de su paciencia y su aguante de años, me imagino que ya no podía sentirse bien en Estelí, en ese barrio de malos recuerdos y sinsabores, mortificada por esa relación personal con mi papá, tan extraña y tan llena de desasosiegos, por los insultos constantes de doña Fidelina, y por las groserías de una tía materna de mi papá, Rosa Rivera, que por allí vive todavía. Le prestaba dinero a mi papá cuando andaba tomando, y mi papá se empeñaba con ella, malgastando en las cantinas ese dinero que después no tenía con qué pagar. Y así, esta tía, que era algo acomodada, nos arrancaba a tarascadas lo que podía, un pedazo de terreno, cualquier cosa de valor.

Y de esa forma tan inclemente fue que nos quedamos sin nada, hasta la casita de cuarterón donde vivíamos, que había sido levantada con el esfuerzo de Filemón, pasó a manos de esta tía usurera, una vez muerta mi mamá. Nunca la quiso bien, ni nos quiso a nosotros.

Cuando mi mamá se trasladó a Matagalpa para morir, ya Filemón clandestino, yo la acompañé en el viaje, y me estuve con ella hasta el día de su entierro. Y ese día, los guardias, orejas y jueces de mesta que esperaban ver aparecer a Filemón para capturarlo, sitiaron la casa, insolentes, y a la hora de la salida del entierro, cuando subimos el ataúd a

la camioneta, ellos quisieron subirse también a la fuerza, y entonces tuvieron que enfrentarse conmigo. Yo me paré firme, a pesar de mis pocos años, gritándoles que nadie más se montaba, sólo yo con mi mamá. Y los doblegué. Se vinieron detrás, vigilantes, pero ya no intentaron subirse a la camioneta, donde yo iba alerta.

Y cuando llegamos a la iglesia de El Laborío, para que le cantaran el responso de difuntos, el cura hijueputa preguntó desde el altar, ya disfrazado con sus atuendos, qué era Virginia Quintero de Filemón Rivera. Mi papá le respondió, con orgullo, que Virginia Quintero era la madre de Filemón Rivera. Y el cura resolvió que no podía rezarle a la madre de un terrorista, así lo dijo, y despidió el ataúd sin el responso. Ni ya muerta la dejaban de acosar las humillaciones y los dolores que sufrió en vida.

Aunque chavalo, yo nunca dejé de ver y de padecer la situación ingrata entre mi papá y mi mamá. Me dolía en lo hondo del alma, y me molestaba; pero, honestamente, no por eso le cogí odio a mi papá, yo lo quería en puta, como lo sigo queriendo, y creo que de alguna manera entendía esa relación entre ellos, aunque me pesara. Me molestaba que se apareciera bebido, que no le ayudara en nada para criarnos a nosotros, que sólo llegara a comer, a vestirse; pero era mi padre, y mi mamá misma nos enseñaba a respetarlo. Y me molestaba que cayera borracho en las calles, me molestaba tener que ir a recogerlo a las aceras y a las cantinas, donde se quedaba dormido, saber que estaba preso por pendencias de guaro, aunque otras veces fuera por política.

Tal vez tendría yo unos diez años, cuando un día se apareció bien tomado, insultando a mi mamá de puro gusto,

y quiso golpearla. Yo cogí entonces una tranca, me puse de por medio y le advertí que si la tocaba, le dejaba ir un soberano trancazo con todas mis fuerzas. Me imagino que habrá tenido algún pleito, alguna discusión en la calle, producto del guaro, y llegaba a desquitarse con ella. Le repetí, blandiendo la tranca, que le iba a dar si le pegaba. Al verme decidido, lo que hizo fue ponerse a reír, dio la vuelta y se volvió a la calle. Y cada vez que hablamos de eso, después de tantos años, le digo: —Mirá papá, si te hubieras atrevido a tocarla, te juro que te quiebro de un solo trancazo.

No es que fuera así siempre, porque otras veces se comportaba fino y respetuoso con ella, a su modo; y cuando le pasaba la borrachera, volvía muy contrito, como disculpándose por lo que había hecho. No sentía odio contra él, pero repito que toda esa situación me molestaba, aunque tratara de entenderla, eso de que los dos se habían puesto de acuerdo para vivir de esa manera, aparte mi mamá, y aparte él con su otra familia, la principal, mientras nosotros quedábamos en su vida como segundones.

¿Por qué necesitaba de mi mamá, si en la otra casa podía tener lo mismo, su ropa limpia, su comida? Eso no puedo saberlo, pero llegaba siempre, y mi mamá dejaba lo que estuviera haciendo para correr a atenderlo. Ya dije, era una llamita de cariño que por allí se mantenía ardiendo, sin apagarse.

Y aunque no sostenía la casa, él era la ley cuando llegaba. Mi mamá le respetaba su autoridad, y ante cualquier cosa muy mala que hiciéramos, cualquier rebeldía de nosotros que ella no pudiera controlar, lo esperaba para ponerle las quejas y él era quien nos castigaba. Nos arrodillaba y nos daba dos cuerazos con la faja de cuero crudo que usaba; y

prohibido llorar, prohibido pujar, porque si no, más duro el cinchonazo. Una vez que yo me le corrí porque iba a fajearme, como no pudo alcanzarme a la carrera, agarró una sogá y desde lejos me lazó del pescuezo; y ya lazado me arrastró, y tiró el cabo de la sondaleza encima de una viga, en el gallerón que usaba como taller de carpintería, como si fuera a ahorcarme. De esa vez me quedó una marca encendida en el pescuezo, que no me desapareció hasta pasado un mes.

Para los tiempos de mi infancia, Estelí era una ciudad sin muchos alardes, dominada por la pobreza de sus barrios proletarios de casitas de adobe y cuarterón, lodosas sus calles en el invierno y polvosas en el verano: El Zapote, Los Placeres, El Tanque, San Pablo, San José, San Antonio, Santo Domingo, El Calvario, Los Ángeles, El Cementerio, barrios combativos que hoy llevan nombres de héroes sandinistas. Fuera de eso, sólo había dos calles de unas pocas cuadras pavimentadas, que corrían de Norte a Sur, la calle Bolívar y la calle de El Calvario. Estas dos calles desembocaban en el parque, y frente al parque se levantaba la Catedral, en eterna construcción, el Comando Departamental de la Guardia Nacional y el Palacio Departamental, que no era ningún palacio ni nada parecido, donde funcionaban los juzgados, la Administración de Rentas, el Registro Civil y la Jefatura Política.

En esa parte céntrica; hacia el parque, se ubicaban las tiendas de abarrotes y telas, algunas de ellas propiedad de los turcos, como la de Basilio Savany Farach, la botica Gámez, el Cine Montenegro y el Cine Estelí, la única agencia del Banco Nacional, las zapaterías y talabarterías, los consultorios médicos, las barberías, restaurantes, pensiones, y dos hoteles, el hotel El Alpino y el hotel El Castillo. Y ade-

más, la casa del obispo y el club social, donde se juntaban en sus diversiones los ricos y aspirantes a ricos, que también vivían en ese mismo sector: los Rodríguez, los Altamirano, los Molina. De esta última familia era el diputado René Molina, representante del poder de Somoza, el que mandaba a la guardia, mandaba a los terratenientes, el que mandaba en todo, y que desgraciadamente se nos escapó de las manos a la hora llegada.

Hacia el lado de la carretera panamericana, donde después se construyó el nuevo Comando Departamental de la Guardia Nacional, comenzaron a aparecer algunos moteles, restaurantes, *drive-ins*, talleres de mecánica y gasolineras, debido al tráfico de vehículos con Honduras, porque Estelí se había convertido en un lugar de paso.

Eran dos mundos distintos para mí, la parte céntrica de los pudientes y mi barrio, en la ronda, junto a la quebrada, a la orilla del río. En el mundo aparte de nosotros, la gente trabajaba en la agricultura, sembrando la tierra de otros, tapizcando maíz, aporreando frijoles, fumigando con bombas de mochila los plantíos de tabaco, deshijando las matas, jalando el tabaco de los tendales a los hornos, cargando los hornos.

El tabaco era ya la actividad económica principal de Estelí: los tabacales de la familia Herrera en la parte oeste, donde mi hermano Filemón y yo trabajamos un tiempo, y al lado norte, los tabacales de los cubanos, llegados después de 1959. Y si no, se trabajaba en el pueblo, como ayudante de albañilería, de mecánica, en la carpintería, en los talleres de talabartería y de zapatería, en las ladrillerías, las curtiembres, las fábricas de puros. Por varios esos oficios pasé yo.

Primero zapatería, junto a Filemón. En un comienzo asistía a la escuela de párvulos, en la mañana y en la tarde,

pero después quitaron el turno de la tarde. Entonces, como al salir de la escuela iba a dejarle el almuerzo a mi hermano al taller donde trabajaba, la zapatería El Zapatón, de don Ramón Altamirano, y quedaba suelto a mi albedrío el resto del día, mi hermano me enamoró para retenerme junto a él con la intención de que no anduviera en los solares y en los montes, correteando en mis vagancias. Así, viendo trabajar a los zapateros, y luego ayudándoles, fui entendiendo el oficio. Más tarde aprendí la talabartería con los familiares de Fausto Heriberto García, un muchacho, compañero de lucha de Filemón, que cayó en la guerrilla de Pancasán. Por su cuenta, mi papá me enseñó la carpintería, y también estuve de aprendiz de mecánica.

Cuando no había trabajo en el pueblo, los muchachos de mi barrio nos íbamos a buscar ocupación en el campo, en lo que fuera, principalmente en el asunto del tabaco. Y si no había trabajo ni en el pueblo ni en el campo, cogíamos para el monte a cazar iguanas, conejos y cusucos, buscando la comida, o pescábamos en el río, jalábamos leña para mi mamá y para las mujeres que planchaban, y para las hornadoras de pan. Y si no, robábamos frutas en las huertas, aguacates, mangos y manzanitas rosas, las vendíamos en el barrio y de allí sacábamos para la entrada al cine, para comprar caramelos, para jugar reales a la taba y al ladrillete.

En 1967, después de enterrar a mi mamá, al volver a Estelí me quedé ya viviendo con mi Tía Concepción Rivera, y a partir de entonces abandoné los estudios de primaria. Había aprobado el quinto grado en la escuela diurna, y empecé el sexto grado en la nocturna, para así trabajar en el día, pero hasta allí no más llegué. Pude haber seguido estudiando de noche, pero muerta mi mamá, quedé más libre, y a esa

edad no comprendí la importancia de estudiar; me faltó esfuerzo, iniciativa, a pesar de que fui siempre buen estudiante, peleando siempre el primer lugar con otro compañerito de familia obrera. Varias veces recibí premios, libros y otras cosas que me daban como estímulo.

Mi tía Concepción Rivera era una señora sola, no tenía esposo, no tenía hijos, y en medio de su pobreza acogió a mis hermanas —que ya estaban viviendo en su casa cuando yo volví de Matagalpa— y a mí, como los hijos que nunca tuvo. Fue, en todos los sentidos, una madre para nosotros, la madre que ya no teníamos.

La conducta de mi papá siguió siendo la misma. Llegaba a visitarnos, pero no dejaba ni un real para los gastos de nosotros, y mi pobre tía araba el cielo y la tierra para procuramos el bocado, y para vestir a mis hermanas, que ya iban haciéndose mujeres, comprarles sus zapatos, alistarlas para la escuela. Se ayudaba con lo poco que yo podía aportarle de mi trabajo, pero ¿cuánto pudo haber sido? Lo que alcanza a ganar un niño de trece años.

Con ella permanecieron mis hermanas hasta que se casaron, y de su casa salí yo a la clandestinidad. Para la insurrección de abril de 1979, la guardia roqueteó la casita, en venganza contra mí y la mataron. Tendría unos setenticinco años de edad la viejita, cuando me la asesinaron.

2

UN HOMBRE SINGULAR

Mi hermano Filemón Rivera fue un hombre singular. Lo recuerdo como todo lo contrario a mi padre: alejado siempre

de jolgorios y diversiones mundanas, de cantinas, billares y burdeles, no probaba licor, ni bailaba, tampoco fumaba. Era un muchacho serio, callado y reservado en su conducta, dedicado con empeño a su trabajo. Muy parecido a mí en lo físico, sólo que más moreno, más bajo de estatura, más delgado, más con las facciones indígenas de mi mamá, aunque tenía los mismos ojos amarillos de gato, que los dos sacamos de mi padre. Si alguien pregunta en Estelí quién fue Filemón Rivera, cualquiera responderá, sin vacilaciones, que un santo. Nadie le conoció mujeres, ni siquiera novias, ni se le vio nunca en pependencias ni desatinos.

Oigo que no se le conocieron mujeres, aunque la verdad es que las hubo en su vida, y dejó varios hijos, dos de ellos resultado de amores que se procuró estando ya clandestino en Estelí: una que se llama Mónica, combatiente de las insurrecciones, integrada a la columna Facundo Picado; el nombre de su madre es Rosa Castillo, colaboradora del Frente Sandinista desde los primeros tiempos. Y un varón llamado Franklin, que tuvo con María del Tránsito Hernández, una dirigente sandinista, muy probada y muy valiente, que murió después del triunfo en Estelí, cuando un policía le pegó un tiro accidentalmente. Franklin vive en mi casa, conmigo. Y hay otro en El Viejo, también de sus tiempos clandestinos, que se llama Daniel. Yo, por lo menos, sé de esos tres.

Quizás era así de correcto en su conducta para no repetir el ejemplo de mi papá; pero yo creo que sobre todo, como una reacción frente al cuadro de pobreza sin esperanza que se vivía en Estelí, porque la miseria lleva a la falta de oficio, que trae a su vez la vagancia, el vicio, la bebedera, los

delitos de sangre, los pleitos constantes entre las mujeres por cualquier minucia, las pendencias de vecinos, las inquinas familiares. En el fondo, ser distinto era como una expresión política muy personal de él, una forma de oponerse a todo lo que no le gustaba, una muestra de rebeldía frente a aquel ambiente, predicando con el ejemplo.

Por su esfuerzo, por su sacrificio, mis hermanas y yo tuvimos la oportunidad de ir a la escuela, porque él era quien sufragaba los gastos, ayudándole siempre a mi mamá. De lo que ganaba semanalmente se dejaba, dos, cinco pesos, y el resto se lo entregaba religiosamente a ella. Y era exigente conmigo para que no abandonara los estudios, para que no me dedicara a las disipaciones. Le repugnaba que anduviera jugando naipes, que apostara a la taba y al ladrillete con los reales que ganaba robando frutas. Porque la verdad es que yo era arrecho para jugar con apuestas de a un real, de a chelín, de a cinco reales.

Tampoco le gustaba encontrarme en la calle bailando trompos, jugando chibolas, o en partidos de janbol, ese béisbol callejero en que se batea a mano con pelota de hule, ni verme enzarzado en las algarabías de un juego que llamábamos “arriba la pelota”, que ahora que lo pienso, algún significado guardaba en lo que iba a ser mi vida. Porque se trata de un grupo de muchachos que corren, y otro grupo debe perseguirlos y capturarlos; al que lo agarran, lo van poniendo preso en determinado lugar, y quien se libra de ser hecho prisionero, debe buscar cómo rescatar a sus demás compañeros. Es una lucha tremenda ese juego. Entonces, si me encontraba en esas ociosidades, me sacaba del molote a fajazos, reclamándome que no fuera vago, que me dedicara

a mis libros, a aprender oficio. Y tampoco me permitía andar fumando, y peor si se daba cuenta que probaba aguardiente.

Entre esos chavalos que jugaban conmigo en la calle, que me acompañaban a robar frutas, a cazar animales, a pescar en los ríos, recuerdo a Jonathán González. Venía de El Sauce, pero se crió en mi barrio. Era un muchacho díscolo, de esos que se vuelven insoportables para la gente adulta, el primero en apuntarse a todo lo que fuera idear jodederas contra los vecinos, pependencias callejeras, aventuras temerarias y desafíos de valor y de fuerza entre nosotros. Cuando entró a las filas clandestinas del Frente Sandinista se fue enderezando, y dejó atrás todas esas inconstancias, hasta volverse un hombre impecable. Cayó en Nandaime, en 1973.

Aparte de las características que ya he mencionado, digo que mi hermano era muy humilde y servicial, muy cariñoso, y en esto también se parecía a mi mamá, amigo de todo el mundo, desprendido. Ocurría que si algún domingo salía con una buena mudada, unos zapatos nuevos, y se encontraba en el parque, o en la calle a alguien al que veía en facha miserable, sin que le pidieran nada, se quitaba la camisa, los zapatos, se los daba al otro, y él se ponía lo que fuera. Volvía a la casa, y mi mamá, extrañada, le preguntaba: — Bueno, ¿y tu camisa, y los zapatos bonitos? — Se los regalé a un compañero — contestaba, sin querer hablar más del asunto.

Como en todos los pueblos, había en Estelí dunditos callejeros, loquitos desamparados de esos, que viven de las limosnas, y que son muy populares, grandes amigos todos ellos de Filemón. Recuerdo a una señora a la que le decían la Paula Loca, que todavía está viva y debe tener como cien años ahora; mi hermano le daba posada en la casa y le ha-

bía compuesto un lugarcito para que durmiera; y al llegar la noche, la Paula Loca se aparecía con su media de guaro, comprada en algún estanco con el producto de las limosnas, se echaba su mielazo, y se acostaba a dormir.

Cuando desapareció clandestino, me heredó esa amistad, y yo le cogí cariño a la viejita. Una vez me zafé la mano, jalando agua; llegó un sobador a engonzármela, y para que resistiera la estirada, la Paula Loca, pendiente de la curación, fue a su morral a buscar la botella y me dio a beber una cuarta de guaro. No era el primer trago que tomaba en mi vida, ya antes me había echado otros en las fiestas del barrio, con los chavalos. Pero esa vez, digamos que fue a manera de medicina.

Filemón fue alumno de la Escuela Nocturna de Estelí, que quedaba a una cuadra del Comando Departamental de la Guardia Nacional, donde ahora es el cuartel de bomberos. Apenas logró llegar al cuarto grado de primaria, porque lo expulsaron, junto con sus inseparables compañeros Adriancito Gutiérrez, Froylán Cruz y Fausto Heriberto García, que cayó en Pancasán, en 1967, como ya dije. Todos ellos anduvieron después juntos en el movimiento sindical, y en la clandestinidad. En la escuela, habían organizado un equipo de beisbol, y Filemón, al que ya para entonces respetaban como jefe, era el *manager* de ese equipo.

Rebelde desde un comienzo, la maestra le pidió que analizara una oración escrita en la pizarra, que decía: —“Nicaragua es una nación libre, soberana e independiente”. Filemón se puso de pie, y le dijo que cómo iba a analizar una mentira, que mejor explicara ella lo que quería decir esa frase falsa. Se armó la discusión, entraron a apoyarlo los otros, los

de su grupo inseparable, y la maestra terminó por ponerse a llorar. Los llevaron a la dirección, y allí volvieron a discutir con el director, que los amenazó con expulsarlos.

Y los expulsaron, porque siguió la discusión, y en una de tantas, Filemón mencionó el nombre de Sandino. Y el hombre ése, el director, sorprendido, le reclamó que cómo se atrevía a mentar un nombre prohibido, el nombre de un bandolero; y Filemón le respondió que el verdadero bandolero era William Walker, un invasor de Nicaragua al que ocultaban en los libros, sólo porque era yanki. Entonces, el director, encolerizado, los mandó para sus casas a todos. Eso fue en el año de 1957.

Un líder natural de los trabajadores desde chavalito, desde el tiempo que fajinaba en los plantíos de tabaco, su primer oficio. Los campesinos y los obreros agrícolas lo buscaban para que fuera a resolverles sus conflictos; y si algún patrón no quería pagar lo justo, cancelar una semana de salario, reconocer las prestaciones, allá iba Filemón Rivera. Se presentaba al juzgado, en el Palacio Departamental, y se metía a discutir con el juez, a reclamar. Y aunque la mayor parte de las veces salía corrido, y amenazado, junto al trabajador, en otras ocasiones el juez no tenía más remedio que citar al patrón. Aquello, ya era un triunfo.

Donde estuviera, ya fuera en el surco, después en la zapatería, en la casa, sábado o domingo, llegaban a buscarlo los quejosos: *File*, le decían, —fíjese que tengo un problema, fíjese que me pasa esto, o lo otro. Y él, siempre se hacía cargo del reclamo, con mucha seriedad a pesar de sus pocos años.

Para el tiempo de la cosecha del tabaco, el patrón acostumbraba brindar una fiesta, donde comparecía frente

a los trabajadores por la única vez en todo el año; y el mandador, que perreaba, puteaba, maltrataba e insultaba por costumbre, allí ponía cara gentil de borrón y cuenta nueva. Se mataban vacas, chanchos, se repartía guaro, cususa, cervezas, y el patrón y el mandador alternaban de grupo en grupo, echándose tragos con los peones muy amistosos.

Entonces sucedía lo que no era común. Mi hermano aprovechaba la ocasión para plantear reclamos laborales, buscaba cómo negociar en serio con el patrón, y de allí se pasaba a las discusiones violentas, hasta que la fiesta se convertía en trifulca, y aparecían los jueces de mesta, a veces los guardias, a poner el orden, a culatazos.

El siguiente trabajo de Filemón, a partir del año 1960, una vez que dejó las plantaciones de tabaco, fue en el taller de la zapatería El Zapatón, propiedad de don Ramón Altamirano, donde entró como alistador. Esa zapatería era una de las más importantes de Estelí, con cinco trabajadores, entre montadores y alistadores, y media docena de pares de zapatos expuestos en una vitrina polvorienta.

Recuerdo que cuando yo llegaba a dejarle la comida a Filemón, más de una vez oí a los zapateros bromear con él: — Mirá, Fili — decía uno — si este hombre ha andado con el rifle a tuto luchando contra la dictadura, si ha sido combatiente viejo, y nos trata bien, ¿a quién puta le vamos a hacer reclamaciones sindicales? Porque don Ramón, un hombre justo y cabal, había andado en 1957 con la guerrilla de Ramón Raudales; hay unas fotos históricas en las que él aparece, entre un grupo de combatientes, de botas y con su rifle.

Adriancito Gutiérrez, Froylán Cruz, Fausto Heriberto García, sus inseparables de la escuela, y los hermanos

Castillo, trabajaban también en ese taller. Tenían su gremio, y de banco a banco analizaban la situación política, hablaban de la represión de la guardia, de la dictadura y de la injusticia, porque no hay mejor lugar de discusión que un taller de zapatería, entre risas, bromas y jodederas. Y don Ramón entre ellos, muy a gusto, participando.

Desde 1957, cuando lo expulsaron de la escuela nocturna, a los trece años de edad, Filemón empezó a meterse en asuntos de la dirigencia sindical, junto con Donoso Picado, Ramberto Zeledón y Oscar Benavides Lanuza. Pero el primer sindicato, el de zapateros, lo organizaron hasta en ese año de 1960. Adriancito Gutiérrez, que sigue siendo dirigente obrero en Estelí, fue designado secretario general: Froylán Cruz, secretario de organización; Fausto Heriberto García, secretario de relaciones juveniles, y Filemón, secretario de actas. Y en ese mismo año nació la Federación de Trabajadores de Estelí, formada por el sindicato de zapateros, el sindicato de la construcción y el sindicato de oficios varios.

No llegó muy largo Filemón en la escuela, pero le gustaba mucho leer, no se despegaba el periódico de la bolsa del pantalón. Y en esa temprana rebeldía suya, en eso de hacer preguntas peligrosas y buscarle las verdaderas explicaciones a la historia que enseñaban en las escuelas somocistas, tuvo que ver el doctor Alejandro Dávila Bolaños, al que ya mencioné antes. Él se había hecho cargo desde entonces del grupo de Filemón, los aleccionaba, les revisaba las tareas, les hablaba de Sandino, de José Martí y de Simón Bolívar.

El doctor Dávila Bolaños se proclamaba marxista-leninista y ateo, sin ningún temor. Era un hombre de facciones indígenas, muy campechano, muy estudioso. Originario de

Masaya, ejercía desde hacía tiempos su profesión de médico en Estelí, donde se había casado.

Parado frente a un pizarrón, en una pieza al lado del taller, parte de la misma casa de don Ramón, daba charlas a los zapateros varias veces a la semana, explicándoles de manera bonita y sencilla la lucha de clases. Les enseñaba cómo la historia de Nicaragua tenía que ver desde el principio de la colonia española con los opresores arriba, dueños de la riqueza, y los oprimidos siempre abajo, aguantando el yugo, como sucedía con la dictadura somocista en los tiempos presentes. Había en Nicaragua dos culturas, les decía: la cultura para mandar, que le enseñaban a los hijos de los ricos, y la cultura para obedecer, que le enseñaban a los hijos de los pobres. El propio don Ramón asistía de manera muy cumplida a esas clases, sentado muy atento entre sus trabajadores.

Maestro siempre de los obreros y los artesanos, el doctor Dávila Bolaños salía a enseñar a los talleres, a los sindicatos, mantenía círculos de estudio y enseñaba también en su propia casa; además, publicaba folletos, escribía artículos que salían en los periódicos de Managua, y en su consultorio curaba a los pobres sin cobrarles ni un centavo. Filemón le debía mucho, le debía su formación y yo llegué a deberle mucho después. En mis tiempos, en su casa celebrábamos las reuniones de las células clandestinas del FSLN, él ayudándonos siempre, siempre orientándonos. El formó a ese primer grupo de dirigentes sindicales, apartándolos de politiqueros tradicionales, y de las corrientes anquilosadas de los viejos partidos de izquierda, de manera que cuando apareció el Frente Sandinista, y ellos escogieron la opción de la lucha armada, ya estaban maduros para dar el paso, y muy claros del camino que debían seguir.

Y fue él quien hizo que Filemón hablara por primera vez en una asamblea de trabajadores, un discurso encendido en el que terminó diciendo que los problemas de Nicaragua solamente iban a resolverse con la espada mágica de Sandino, y por eso había que decidirse a empuñar esa espada.

El doctor Dávila Bolaños había caído preso en muchas ocasiones, y como la guardia somocista lo tenía entre ceja y ceja, apuntado en sus listas como agitador subversivo, lo capturaron y torturaron para la primera insurrección de septiembre de 1978; y durante la insurrección de abril de 1979, aprovecharon para asesinarlo. La noche del jueves 13 de abril, lo sacaron de la sala de operaciones del hospital de Estelí, que ahora lleva su nombre, donde atendía sin descanso a los heridos en los combates, y lo masacraron junto con otro médico, el doctor Eduardo Selva, y la enfermera Cleotilde Moreno. Tres días después, el sábado 15 de abril, los cadáveres, en estado de descomposición, fueron descubiertos en un predio montoso, en los alrededores del hospital, y allí mismo los incineraron.

Filemón era también muy dado a organizar fiestas de beneficio para costear las actividades del sindicato de zapateros, en las que se dedicaba a cambiar los discos, pero no bailaba. En esas fiestas, que se hacían con tocadiscos alquilados, mucho pedían música cubana, que estaba prohibida, especialmente el himno de la Sierra Maestra cantado por Daniel Santos. Si el oficial de la patrulla de guardias que rondaba el baile oía esa música, se metía con los soldados, y ordenaban quitar el disco. Pero cuando se iban, Filemón volvía a ponerlo.

A mi hermano empezó a culparlo la guardia de todos los conflictos que ocurrían en Estelí, y los patronos lo

acusaban constantemente de comunista y de agitador, siendo apresado varias veces por causa de estos señalamientos. Pero lo que no sabían, ni yo tampoco, es que desde 1961 ya se había integrado a las filas del Frente Sandinista, para los primeros tiempos de la organización.

En aquel año llegó Carlos Fonseca Amador a Estelí, en compañía de Germán Gaitán y tomó contacto con mi hermano, con Froylán Cruz y Fausto Heriberto García. Los otros dirigentes de la Federación Sindical, Adriancito Gutiérrez, Donoso Picado, Filemón Moncada, Ricardo Rodríguez, Ramberto Zeledón, Salvador Loza Talavera, Luis Pérez y Oscar Benavides, empezaron desde entonces a cumplir tareas para el Frente Sandinista, de manera compartimentada, sin ellos saberlo. Filemón, nombrado por Carlos Fonseca como responsable del regional norte, les informó de qué se trataba hasta un año después, en 1962, cuando se hizo necesario empezar a escoger a los combatientes destinados al frente guerrillero de Raití, Bocay y Carateras, que iba a abrirse en 1963.

Fue así que a partir de aquella visita de Carlos Fonseca, se iniciaron en Estelí las primeras tareas de apoyo a la lucha armada: formar células clandestinas, seleccionar a otros jóvenes revolucionarios para integrarlos a las células, buscar las primeras casas de seguridad, reclutar colaboradores y organizar sindicatos campesinos en las comarcas vecinas. Después, en representación de Carlos Fonseca, siguió llegando Jorge Alberto Navarro, quien habría de caer en 1963 en Bocay, cuando se abrió ese primer frente guerrillero, que no prosperó.

Más tarde, hasta 1964, el enlace fue José Benito Escobar, un dirigente sindical de los obreros de la construcción de

Managua, que al igual que Jorge Alberto Navarro, había pasado a formar parte del núcleo de dirección del Frente Sandinista. José Benito seleccionó entre los sindicalistas de Estelí a un grupo que fue a Managua por un mes, a recibir un curso de capacitación política. En ese grupo estuvo mi hermano.

Para ese tiempo, había aparecido en Nicaragua un partido nuevo, de izquierda, el Partido Movilización Republicana, al que se integró Oscar Benavides; este partido, que nunca llegó a ser grande, sirvió de manto en Estelí a las actividades de apoyo al naciente Frente Sandinista, que todavía no se llamaba así, sino Frente de Liberación Nacional. Y apareció también la Juventud Patriótica Nicaragüense, una organización muy beligerante, creada al ardor de la revolución cubana, en la que Filemón y los demás participaron. Las primeras pintas y rótulos subversivos en las paredes, datan de ese entonces. Gracias a su amistad franca con todo el mundo, se le facilitó a Filemón reclutar gente para formar sus primeras redes de apoyo. Amigo de los lustradores, de los sorbeteros, de los vendedores de lotería, de los carretoneeros, de los bazuqueros, de las prostitutas, ya no digamos de los obreros y de los artesanos, de los peones del campo, en cualquier parte, con cualquiera, iba creando, con paciencia y amor, bases para la conspiración.

Así fue que consiguió las primeras casas de seguridad en la ciudad. La casa de Socorro Laguna, que tenía negocio de cantina; la casa de Orlando Cuadra (*Cuadrita*); la casa de Ricardo Rodríguez, dueño de una carpintería, la casa de Nani Benavides. Y las redes de colaboradores campesinos, que llegó a desarrollar en las comarcas vecinas, fueron claves para mí, muchos años más tarde, en la insurrección. De todo ese

esfuerzo inicial de mi hermano, de todos esos contactos que dejó en Estelí y en sus alrededores, me serví luego yo.

Filemón cumplía así, con lo que después nos repetiría Carlos Fonseca a los nuevos: "Cuando se tenga la posibilidad de estar cerca de alguien, quienquiera que sea, hay que aprovechar para platicarle, hay que hacerse amigo de la gente", nos decía; "porque con la amistad, podemos hacer compañero al amigo, y después que el amigo se vuelva compañero, lo podemos convertir en un hermano de lucha; y de ese hermano de lucha podemos sacar un cuadro militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional".

Entonces, Filemón y otros militantes de esa época en que el Frente Sandinista no era casi nada, apenas unos cuantos testarudos decididos a todo, hacían el papel de predicadores, como esos evangélicos que andan de lugar en lugar, predicando con la Biblia en la mano. Empezaban por hablar de cualquier carambada, del cielo, de la lluvia, de la luna llena y del sol, ganándose primero cariño y confianza, con el tiento de no menospreciar, de no faltar al respeto, de no lastimar. Y nunca se cansaban de responder a las preguntas, y así irles explicando poco a poco a quienes los oían, lo que eran y por qué estaban jodidos, y lo que después con la revolución, iban a ser.

Se metían hasta con los guardias rasos. Filemón había formado un trío de guitarras que tocaba en las fiestas y ponía serenatas, y recuerdo que un soldado acantonado en el cuartel de Estelí era uno de los guitarristas de ese trío. Ahora no tengo su nombre en la cabeza, pero sí sé que después lo mataron los mismos guardias, porque de seguro sospechaban que por haber sido parte del trío musical, colaboraba con mi

hermano. Se me ha olvidado cómo le pusieron a aquel trío, sólo me acuerdo que habían compuesto una canción que se llamaba *La Bejuquera*.

Y por ese empeño de conseguir adeptos es que también Filemón se acercaba a las prostitutas. Había entonces tres burdeles en Estelí: La Zona, en la parte noroeste del pueblo, Las Peludas, en la parte sur, y otro que se llamaba Las Tapas de Vaca, negocios particulares de los comandantes departamentales, que ponían también impuestos personales a las cantinas y explotaban en su propio beneficio los juegos de azar. Algunas de las mujeres entrampadas en esa vida eran campesinas llegadas de las comarcas vecinas, y otras, familiares de compañeros y de colaboradores, lo que facilitaba allegarse a ellas. Clientes permanentes eran los oficiales de la guardia y los orejas somocistas, y como las mujeres oían todo lo que hablaban entre ellos, muchas colaboraban informando, e incluso aportaban algún dinero para la causa. De Filemón heredé también esos contactos.

Si es cierto que de chavalo uno se acerca en pandilla a los prostíbulos en busca de la novedad de acostarse con mujeres, y alguna vez recogí plata para poder pagarles, ya después llegaba sin más intención que oír la música ranchera de las roconolas, que siempre me ha gustado. Y la verdad es que me repugnaba eso de ver a una mujer desfilas con un hombre tras otro, por necesidad, porque tenían niños que pasaban hambre, tratadas siempre con palabras soeces, vejadas y manoseadas, y encima aparecía el chivo a quitarles la ganancia, y por cualquier cosa las golpeaba. Habían trifulcas violentas, salían a relucir las navajas y los puñales en los pleitos de borrachos, llovían los machetazos, y ellas eran las

víctimas de esas pendencias, porque más de alguna recibía una estocada, o un navajazo en la cara. Nada de eso me parecía justo. De manera que cuando nos tomamos Estelí en la primera insurrección de septiembre de 1978, si algo hice con gusto fue mandar a incendiar esos burdeles.

Y desapareció por fin Filemón para pasar a la clandestinidad, en el año de 1965, y fue asumiendo responsabilidades cada vez más importantes hasta alcanzar la posición de miembro suplente de la Dirección Nacional. Subía a la montaña, bajaba a la ciudad, aparecía en Estelí, salía al extranjero, volvía a entrar al país por veredas. Tres veces se presentó a Matagalpa, a la casa de mi tía, para visitar a mi mamá enferma. Después cayó preso en 1969, y al quedar libre, fue trasladado a la zona rural al norte de León, y estuvo también en El Viejo, en el departamento de Chinandega, donde dejó ese hijo que ya dije.

Nunca le pidió ella, en esas ocasiones en que llegó a verla en secreto, que se saliera de su lucha, que abandonara sus ideales. Claro, tenía miedo de que fueran a matarlo, lloraba en silencio cuando se despedían, y cuando se acordaba de él, también lloraba; pero jamás le dijo que no estaba de acuerdo con lo que andaba haciendo. —Tené cuidado hijo, cuídate mucho, era lo que le recomendaba al despedirse. E igual mi papá, nunca se opuso, jamás dijo nada contrario a las actividades de Filemón. Más bien, cuando se emborrachaba, gritaba en la calle vivas al Frente Sandinista, vivas a los guerrilleros, y por eso, se lo llevaban preso. Siempre vio Marcos Rivera a su hijo con un inmenso respeto.

Para esos días en que mi mamá estaba enferma en Matagalpa, se habían dado varios asaltos y acciones arma-

das del Frente Sandinista, y los periódicos señalaron a Filemón como participante de una de esas acciones. Salieron fotos de los acusados, proporcionadas por la seguridad somocista, entre ellas la de mi hermano; y mi mamá, que guardaba uno de esos periódicos, cuando él llegaba a verla se lo enseñaba, llorando.

En el año de 1967, Filemón estaba ya en el frente guerrillero de Pancasán, junto con Fausto Heriberto García y Froylán Cruz, dos de sus inseparables. Ese mismo año fue que Fausto Heriberto cayó combatiendo con la guardia allí en Pancasán, y Froylán, afectado por problemas de salud, tuvo que ser bajado de la montaña, muriendo posteriormente en Estelí. El núcleo guerrillero de Pancasán tampoco llegó a prosperar en términos militares, pero representó un gran avance para el Frente Sandinista, porque ayudó a definir el camino de la lucha armada como el único posible para la liberación de Nicaragua, contra de las ambiciones electorales de los oligarcas conservadores, representados en ese entonces por Fernando Agüero.

Filemón actuó en Pancasán como instructor militar, enseñando a los combatientes el arme y desarme del fusil Garand y otros equipos de guerra. Polo Rivas me decía que todo lo básico que él aprendió sobre armas, se lo enseñó Filemón.

En 1969, cayó prisionero. Sucedió que Carlos Fonseca lo enviaba desde Costa Rica, como portador de una correspondencia dirigida a Efraín Sánchez Sancho, responsable del frente urbano después de la caída en combate de Julio Buitrago, en la que Carlos daba instrucciones de preparar las condiciones para su ingreso al país, ingreso que haría junto con Humberto Ortega.

Cuando Filemón trataba de atravesar a pie la frontera, con un acompañante tico de nombre Neftalí Artavia, fueron sorprendidos por una patrulla de la guardia. Cogieron a Neftalí en el primer momento, y Filemón logró escaparse a la carrera; en la persecución le dispararon sin lograr pegarle, pero al fin pudieron agarrarlo, porque ya para entonces tenía un daño en los pulmones que minaba su resistencia física.

Año y medio pasó preso en Managua, y mi papá iba a verlo religiosamente a la cárcel cada vez que tocaba visita, acompañado de unas colaboradoras de San Isidro de la Cruz Verde, que se hacían pasar por tías y madrinas de Filemón. Y cuando mi papá regresaba de Managua, apenas se bajaba del bus, bien picado, empezaba a gritar vivas al Frente Sandinista y vivas a los guerrilleros, y vuelta otra vez a la reja.

En marzo de 1971 hubo unos movimientos huelguísticos por los presos políticos, y entonces lo sacaron, y sacaron también a Germán Pomares (*El Danto*), y a Doris Tijerino, que había sido capturada en Managua, en la casa donde cayó Julio Buitrago. Mi papá lo fue a traer, y volvió con él a Estelí. Recuerdo que cuando nos vimos, yo andaba un chelín de cigarrillos Delta en la bolsa de la camisa, y lo primero que hizo fue decirme: —¿Ideay, andás fumando? Eso no es correcto. Me los quitó, y se quedó con ellos. Ya fumaba.

Cerca de dos meses estuvo en Estelí, dedicado a incorporar nueva gente a visitar a viejos colaboradores, incluyendo a un compañero de nombre Juan, que había sido guardia antes de Pancasán, hombre de total confianza a pesar de su pasado. Además del mal de los pulmones, ya para esos días padecía de dificultades en los ojos. No podía ver más que desde aquí a aquella pared, y de lejos no distinguía

a las personas, sólo bultos miraba. Yo salía con él, para llevarlo a sus visitas, y en la calle me preguntaba: Aquellos que vienen allá, ¿quiénes son? Y yo se los identificaba.

Un día de tantos, tuvo una discusión agria con mi tía Rosa, la usurera ésa que siempre nos jodía al revés y al derecho. Sin que nadie le diera vela en el entierro, llegó una tarde a la casa de mi tía Concha, a decirle a Filemón que ella estaba de acuerdo con la revolución, pero no con que él anduviera metido, y mucho menos que me fuera a meter a mí. Furioso, mi hermano le respondió que se fuera a la mierda, que ella no era nada suyo, porque sus verdaderos familiares eran los que estaban en la lucha, y que la lucha no se hacía por interés personal, sino por acabar con los explotadores. Y acabó por correrla de la casa.

En una de las muchas pláticas que tuvimos, me advirtió que pronto se iría de nuevo, porque mientras sus compañeros estaban sufriendo toda clase de penurias en la clandestinidad y en la montaña, él no podía quedarse tranquilo en Estelí. Su deber de militante era regresar a la lucha. Yo estaba claro que en cualquier momento se iba, pero cuando desapareció de la casa, no me avisó, y yo todavía tenía algo muy importante que decirle. Por eso fue que me dediqué a buscarlo desesperadamente, antes de que saliera de Estelí. Y como era yo quien lo había llevado de un lado a otro, sabía dónde podía estar escondido, y al fin lo encontré. Y entonces le dije lo que tenía que decirle, que yo también quería irme clandestino.

—No jodás —me respondió—; ¿y vos creés que éste es asunto de chigüines? Estas son cosas de hombres hechos y derechos.

Yo no había cumplido todavía los diecisiete años. Pero como le seguí insistiendo, al fin reflexionó, viendo ya que yo no iba a ceder en mi idea.

— ¿Ya lo pensaste bien? — me preguntó.

— Tengo años de estarlo pensando — le dije —, yo necesito irme.

— Está bien — aceptó al fin. Yo lo voy a plantear. No van estar de acuerdo, pero lo voy a plantear.

Nos despedimos, era ya el mes de mayo. Y así, débil de los pulmones y medio ciego, desapareció otra vez. Estuvo en León, donde le dieron atención médica, y luego fue que se quedó en la zona rural de occidente, principalmente en El Viejo. Yo me pasé varios meses aguardando sus noticias. Y en abril de 1972, me llegó al fin el aviso. Que me fuera, que me esperaban.

Me dice René Núñez que en noviembre de ese mismo año regresó otra vez a Estelí, pero yo no lo vi más. Fue hasta en el mes de junio de 1973 que volvimos a encontrarnos en La Tronca, cerca de La Dalia, en la zona rural al norte de Matagalpa. Yo acababa de volver de Cuba, después de cumplir mi entrenamiento guerrillero, y fui enviado en mi primera misión a la montaña, a dejarle a Henry Ruiz (*Modesto*), una correspondencia de los compañeros de la Dirección Nacional, que estaban reunidos para esos días en Nandaime. Junto con la correspondencia, le llevaba a *Modesto* un billete de quinientos córdobas, metido en una bolsa de azúcar de cinco libras. Y allí, en el campamento, hallé a Filemón.

Después, cada uno dedicado a su propio trabajo guerrillero, nos encontramos unas tres veces más, cuando había reuniones en las que debíamos participar los dos. *Modesto*

había subido a Iyas, en calidad de jefe de la Brigada Pablo Ubeda, y él se quedó con la escuadra de Víctor Tirado López en Matagalpa, entre Pancasán y Kuskawás. Filemón y Jacinto Hernández, eran los lugartenientes de *El Viejo Tirado López*, uña y carne los tres.

Hasta que un 13 de septiembre de 1975, cayó en combate en Cerro Grande de Kuskawás, defendiendo la retirada de los demás compañeros con una carabina San Cristóbal, de fabricación dominicana. Los guardias le prendieron fuego a su cadáver, en una sola pira junto con otros dos cadáveres, el de una señora a la que sacaron de un rancho para asesinarla y el de una muchachita campesina, a la que habían violado antes de matarla.

Ése fue mi hermano, Filemón Rivera.

3

UN DÍA ME VOY A IR CLANDESTINO CON EL FRENTE

Se me viene un recuerdo de cuando yo tenía nueve años de edad. Subido en una banca, me veo gritando con todos mis pulmones: “¡Viva la clase obrera! ¡Viva el Primero de Mayo!” en un mitin que se celebraba en el patio de la casa de Filemón Moncada, uno de los viejos colaboradores sandinistas de Estelí. — Vos que sos pequeño, ponete atrás entre la gente y gritá las consignas me había dicho mi hermano cuando iba a empezar el mitin. Después se metió la guardia, que estaba apostada desde antes en la calle, hostigando a los que entraban, y aquella celebración del Primero de Mayo de 1963, terminó en trifulca, como otras veces, con presos y culateados.

Desde niño me puse detrás de los pasos de Filemón, ayudándole en lo que podía en sus actividades, llevar razones y papelitos, citar a las reuniones del sindicato de zapateros, organizar las fiestas de beneficio, acompañarlo a los mítines. De manera que la decisión de integrarme a las filas guerrilleras del Frente Sandinista no me nació así, de la noche a la mañana; fue madurando en mí durante todos los años que tuve delante el ejemplo de mi hermano, porque yo estaba consciente de que si él se había rebelado contra algo, era contra la represión y la injusticia, y yo quería seguirlo en ese camino. La represión y la injusticia, que no me las llegaban a contar, yo las vivía, y las padecía.

Y otro recuerdo tengo, de los doce años. En 1966, ya Filemón clandestino, la guardia rodeó una noche toda la manzana de mi casa porque creían que estaba allí, y era cierto que había llegado, pero con ayuda de los vecinos se logró escapar del cerco. Golpearon con las culatas de los rifles la puerta, querían botarla a patadas, y yo al fin les abrí. Entraron como fieras, se metieron al aposento sin respetar a mi mamá, postrada ya para entonces en la cama con su enfermedad, y quisieron desnudar a mis hermanas, que ya estaban acostadas. Entonces yo me abalancé sobre ellos, le agarré a uno la mano, lo empujé fuera del cuarto, y el que los mandaba, dijo: — Bueno, ¿y a este chigüín cabrón qué le pasa? ¿Qué te pasa, cipote hijueputa? Y yo me le encaré, furioso, que a mis hermanas no tenían por qué tocarlas, no tenían por qué meterse al cuarto donde estaba mi mamá enferma.

Desistieron con mis hermanas, pero el jefe de la patrulla empezó a interrogar a mi mamá, de mal modo, amenazándola, sin respetar que estaba enferma. Y yo me sentí

humillado, impotente de no poder defenderla, humillado porque quisieran manosear a mis hermanas, porque invadieran la casa, la manzana tomada con un gran aparato militar, en busca de un solo hombre, como si se tratara de un criminal. Me interrogaron entonces a mí, preguntándome por mi papá. —Yo qué voy a saber —les contesté—, mi papá tiene un montón de mujeres en este pueblo, búsquenlo ustedes. Sólo por presionarme, me siguieron insistiendo en que los llevara donde él, porque de sobra sabían cómo encontrarlo. Y, efectivamente, se aparecieron al rato con mi papá, otra patrulla había ido a buscarlo. Y una vez más, amaneció preso.

Preso toda la vida mi papá, debido a Filemón, debido a sus gritos de borracho opositor a la dictadura, y ya después, cuando me fui clandestino, debido a mí. Lo golpeaban y lo ultrajaban, torturado varias veces, trasladado a Managua para ser interrogado allá, hasta en los sótanos de la Loma de Tiscapa lo tuvieron en una ocasión. Y apenas lo dejaban libre, al día siguiente volvía a emborracharse y ya estaba en las mismas: —¡Orejas hijueputas, denúncienme! ¡Vivan los guerrilleros! ¡Viva el Frente Sandinista! Y eso hacía que los compañeros se preocuparan, no fueran a doblegarlo en una de tantas carceleadas, y a sacarle algo, porque no era un simple simpatizante, sino uno de los colaboradores clave de la organización en Estelí.

Pero jamás habló. En 1978, cuando yo estaba clandestino en Estelí, preparando la primera insurrección, lo capturaron de nuevo. No lo trasladaron a Managua, como en otras ocasiones, y los primeros días lo trataron con decencia. Le acondicionaron un catre en la celda, con su colchón

y almohada, le daban buena comida, no lo molestaban. Y empezaron a trabajarlo, para que me entregara a mí. Le decían que meditara bien, que a Filemón lo había perdido por comunista, que yo era distinto, que yo era apenas un cipote, que mi hermano, junto con los otros comunistas, me habían confundido, metiéndome ideas subversivas en la cabeza. Que recapacitara, que él ya estaba viejo, y que ellos estaban conscientes que como padre, no tenía culpa de mi problema. Que me buscara, que hablara conmigo, y que me convenciera, que les ayudara a salvarme.

Y el viejo, ni por las malas, ni por las buenas, como que no era con él. Entonces, al ver que no podían lograr nada, cambiaron, pasaron a la violencia, lo golpearon, lo amenazaron con mandarlo a barrer las calles. Y él se les enfrentó: —No jodan, respétenme, yo no soy un reo común, yo soy un reo político. —Te vamos a matar —lo sentenciaban. —Mátenme, pues, ya lo hubieran hecho, ¿qué están esperando? —les contestaba. Borracho y todo lo que se quiera, mi papá tenía temple.

Mi cabeza se mantenía llena de preguntas en aquellos años. ¿Por qué uno tenía que vivir siempre pobre, hecho mierda, humillado, doblando el lomo en los plantíos ajenos, y eran otros los que gozaban de ese trabajo? Unos arriba y otros abajo. Y cuando alguna encopetada llegaba al barrio en un buen vehículo, bien vestida, tal vez a buscar sirvientas, los niños protestábamos a nuestra manera contra esas mujeres perfumadas, les tirábamos pelotas de lodo, para ensuciarles la ropa, ensuciarles el vehículo, y las sacábamos en carrera del barrio.

Y ya empezaba a preguntarme también si de verdad Dios existía, y en todo caso, para qué puta existía si no se atre-

vía a cambiar nada el muy pendejo, y dejaba tranquilamente que unos pocos jodieran a los demás. Los curas en el catecismo, y los abuelos, le explicaban a uno que hay pobres y hay ricos porque así es la voluntad de Dios allá en los cielos, que el mundo es como es, y cada cual, desde que nace, trae marcado su destino. Y si unos iban a la misa derrotados de ropa, mal vestidos, descalzos, zurcidos, remendados, y otros bien almidonados, con anillos de brillantes en los dedos, con cadenas de oro en el pescuezo, la religión nada podía hacer.

No importaba que después, a esos mismos patronos que se golpeaban el pecho en la iglesia, barrigones de tan biencomidos, que hasta les costaba arrodillarse, uno se los encontrara en las haciendas esquilmando a los peones, o muy orondos en los caminos, montados en sus camionetas nuevas, echando lodo con las llantas, sin dignarse siquiera a pitar para que uno se apartara.

Todas esas cosas me dejaban dudas, grandes vacíos; y alentado por mi hermano, esos vacíos me los iba llenando la rebeldía. Porque Filemón buscaba cómo explicarme por qué había tanta injusticia, la injusticia que yo veía y tocaba por todas partes, y me decía que en lugar de estarse lamentando, era necesario hacer algo para que el mundo no siguiera siendo como era, que el destino de los pobres podía cambiar si uno quería, y si uno luchaba. Y solamente así, luchando, acabaría el somocismo que sostenía todo aquello, la guardia que culataba y encarcelaba a los humildes para proteger a los gamonales que se golpeaban el pecho en misa, la corrupción, la prostitución, los jueces venales que se ponían siempre de parte de los patronos.

Y de esta manera, mis pláticas con los compañeritos de correrías, con las muchachas en las fiestas del barrio,

con los adultos en los velorios, se iban volviendo políticas. Y las muchachas me preguntaban por qué no tenía novia yo, como los otros, por qué caminaba siempre apartado de ellas. Entonces, yo les decía: — Bueno, el problema es que un día yo me voy a ir clandestino con el Frente Sandinista, me voy a ir a la guerrilla, y la mujer que se case conmigo se va a quedar sola. ¿Para qué voy a crearle problemas a nadie? No quiero dejar abandonada a ninguna de ustedes. A los doce años, ya pensaba yo de esa forma, se lo decía a las chavalas sinceramente, y se lo pregonaba a todo el mundo. Apenas estuviera más grande, me iba.

Pero de todas maneras, el hombre entra en la vida, y a la edad de quince años tuve mi primera relación con una mujer, una compañerita del barrio que se llamaba Margarita, más o menos de mi misma edad. En una de esas fiestas de santos, en que se reza y se baila, tal como se celebra a los santos entre los pobres, nos enamoramos; y en un paseo al río, un domingo, nos apartamos de los demás que se quedaron bañando, y allí fue que ocurrió.

Algunos amigos se mostraban de acuerdo y me apoyaban en mis ideas; otros se asustaban, y tenían miedo de andar conmigo. Y las viejas reaccionarias que me escuchaban divagar así en los velorios y fiestas de santos, porque fruto de la ignorancia también hay reaccionarios entre los pobres, me regañaban, tratándome de vago y ateperetado, diciéndome que tenía la cabeza confundida, que era mi hermano con su mal ejemplo el responsable de mis desatinos, que yo acabaría mal, y cosas como esas.

Cuando mi hermano llegaba en secreto a la casa, antes y después de Pancasán, entre 1966 y 1969, antes de que

cayera preso en la frontera, yo le servía, muy orgulloso, como uno de sus principales correos, para entregar cartas y recados a los militantes y colaboradores, como por ejemplo a Rufo Marín, a su mamá doña Hilda, a Igor Ubeda, a doña Paulina Alonso, a la que llamábamos *Mamá Inés*, una enfermera que no ejercía su profesión, sino que vivía de hacer rosquillas y cosa de horno. Y orgulloso, sobre todo, porque ahora Filemón me encargaba llevarle a don Héctor Mejía, un ancianito que era el armero secreto del Frente Sandinista en Estelí, pistolas viejas calibre 45, revólveres calibre 38, defectuosos y herrumbrados, para que se los reparara.

Por lo serio de estas misiones, Filemón me instruía de no participar en ninguna actividad visible, ni en los movimientos estudiantiles, ni en las manifestaciones que se desarrollaban en el centro del pueblo, para que no me coloreara, ni me quemara. Yo era ya, lo que se llama un colaborar legal, con una responsabilidad delicada.

Pero el chigüín es chigüín, por mucho que sepa que es peligroso lo que anda haciendo. Recuerdo que cuando le llevaba las armas viejas a don Héctor, en el camino me juntaba con varios amiguitos, nos apartábamos buscando un lugar en el monte, abría el envoltorio de papel periódico donde iban las armas, y nos poníamos a admirarlas, a palparlas. Enseñárselas era para mí motivo de vanidad, y con eso me daba gran importancia delante de ellos, aunque me cuidaba de que ninguno supiera para dónde iba yo con aquellas armas, ni de dónde venía; los dejaba en el monte, y me iba solo a cumplir mi misión. Esos chavalos, que admiraban conmigo las armas, se me unieron años después en la insurrección, fueron buenos combatientes, y algunos de ellos cayeron peleando.

Ésa fue mi formación revolucionaria, viendo, oyendo, participando, sacando mis propias conclusiones. Jamás leí en ese entonces una línea de marxismo, ningún manual, ningún libro de esa clase. Oí a veces las charlas del doctor Dávila Bolaños, en la pieza junto al taller de zapatería de don Ramón Altamirano; y después, cuando entré al Frente Sandinista en 1971 y me integré a la primera célula conspirativa junto a otros muchachos, vivíamos metidos en su casa, aprendiendo. Pero como ya dije, sus clases de marxismo no eran sobre teoría, sino cogiendo los ejemplos de la vida real, explicando con palabras llanas el por qué de las diferencias entre pobres y ricos.

Y de Sandino, tampoco había leído nada. Me intrigaba que fuera un nombre prohibido, que carcelaran a mi papá por gritar vivas a su nombre. Y como yo también gritaba ¡Viva Sandino! , por oírlo a él, mi mamá corría, llena de miedo, a taparme la boca, y mi abuelita me perseguía con un azote: —Cállese, eso no se dice, es prohibido. Y mi papá primero, Filemón después, me explicaron que Sandino había luchado contra los yankis, que habían invadido Nicaragua, y que Somoza había asesinado a Sandino.

Los hijos de Somoza seguían en el poder, respaldados por los yankis, y la organización clandestina a la que pertenecía mi hermano se llamaba Frente Sandinista; y a él, por querer cambiar la situación de los pobres, lo buscaban como si fuera un asesino. Entonces, para mi mente de niño, allí estaban las claves de todo eso, era justa la lucha, era necesario el sacrificio. Los sandinistas luchaban armados, tenían que ocultarse, los mataban si los agarraban, los acusaban de comunistas. Decir guardia, decir Somoza no era ningún delito, y decir

Sandino, decir guerrillero sandinista era malo. Así fui entendiendo de qué lado debía estar, del lado de los perseguidos.

Y así, igual que Filemón en sus tiempos de estudiante de primaria, fui descubriendo también lo que me ocultaban en la escuela. Los maestros hablaban de las fiestas patrias del 14 de septiembre, pero no decían que los filibusteros derrotados en la batalla de San Jacinto, eran filibusteros yankis. Hablaban de Andrés Castro, que a falta de municiones había derribado de una pedrada a un soldado enemigo en esa misa batalla, sin atreverse a mencionar que ese enemigo era un yanki, una historia con huecos, totalmente falsa. Y ni por asomo nos mentaban el nombre de Sandino.

Por todo eso, cuando me fui a la lucha armada antes de cumplir los diecisiete años, no buscaba aventuras de adolescente, ni me movía ambición romántica, tipo película; sin haberlo aprendido en los libros, llevaba perfectamente claro a quién iba a combatir y a quién iba a defender. Sabía que los dueños de las plantaciones de tabaco, los Herrera, los cubanos gusanos, pasaban el día sentados frente a sus escritorios, sin hacer ni mierda, sin sudarse, y que otros eran los que dejaban el cacaste en los surcos, para hacerlos a ellos cada vez más ricos; y que si alguna vez salían a asomarse a los plantíos, era para mofarse del que estuviera cansado, rendido, sin poder dar ya más: a exigir siempre más. Y la guardia vigilante detrás, para reprimir a los que no se avinieran a lo que ellos querían. Aquello es lo que debía cambiar, aquellos eran los burgueses de que nos hablaba el doctor Dávila Bolaños, y los únicos que yo conocía.

Así me fui formando, así me fui involucrando. Por el mes de abril del año 1971, mi hermano, que acababa de salir

de la cárcel, me puso en contacto con el flaco René Núñez, responsable para entonces del regional de Estelí. El flaco organizó esa célula conspirativa que ya dije, y ése fue el momento de mi integración formal al Frente Sandinista, cuando hice el juramento de *Patria libre o morir*, y cuando tuve por primera vez en mis manos el programa de lucha y los estatutos.

Éramos cuatro muchachos en la célula: Venancio Alonso Avendaño, al que le decíamos *Trompañero*, porque es un poco trompudo, hijo de doña Paulina Alonso, la *Mamá Inés*; después del triunfo estuvo en la Seguridad Personal con el grado de subteniente, y de allí pasó a la Fuerza Aérea, donde ahora es capitán; Alejandro Montenegro, capitán del EPS, de una familia de maestros de Estelí, y Agenor Gutiérrez. Yo era el menor de todos.

A la par de ésta, se formó otra célula donde estaba Juan José Ubeda, quien llegó a ser comandante guerrillero. El trabajo de nosotros era conseguir fondos para pagar el alquiler de las casas de seguridad del Frente Sandinista en Estelí, dinero que recogíamos entre los sorbeteros, los vendedores de lotería, las tortilleras, que nos daban dos pesos, cinco pesos, sin negarse nunca, a pesar de la eterna palmazón en que vivían. Y recurriamos también a otros más acomodados, que siempre nos regateaban las contribuciones, como el caso de Porfirio Molina, dueño de la gasolinera Texaco. Como éramos chavalos, difícilmente nos soltaban los billetes así no más; de manera que para sacarles algo, al fin de muchos viajes teníamos que volver acompañados de colaboradores viejos, entre ellos mi papá, que analfabeto, picado y todo, era arrecho para hablar de política y convencer a los dudosos. Y así, después de tres o cuatro horas de pláticas y discusiones, salíamos felices, con cincuenta o cien pesos en la bolsa.

En ese tiempo que digo, se destacaron colaborando con nosotros, hombres como José Norberto Briones, hermano del cabrón ése, José María Briones, que sin acordarse de la sangre de su hermano anda hablando mierdas contra la revolución. A José Norberto lo asesinó la guardia en Condega, en septiembre de 1978, junto con el padre Francisco Luis Espinoza, cuando trataban de salvar a unos compañeros nuestros, heridos en la insurrección.

Sigo hablando de la época entre 1969 y 1971, más o menos. Para esos años, el Frente Sandinista sacaba de lo hondo de las montañas de Matagalpa, Jinotega y Zelaya Norte, a muchachos campesinos, varones y mujeres, y los enviaba a Managua, León y Estelí para que conocieran el ambiente distinto de las ciudades, y al relacionarse con obreros agrícolas, artesanos, estudiantes, fueran perdiendo el olor a monte, y se avivaran. Porque lo cierto es que el campesino conserva, en su modo de ser, aspectos muy puros, inocentes, y a la vez tiene muchas cualidades, que debido al atraso y el aislamiento en que vive, se mantienen dormidas. La idea era despertarles la malicia y la inteligencia, foguearlos con compañeros de extracción diferente.

Por esa razón es que en mi casa estuvo viviendo un cipote de El Bijao, o de La Tronca, de uno de esos lugares de Matagalpa, participante, si no me equivoco, de las jornadas guerrilleras de Zinica, al que le decíamos el *Vietcong*, su nombre verdadero no lo recuerdo. Ese chavalito se desarrolló rápidamente y llegó a ser un excelente cuadro. Nos volvimos grandes amigos, salíamos a trabajar, a pasear juntos, fue el primero que me enseñó posiciones de tiro, a disparar en seco, a armar, desarmar, limpiar y aceitar un fusil. Luego le

hicieron el llamado a la clandestinidad, en 1975 cayó prisionero y en los interrogatorios lo torturaron. El enemigo logró aprovecharse de las torturas para reclutarlo y cuando lo liberaron, pocos meses después, llevaba la misión de entregar a Filemón y entregarme a mí, aunque nunca logró acercarse a nosotros en la montaña. Con el tiempo, llegó a ser oficial de la seguridad somocista, fue capturado después del triunfo y pasó como un año preso. Creo que ahora está en algún lugar del norte, integrado a una cooperativa campesina. Yo jamás lo volví a ver.

Por el año de 1970, bajó a Estelí otro chavalito que se había destacado en las guerrillas de Zinica y Pancasán, caudillo natural de los campesinos, muy audaz, aunque ya desde entonces maleado por sus inclinaciones aventureras. Su nombre era Denis Ortega, aunque le decíamos *Macondo* y también *Chico Chiquito*, porque en cuanto a su estatura, era prácticamente un enano. Cayó también prisionero, y cuando lo pusieron libre se metió a las sectas evangélicas. Como andaba de arriba para abajo en todas las comarcas de Jinotega, predicando con una Biblia, sin que los jueces de mesta ni las patrullas de la guardia lo molestaran, nos entró la desconfianza y para la primera insurrección de 1978 no quisimos buscarlo. Pero a finales de ese mismo año, ya encendida la guerra, levantó por su propia cuenta una columna guerrillera en los territorios donde predicaba, a la que bautizó con el nombre de Catalino Flores, un líder sindical campesino, asesinado en 1974. Y entonces, hubo necesidad de contar con él. Fue un dolor de cabeza *Chico Chiquito* en esa etapa final de la guerra. El único que pudo meterlo en cintura entonces fue Germán Pomares, pero una vez muerto Pomares, y lle-

gado el triunfo, se volvió todavía más díscolo e imposible de someter a ninguna autoridad, por muchos esfuerzos que yo hice. Y al igual que el *Vietcong*, también acabó de traidor, aunque de otra manera, porque quiso proclamarse independiente en Jinotega. Entonces, hubo que fusilarlo.

Por allí de comienzos de noviembre de 1971, llegaron a Estelí dos clandestinos que habían sido entrenados en el extranjero: José Valdivia y Denis Enrique Romero Zamorán. Valdivia fue enviado a la montaña, donde me lo encontré después, según voy a contar adelante; y Denis Enrique fue nombrado nuevo responsable del regional, pero a las pocas semanas lo mataron, y nos quedamos sin dirección, porque no era fácil reponer a un cuadro en ese entonces.

Alguien lo denunció, lo capturaron, lo torturaron brutalmente, y fue asesinado en la cárcel, el 22 de noviembre de 1971. Tiraron el cadáver desde un vehículo en media carretera, en la salida norte de Estelí, y tuvieron la desfachatez de decir en el comunicado donde anunciaban su muerte, que había intentado huir.

Filemón estaba para entonces en Estelí, me dice René Núñez, y al caer Denis Enrique, desatada la represión, se quedó entrampado en la casa de unos colaboradores. Se las ingenió para enviarle un telegrama en clave a Managua, y el flaco acudió en su auxilio. Consiguió el apoyo de un sacerdote, el sacerdote lo acompañó, manejando su vehículo, y pudieron sacarlo del cerco, llevándoselo a Managua.

En las torturas, y en el crimen, tuvo que ver el famoso Migdonio, esbirro número uno de Estelí, al que yo conocía desde niño porque habíamos sido compañeros de pupitre en la escuela de párvulos. Migdonio se dedicaba al trabajo

de vendedor ambulante de la Kola Shaler por todos los pueblos del norte, manejando una camioneta, y da el caso que para el mismo tiempo en que yo me integraba a la primera célula clandestina en el Frente Sandinista, él empezaba en el oficio de oreja, denunciando gente en los lugares que visitaba como vendedor. Poco tiempo después, ya participaba abiertamente en capturas, y también al poco tiempo se convirtió en torturador, un hombre desquiciado mentalmente que se orinaba en la boca de los prisioneros, y aprovechando su gran peso, porque era gordo, se les dejaba caer encima.

Bajo la dirección de Denis Enrique, nosotros habíamos continuado en la tarea de solicitar dinero, y ahora conseguíamos casas de seguridad, y apoyábamos a la guerrilla en la montaña, recibiendo a los nuevos combatientes que venían de Managua y de León, para enviarlos a Matagalpa y Jinotega. Y cuando se trataba de compañeros muy quemados, los trasladábamos por las rondas de la parte este de Estelí, y a través de las fincas, para que no tuvieran que pasar, ni a pie ni en vehículo, por el centro de la ciudad. De día y de noche hacíamos exploraciones por esos lugares, para asegurar las rutas.

El enlace entre Estelí y la montaña, estaba en manos de Venancio Alonso Avendaño, *El Trompañero*; él era quien mejor conocía las formas de despachar, sin riesgos, a los que iban en tránsito hacia La Tronca y La Dalia, en dirección a Kilambé, a Kuskawas, donde empezaba el territorio guerrillero que nosotros, en nuestras pláticas de adolescentes ansiosos por llegar a empuñar el fusil libertario, creíamos inmenso.

Inmenso, en la imaginación. Porque cuando al fin me tocó mi turno de subir a la montaña y llegué a Kuskawás, me

di cuenta que todo aquello era muy poco en hombres y en recursos para la empresa que teníamos por delante. Las columnas guerrilleras de que oíamos hablar, ya estando allá, eran otra cosa. Se trataba de un sueño todavía muy vaporoso.

4

ME HABÍA LLEGADO LA HORA

En marzo de 1972, cuando se acercaba ya la Semana Santa, recibí por fin de León el mensaje que tanto había estado esperando desde la partida de mi hermano meses atrás: el Frente Sandinista me recibía en sus filas de combatientes clandestinos, y me daban la orden de abandonar Estelí. Una tarde, mientras trabajaba con mi papá en la carpintería, aproveché para comunicarle que me había llegado la hora y que me iba.

— Papá, ahora sí voy de viaje — le dije.

Él puso a un lado el escoplo y me miró, sin mostrarse sorprendido, porque bien sabía a lo que me refería.

— Está bien — me contestó después de un momento, con un nudo en la garganta. — Lo único que te pido es que no te dejés matar como pendejo.

Y eso fue todo. El resto de la tarde, seguimos trabajando.

Mi situación, ya para entonces, se había vuelto difícil en Estelí. La guardia, que andaba detrás de mis pasos, no me dejaba en paz. Me acosaban en la calle, me buscaban en mi casa, vigilaban a mi papá, a mis familiares, me sabaneaban por todos lados. Me seguían en los *jeeps* de la seguridad

adonde yo fuera, llamándome con el nombre de Filemón para ponerme nervioso, en ocasiones me ordenaban que me detuviera y me obligaban a subir con ellos al *jeep* para darme vueltas por el pueblo. Otras veces, me llevaban hasta las orillas del río y allí me interrogaban:

— Ve chelito — me decían —, tenemos información de que Filemón ha llegado a tu casa, ¿cuándo fue que viste la última vez a Filemón?, ¿qué te ha dicho Filemón? Vos conocés sus contactos, dános los nombres, sabemos que vos estás joven, sabemos que tenés una situación económica jodida, nosotros te podemos ayudar, no seas baboso, te vamos a dar reales, para que no andés penando.

Si iba a los billares, en las tardes — porque visitaba los billares aunque nunca aprendí a jugar —, o al cine en las noches, a la salida me los encontraba esperándome en la acera: — Vení, chelito, vení, montate, me ordenaban. Y ya sentado en el asiento trasero del *jeep*, mientras ellos se apartaban a conversar, descubría que junto a mis pies, a mi alcance, habían dejado armas, como por olvido, con el designio de que yo intentara cogerlas; y sabiendo que yo los oía, hacían que discutían: — Démosle otro chance, está muy joven, está enfermo, pobrecito — decía uno, como si se compadeciera de mí, mientras otro insistía de mal modo en que no, que yo era peligroso.

Celebrábamos alguna fiestecita de cumpleaños, con mis hermanas y sus novios en la casa de mi tía Concha y entraban de pronto a sacarme, de vuelta al *jeep* y a los paseos. O llegaban hasta dos veces en la misma noche, cuando ya estábamos acostados, y me decían que les entregara la valija, que querían revisarla. Y cuál valija, si yo lo que tenía era una

caja de cartón donde guardaba mi poca ropa. — Cuidado vas a desaparecer, tené mucho cuidado, porque a cualquier lado que te movás, te seguimos — me sentenciaban.

Yo vivía con el temor de que un día de tantos, de verdad me fueran a pegar un tiro, para después decir que había intentado escaparme, que había querido arrebatarnos un arma; y por todo lo que cuento, fue que la orden de partida la recibí con gran alivio, aparte de la alegría que sentía porque al fin me hacían caso y aceptaban mi petición, a pesar de mi edad.

Había recibido instrucciones de conseguir mis documentos para el pasaporte, sin saber adónde debía viajar, ni cuándo; y con el manto de que me iba a Costa Rica, para aprender mejor el oficio de la carpintería, porque la situación económica estaba muy mala, y en Estelí no ganaba nada, me presenté al Palacio Departamental, a solicitar mi partida de nacimiento, y una constancia de buena conducta, que también era exigida en los trámites.

El jefe político era el papá de Santiago Baldovinos, un compañero que cayó en la lucha, y creo que él se llamaba igual, Santiago Baldovinos. El secretario, un viejo somocista, de los más arrastrados, me pidió los datos, y cuando le di mi nombre, dejó de escribir, y me alzó a ver.

— ¿Quién es tu papá? — me preguntó, ya arisco.

— Marcos Rivera Benavides — le dije.

— ¿Qué sos vos de Filemón Rivera? — me volvió a preguntar.

— Es mi hermano — le contesté.

Al oírme, agarró el papel, lo hizo una pelota, y con mucho desprecio lo tiró al suelo.

—No podemos hacer nada —dijo. —Necesitás dos cartas de recomendación. Si no, no podés sacar tus papeles.

Me fui a buscar a mi papá y le conté lo que había ocurrido.

—¿Qué recomendación? Ni verga necesitás. Venite conmigo —me dijo, poniéndose el sombrero.

Llegamos al Palacio Departamental, empezó a discutir de inmediato con el secretario, con todo el mundo, y a las voces, salió de su oficina el viejo Baldovinos.

—¿Qué es la cosa? —preguntó.

—Ideay, doctor, ¿ya no se acuerda? Yo soy Marcos Rivera, el padre del guerrillero Filemón Rivera —le dijo mi papá, sin bajar la voz. —¿Ya no se acuerda que por culpa suya me tuvieron preso seis meses allá en Managua? ¿Ya no se acuerda de mí?

—Ah, sí, vos sos Marquitos —le respondió el viejo, todo agüevado. —¿Qué andás haciendo por aquí?

—Quiero sacar a mi hijo para Costa Rica, para que aprenda algo, porque aquí no se está haciendo ni mierda. Y empezó mi papá a atosigarlo, con una serie de argumentos.

—Bueno, está bien, preparáme esos papeles a Marquitos — le ordenó al secretario, y se volvió a meter.

Y allí mismo se puso el secretario, sin pronunciar una sola palabra más, a buscarme en los libros; mecanografió los documentos, se los llevó al viejo Baldovinos para que los firmara, los sellaron, y se los entregaron a mi papá. Ya podía irme.

A los pocos días, en ese mismo mes de marzo, salí para León junto con Venancio Alonso Avendaño, *El Trompañero*, donde teníamos que reportarnos. Era la primera vez

que me alejaba de Estelí, nunca antes había estado ni en Managua, ni en León. Era la primera vez que iba a viajar fuera del país, a conocer un país extranjero. Y también, era la primera vez en mi vida que iba a ver el mar.

Cogimos un bus, hasta el empalme de San Isidro, y allí cambiamos a otro transporte para seguir a León, por la carretera nueva a Telica. Llegamos en un taxi al Barrio de Subtiava, y nos presentamos a la casa de la familia Bervis, conocida entre los clandestinos como el *Cuartel de los Bervis*, la principal casa de seguridad del Frente Sandinista en León.

Aquel era el verdadero momento en que empezaba a entrar en otra clase de vida, la vida extraña de los clandestinos con todas sus sorpresas, sobresaltos y novedades, cuando uno comienza a ser una persona distinta, con otro nombre, con otras costumbres, cuando pertenece ya a otra familia, una parentela formada por otros, que como yo, dejaban atrás todo. De manera que al trasponer aquella puerta de la casa de los Bervis, penetraba en un mundo nuevo, un mundo diferente, del que muchos no volvían.

Allí tuve la primera sorpresa, de las muchas que me esperaban a partir de entonces, al encontrarme juntos a dos miembros de la Dirección Nacional: estaba Óscar Turcios Chavarría, *El Ronco*, como le decían cariñosamente los compañeros, por su voz cavernosa, y al que ya había conocido en una de sus llegadas a Estelí; y estaba Pedro Aráuz Palacios, *Federico*, del que mucho se oía hablar, y al que también le decían *El Brujo*, porque era de Diriomo, un pueblo famoso por sus curanderos y hechiceros.

Con ellos estaba también Roger Deshon Argüello, otro clandestino. Y cuando digo que aquél era un mundo del

cual muchos no volvían, sirvan de ejemplo esos tres compañeros, que cayeron en la lucha en distintos momentos: *El Ronco* Turcios, en Nandaime, en 1973; *Federico* en Tipitapa, en 1977; y Roger Deshon, en León en 1979.

Se nos informó que la decisión respecto a nosotros dos, ya estaba tomada: debíamos salir del país lo más pronto posible, para recibir entrenamiento en Cuba. Teníamos que aguardar en León algunos días, sin ninguna tarea específica, para mientras se nos trasladaba a Managua, donde nos iban a conseguir los pasaportes.

Nos quedamos a vivir en el *Cuartel de los Bervis*, y uno de esos días, sucedió un percance inesperado: alguien se había robado unas gallinas en el barrio, una chochada así, y la guardia andaba cateando la manzana, metiéndose por los patios, registrando las casas. Los demás habían salido, y sólo estábamos Venancio Alonso, Magnus Bervis, el más chavalo de la familia, y yo.

Corrimos a buscar las únicas armas que existían en la casa, un fusil de cacería, con apenas tres tiros, que agarré yo; un revólver 38, con cuatro tiros, que cogió Venancio, y Magnus, una pistola, también con escasa munición. Nos salimos al patio, y tomamos posiciones a como mejor pudimos, a esperar que apareciera la patrulla; de todos modos, no teníamos otra escogencia, porque si la guardia encontraba las armas en el cateo, hasta allí llegábamos.

Entrenado por el *Vietcong*, en Estelí, yo sabía ya disparar los revólveres 38, las pistolas 45, y distintas clases de fusiles, y en esos días, en León, *Federico* me había enseñado a manejar una subametralladora M-3, el arma que él usaba. En todos los casos se trataba de un adiestramiento rudimen-

tario, porque en esas prácticas se disparaba en seco, sin balas, aunque para fajarme en una emergencia como aquella, resultaba suficiente. Dichosamente, la guardia al fin no llegó a aparecer, pero ese día me llevé el primer susto en mi vida de clandestino.

Conocí la cercanía del combate en ese mes de marzo; y también el mar. Era la época de Semana Santa, y un domingo, la familia Bervis nos invitó a Venancio Alonso y a mí, a un paseo al balneario Las Peñitas.

—¡Qué río más grande! —fue el comentario que les hice, deslumbrado al mirar aquella inmensidad de agua. Capeando con las manos el deslumbre del sol, yo buscaba afanoso, la otra ribera.

Y ellos se rieron, divertidos, celebrando mi ocurrencia:

—¡Vean que chigüín más pendejo éste! ¡Se ve que sos del norte!

Y no me dejaron de joder, ni ese día ni en los siguientes. Allí siguen los Bervis en León, en su misma casa del Barrio de Subtiava, llena de historias de tantos clandestinos como pasaron por allí, a lo largo de muchos años.

Nos trasladaron al fin a Managua, y paramos en la casa de la familia Huembes, en un barrio que ahora no recuerdo. Allí conocí a Yolanda Huembes, una morena muy hermosa, a Auxiliadora Huembes, la otra morena esposa de José Valdivia, y al menor de los hermanos, Roberto Huembes, un muchacho estudiante, alto, moreno también, serio y apartado, dedicado a sus libros, que en ese tiempo no había entrado todavía a las filas del Frente Sandinista.

Cayó el 7 de noviembre de 1976, en Managua, en la misma fecha en que caía Eduardo Contreras, en otro sector

de la ciudad, y un día antes de que cayera Carlos Fonseca, en la montaña.

El papá de los Huembes, era un señor muy entusiasta y dicharachero, le decían *El Power*; y su esposa, una mujer muy valiente, muy lindo su modo, decidida siempre a colaborar en lo que se le pidiera, una madre para todos nosotros. Ahora está en Cuba, con un padecimiento muy extraño, ha perdido el habla y sólo vive temblando. Ella se encargó de hacer todas las gestiones para conseguírnos los pasaportes y las visas, de modo que de la casa solamente tuvimos que salir para retratarnos. La foto de ese pasaporte fue la única que llegaron a tener de mi persona en los archivos de la seguridad somocista y la publicación en *Novedades* en abril de 1979, cuando inventaron el cuento de que me habían matado en combate. Allí aparezco vestido de saco y con una corbata mal anudada, un saco y una corbata que no recuerdo de quién eran y que me puse a la carrera. Prendas de esa clase, nada más de lejos las había visto antes. Una madrugada, a principios de abril, Venancio Alonso y yo salimos por TICA-BUS hacia San José, casi sólo con la ropa que andábamos puesta, en una real palmazón. Allá en Estelí, el viejo Baldovinos, si es que se le ocurría, no podía reclamar que mi papá y yo le habíamos mentido. Me iba para Costa Rica, que me buscara allá, dedicado a aprender carpintería fina.

Llegamos a San José ya de noche, nos hospedamos en la pensión más barata que encontramos, y muy temprano del día siguiente, en base a la contraseña recibida en Nicaragua, salimos a buscar el contacto con la persona que debía darnos las indicaciones sobre el resto del viaje. Esa persona resultó ser Camilo Ortega, un flaco de anteojos, un poco ma-

yor que nosotros, e igual de palmado. Camilo era el hermano menor de Daniel, preso en Managua para entonces, y de Humberto, que había sido liberado de la prisión en Costa Rica, junto con Carlos Fonseca, gracias al secuestro de un avión de la compañía LACSA, operativo dirigido por Carlos Agüero. En ese primer encuentro nos explicó que de allí en adelante pasaba a ser nuestro responsable, y que juntos, los tres, íbamos a viajar a México, como turistas.

Camilo se encargó de comprar los pasajes en la oficina de LACSA, pero de entrada le exigieron que debíamos presentarnos personalmente; de otro modo, no se los vendían. Ése era un compromiso jodido, porque procurábamos movernos lo menos posible de la pensión, y tampoco Camilo quería dejarse ver con nosotros, para no quemarnos, ni quemarse él. Y de turistas internacionales, no teníamos nada. Vestidos con aquella ropa pobretona, la carallena de esas manchas blancas que llaman paños, las manos encallecidas, toscos y tímidos de modales, hasta el modo de andar nos denunciaba. Viéndonos en la sin remedio, nos decidimos a presentarnos juntos, como gallinas compradas; y dio la suerte que sin fijarse mucho en nosotros, nos vendieron los pasajes.

Asunto concluido, pensamos. Pero ya en el aeropuerto, cuando hacíamos fila en el mostrador para chequear los pasajes y las valijas, al empleado que nos atendía, le agarró la jodedera: — ¡Ah, nicas!, de seguro ustedes son sandinistas — empezó — cuidado van a secuestrar el avión. Nosotros somos partidarios de la lucha de ustedes, nos repugna Somoza, pero no se vayan a llevar el avión a Cuba. Una jodedera en toda regla, delante de la gente que estaba en la fila, y nosotros callados, como pendejos.

Entonces, Camilo, que siempre salía adelante, se puso serio, y le dijo que se comportara debidamente, que nosotros éramos turistas, y no tenía por qué faltarnos al respeto. El hombre, todavía riéndose, acabó con sus necedades, pero después de pesar las valijas, puso a otros empleados a registrarlas, y los pocos calzoncillos que llevábamos, salieron a relucir a la vista de los pasajeros.

No pararon allí las penalidades. En el aeropuerto de México, a cada viajero le exigían presentar cien dólares como requisito de entrada, algo que averiguamos hasta no ver a los demás de la fila, enseñando los reales; y precisamente, todo lo que llevábamos entre los tres, era un único billete de cien dólares, en poder de Camilo. Nos aconsejamos por señas, y cuando Camilo se puso delante de la ventanilla le mostró el billete a la muchacha, muy tranquilo, y disimuladamente me lo pasó a mí por debajo; lo volví a mostrar, y se lo pasé después a Venancio Alonso, de la misma forma.

Ya Camilo había logrado pasar por todos los trámites y nos esperaba afuera, con su valija, vigilando detrás de la pared de vidrio a que nosotros termináramos. Pero cuando Venancio Alonso fue a reclamar su valija y le pidieron el ticket de equipaje, le aparecieron dos tickets, una trampa que de seguro nos puso el tico aquel de la jodedera en el aeropuerto de San José.

Venancio Alonso se enzarzó en una discusión con los empleados de la aduana, alegando que no existía una segunda valija; y mientras yo, sin quitarle el ojo, cerraba despacio la mía, que ya estaba revisada, un desconocido se me arrimó al cuerpo por la izquierda, saludándome con gran entusiasmo, y después se disculpó, diciéndome que

se había confundido de persona. Pero al ratito se me arrimó otro por la derecha, un moreno de bigotes, requeneto, y lo mismo, me saludó con aspavientos, y también se disculpó. Y novato y todo lo que se quiera en asuntos de viajes y aeropuertos, para pendejo ya era demasiado, y me alerté, porque lo que estaban haciendo era cachándome, buscando averiguar si no llevaba armas encima. De Costa Rica, seguramente habían dado aviso sobre nosotros.

La cosa es que cuando ya iba en busca de la puerta, a juntarme con Camilo y ver qué hacíamos con Venancio Alonso, se me acercaron los mismos dos tipos, como sucede en las películas mexicanas, y me cerraron el paso.

—¿Ya registraste a este cabrón? —le preguntó el moreno requeneto, al otro.

—Por lo que parece, no carga nada, —le contestó, riéndose.

Pero en el mismo momento se me abalanzaron encima, a cacharme en toda forma, y después me agarraron por los brazos, para llevarme a una oficina. Otros dos tipos tenían ya allí rodeado a Venancio Alonso, interrogándolo.

—¿Con quién andás? —oí que le preguntaban.

—Con ése que traen allí —contestó, señalándome a mí. Y con un flaco de anteojos, que está allá afuera, detrás del vidrio. Fueron a traer a Camilo, que quiso todavía hacerse el inocente, como si la cosa no fuera con él, pero de nada le valió. Nos ordenaron abrir otra vez las valijas, y mostrar el dinero. El billete de cien dólares lo tenía Venancio Alonso, el último que lo había enseñado. Y por supuesto, el engaño no les cayó en gracia.

Nos desnudaron, revisaron la ropa hasta por las costuras, nos tomaron fotos, de perfil, de frente, de todos lados,

nunca me habían retratado tanto en mi vida. Después, nos separaron para interrogarnos, llevándose primero a Camilo. No menos de cinco horas duraron esos interrogatorios.

Yo me cerré en que era turista, y que si andaba sin dólares, era porque mis familiares iban a llegar de Nicaragua, varios días después; yo tenía que esperarlos en el aeropuerto, y ellos sí traían dólares suficientes. — Turista, qué clase de turista — me decían, revolviendo la valija —; mira esos calzoncillos, están como para botarlos, mira qué clase de camisas. Para colmo de males, en mi pasaporte estaba anotado que yo era maestro de obras. — ¿Cómo puedes ser maestro de obras, si más bien necesitas que te enseñen, escuincle desgraciado?, ¿y qué anda haciendo un maestro de obras, de turista, en la Ciudad de los Palacios? No, ustedes van para Cuba, a entrenarse, para hacerle la guerra a Somoza; de seguro tienen contactos con los guerrilleros mexicanos aquí. Y dale con la cantinela.

— De seguro, el jefe de ustedes es ese flaco cabrón que ya se nos había logrado salir, él los engañó para sacarlos de Nicaragua. Si no hablas, te regresaremos a Managua, y allá sí, Somoza te tortura, te mata. Así que mejor coopera con nosotros, cabrón. Por tu bien, dinos, aquí en confianza, cuáles son los contactos que tienen en México, quiénes los ayudan aquí, no seas tan menso. ¿Te gusta oír la música mexicana? ¿Has visto en persona a los artistas, a Lucha Villa, a Miguel Aceves Mejía, a Cuco Sánchez, a Tony Aguilar, a Cantinflas? ¿No quisieras conocerlos? Y yo, claro que me gustaría.

Entonces, ellos prometían que me iban a invitar a los cabarets de lujo, me iban a pasear en carro, me iban a llevar a oír a los mariachis, me iban a poner a la disposición mujeres que nunca me había imaginado. México de noche, tequila

y mil diversiones, tentándome. Pero yo, nada, era turista, y turista me quedaba.

Nos mantuvimos firmes, los tres, cada uno por su lado, porque a Camilo y a Venancio Alonso, les ofrecieron los mismos placeres; y al fin, más cansados ellos que nosotros, nos dejaron ir, sin haber conseguido sacarnos nada. Les dimos una dirección falsa, y cambiando como seis veces de taxi, fuimos a parar a un hotelito de mala muerte, el Hotel Rojas. Allí estuvimos como tres días.

Camilo hizo sus contactos en México, le entregaron dólares en abundancia — en abundancia, digo yo, para unos que andaban en la más negra de las miserias —, y compramos buena ropa en un almacén, ropa elegante, según mi opinión, y buenas valijas, por lo menos ya no eran de cartón comprimido. Y vestidos de saco y corbata, ahora sí, el primer traje entero que podía lucir como mío, salimos para Santiago de Chile en los últimos días del mes de abril, sin que tuviéramos ya ningún problema en el aeropuerto. Los que nos ofrecían artistas y cabareteras, no volvieron a aparecer.

Y nos fuimos de la Ciudad de los Palacios, sin haber oído tocar a los mariachis.

5

A LOS DIECIOCHO AÑOS, ME SENTÍA ADULTO

Las vueltas de los sandinistas clandestinos para lograr llegar a Cuba en aquellos años eran muchas. Por lo general, se hacía necesario volar primero a Europa, entrar por Suiza, ir a Checoslovaquia y regresar desde allá, cruzando así dos

veces el mar. Pero como a mí me tocó el viaje en los tiempos del gobierno de la Unidad Popular en Chile, los tiempos de Salvador Allende, la ruta se hacía de México a Santiago, y de allí a La Habana, subiendo y bajando por el continente. Parece mentira, tantos vericuetos, estando Cuba casi enfrente de Nicaragua.

Después de unos pocos días en Santiago, donde nos entregaron pasaportes chilenos, al terminar el mes de abril salimos rumbo a La Habana, en un avión de hélice de Cubana de Aviación que hizo una parada en Lima. Allí viajaban otros muchachos nicaragüenses que se habían ido juntando en Santiago para esperar el avión, porque los vuelos eran cada semana, o cada quince días, no recuerdo, o ya vivían allí, estudiando carreras universitarias. Todos esos compañeros, a los que no conocía ni de cara ni de nombre, iban también a recibir entrenamiento a Cuba.

Llegamos a La Habana un 30 de abril y ese mismo día fuimos reconcentrados en una casa de la calle 200, cerca del Hospital Frank País. En esa casa vivía Humberto Ortega con su compañera Ligia Trejos (*Marcela*) la muchacha costarricense que en 1969 había participado junto a Carlos Agüero en el secuestro del avión de LACSA para liberar a Carlos Fonseca y al propio Humberto. Éramos dieciocho compañeros, y quiero ver a cuántos tengo en la memoria: Rufo Marín, estiliano, de la generación de Filemón, que estaba desde antes en Cuba y vivía en esa misma casa.

Edgard Munguía, dirigente de los estudiantes en León, al que le decían *La Gata*, por sus ojos amarillos que parecían de gato, o de lince. En Cuba se llamaba *Roberto*. Fue nombrado responsable militar del grupo.

Jaime Wheelock, quien usaba el nombre de *Jorge Ramos*. Había tenido que salir exiliado para Chile, donde terminó de estudiar la carrera de Derecho. Fue nombrado responsable ideológico del grupo.

Manuel Morales Fonseca, (*Pelota*), Mauricio Duarte, al que le decíamos *Mario*, y Roberto Calderón, *El Puma*, su papá era locutor de radio en Managua. Íntimos amigos los tres, y eternos jodedores, estudiaban en Santiago de Chile, muy amigos también de Jaime Wheelock.

Juan de Dios Muñoz, obrero, su nombre falso era *Manuel Acosta*; Amílcar Lorente, llamado *Dionisio Pérez*; Mario Torres, ahora capitán del EPS; David Blanco, quien se integró más tarde a la Brigada Pablo Ubeda en la montaña; otro muchacho de apellido Molina, al que le decíamos *José*; un obrero, al que le decíamos *Alejandro*, y uno conocido como Fernando Fernández, que nos traicionó, y hubo que ponerlo preso allí en La Habana.

Y finalmente, Camilo, que pasó a llamarse *Ramiro Prieto*, Venancio Alonso y yo, que recibí el nombre de *Octavio González*. Todos teníamos los nombres y apellidos que estaban en los pasaportes chilenos.

Me acuerdo que al no más entrar a la casa de la calle 200, nos formaron, y delante de nosotros se presentó Carlos Fonseca. Empezó a saludarnos, uno por uno, y como yo estaba al final de la fila, fui el último en recibir su saludo. Se acercó, y antes de darme la mano, le dijo a Humberto:

— ¿Se parece a aquél, verdad? —refiriéndose a Filemón.

Y al extenderme la mano, me dijo, para mi sorpresa:

— Y usted, ¿trae la pacha en la bolsa, o qué?

Yo era el más chavalito del grupo, pero no me consideraba de ninguna manera un niño de biberón.

—No, compañero —le respondí, muy serio. —La pacha la dejé hace tiempo en mi casa.

Y él se puso a reír, y me apretó muy cariñosamente la mano.

Pero al día siguiente, cuando asistimos a la celebración del Primero de Mayo, en la Plaza de la Revolución, confundido en aquel mar de gente, me perdí, como pendejo, y los demás compañeros empezaron a buscarme, hasta que el mismo Carlos Fonseca, que andaba con nosotros, me encontró. Y me agarró de la mano, como a un niño, sin quererme soltar para que no volviera a perderme.

Y yo, de su mano, me sentí, de verdad, como un niño.

Posteriormente, fuimos divididos en dos grupos; uno, en el que quedé yo, permaneció en la casa de la calle 200; y el otro, se desplazó a un sector distinto de La Habana, bajo el mando de Jaime Wheelock. Seis meses pasamos encerrados, sometidos a un régimen de estricta disciplina militar. A las cinco en punto estábamos en pie, para el aseo personal y los ejercicios matutinos. Antes del desayuno, recibíamos orientación política. Utilizábamos la mañana en clases y círculos de estudio, descansábamos después del almuerzo y, por la tarde, estudiábamos de manera individual. Todas las noches debíamos presentar un informe crítico y autocrítico de las actividades del día, y al final de la semana se hacía una reunión de análisis. Sólo salíamos a la calle los sábados por la tarde y los domingos, día que también ocupábamos para lavar la ropa y plancharla. Los turnos de cocina rotaban entre todos, incluso los jefes, lo mismo que los turnos de oficialía de guardia.

Estudiábamos, fundamentalmente, historia de Nicaragua, en base a un escrito que en ese tiempo estaba elaborando Carlos Fonseca: *Breve reseña histórica de las intervenciones del imperialismo norteamericano en Nicaragua*; historia de Centroamérica y de América Latina, movimientos de liberación en el mundo, las figuras de Sandino, Martí, Bolívar, el Che Guevara. Las clases de historia de Nicaragua las daban Carlos Fonseca y Humberto Ortega; otras materias Edgard Munguía, y las clases de marxismo y de historia de América Latina, llegaba a impartirlas Jaime Wheelock.

En noviembre de 1972, fuimos trasladados a un campamento en las montañas del oriente de Cuba y comenzó entonces la etapa de entrenamiento militar que duró otros seis meses. Los instructores eran capitanes y tenientes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, muy experimentados en las artes de la lucha guerrillera. Un oficial, que había estado con el Che en Bolivia, llamado Faustino, era el supervisor del curso. Nos sometieron, desde el primer día, a una intensa preparación física, y nos enseñaron, con gran dedicación, tácticas insurgentes, tiro, manejo de explosivos, ingeniería militar, comunicaciones. Fue un entrenamiento de campaña duro y muy completo, uno de los mejores cursos que se había dado hasta entonces, según ellos mismos nos dijeron.

Otros compañeros, previéndose que irían destinados al trabajo clandestino en la ciudades, recibieron entrenamiento de guerrilla urbana, chequeo y contrachequeo, técnicas de fotografía y revelado, como fue el caso de Camilo y La Gata Munguía. Al campamento llegaba a visitarnos periódicamente Humberto, y algunas veces Carlos Fonseca. Para finales de abril de 1973 ya estábamos de regreso en La Habana.

Se decidió que los primeros en entrar a Nicaragua seríamos Juan de Dios Muñoz y yo, por ser los más jóvenes del grupo y los menos quemados. En el viaje, acompañaríamos a Humberto, que debía ingresar al país en una misión importante de la Dirección Nacional; así, si lo detenían en el trayecto, o le pasaba algo, por lo menos podríamos informar. Además, era necesario auxiliarlo, porque a raíz de los balazos recibidos en 1969, en el asalto a la cárcel de Alajuela, cuando el intento de liberar a Carlos Fonseca, le había quedado paralizado el brazo derecho y el izquierdo lo tenía afectado y le costaba mucho valerse por sí mismo.

Antes de partir, a manera de despedida, nos llevaron a visitar distintos sitios de La Habana, para que conociéramos las obras de progreso de la revolución. El 3 de mayo de 1973, justo un año después de haber llegado a Cuba, salimos rumbo a Santiago de Chile, donde nos quedamos varios días alojados en el apartamento de Ricardo Wheelock, hermano mayor de Jaime. En Santiago tomamos un avión para Bogotá, buscando cómo acercarnos a Nicaragua.

Ahora, yo me sentía otra persona, más civilizado, menos inexperto, ya nadie iba a volver a agarrarme de la mano para que no me perdiera en una multitud. Sabía la manera correcta de comportarme en los aeropuertos, porque también me habían entrenado para eso en Cuba, ya no como en el viaje anterior, cuando tantas desgracias me habían ocurrido, en compañía de Camilo y Venancio Alonso. En aquel entonces, las puertas de vidrio automáticas eran para mí una gran novedad y cada vez me llevaba un susto al ver que se abrían solas. En los hoteles donde habíamos parado, en México y en Chile, amenazaban con corrernos por

salvajes, porque ni Venancio Alonso ni yo sabíamos manejar las llaves de los lavamanos, las palancas de los inodoros, los *switches*, y provocábamos inundaciones, daños en las luces, en las ventanas, en los teléfonos, todo por andar travesando cosas que nunca habíamos visto.

Y otra instrucción que nos dieron antes de salir de La Habana, para evitarnos problemas durante el viaje, fue no hablar como cubanos, olvidarnos de las palabras cubanas y de ese deje que es tan pegajoso, recuperar el acento nica. Pero precisamente por ser nicas, es que en Colombia la situación no iba a resultarnos fácil.

Aunque Humberto viajaba con documentos falsos, de otro país, Juan de Dios y yo traíamos los pasaportes nicaragüenses originales, arreglados para aparentar que todo ese tiempo lo habíamos pasado en Chile; y como en diciembre de 1972 había ocurrido el terremoto de Managua, la trancía era que íbamos en tránsito hacia Nicaragua, a socorrer a nuestros familiares terremoteados. Pero como mucha gente había buscado refugio en Colombia después del terremoto, las autoridades colombianas no querían admitir más nicaragüenses, además de que siempre estaba presente el problema de la disputa por los cayos famosos esos, Quitasueño y Roncador, y los nicas eran mal vistos.

Entonces, al desembarcar en el aeropuerto de Bogotá, a Juan de Dios y a mí nos decomisaron los pasaportes y nos dejaron retenidos a la orden de la Policía de Migración, para enviarnos a la isla de San Andrés en el vuelo más temprano del día siguiente. En San Andrés tampoco podíamos quedarnos, según nos advirtieron, más que el tiempo necesario para abandonar Colombia en el primer avión. Este problema inesperado, nos obligaba a separarnos de Humberto, porque

él no había tenido ninguna dificultad en pasar los trámites. Así que, dibujándola muy fino y haciendo uso de las buenas maneras aprendidas, logramos al fin convencerlos de que nos permitieran salir del aeropuerto y dormir en un hotel, el mismo donde iba a alojarse Humberto. Ayudó que íbamos bien trajeados y ahora sí podíamos demostrar que llevábamos dinero suficiente.

Juntos otra vez, llegamos a San Andrés. Pero perseguidos de nuevo por la desgracia, nos ocurrió que al salir de un restaurante frente a la costa, donde habíamos almorzado, Humberto dejó olvidado al lado de la mesa el maletín en el que andaba el dinero, el pasaporte y todos sus papeles. Y caminábamos ya por la calle, sin que ninguno de los tres se hubiera percatado todavía de la pérdida, cuando oímos las voces de uno de los meseros que se acercaba corriendo a devolver el maletín. Era algo sorprendente, para ser un lugar donde abundan los ladrones y los estafadores. Y Humberto, que siempre hace gracia de todo, se reía del episodio, diciéndonos que a lo mejor el mesero era maricón y se había enamorado de Juan de Dios, o de mí, por mis ojos gatos. Y todo el camino de vuelta al hotel nos reímos, aunque esas risas fueran para esconder el susto.

De San Andrés salimos para Tegucigalpa en un vuelo de SAHSA. La entrada a Honduras era lo que más nos preocupaba, porque la seguridad somocista trabajaba muy de cerca con la hondureña. Pero la realidad es que allí padecen de un atraso peor que el de nosotros, y pasamos los controles del aeropuerto de Toncontín tranquilamente. A los pocos días, nos trasladamos a Choluteca, buscando el paso clandestino por la frontera a través del Río Guasaule.

En Choluteca nos hospedamos en la casa de una anciana norteamericana llamada Helen Holst, antigua colaboradora de Carlos Fonseca, siempre dispuesta a ayudar a los movimientos guerrilleros. Había conocido también, no recuerdo dónde, al Che Guevara. Después de esperar por tres días en esa casa el contacto con Nicaragua, llegaron a buscarnos los baquianos que iban a pasarnos al otro lado, y una noche de mediados de mayo nos pusimos en camino con ellos. Llevábamos muy pocas cosas encima y la única arma, una pistolita calibre 22, la cargaba Humberto.

Eran dos, uno ya bastante mayor, de nombre Alfredo, y su sobrino. Ambos se dedicaban al contrabando de mercancías, y precisamente por conocer los pasos clandestinos que utilizaban los contrabandistas, es que habían sido reclutados como baquianos. Posteriormente, cuando la guardia dismanteló una escuela de entrenamiento guerrillero en El Sauce, fueron asesinados.

Puestos en El Triunfo, nos condujeron desde allí por veredas hasta la margen hondureña del río. Al iniciar la caminata, el muchacho sobrino de don Alfredo se desnudó por completo. Tenía la piel curtida, como de chicharrón según el comentario de Humberto, y no le entraban ni las zarzas ni las espinas, mientras abría picada con el machete. Y así desnudo se metió también al agua, cargando su ropa en un motetito arriba de la cabeza. Intrigado, le preguntó Humberto por qué se desnudaba, y él respondió que para no joder su ropita, porque solamente tenía una mudada; y además, si después lo veían roto, o con mozotes pegados, eso podía denunciarlo.

Remojados, llegamos al otro lado del río a la triste chocita donde ellos vivían, de esas chiquitas, pegadas al sue-

lo que llaman “vara en tierra”. No había más luz que la de un candil en la chocita, y entre los parpadeos humosos del candil, un niño muy tierno agonizaba en un tapesco de varas. Nada pudimos hacer por el niño, más que ofrecerle a su madre que lo velaba en silencio, unas pastillas de Mejoral, la única medicina que traíamos en una de las mochilas.

Cerca de la chocita nos recibió esa misma noche Narciso Zepeda(*Chicho*), originario de El Viejo, uña y carne con Germán Pomares (*El Danto*). Él nos llevó, siempre a pie, hasta Somotillo, donde nos esperaba un *jeep*, y de allí seguimos a Chinandega. Este *Chicho* Zepeda fue fusilado después por los mismos compañeros del FSLN, de manera injusta, debido a una falsa acusación de traidor en su contra, algo que *El Danta* nunca perdonó a los que habían dado la orden.

Otra vez, volví a caer a la casa de los Huembes en Managua. *El Power*, papá de los Huembes, nos trasladó a una quinta que tenía la familia en Asese, junto al Lago de Granada, que servía igualmente como casa de seguridad. Íbamos acercándonos a Nandaime, donde se iba a dar una reunión de la Dirección Nacional, a la que debía asistir Humberto.

Cuando llegamos al lugar de la reunión en Nandaime, al primero que miré, y me llamó la atención por su aspecto de albañil, o de carpintero, fue a un viejo canoso y pequeño de estatura; después me di cuenta que era Tomás Borge. En esa casa vivían ocultos Óscar Turcios Chavarría (*El Ronco*) y Ricardo Morales Avilés, a quien entonces conocí también, miembros los dos de la Dirección Nacional. Ambos iban a caer allí mismo en Nandaime, en el mes de noviembre de ese año de 1973, al lado de Juan José Quezada, originario de León, y de Jonathán González, mi amigo de la infancia en Estelí, al ser descubiertos por la guardia.

El Ronco Turcios había sido capturado al momento de montarse a un vehículo, saliendo de la casa; lo llevaron prisionero al comando, y en los interrogatorios se las ingenió para hacerse pasar como comprador de ganado. Los guardias ya estaban dudando, pero cuando llegaron a catear la casa, los otros los recibieron a balazos. Los capturaron también y los asesinaron a todos en las afueras de Nandaime. La única sobreviviente de esos sucesos fue una muchacha de seudónimo *Alicia*, sobrina de los Bervis de León, que le tuvo un hijo a Pedro Aráuz, y a la que conocí esa vez en la misma casa, así como conocí a otra de seudónimo *María*, campesina del norte, y a otro campesino, correo de Henry Ruiz (*Modesto*), Sabino Aguilar Ochoa, hijo de Martiniano Aguilar.

Antes de que empezara esa reunión, fue que me enviaron a La Tronca en busca de *Modesto*, para entregarle una correspondencia y el billete de quinientos córdobas metido en una bolsa de azúcar de cinco libras. *María*, la campesina, me acompañó en esa primera misión a la montaña. Y allí fue que tuve la alegría de volver a ver por primera vez en mucho tiempo a mi hermano Filemón, segundo al mando en la escuadra de *El Viejo* Tirado López, y que para esos días se hallaba en La Tronca.

Lo primero que hizo *Modesto* fue preguntarme si yo era algo de Filemón Rivera; porque cuando les anunciaron que yo llegaba, mi hermano, a pesar de mostrarse siempre tan enemigo de las bromas, por puras ganas de joder le había dicho a *Modesto* que ni me conocía. Después apareció él, y nos abrazamos; y a partir de ese abrazo quedábamos ya en pie de igualdad. Los dos éramos guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Al regresar a Nandaime, ya había empezado la reunión clandestina de la Dirección Nacional, preparada muy cuidadosamente, con muchas medidas de seguridad. Varios días pasaron encerrados en uno de los cuartos de la casa, discutiendo los planes futuros del Frente Sandinista, Humberto, que venía de parte de Carlos Fonseca; Ricardo Morales Avilés, Oscar Turcios y, además, Carlos Agüero y Tomás Borge. Nos tocó hacer posta en puntos clave de la casa, a mí, a Sabino Aguilar Ochoa y a otro campesino al que le decíamos *Cabo Luis*, uno que después nos traicionó. Juan de Dios Muñoz no participó en la vigilancia, porque había sido enviado a otra misión.

Cuando terminaron la encerrona, Humberto me llamó para informarme que la Dirección Nacional había decidido que Juan de Dios y yo pasábamos a integrarnos a la lucha en la montaña bajo las órdenes de Carlos Agüero, designado para empezar a estructurar la Brigada Pablo Ubeda. De acuerdo a los planes aprobados, esa brigada guerrillera debía convertirse en la columna vertebral del futuro ejército del Frente Sandinista. Juan de Dios y yo, íbamos a trabajar como instructores militares, para dar entrenamiento a los campesinos y a la gente del Pacífico que se fuera integrando.

Modesto, que de La Tronca pasó a Kuskawás y posteriormente a Yaosca, quedaría coordinando el trabajo político y militar en todo un territorio de miles de kilómetros que comprendía docenas de comarcas de los departamentos de Matagalpa y Jinotega, hasta la profundidad de las selvas por las que corren el río Zinica y el río Iyas, en Zelaya Norte, buscando ya hacia los minerales del Atlántico. Allí, en la profundidad, debía asentarse la brigada. Por lo menos, ése era el esquema.

Digo por lo menos, porque para aquel tiempo, el trabajo guerrillero en la montaña era prácticamente inexistente, y el ejército rebelde que iba a derrotar a la dictadura estaba solamente en los sueños de unos pocos hombres. Y más que victorias, el Frente Sandinista lo que conocía eran los fracasos militares, fracaso tras fracaso a lo largo de los años.

Y aquella seguía siendo la historia más reciente. Jonathán González, que había penetrado hasta Iyas, buscando contactar de nuevo a los viejos colaboradores campesinos de las épocas de Pancasán y Zinica, tuvo que ser sacado en 1971, por encontrarse enfermo. En 1972, bajó Tomás Borge, que había estado en Peñas Blancas. Otros habían bajado también, entre ellos el traidor Pastora, que voluntarioso toda la vida y poco acostumbrado a la disciplina, abandonó la guerrilla para irse al extranjero con su sueño dorado de ponerle una bomba a Somoza, y ya con eso, en sus cuentas acababa con el problema de la dictadura.

En ese mismo mes de mayo de 1973, hubo necesidad de sacar también de la montaña a Juan José Quezada, herido por unos jueces de mesta. De manera que cuando nosotros entramos a Nicaragua solamente estaban *Modesto*, en La Tronca; *El Viejo* Tirado López, junto con Filemón Rivera y Jacinto Hernández, en la sierra del Guabule donde se alzan las alturas de Pancasán, Quirragua y Cerro Colorado, base del frente guerrillero de 1967; José Valdivia y René Tejada Peralta, en las selvas del río Iyas. En eso consistía toda la fuerza guerrillera, que no llegaba a quince hombres en total, dispersa en ese inmenso territorio de filas montañosas, valles, ríos y espesura de selvas que ya dije, cada pequeño grupo separado de los otros por largos días de marcha. Lo demás,

era un puñado de campesinos de las comarcas, cañadas y caseríos, que para entonces actuaban como colaboradores, correos y baquianos.

Facundo Picado, al que le decíamos *Donaldo*, originario de El Sabaleté, cerca de El Tuma; su verdadero apellido era Blandino, pero tuvo que cambiárselo después debido a la represión, pues la guardia asesinó a su padre y a sus hermanos en septiembre de 1974. Facundo Picado llegó a ser fundador del Frente Norte Carlos Fonseca en 1977, y uno de los jefes de la insurrección de Estelí en 1978. Cayó combatiendo allí, y una columna llevó en adelante su nombre.

Inés Hernández, *Pedrito*, llamado también *El humilde campesino*, un baquiano como pocos, ahora subcomandante del Ministerio del Interior. Pariente de Jacinto Hernández, toda la familia se había integrado por completo a la revolución y muchos de los Hernández murieron asesinados en la montaña.

Víctor Manuel Urbina, *Juancito*, otro baquiano excelente, ahora mayor del EPS. Sabino Aguilar Ochoa, correo de *Modesto* para la ciudad, y su padre, Martiniano Aguilar, colaborador de San Antonio de Kuskawás; Rogelio Picado, quien murió junto con Eduardo Contreras en noviembre de 1976 en Managua, correo de *El Viejo Tirado López*; Ifigenio, otro campesino.

Don Máximo Martínez, viejo dirigente sindical de San Antonio de Kuskawás, un verdadero patriarca, respetado en toda la comarca. Sus hijos varones, hijas mujeres, yernos, nietos, colaboraban con la guerrilla, y sufrieron después muerte y persecución. Entre ellos se destacaba su hijo del mismo nombre, a quien *Modesto* le había puesto el seudónimo de *Macondo*.

De modo que uno tenía que trabajar prácticamente solo, partiendo de cero. Todo estaba por hacer, era necesario comenzar de nuevo otra vez, como le había tocado antes a otros compañeros.

A finales de mayo, ya puestas las lluvias, salí definitivamente con destino a la montaña, entrando por la ciudad de Matagalpa. Días antes, Carlos Agüero y Juan de Dios Muñoz habían seguido hasta la ciudad de Jinotega, para caer desde allí a la finca de Daniel Núñez, en El Bote, mientras yo me dirigía a La Dalia, y luego a La Tronca donde volví a encontrarme con *Modesto* y *Filemón*. A La Tronca llegaron a buscarme Jacinto, Hernández, Ifigenio y Máximo Martínez, quienes me llevaron a Kuskawás, la zona que Jacinto atendía bajo las órdenes de *El Viejo* Tirado López, y de allí a la comarca de El Chile, en el límite entre los departamentos de Matagalpa y Zelaya, buscando las vecindades del río Iyas. Ése fue el lugar que se me asignó para empezar mi trabajo.

En La Tronca, antes de salir para Kuskawás, fue que conocí a Juan José Quezada, quien bajaba herido, con un tajo de machete en la cabeza y otro en la mano. Sucedió que una noche de tantas se había metido a dormir en una troja de maíz abandonada, junto con José Valdivia. Para tuerce de los dos, en la troja, unos jueces de mesta tenían una saca de cususa, ese guaro que destilan con alambiques en la montaña. Entonces, los jueces de mesta los hallaron allí, dormidos, y quisieron matarlos a machetazos, para robarles. Lograron defenderse en la oscuridad, a como mejor pudieron, esquivando el filo de los machetes, y Juan José, que tenía una agilidad tremenda, incluso era karateka, pudo sacar su pistola y matar a uno de los atacantes, haciendo huir a los demás. Pero las heridas que recibió, eran serias.

—Esto que me pasó, fue por mi culpa, por haberme confiado —me dijo antes de separarnos. —Que te sirva de lección a vos. Uno nunca debe dormirse, hay que estar siempre “ojo al Cristo”.

Era la primera vez que nos veíamos, y la última, porque pocos meses después él iba a caer en Nandaime. Al identificar la seguridad somocista a los muertos, creyeron que el cadáver de Juan José Quezada era el de Carlos Fonseca, porque los dos tenían una contextura física parecida, y así se mantuvo la confusión por varios días. Cuando al fin se aclaró que verdaderamente era Juan José, su familia en León ni siquiera quiso recibir el cadáver, porque pobres y todo, nunca estuvieron de acuerdo con su lucha.

En El Chile me encontré con José Valdivia, quien antes había estado en Estelí, cuando llegó del extranjero; y me encontré con René Tejada, quien había pertenecido a la Guardia Nacional, no recuerdo si llegó a graduarse de oficial en la Academia Militar. Era hermano de David Tejada, asesinado en el año de 1967 por el famoso torturador Óscar Morales (*Moralitos*), una bestia que se vanagloriaba de haber lanzado su cadáver al cráter del volcán Santiago.

Ambos me explicaron lo que tenía que hacer, y de inmediato empecé mi trabajo de contactar campesinos, realizar exploraciones, localizar lugares para buzones de armas y medicinas, y los sitios más apropiados para establecer los campamentos de entrenamiento, contando con la ayuda de Nelson Suárez, el primer baquiano de la Brigada Pablo Ubeda y uno de los mejores que tuvo la guerrilla. Más tarde cayó en combate.

Ese primer trabajo me llenó de entusiasmo, porque era una responsabilidad nueva, distinta; entraba de lleno en algo

más serio, de mayor envergadura. El entrenamiento militar intenso me había dado una mejor resistencia física y gracias a las experiencias vividas en el extranjero y a las enseñanzas políticas recibidas, me sentía más seguro de mí mismo. A los dieciocho años, que tenía entonces, ya era un adulto.

Con Carlos Agüero volví a encontrarme en el cerro El Chile a principios de julio, en la casa de un viejito al que le decíamos *Primitivo* y que por nombre verdadero tenía el de don Jesús Muñoz, uno de los más antiguos colaboradores de la guerrilla en esos rumbos perdidos del monte.

Subía Carlos Agüero con un tren de ocho mulas de carga; llevando armas, municiones, medicinas y víveres para comenzar los entrenamientos, y desde allí siguió hasta el cerro de Kiawas, al otro lado del río Iyas. Con él andaba un campesino llamado Atanasio Cruz, al que le decíamos *Chema*, que por cierto hoy está en mi casa, vino a verme desde la montaña. Su hija, una muchacha que para entonces ni siquiera había nacido, es la que me cuida a mis niños. Juan de Dios Muñoz se había quedado en la periferia de Jinotega, a cargo de mantener la ruta para meter gente desde el Pacífico y más carga.

Ya para entonces sabía bien, porque lo estaba aprendiendo con mis propios ojos, que las cosas no eran totalmente como me las había pintado Humberto al informarme que iba destinado al frente guerrillero en la montaña. Lo que existía era la montaña, ya dije, pero no el frente guerrillero. Y la montaña, inmensa, había que patearla a pie, de un lado a otro, para ir tejiendo con paciencia las redes de colaboradores, buscando reclutas, un trabajo de hormiga.

Pero eso no me quitaba el entusiasmo. Estaba allí,

aquella era mi vida. Y no estaba dispuesto a cambiarla por ninguna otra cosa en este mundo.

6

LA SOLEDAD TAN ROTUNDA QUE SE PADECÍA DÍA Y NOCHE

Mi base de operaciones era la comarca El Chile, como ya dije, situada en el límite entre los departamentos de Zelaya Norte y Matagalpa, donde empiezan las selvas cerradas del Atlántico; y mi cuartel general, si así queremos llamarlo, lo establecí en la casa de Gregorio López, *Manolo*, también conocido como *Guayacán*. Mi trabajo abarcaba, además de El Chile, las comarcas vecinas de Waslala, Kuskawás y Yaosca Central, y poco a poco pude ir extendiendo la red de colaboradores campesinos en esas dos comarcas, hacia el sureste, hasta que logré pegar con la escuadra de *El Viejo* Tirado López en Pancasán. Y hacia el norte, por el lado de Zinica y de Iyas, aseguré así mismo la comunicación con Carlos Agüero, empeñado en organizar la Brigada Pablo Ubeda, que para entonces apenas empezaba a nacer.

Todo aquél era precisamente el territorio del legendario Rigoberto Cruz, más conocido como Pablo Ubeda. Había entrado a la montaña desde antes del año 1965, junto con José Benito Escobar, Inés Hernández (*Pedrito*), del que voy a hablar después, y Efraín Castillo, de Estelí, a preparar las bases para establecer el frente guerrillero de Pancasán, bases que, a pesar de la represión, se conservaron hasta la época en que se logró abrir un nuevo frente en Zinica,

en 1970. Juan José Quezada, José Valdivia y René Tejada, habían empezado a restablecer las redes en 1971, por medio de los campesinos ligados al recuerdo de Pablo Ubeda, buscándolos otra vez y reclutando nuevos colaboradores entre sus familiares, porque en la montaña el parentesco tiene un peso muy grande.

En base a este apoyo es que Tejada, Valdivia y yo nos movíamos, cada uno en su propio sector de territorio, reuniéndonos en fechas convenidas para analizar el trabajo, comparar las informaciones y discutir los problemas y los avances. Y en los períodos de entrenamiento militar de los campesinos, me juntaba con Tejada.

Mis desplazamientos por los caminos de la montaña los hacía generalmente al caer la noche, o muy de madrugada, por lo peligroso que era toparse con gente desconocida, a pie las más de las veces, o a caballo, llevando solamente una pistola, o una granada de mano, nunca portaba armas largas. Cuando se podía caminar de día, me disfrazaba de campesino: me ponía sombrero y botas de hule, y cargaba un saquito o un mecate al hombro; y en otras ocasiones me fingía comerciante, o aparentaba ser finquero.

Para acampar, buscaba acercarme a las casas de los colaboradores campesinos más seguros, la familia de Jesús Muñoz, por ejemplo, la familia López Pérez, otra familia Sevilla, los Flores, de Waslala. Muchos de ellos siguen viviendo todavía en los mismos lugares. Me quedaba en alguna burra de monte de los alrededores, les daba aviso de mi presencia, y esperaba a que cayera la noche para entrar a visitarlos y platicar con ellos. Algunas veces me hacían la comida en la casa y me la llevaban al escondite, otras veces cocinaba yo. Y

de ser posible, en el día les ayudaba en sus labores agrícolas: tapiscar maíz, aporrear frijoles.

Entre esos colaboradores que digo, había gente del tiempo de Sandino que transmitía la lealtad por la lucha a sus hijos y a sus nietos, y esa lealtad se mantenía firme y despierta entre hermanos, primos, tíos y sobrinos, guardada como un tesoro humilde por toda la parentela dispersa en distintas comarcas. Era gente en la que se podía confiar, dispuesta a ayudarnos hasta las últimas consecuencias, como muchos de ellos lo probaron con su vida, porque fueron asesinados por la guardia. Por ejemplo, los Blandón, de El Chile, río Babasca y San Antonio de Kuskawás, y los Castillo, de Yaosca.

Y había también viejos dirigentes sindicales, especialmente en La Tronca, Bijao Norte y San Antonio de Kuskawás, muchos de los cuales habían tenido que buscar refugio en lo hondo de la montaña huyendo de la represión de 1970, para los tiempos del frente guerrillero de Zinica, cuando la guardia asoló sus querencias. Poco a poco fueron regresando a sus comarcas.

Entre esos dirigentes sindicales, que habían pertenecido al Partido Socialista Nicaragüense, estaba don Máximo Martínez, el patriarca de San Antonio de Kuskawás, al que ya mencioné. Algunos de esos campesinos se quedaron en la misma corriente sindicalista, y otros se pasaron a las filas del Frente Sandinista.

Otros, de la época del caudillo oligarca Emiliano Chamorro, se identificaban con la divisa verde del Partido Conservador, y por antisomocistas también colaboraban con nosotros. Y había quienes, sin ningún credo político,

eran padres de familia honrados, honestos, no se metían en problemas con nadie, y nos eran muy útiles, porque tenían prestigio en sus comunidades, y los respetaban.

Así, todos ellos, viejos sandinistas del tiempo de la intervención yanki, colaboradores curtidos en distintas etapas de la lucha del Frente Sandinista reclutados por Pablo Ubeda, sindicalistas, conservadores, padres de familia sanos de corazón, delegados de la palabra de Cristo que predicaban en las ermitas humildes de la montaña, formaban la cantera que era necesario trabajar con fe y dedicación todos los días.

Aquél era un tipo de campesino distinto al que yo había conocido en Estelí, obreros agrícolas en su mayoría, que trabajaban la tierra ajena en las vecindades de la ciudad. Aquí estamos hablando del campesino en harapos que nunca ha salido de la montaña, y sin saber nada del mundo, soporta las inclemencias de una realidad mucho más cruda, porque en esas regiones de silencio, perdidas y olvidadas, donde un grito se escucha de un cerro a otro cerro, la vida del ser humano poco se diferencia de la vida del animal de la selva.

A sus casas no podía llamárseles casas, eran chozas paradas con horcones, de paredes de rejonos y techo de hojas de palma, de guate, de platanillo o de bijao, refugios que más les servían para defenderse de las lluvias eternas que para vivir, los niños desnudos y descalzos revueltos en el piso de tierra con los cerdos, los perros y las aves de corral, el fogón de la cocina al lado de los tapescos de varas donde se acostaban a dormir malmatados por las faenas del día.

Analfabetos sin escuelas, jamás apareció por allí un maestro. No conocían la luz eléctrica ni las medicinas, a lo

más una pastilla de Mejoral, nunca habían visto el hielo, y los barcos, los trenes, los aviones, las películas de cine, eran maravillas en las que no creían, si alguna vez oían mencionarlas. A veces uno se encontraba un radio de baterías en algún rancho, pero por lo demás, nada. Y su única distracción era el guaro, bebiendo los domingos hasta perder el sentido, y de vez en cuando la celebración de la fiesta de un santo con alguna guitarra, alguna mandolina, tal vez un acordeón, o un violín de talalate. En pocos lugares una capilla, una ermita, pero los curas rara vez se aventuraban hasta allí a darles misa; lo que existía era esa especie de cacique religioso: el delegado de la palabra de Cristo.

Su vida, desde que Dios amanecía, era cuidar su pequeña milpa, su parcela de frijol, si es que eran dueños de algún pedacito de huerta, o si es que los dejaban sembrar en lo ajeno como precaristas o colonos, y si no tenían tierra, ni se las prestaban, su vida era trabajar de mozos por una paga miserable en las haciendas de café, en las fincas de ganado, arrimados a los latifundios con el temor de ser echados a la fuerza en cualquier momento por los terratenientes omnipotentes ligados al somocismo y aliados de la guardia, su vida era aventurarse a cazar animales de monte; pescar en los ríos, para medio comer y subsistir, su vida era criar a sus hijos, cuando no se les morían de cualquier cosa.

El terrateniente con más recursos, el más acomodado, recibía el título de capitán de cañada, y su autoridad abarcaba un territorio formado por varias comarcas; respondía directamente a la guardia, y para hacerse respetar, mantenía en su poder un rifle Garand, o una pistola. Bajo su mando, en cada comarca, estaban los jueces de mesta; y cada juez de

mesta disponía de cinco o seis auxiliares, escogidos entre los campesinos pobres; él y los auxiliares armados con fusiles de cacería, rifles 22, escopetas, pistolas 45.

Esta organización paramilitar servía para mantener el orden, dilucidar pleitos y bochinchas, capturar a los autores de hechos de sangre, perseguir a los cuatreritos, y también para registrar fierros de animales, autorizar destaces y deslindar cercos. Pero sobre todo servía para amparar despojos y someter a los campesinos a la voluntad de los terratenientes. Y a partir del año 1966, cuando empezó a aparecer la guerrilla, para reprimir y asesinar a los sospechosos de colaboración, imponiendo el terror sin contemplaciones. La Guardia Nacional sólo aparecía por último, cuando los capitanes de cañada y los jueces de mesta ya no podían enfrentar la situación.

El juez de mesta tenía la última palabra en las comarcas, y entre sus potestades absolutas estaba la de ordenar a los campesinos que se presentaran, por las buenas o de manera forzada, a cumplir sin paga alguna lo que él mandara, servir como baquianos, o patrullar los caminos con los auxiliares, en busca de guerrilleros.

Entonces, uno debía cuidarse en primer lugar del juez de mesta, que era el principal esbirro en cada comarca. Pero también vimos, desde un comienzo, que en lo posible era necesario buscar cómo reclutarlos, para mantenernos al tanto de los movimientos de las patrullas, y de la información que tuvieran sobre nosotros y sobre los colaboradores. Y en varias comarcas, no sólo logramos reclutar a algunos jueces de mesta, sino que también infiltramos a compañeros nuestros entre sus auxiliares.

A otros, cuando no conseguíamos atraerlos, les hacíamos clara advertencia de que estábamos allí, y era mejor para ellos callarse, previniéndolos de que si por su culpa capturaban o mataban a algún combatiente, o a alguno de nuestros colaboradores, tarde o temprano les íbamos a pasar la cuenta. Hubo casos en que acataron la prevención, pero en otros, fue necesario proceder contra ellos y castigarlos, sobre todo a partir de 1975, cuando la guardia empezó de nuevo la represión directa en las montañas. Organizamos entonces varios operativos para ajusticiar a los que estaban marcados como responsables de denuncias, asesinatos y masacres.

Entre junio de 1973 y enero de 1975, la tarea principal consistió en lo que ya dije, rescatar el contacto con los viejos colaboradores y buscar otros nuevos para asegurar las redes de baquianos y correos de una comarca a otra, y de una casa a otra en la misma comarca. Ya través de esos mismos colaboradores, recoger información sobre los movimientos del enemigo, y comprar provisiones tales como: azúcar, sal, leche en polvo, botas de hule y medicinas caseras en los comisariatos de las fincas y caseríos donde se podía hacerlo sin mayor riesgo. Al mismo tiempo, íbamos seleccionando a los campesinos más jóvenes, a los más conscientes, y a algunos de los viejos más experimentados, para integrarlos como combatientes activos, pasándolos por las escuelitas de entrenamiento donde les dábamos instrucción política y militar, en escuadras de seis, ocho y quince compañeros.

Seguíamos desarrollando también las labores de exploración, apuntando los sitios donde vivían los jueces de mesta, identificando rutas para práctica de caminatas, buscando lugares propicios para emboscadas en futuras accio-

nes militares, otros donde existieran condiciones para acampar por uno o dos días, otros para instalar las escuelas, tomando siempre en cuenta que tuvieran cerca una fuente de agua. Y lugares para ocultar buzones de armas, municiones y medicinas, plástico para las champas y hamacas, mecates, botas, de lo poco que iba llegando en las góndolas de carga, para abastecer a los guerrilleros que pronto comenzarían a subir de las regiones del Pacífico.

Fue así que trabajé todo ese tiempo con José Valdivia y René Tejada, y mientras tanto le ayudé también a Carlos Agüero a introducirse en la profundidad de la selva, hasta el cerro del Kiawas, al otro lado del río Iyas, con el apoyo de la familia Pérez Díaz, conocidos como *Los Mechas*. Y entonces, entre julio y agosto de 1974, llegó la hora en que comenzaron a aparecer los combatientes del Pacífico.

Eran principalmente estudiantes universitarios, obreros de Chinandega y El Viejo, obreros de los barrios de Subtiava y San Felipe, de León. Los primeros en llegar fueron David Blanco, que había estado conmigo en Cuba, y al que le decíamos *Arcadio*, y René Vivas, entrenado con los palestinos, comandantes guerrilleros ahora. Los dos pasaron a la Brigada Pablo Ubeda, pero René Vivas volvió a El Chile por un tiempo, enviado por *Modesto*, para que conociera las redes de contactos. Después, lo mandó a llamar de nuevo.

Subieron también, entre los primeros, Salvador Muñoz (*Filemón*), que pasó igualmente a la Brigada Pablo Ubeda; Serafín García, que ahora es diputado, y fue asignado a la fuerza de *El Viejo* Tirado López en Pancasán; Mario Torres (*Matías*), que también había estado conmigo en Cuba, y fue destinado a Kuskawás; Francisco Ramírez, antiguo guardia,

que había estado preso, y se integró a la guerrilla apenas salió libre; y Cresencio Rosales, que también había estado preso, enviados los dos a Kuskawás, Quirragua y Pancasán. Y Edgard (*La Gata*) Munguía, igualmente del grupo de Cuba, conocido en la montaña como *Buenaventura*, o Barbarroja, como lo llamaban los campesinos, por el color encendido que tomó su barba cuando le llegó a crecer.

Después, por las mismas rutas, subieron en distintas fechas, entre otros que me acuerdo, Edgard Lang Sacasa, de una familia de la alta burguesía de Managua, caído en el barrio Veracruz de León, en 1977; Roberto Calderón (*El Puma*), del mismo grupo de Cuba; y William Ramírez, que era periodista; Hugo Torres, estudiante, y Omar Cabezas (*Juan José*), también estudiante, los tres comandantes guerrilleros ahora.

Esas rutas que seguían los nuevos guerrilleros que subían del Pacífico eran dos, muy complicadas, y tomaba largos días de marcha llegar a El Chile. Una partía de Matagalpa. Llegaban en vehículo a San Ramón, a pocos kilómetros de la ciudad, y desde allí comenzaban a caminar buscando Pancasán, donde se encontraba *El Viejo* Tirado López; luego hasta El Horno, donde estaba para entonces Filemón Rivera, y de allí hasta Kuskawás, donde los recibía Jacinto Hernández; y finalmente otra larga caminata hasta El Chile, el punto final de recepción, donde los esperaba yo. La otra, de la que voy a hablar cuando me refiera a Carlos Fonseca, partía de Jinotega, desde allí a El Bote, donde estaba la finca de Daniel Núñez, y luego a El Chile y Dipina.

Como puede verse, los nuevos iban en su mayoría destinados a engrosar la Brigada Pablo Ubeda, de modo que la vieja idea del núcleo guerrillero central, comenza-

ba a tomar forma. El entrenamiento militar que recibían, cuando no traían ningún entrenamiento, era responsabilidad de Carlos Agüero; a David Tejada y a mí nos tocaba entrenar a los campesinos.

A principios de 1974, *Modesto* había pasado por El Chile, de regreso a Iyas, después de cumplir una misión en Yaosca y Kuskawás. De todo el trabajo debíamos informarle a él directamente, como responsable superior en la montaña: listas de la gente contactada, número y características de los colaboradores, quiénes podían servir como informantes o baquianos, campesinas que se podían sacar a la ciudad, muchachos que mostraban condiciones para llegar a ser buenos guerrilleros; hay una compañera que se puede tratar, le reportábamos, tal familia está dispuesta a ayudar, en tal sitio se puede levantar campamento, por aquí hay un juez de mesta que es peligroso; y necesidades que teníamos de ropa, botas, pilas para radio. Y de él recibíamos las instrucciones. Carlos Agüero era, en la práctica, el segundo de *Modesto*, y el jefe militar de la brigada.

Durante esta etapa, no estaba en los planes realizar acciones ofensivas contra la guardia, de modo que las situaciones comprometidas fueron para mí muy escasas, y no hubo un momento en que me viera en verdadero peligro. No faltaba algún campesino que se descuidara, que hablara más de la cuenta con sus buenos tragos de cususa adentro, lo cual provocaba patrullajes de los jueces de mesta; pero era asunto de prevenirse, borrar huellas, redoblar las medidas de seguridad, y nunca las cosas llegaron a ser tan graves. Los momentos críticos, iban a empezar después.

Antes de eso, antes de pasar al año 1975, cuando las cosas cambiaron de sesgo, quisiera hablar de René Tejada

Peralta, *Nacho*, como le decíamos. Tendría unos veinticinco, veintisiete años a lo más, para el tiempo en que me encontré con él en la montaña. Era un hombre delgado, fino de facciones, ágil y resistente para las caminatas, muy dinámico y trabajador, extremadamente cuidadoso, y dueño de un gran sentido de la disciplina militar. Y a pesar de que había pasado mucho tiempo aislado en la montaña, más de tres años solo por esos rumbos, mantenía una firmeza y un entusiasmo envidiables, lleno de fe en el triunfo y de confianza en los campesinos. Porque lo que más jode el ánimo en la montaña no es el peligro, ni la fatiga física, sino la soledad tan rotunda que se padece día y noche, y a él la soledad no le había hecho mella. Un solo amor le conocí, la campesina Ignacia Cruz, con la que tuvo un hijo que se llama René, como su padre. Leticia Herrera lo adoptó.

Y un hombre de una gran ternura. Recuerdo que una vez, a finales de diciembre de 1974, me tropecé durante una caminata, al caer di con el filo del machete que andaba en la cintura y me corte cuatro dedos de la mano derecha, una herida que allí donde estábamos, sin hilo de sutura, sin antibióticos, se volvía grave. Tejada tenía conocimientos de sanitario, aprendidos en la guardia, y él se encargó de curarme con cuidados esmerados: estuvo pendiente de la herida hasta que me vio sano.

Las escuelas de entrenamiento que organizamos los dos en el corazón de las montañas del norte a partir de 1973, eran las primeras después de Pancasán y Zinica. Al comienzo, tuvimos problemas en ponernos de acuerdo, porque los métodos que habíamos aprendido eran distintos; pero al fin nos entendimos, y enseñábamos a los campesinos en razón

de lo que cada uno sabía: yo, el método cubano, y él, el método gringo de la guardia. Y en los ejercicios, él dirigía unas veces al grupo de compañeros que hacían de guerrilleros, y yo a los que hacían de guardias.

Mucho le gustaba inventar consignas. Cuando los campesinos estaban en formación, les ordenaba pisotear duro el suelo, y gritar: —¿De quién es esta tierra? Y ellos debían contestar: —¡De nosotros, y la vamos a recuperar! —¿Y estas armas que empuñamos? —¡Son las que van a liberar a Nicaragua! Aunque sólo fueran palos del monte desbrozados, porque los pocos fusiles, un Garand, una carabina, algún rifle 22, nada más alcanzaban para enseñarles a desmontarlos en piezas, y volver a armarlos. Y así, gracias a su invención, transformaba en algo distinto ese asunto de gritos y consignas en coro que seguramente había aprendido también en la academia militar, cambiándole el contenido, y de allí salían esas frases revolucionarias que inspiraban a los reclutas guerrilleros en aquellas soledades.

Como una pieza principal de la preparación combativa, hacíamos participar a los alumnos en simulacros de distintos tipos de emboscadas, hostigamientos fingidos a fuerzas enemigas, maniobras de aniquilamiento, asaltos a pequeñas guarniciones, tomas de supuestas casas de jueces de mesta; y antes de empezar el día, los sometíamos a ejercicios físicos agotadores, capaces de sacarle la mierda al más rigioso, nosotros a la par de ellos, porque en eso de las calistenias, Tejada era fanático.

La mayoría de los cursos eran para muchachos que no andaban arriba de los veinte años, solteritos, como se dice en la montaña; y hubo otros en que los chavalos apren-

dían revueltos con campesinos ya más sazones; y hasta con ancianos que deseaban saber los secretos de la guerra, para que no los cogieran desprevenidos. Y en varios de esos cursos llegamos a entrenar mujeres de diferentes edades, que no le rebajaban a los hombres en nada y resultaban magníficas alumnas.

En esos cursos, que se repitieron a lo largo de los dos años que cuento, dábamos también charlas políticas, buscando explicar la historia de Nicaragua, y la razón de la lucha sandinista, con palabras de los mismos campesinos y usando ejemplos sencillos, a la manera del doctor Dávila Bolaños. Una buena cantidad de los alumnos, una vez terminado el curso, pasaba a las filas de la Brigada Pablo Ubeda; otros, ya preparados militarmente; se quedaban en sus comarcas.

Mi experiencia con José Valdivia fue distinta. Me enseñó mucho sobre el trabajo organizativo, las formas de cultivar la relación con los campesinos, de entrarles, de romper su timidez, sus reservas, su desconfianza con los extraños y su silencio, palabrear a los hombres, buscarle el modo a los viejos, sacarle la risa a las mujeres, entenderse con los niños. Y en esa etapa dura y dichosa de hacerme guerrillero, aprendí de los dos, de Tejada y de Valdivia, verdades y secretos que en ninguna escuela que no fuera ésa de la montaña te pueden enseñar. Y la montaña misma me enseñó a conocerla, abriéndome sus abras y caminos, sus trochas y picadas, mostrándome sus cumbres, sus ríos y cañadas, y ofreciéndome la seguridad de sus noches.

A finales de 1974, Valdivia fue trasladado a las comarcas de La Lana y El Bote, en la región cafetalera de Jinotega, por el lado donde arrancaba una de las rutas de entrada a la

montaña que ya he mencionado. Llevaba la misión de establecer allí una nueva red de apoyo campesino, y en esa tarea debía ayudarlo Venancio Alonso Avendaño, *El Trompaño*, quien ya había regresado de Cuba.

Por algún tiempo trabajaron juntos, pero si mal no recuerdo, no se pudieron entender, y entonces hubo que sacar de la montaña a Venancio Alonso; más tarde fue enviado al sector de Santa Cruz al sur de Estelí, donde inició el trabajo de organizar la escuadra guerrillera General Pedro Altamirano, que se convirtió en columna después de la primera insurrección de 1978. Valdivia se quedó solo, luego se enfermó, y también hubo que sacarlo; en 1977 participó en el ataque al cuartel de San Carlos, en Río San Juan, y llegó a formar parte de la jefatura del Frente Sur Benjamín Zeledón. La verdad es que desde que yo lo conocí, vivía jodido de la salud, golpeado por las condiciones tan duras de la montaña.

Para las mismas fechas del traslado de Valdivia a La Lana y El Bote, Tejada había pasado por Zinica, ligado ya directamente a las estructuras de la Brigada Pablo Ubeda, para hacerse cargo del entrenamiento de los nuevos grupos de compañeros que venían del Pacífico. Y es en esa zona donde lo matan, en el mes de enero de 1975, en la casa de Apolonio Martínez, un colaborador campesino que vivía entre Waslala y Zinica, papá del chavalito aquél que se hizo famoso porque Carlos Mejía Godoy le compuso la canción *Quincho Barrilete*. Valiente, como todos los de su familia, ese niño nos servía de correo y nos llevaba la comida a los escondites del monte.

Por entonces, las patrullas de la guardia habían entrado otra vez a la montaña a reprimir con gran furia, en res-

puesta a las acciones guerrilleras que siguieron a la toma de la casa del reconocido somocista Chema Castillo, en Managua, toma ejecutada por un comando del FSLN el 27 de diciembre de 1974. Sobre esas acciones guerrilleras, que abrieron por poco tiempo una etapa ofensiva, voy a volver después.

Tejada andaba esa vez con *Manuelón*, un compañero de El Viejo, al que le decíamos también *El Dientón*, y que después del triunfo fue jefe de escolta de *Modesto*. Eran cerca de las seis de la tarde, y como ya empezaba a caer la noche, dejaron la burra de monte y se metieron al rancho de Apolonio. Al poco rato, un campesino que debía llevarles la cena les hizo desde afuera la seña convenida, y Tejada salió confiado a recibirlo, sin reparar en que detrás estaba emboscada una patrulla de la guardia. A causa de una denuncia, ya le habían caído horas antes al rancho del campesino; agarraron a toda la familia, y el campesino se rajó, revelándoles el lugar donde se encontraba Tejada, y con el cuento de la comida, prepararon la celada.

Y lo que es el destino: Tejada se descuidó por una sola vez en su vida, le falló la astucia, a él que era tan precavido, y ésa fue su muerte. Uno de los guardias le disparó un solo balazo, y lo mató. Al oír el disparo, *El Dientón* se tiró de la hamaca, agarró el fusil, y se zafó del cerco, perdiéndose en el monte.

Apolonio Martínez, que estaba tuberculoso, logró zafarse también, pero lo agarraron cerca de allí a los pocos días, y se lo trajeron preso a Managua. Su mujer y el niño se vinieron detrás de él, a vivir al Open 3, lo que hoy es Ciudad Sandino. A ella la mató un bus en la carretera, cuando iba a dejarle comida a la cárcel.

7

YO NO PODÍA ENTENDER
AQUEL EMPECINAMIENTO

A finales del año 1974 conocimos en la montaña una orden que venía de Managua, transmitida a través de *Modesto* y de *El Viejo Tirado López*. Se nos mandaba a prepararnos de manera acelerada para estar en capacidad de emprender operaciones ofensivas contra el enemigo a partir del mes de enero de 1975, porque allá abajo iba a ocurrir algo grande. Ese algo grande, que entonces no se nos dijo en qué consistía, iba a ser nada menos que la toma de la casa de Chema Castillo, ejecutada el 27 de diciembre de 1974 por el Comando Juan José Quezada. Esa acción, dirigida por Eduardo Contreras, el *Comandante Cero*, y Germán Pomares Ordóñez (*El Danto*), habría de sacudir a la dictadura y daría a conocer al mundo que el Frente Sandinista de Liberación Nacional existía y era capaz de humillar a Somoza, contra lo que muchos creían entonces.

Acatando la orden, empezamos a formar de inmediato dos grandes concentraciones: una, en base al núcleo central de la Brigada Pablo Ubeda, bajo las órdenes de Carlos Agüero, para atacar guarniciones militares en Zelaya Norte; y la otra, bajo las órdenes de *El Viejo Tirado López*, a la que debía integrarme yo, destinada a ejecutar otros ataques de la misma naturaleza en el departamento de Matagalpa. La noticia del golpe espectacular en Managua, cuando la conociéramos por la radio, sería la campanada de aviso para que nosotros nos movilizáramos a la ofensiva.

Si uso la palabra grande para hablar de esas concentraciones, es pensando en que íbamos a usar todas las fuerzas disponibles para entonces en la montaña, aunque no fueran muchas: ya estaba allí la mayor parte de la gente entrenada en Cuba, los estudiantes y obreros que habían subido del Pacífico, y teníamos a los campesinos preparados como combatientes en las escuelas. Y además, ya contábamos con algunas armas de guerra y una regular cantidad de municiones almacenadas en los buzones.

Entonces, una vez que conocimos la acción que se había dado en Managua y el éxito inmenso que tuvo, porque se logró sacar de las cárceles a todos los prisioneros sandinistas, entre ellos a Daniel Ortega, y se obligó a Somoza a entregar un millón de dólares, nosotros cumplimos con la parte que nos tocaba.

Así, promediando el mes de enero de 1975, fuerzas de la Brigada Pablo Ubeda, al mando de Carlos Agüero, atacaron el cuartel de la Guardia Nacional en Waslala. Allí se le hicieron varias bajas al enemigo, y aunque no se recuperaron armas ni se tomó el cuartel, esa acción fue un golpe político serio para la dictadura, con grandes repercusiones en la montaña y en todo el país, porque por primera vez la guerrilla atacaba una guarnición fuertemente defendida, algo que hasta entonces no se había visto. En otro operativo en el que participaron el propio Carlos Agüero y David Blanco (*Arcadio*), fue ajusticiado el juez de mesta Santos Peralta, en Zelaya Norte.

Las fuerzas de *El Viejo* Tirado López fueron divididas en dos grupos: uno, al mando del mismo *Viejo*, llevaba como segundo a Filemón Rivera. El otro, al mando de Jacinto Her-

nández, me llevaba a mí como segundo y estaba formado por unos doce compañeros.

Un contingente del primer grupo atacó el cuartel de la Guardia Nacional en Río Blanco, el 21 de marzo de 1975. Esta unidad de combate se bautizó con el nombre de Luisa Amanda Espinoza, una compañerita que había caído en León en 1970. Se le prendió fuego al cuartel, se tomó por dos horas el poblado y se celebró en la ermita un mitin con los habitantes, convocado por los guerrilleros.

Inicialmente, *El Viejo* Tirado López me había escogido para dirigir esa acción, pero luego decidió entregarle la responsabilidad a *La Gata* Munguía, dejándome a mí con el grupo de Jacinto Hernández. Más de una vez le he preguntado a *El Viejo*, medio dolido todavía: — Bueno, y usted, ¿por qué se resolvió por Munguía? Porque en aquellos momentos uno se peleaba por encabezar las acciones, y además, ésa iba a ser mi primera prueba en combate. Es que yo te miré muy chigüín a vos — se ríe siempre *El Viejo*. Y claro, *La Gata* Munguía tenía más merecimientos, era un cuadro ya mayorcito, mejor instruido.

Más que enfrentar a la guardia, a mi grupo le tocó asaltar comisariatos para aprovisionarnos de azúcar, sal, botas, ropa y medicinas; y ajusticiar a algunos jueces de mesta, esbirros de marca mayor, entre ellos a un tal Francisco Argüello, famoso por sus desmanes. Este operativo tuvo lugar en Yaosca, el 18 de febrero de 1975.

Era un hombre que andaba por los treinticinco años de edad, uno de esos campesinos acomodados que prosperan en la montaña, con su buena casa, de las que se ven poco por allí, techada con zinc, propietario de una finca de regular

tamaño donde criaba mulas y repastaba ganado, y de un comisariato bien surtido. Lo teníamos en la mira, porque por culpa de sus constantes denuncias, nos habían matado a varios colaboradores.

Los doce compañeros que formábamos la escuadra nos presentamos a su casa como si fuéramos una patrulla de la Guardia Nacional que anduviera en busca de cómplices de los guerrilleros. Yo llevaba puesto un casco, que no recuerdo dónde habíamos conseguido, y portaba un fusil Garand, haciéndome pasar como el teniente, jefe de la patrulla, mientras Jacinto Hernández representaba el papel de juez de mesta. A uno de los compañeros lo habíamos amarrado, como si se tratara de un prisionero, y los demás fingían ser auxiliares de la comarca, vestidos de civil y armados de distinta manera.

Creyó toda la pantomima desde un principio, porque en ese tiempo así operaban las patrullas, uno o dos guardias a la cabeza, y el resto, esbirros de la zona. Fue hasta poco después, cuando empezaron en toda forma las operaciones de contrainsurgencia, que aparecieron ya las patrullas de guardias bien armados, vestidos con uniformes pintos, con radios de comunicación y perros rastreadores.

Le ordené, con modos de guardia, que debía ponerse en camino con nosotros, para que nos llevara a enseñar las casas de los colaboradores de la guerrilla, y él aceptó muy gustoso, yendo a buscar primero las listas donde tenía marcada a la gente que ya estaba presa, o muerta, un tipo descarado. Y ya en el trayecto, para su sorpresa y desconsuelo, le descubrimos que no éramos guardias, sino guerrilleros del Frente Sandinista, y le notificamos que iba a rendir cuentas de todas las muertes que había provocado. Cuando se vio perdido, se

rajó, y se nos humilló de rodillas, suplicando que lo perdonáramos. Pero no le valió su cobardía, y fue ajusticiado.

Esa zona de Kuskawás y Yaosca, entre la sierra de El Guabule y el río Waslala, en el departamento de Matagalpa, donde ahora nos movíamos en plan ofensivo, era más campo abierto que montaña; para nosotros, la montaña empezaba más adentro, buscando Cusulí, Iyas y Zinica, hacia el norte, el territorio de la Brigada Pablo Ubeda. Y eso facilitaba que a excepción de uno o dos compañeros, nos movilizáramos en ropa civil, como los campesinos, ropa común y corriente, con botas de hule, botas de cuero, de gorra o sombrero, un cuchillo, alguna bayoneta, y la mochila, sin el uniforme verde olivo, que es para muchos la estampa clásica del guerrillero. *El Viejo Tirado López*, por ejemplo, caminaba con sus botas de mexicano, y su sombrero mexicano.

Y esa forma de vestirse, quizás esté en el modo de ser propio, porque yo siempre la preferí, desde que llegué a El Chile, e igual anduve en el año 1977, al nacer el Frente Norte, y después, en la época de la insurrección, a partir de 1978, cuando la variedad de vestimenta era aún más llamativa. Por el contrario, la Brigada Pablo Ubeda tenía un carácter más militar, menos irregular si puede decirse. Allí, la uniformidad en el vestir era la regla, y más que eso, la estricta disciplina impuesta por Carlos Agüero.

Para mochilas utilizábamos de esa tela de los sacos Macén, que aguanta agua porque es de fibra sintética; y en las mochilas, pintarrajeadas de verde con *spray*, andábamos la mudada de repuesto, los papeles y materiales de estudio, y las otras cosas que no le faltan al guerrillero: un pedazo de hule, una botellita de kerosene para prender el fuego, y rajas de ocote cuando no había kerosene; la aguja y el hilo para

zurcir las desgarraduras de la ropa; un pedazo de dulce de panela, sal, azúcar, y arroz cuando se conseguía, pinol, cacao molido, duro como piedra, y a veces, algunas bolsitas de sopas Maggi, para alimentar a los enfermos. Las hamacas, que cargábamos con nosotros, se hacían también de sacos Macén, y para las champas utilizábamos plástico negro, del que sirve para cubrir el café en los patios de los beneficios, o de cualquier otro color, incluyendo ése de cuadros que se usa para manteles.

En esos valles que digo nos movilizábamos generalmente de noche, aunque también hacíamos presencia en el día en algunos lugares, en acciones de propaganda armada, convocando a los campesinos y hablándoles de la causa, recuperando fusiles de cacería y pistolas de manos de los esbirros, para armar a más gente. Pero aún eso se suspendió, cuando llegó la orden.

Porque después de las acciones de Waslala y Río Blanco, llegó una nueva orden de Managua para que detuviéramos las acciones ofensivas contra los cuarteles, los ajusticiamientos y los asaltos a comisariatos, y para que volviéramos, como antes, a la tarea silenciosa de seguir preparándonos para una guerra futura, contactar gente, meter compañeros de la ciudad, embuzonar armas.

Esa orden nos llegó a finales del mes de marzo de 1975, para el tiempo en que subieron a la montaña tres de los nuevos, a los que yo recibí en Yaosca. Dos de ellos pasaron a la Brigada Pablo Ubeda: Manuel Calderón (*Rufo*), ahora comandante guerrillero, y Roberto Chamorro, uno que se desertó y nos traicionó, hermano de Claudia Chamorro, de la que voy a hablar después; y el otro, Alvarito Hernández,

obrero de León, pasó a la escuadra de *El Viejo* Tirado López. Tengo presente la facha de Alvarito el día de ese primer encuentro en Yaosca, una gorra de tela en la cabeza, un escopetón más grande que él, colgándole del hombro, y bajo el brazo izquierdo una Biblia.

El impulso que ya habíamos empezado a tomar en esos meses se pasmó, y las comarcas quedaron a merced de las patrullas contrainsurgentes de la guardia, que a partir de entonces penetraron sin resistencia alguna con sus perros amaestrados, para imponer el terror, incendiando los ranchos y arruinando los siembros, matando el ganado y las aves de corral, capturando a su gusto a los jefes de familia y persiguiendo a todo varón, cualquiera que fuera su edad. Reforzaron los cuarteles de Waslala y Río Blanco, y hasta allí llevaban amarrados a los campesinos para interrogarlos y torturarlos; los metían en zanjas de gran profundidad, donde muchos murieron ahogados, o asesinados a tiros, y a otros los subían a los helicópteros, y los dejaban caer de gran altura. En poco tiempo, en Pancasán, El Guabule, Zinica, Yaosca, Kuskawás y El Chile, nos desarticularon las redes de colaboradores que tanto trabajo había costado formar.

Nosotros, acatando las instrucciones por disciplina, evadíamos constantemente a la guardia, y aunque rehuíamos el combate. Algunas veces nos veíamos obligados a chocar con las patrullas cuando no había otro remedio, defendiéndonos solamente en caso de necesidad. Entonces, los colaboradores, perseguidos y acosados empezaron a buscar-nos para exigirnos que no los dejáramos solos, que tomáramos la iniciativa, reclamamos que nos llegaban muy hondo porque eran justos, estaba a la vista que teníamos un com-

promiso con ellos y no era posible abandonarlos. Además, debido a aquella inercia en que se nos tenía, nos estaban matando también a nosotros, porque ya varios compañeros habían caído en esos combates defensivos.

Celebramos reuniones de emergencia con *El Viejo Tirado López*, con mi hermano y Jacinto Hernández, y enviamos muchos recados, pidiendo que se nos dejara libres de combatir. Pero las órdenes seguían firmes, y más bien se nos mandaba a decir en las respuestas que era malo desesperarse, que esas exigencias de nosotros mostraban debilidades pequeño burguesas, y que no había que pensar como aventureros. Francamente, yo no podía entender aquel empecinamiento. Lo que se nos ordenaba, textualmente, era huir del combate, supuestamente para acumular fuerzas, mientras la cabrona realidad nos estaba diciendo otra cosa. La pasividad era un retroceso, y el retroceso se volvía mortal. Y *El Viejo Tirado López*, Filemón, Jacinto Hernández, tampoco lo entendían, no lo entendían los combatientes, que querían rifarse con la guardia, y no andar huyendo, ni lo entendían los colaboradores, la gente campesina a la que habíamos entrenado militarmente. Ante ellos, dábamos apariencias de cobardía, y nos estábamos quedando atrás como vanguardia.

Y así es que, por desgracia, se empezaron a presentar contradicciones entre nosotros y los jefes de la Brigada Pablo Ubeda, quienes no sólo se mostraban conformes en acatar aquellas instrucciones, tan absurdas a mi entender, sino que las defendían, aunque en las bases de la brigada existiera, entre la mayoría de los combatientes, la misma percepción que nosotros teníamos. Y en esta situación angustiosa, capeando el bulto mientras la represión seguía creciendo, y

metidos en discusiones interminables y amargas llegamos al mes de septiembre de 1975. Fue entonces cuando *El viejo Tirado López* decidió que ya no podíamos seguir así, y que íbamos a pasar a la ofensiva por nuestra propia cuenta.

La Gata Munguía, que había sido enviado por *Moderato* para trabajar en las estructuras de *El Viejo Tirado López*, llevaba la voz cantante en esa posición de no combatir. Y entre él y mi hermano se dio una de esas discusiones fuertes que digo, un día de principios de ese mes de septiembre. A Filemón, *El Viejo Tirado López* lo había encargado de organizar los planes militares de ataque que íbamos a iniciar.

—Aquí todos somos soldados, aparte de la responsabilidad política que trae usted —recuerdo que le dijo Filemón. Y aquí donde estamos, la autoridad se gana, no se discute.

Pero *La Gata Munguía* insistía en que sus instrucciones eran de aguantar, y no podía violentarlas; ya iban a venir otros tiempos en que hubiera mejores condiciones para la guerra. Y tras mucho hablar, mi hermano cerró la discusión.

—Bueno, compañero, quiero saber en qué quedamos por fin —le dijo—; primero se nos habló de una ofensiva militar ininterrumpida, y ahora, por andar escondiéndonos de la guardia, nos están matando a todos, y a los campesinos los están haciendo mierda, a la vista y paciencia de nosotros que los metimos en esto. Nosotros vamos a una ofensiva, esté de acuerdo quien esté de acuerdo. Y yo, lo que necesito saber es si usted va a acompañarnos.

La Gata Munguía aceptó fajarse al fin, y a pesar de que no estaba de acuerdo, asumió sin vacilaciones el puesto que se le designó en el combate. Fue así que participó en la emboscada que se le montó a la guardia en San Antonio de

Kuskawás, el 9 de septiembre de 1975. Planificada por Filemón y dirigida por *El Viejo* Tirado López.

En esa emboscada participaron también el propio Filemón, Jacinto Hernández, Chico Ramírez, Facundo Picado, Alvarito Hernández, Serafín García, Crescencio Rosales y Fidel Aguilar, un campesino originario de allí mismo, de San Antonio de Kuskawás, hermano de Crescencio Aguilar, el baquianito escogido por Carlos Fonseca para que lo guiara en su caminata final y que iba a morir con él en Boca de Piedra. Por esos días, yo había vuelto de nuevo al cerro de El Chile.

La patrulla que cayó en la emboscada era como de dieciséis guardias. Se les sorprendió en una encajonada del camino por el que transitaban, bastante confiados, y gracias a la sorpresa y a la ventaja del terreno, tras un intenso combate fueron aniquilados trece de ellos, una victoria que nos desquitaba con creces de tantos reveses sufridos.

Pero ya cuando el combate estaba decidido, Jacinto Hernández se lanzó al asalto en el afán de recuperar una ametralladora Browning, una pieza codiciada para quienes peleaban con armas de poca categoría, sin percatarse que uno de los guardias tendidos en el camino, al que tomó por muerto, sólo había quedado herido.

El guardia lo recibió desde el suelo con una ráfaga, y lo mató. Fidel Aguilar, que se había lanzado detrás de Jacinto, cayó también, bajo las balas del mismo guardia hijueputa.

Los compañeros se retiraron dueños de aquella victoria, aunque atrás quedaba Jacinto Hernández, miembro suplente de la Dirección Nacional, un hombre valioso, curtido y experimentado como pocos en la lucha guerrillera. Y como los golpes así de duros no vienen solos, cuatro días después iba a morir Filemón Rivera.

La guardia desplegó varias patrullas desde Río Blanco en persecución de la columna, que se había dispersado para evadir el operativo, y el 13 de septiembre cercaron a Filemón, junto con otros tres compañeros, en Cerro Grande de Kuskawás. Se declaró el combate, y mi hermano, que se había quedado solo, cubriéndoles la retirada a los demás, cayó en la acción, peleando hasta el final.

Ése fue el costo que hubo que pagar al retomar la ofensiva contra la guardia, las vidas de Jacinto Hernández y Filemón Rivera, dos miembros suplentes de la Dirección Nacional, los más cercanos a *El Viejo Tirado* López y muy queridos por él, compañeros suyos en la montaña desde el principio, y la vida del campesino Fidel Aguilar. Y tras esas muertes, ya no se volvió a hablar de nuevas ofensivas.

Se continuó en el trabajo organizativo, pese a la represión, y pudimos volver a tomar contacto con la gente de *Modesto* y Carlos Agüero en Iyas. *El Viejo Tirado* López quedó siempre del lado de Pancasán y Cerro Colorado, con la poca tropa que le restaba, y *La Gata* Munguía pasó a un punto intermedio, entre Kuskawás y el cerro de El Chile donde yo volví a asentarme.

El enemigo siguió intensificando el terror. Como ya casi no quedaban hombres que no estuvieran presos, o muertos, los famosos pintos arrasaban ahora con las mujeres. Porque al desaparecer los hombres, nosotros empezamos a entendernos en el trabajo con las mujeres, que nos servían de guías, de correos, recogían información y a veces nos hacían la comida. Y después de las mujeres, a las que capturaban y violaban, siguieron con los niños, que también habían pasado a ayudarnos. Y niño que agarraban, fuera varón o mujercita, lo mataban sin ninguna piedad. Los tiraban de los helicópte-

ros, los atravesaban con el filo de las bayonetas, y se divertían dejándolos a merced de la ferocidad de los perros. Muchos guardias salieron locos de la montaña, perseguidos en su conciencia por tantas barbaridades que cometían.

Y no cejaban en seguir quemando las chozas y las trojes, destruyendo las milpas, chapodando los frijolares, cortando a machetazos los chagüites en los platanares, derribando con hachas los árboles frutales, degollando las reses, matando las gallinas, echando las bestias sobre las sementeras. Todo lo que pudiera ser comida lo hacían desaparecer, para obligarnos al hambre. Y también pasaron a controlar estrictamente la venta de provisiones de boca en los comisariatos: nadie podía presentarse a comprar con un billete de cien córdobas, porque eso era delito. Y cuando entró el año de 1976, y montaron la famosa operación “Aguila Sexta”, la situación fue todavía peor.

Entonces, nos vimos obligados a trasladar a la mayor parte de los combatientes a la Brigada Pablo Ubeda, adentro de la selva, más allá del río Iyas. *El Viejo* Tirado López se llegó a quedar en Pancasán con unos cinco o seis compañeros, nada más. Y yo, en El Chile, con una escuadrilla de cuatro, buscando cómo sobrevivir.

Aguantar, y sobrevivir, hacerle güevo. Y cargar con mis sueños.

8

SIETE COMPAÑEROS A LAS SIETE DE LA NOCHE UN SIETE DE NOVIEMBRE

El comandante Carlos Fonseca inició su última entrada a la montaña bajo el nombre de *Agatón* alrededor del mes de

marzo de 1976, buscando cómo acercarse al cerro El Chile. Eso fue poco antes de que yo tuviera mi primer combate frontal con la guardia, aunque ya para enero de 1975, cuando recibimos la orden de pasar a la ofensiva, había participado en una emboscada de menor importancia en Kuskawás.

Es de Carlos Fonseca que quiero hablar ahora, de todos los meses que anduve con él, hasta que cercana ya la hora de su muerte, nos despedimos para siempre. Pero antes, voy a referir ese primer combate.

A finales del mes de abril de 1976 llegó a El Chile un nuevo grupo de compañeros destinados a la Brigada Pablo Ubeda, y a mí me tocó como lo hacía siempre, ponerme en marcha con ellos para trasladarlos hasta Iyas. Dos de ese grupo acababan de venir de Cuba: Julián Roque Cuadra, al que le decíamos *Pablo*, y Roger Deshon Argüello, participante en el asalto a la casa de Chema Castillo en diciembre de 1974, y a quien no veía desde el año 1972, cuando nos encontramos en el *Cuartel de los Bervis* en León; el otro era Crescencio Rosales, que estaba con *El Viejo* Tirado López, en Pancasán. Con nosotros iban, además, unos campesinos de las comarcas que yo atendía, para integrarse también a la brigada.

El 29 de abril, yendo allá por Cerro Verde, en la comarca de Dipina, tuvimos un atraso porque a Crescencio Rosales, le dio un ataque de tifoidea, y hubo que detener la marcha. Así nos vimos precisados a improvisar campamento esa noche, sin poder alcanzar el sitio donde debía recibir al grupo el compañero Orlando Castellón, al que llamábamos *El Pelón Casimiro*, caído en combate en 1977.

Habíamos buscado el auxilio de un campesino, quien le preparó a Crescencio un cocimiento de hojas; pero fue este mismo campesino el que nos denunció a la guardia, debido

seguramente al terror imperante, y al amanecer del 30 de abril nos pusieron un cerco en el lugar donde acampábamos, un paraje de poca vegetación.

Cuando sonaron los disparos, nos distribuimos rápidamente las posiciones de combate. Julián Roque y yo quedamos a la par, y juntos respondimos al fuego, él armado con un Garand y yo con una carabina. La guardia no se acercó por el punto que era más previsible, sino por el flanco donde estábamos los dos, y al primero en asomar por el trillo, que era un juez de mesta, lo matamos, o lo dejamos mal herido; cayeron dos o tres guardias que venían detrás, pero una bala alcanzó a Julián, que empezó a desangrarse a mi lado. El resto de los compañeros logró retirarse en orden, como está previsto en esas circunstancias, y yo me quedé combatiendo solo, retirándome ya cuando Julián estaba muerto.

Los compañeros, como no conocían la ruta hacia Iyas, y al baquiano yo lo había enviado adelante a contactar la escuadra de *Casimiro*, tuvieron que regresar al rancho de Martiniano Aguilar, por donde habíamos pasado antes. Y yo seguí solo hacia el punto concertado para el encuentro, porque era necesario dar a conocer lo que había ocurrido.

Esa vez llevábamos un cargamento fuerte de municiones y medicinas, distribuido en doce mochilas, y las perdimos todas, porque quedaron abandonadas en el lugar. Es mentira que a la hora de un combate imprevisto, cuando uno tiene que retirarse, va a cargar con una mochila que pesa entre setenta y ochenta libras. Pero el cargamento era lo de menos. El verdadero golpe que nos dieron fue la muerte de Julián Roque, un muchacho universitario, entusiasta y muy humilde, muy dado a colaborar con los campesinos, interesado en enseñarles a leer y a escribir.

Tarde de ese mismo día logré alcanzar el sitio donde acampaba *Casimiro*. Le di mi informe, y él a su vez me dio a conocer que por instrucciones de *Modesto* debía llevarme de regreso a dos de los combatientes de la brigada, que ya estaban allí con él: Johny Torres, ahora mayor del ejército, que bajaba a integrarse al grupo de *El Viejo Tirado López*; y el Roberto Chamorro ése, al que ya mencioné antes, y que por hallarse supuestamente enfermo, dejaba la guerrilla para quedarse trabajando en las estructuras urbanas. Empecé con ellos la ruta de vuelta a El Chile, y quise pasar por el sitio donde se había dado el combate, en busca del cadáver de Julián. Sólo las huellas de sangre encontré en el suelo, porque lo habían arrastrado para llevárselo.

Johny se quedó en Pancasán con *El Viejo Tirado López*, como eran las instrucciones, y a Roberto Chamorro se le puso sano y salvo en Matagalpa; pero apenas llegó a Managua, fue a entregarse directamente a las manos de la guardia, y les denunció lo que había visto y conocido en el trayecto desde Cerro Verde, pasando por El Chile, hasta Pancasán; dio nombres de lugares, señas de casas de los campesinos que nos ayudaban, todo lo que pudo acordarse. Y como el que es traidor vuelve siempre a la traición, este individuo fue a terminar después del triunfo en la contrarrevolución, con Edén Pastora.

En los días siguientes, entre el 2 y el 8 de mayo, se dieron nuevos combates, uno de ellos con el grupo de *El Viejo Tirado López*, combates en los que cayeron otros dos compañeros de quienes no recuerdo más que sus apellidos, uno era Cruz, otro era Campos. Y tras la muerte de Julián Roque, celebrada en la primera página de *Novedades* junto con la captura del cargamento, y sobre todo tras la traición

de Roberto Chamorro, ahora las comarcas hervían de guardias que podían moverse sobre objetivos más concretos, desatando una nueva represión para dismantelar la red de colaboradores que aún conservábamos.

Pero de todos modos yo logré cumplir la misión original que se me había encargado, y alrededor del 15 de mayo, utilizando una ruta distinta, por Zinica, porque el traidor ése había quemado la antigua que pasaba por El Chile, por fin puse en manos de *Casimiro* al grupo de combatientes destinados a la Brigada Pablo Ubeda.

Carlos Fonseca había vuelto a Nicaragua a finales de octubre de 1975, y cerca de cuatro meses se movió entre Managua, León y Chinandega antes de subir a la montaña en marzo de 1976, como ya dije, entrando desde la ciudad de Jinotega por el sector de El Bote. Carlos Agüero había bajado al Pacífico en noviembre para encontrarse con él, y regresó poco antes a preparar su llegada.

Y se hallaba en La Posolera a principios de mayo, a apenas dos días de marcha del cerro El Chile, cuando por causa de los acontecimientos que he venido relatando hubo que devolverlo a San José de las Bayas, de donde ahora arrancaba la nueva ruta a Iyas que pasaba por Zinica. Y fue desde San José de las Bayas que recibí a comienzos de junio un mensaje suyo, llamándome a su lado.

Cuando me presenté a su llamado, hallé allí a Carlos Agüero, y a todos los demás del grupo que había entrado con él a la montaña: Juan de Dios Muñoz, que tenía en ese momento el seudónimo de *Joaquín*; Rosa Argentina Ortiz (*Norma*), una maestra de escuela que ahora es oficial del MINT; Claudia Chamorro (*Luisa*), de la que voy a ha-

blar adelante; Celestina López (*Mayra*), de la que también voy a hablar, porque tenía que ver conmigo; un compañero a quien llamábamos *Leonel*; y varios obreros de los barrios de Subtiava y San Felipe de León, que se identificaban por números: el 111 (*Ernesto*), que posteriormente se desertó, el 112 (*Leonel*), el 113, el 114 (*Benito Carvajal*), el 115, y el 116 (*Silvio*), picador de piedra en las canteras de Subtiava, todos ellos muy jóvenes, andarían entre los dieciséis y diecinueve años de edad. Por órdenes de Carlos, Juan de Dios y yo nos encargamos posteriormente de impartir entrenamiento militar a esos chavalos de León.

Con él se hallaban también cuatro campesinos: Facundo Picado (*Donald*); el baquiano Inés Hernández, aquél a quien llamábamos *Pedrito*, o *El humilde campesino*; Víctor Manuel Urbina, el otro baquiano conocido como *Juancito*; y Marlon Urbina, que tenía el seudónimo de *Vidal*, y ahora es capitán del EPS.

A partir de ese encuentro, hasta el mismo 7 de noviembre de 1976, el día de su muerte, yo estuve moviéndome con Carlos Fonseca por distintos rumbos, por Las Bayas, por Zinica, por Waslala, por Dipina, por Cusulí y por El Varillal, el último lugar donde lo dejé, como a tres o cuatro horas de camino de Boca de Piedra, el sitio de su caída. Pero antes de relatar todo eso, quiero contar cómo fue mi casamiento; porque unas semanas después de habernos encontrado, para finales del mes de junio, Carlos Fonseca me casó en la montaña.

Sucede que cuando empecé mi trabajo en el cerro El Chile, en 1973, me enamoré de una campesina de nombre Victoria López, que tenía más o menos mi misma edad,

unos diecinueve años, hija de un matrimonio que colaboraba con la guerrilla desde el tiempo de Pancasán; ahora ella estudia en Cuba.

Fue un amor difícil, porque debido a mi responsabilidad frente a su familia, el asunto de declarármele, de arriarme a ella, no dejaba de tener sus bemoles políticos; uno anda en lo que anda, y piensa siempre en el respeto a los colaboradores. Y mientras dudaba, se me acabó el tiempo, pues se hizo guerrillera y se trasladó a Iyas, para integrarse a la Brigada Pablo Ubeda. En el campamento se juntó con un compañero de nombre Amílcar, originario de El Viejo, un muchacho que había formado un equipo de béisbol allá en su pueblo con Germán Pomares (*El Danto*) y Aurelio Carrasco, escogiendo los colores rojinegro para la bandera del equipo. Después, cuando Amílcar cayó, fue compañera de *Modesto*, y tuvieron una niña que se llama Saslaya.

Ida ella, pasé a enamorarme de su hermana Celestina López, que sí fue mi novia, y en diciembre de 1975 llegó a convertirse en mi mujer, ya cuando estaba integrada también a la guerrilla con el seudónimo de *Mayra*. Decidieron después trasladarla a la ciudad, y en marzo de 1976 volvió a la montaña, en ese grupo que venía con Carlos Fonseca. Entonces, sucedió lo que era natural. Facundo Picado, *Vidal*, y los otros compañeros obreros de León, andaban queriendo echarle el caballo; y Carlos, que conocía a su familia desde los tiempos de Pancasán, se dio cuenta del asedio, y supo por boca de ella sobre la relación que había tenido conmigo antes. Y como en esas cosas de amores era un hombre muy recto, buscando evitar cualquier disturbio me llamó un día, para aclarar conmigo el asunto.

— Mirá, *Enrique* — me dijo, porque ése era mi seudónimo entonces —, ¿cuáles son tus intenciones con la *Mayra*? Si no han hablado todavía los dos, hablen. Y me informas lo que resuelvan.

Yo le obedecí. Hablé con ella, nos palabreamos, y le comunicamos que queríamos vivir juntos.

— Bueno — nos dijo —, estas cosas son muy serias, y más entre militantes sandinistas. Y si están de acuerdo ya, vamos a formalizar el matrimonio.

Nos sentó frente a él, y como por dos horas nos estuvo explicando el significado del matrimonio en la guerrilla, lo que debe ser la mujer para los revolucionarios; que reflexionáramos, que recapacitáramos, que una vez casados no podíamos andarnos faltando al respeto, ni ella a mí, ni yo a ella. Y volvió a preguntarnos que si estábamos de acuerdo en juntarnos, y al confirmarle que sí, convocó a los demás compañeros a su presencia, para celebrar la ceremonia. Hizo que nos diéramos la mano, después un abrazo, y luego, que le diéramos la mano a él. Y teniéndonos a los dos agarrados de la mano, nos declaró marido y mujer ante la ley de la revolución.

Hubo entonces una fiestecita, y a partir de esa noche ya dormimos juntos, aparte de los demás. Y en adelante, cuando ella debía salir en misión con otros compañeros, antes de darle las órdenes, Carlos me consultaba a mí si yo estaba conforme; y aunque yo siempre respondía que ella era mi compañera, pero que antes que compañera mía, era una militante del FSLN, me lo preguntaba cada vez, porque él era así, formal y respetuoso.

Recuerdo que recién llegado al campamento de San José de las Bayas, Carlos nos reunió un día a Juan de Dios

Muñoz, a Facundo Picado ya mí, para explicarnos las razones de su presencia en la montaña. Nos informó que su intención era buscar a *Modesto* para celebrar una reunión de la Dirección Nacional, que tenía una enorme importancia para el futuro del Frente Sandinista. Esa reunión, de acuerdo a los planes que andaba en la cabeza, debía celebrarse en la vega del río Iyas el 15 de noviembre de 1976.

Allí se iba a tratar el asunto de la estrategia. Era necesario, según sus palabras, redefinir la estrategia de lucha: —Aquí estamos mal, y vamos mal, nos están matando uno por uno, y nosotros nada estamos haciendo, esta cosa no es así, —nos dijo. —Tenemos que hacer una reunión con *Modesto*, con los compañeros de la Dirección Nacional, con otros cuadros de importancia, y vamos a analizar estos problemas, la situación interna del FSLN y la situación política y militar del momento. A más tardar en enero de 1977, tenemos que buscar cómo desarrollar una ofensiva militar aquí en la montaña, para quitarle la iniciativa al enemigo. La montaña ha sido siempre carga de la ciudad, hay que buscar cómo independizarla de la ciudad, que por lo menos durante unos seis meses, los compañeros de la ciudad no tengan que ver con nosotros, que ellos se dediquen a impulsar el trabajo político, el trabajo organizativo con la población urbana, que desarrollen acciones armadas en las ciudades; y hasta después, vamos a volver a restablecer contacto con la ciudad, tenemos que probar por unos seis meses a valernos solos. Por eso es importante la reunión.

Su preocupación era seria, al grado de empujarlo a subir a la montaña, corriendo tantos riesgos, y sobre todo con las limitaciones de la vista que tenía debido a su miopía. Pero la verdad es que yo lo entendía. Las contradicciones

que recién habíamos vivido, sobre la forma de enfocar la lucha, esperar o combatir, y que tantos muertos nos costaban ya, iban a resolverse si se cambiaba de estrategia. Era lo que se necesitaba.

La unidad interna lo preocupaba también, rectificar los problemas políticos que se habían dado con Jaime Wheelock, y que nosotros ignorábamos. Y recuerdo, como si fuera hoy, sus palabras de ese primer encuentro, que después no iban a cesar de martillarnos: — La situación con Jaime Wheelock no la hemos manejado bien políticamente, hemos fallado, tenemos que rectificar y vamos a rectificar.

A mí me da la impresión de que a pesar de la dificultad con las rutas, que estaban vigiladas estrechamente por la guardia, no quería encontrarse con *Modesto* antes de la fecha de la reunión, previendo quizás algún desacuerdo. De haberlo querido, bien pudo haber llegado a Iyas directamente desde El Bote, con Carlos Agüero, que conocía de sobra el terreno, o con un hombre de experiencia como Juan de Dios Muñoz; y tenía consigo, además, a *Pedrito* y a *Juancito*, los mejores baquianos de la guerrilla. Digo esto porque poco después que yo dejé El Chile para ir en su busca, recibió correspondencia de *Modesto*, y entonces me comentó: — Parece que *Modesto* no está de acuerdo con el movimiento que hice con vos. Parece que vamos a tener problemas con el camarada.

Y durante todo ese tiempo que anduvimos errantes de una comarca a otra, no logró tener comunicación con *El Viejo Tirado López*, ni con *La Gata Munguía*, debido a la intensidad de la represión. El dinero y las cartas que le dejaba en los buzones a *La Gata Munguía* siempre estaban allí cuando pasábamos buscando la respuesta, nunca llegó a re-

cogerlos. Y se suponía que *El Viejo* Tirado López y *La Gata* Munguía iban a asistir a la reunión.

A finales de julio estábamos de nuevo en San José de las Bayas, y para esos días Carlos despachó hacia El Bote a un grupo de compañeros llevando correspondencia dirigida a los mandos de la ciudad, en la que recordaba la urgencia de mantener la fecha de la reunión, y advertía que ninguno de los participantes se atrasara en asistir. Ese mismo grupo debía traer, al regreso, dinero, medicinas, municiones y la correspondencia que hubiera. Iban en esa misión Juan de Dios Muñoz, Rosa Argentina Ortiz, Víctor Manuel Urbina (*Juancito*) y el 111 (*Ernesto*), uno de los obreros de León.

En el camino de ida, en un lugar llamado El Pastal, chocaron con la guardia. Juan de Dios salió herido, y a consecuencia de esa herida perdió un ojo; logró evadirse, pero ya no pudo volver al campamento. Capturaron a Rosa Argentina, y el 111 (*Ernesto*) se desertó, de manera que el único que regresó fue *Juancito*, trayéndonos las tristes novedades.

Yo no se lo decía a Carlos, pero viendo las realidades, en mi mente se acumulaban las dudas sobre la posibilidad de que esa reunión fuera a darse de verdad, con tantas dificultades y tropiezos que se presentaban. Nos están matando a todos, nos van a matar a todos, repetía Carlos. Y el 13 de septiembre, como para confirmar sus palabras, en un lugar entre el Cerro de El Chile y El Ocote, cayó en combate *La Gata* Munguía.

A finales de septiembre de 1976, con el ojo puesto siempre en la misma mira, me ordenó acompañar hasta el río Iyas a Carlos Agüero, que llevaba instrucciones suyas de hablar con *Modesto*, para que saliera de la profundidad de la selva y fuera acercándose al sitio de la reunión.

Conmigo partieron de San José de las Bayas en esa misión, *Pedrito*, la *Mayra*, y *Vidal*, que iba a quedarse con Carlos Agüero. Siete días tardamos en llegar hasta el punto donde nos esperaba la escuadra de *Casimiro*, y otros siete en volver, en marcha casi siempre nocturna por caminos y abras, cuidándonos al mismo tiempo de reconocer bien la ruta, porque era la misma que Carlos iba a utilizar para desplazarse hasta el lugar de la reunión.

Cuando regresamos al campamento de San José de las Bayas lo hallamos abandonado, lo cual era una mala señal. Y tras mucho trabajo, rastreando huellas por varios días, volvimos a encontrar a Carlos y al resto de los compañeros en un sitio cercano de la misma comarca, donde habían improvisado un nuevo campamento.

Sucedió que en esos días finales de septiembre, mientras nosotros estábamos ausentes, los jueces de mesta habían chocado con uno de los grupos que se desprendían del campamento en busca de provisiones, perdiéndose en el monte a raíz del encuentro el 115, uno de los obreros más jóvenes del grupo de León, no tenía más de dieciséis años. Se dieron en los días siguientes otros choques, los compañeros sufrieron nuevas bajas, y en una de tantas los jueces de mesta lograron penetrar hasta el campamento. Se trabó el combate, y Facundo Picado, que actuaba como jefe militar, logró organizar la retirada y evacuar a Carlos, que resultó herido en una pierna por el perdigonazo de un disparo de escopeta.

La situación en que los hallamos en el nuevo campamento era verdaderamente jodida, apenas les quedaban unos puños de frijoles y ni siquiera tenían sal, porque encontrar provisiones de boca se estaba haciendo cada vez más

difícil. El acoso permanente de los jueces de mesta no permitía acercarse a los ranchos de los campesinos que aún se atrevían a ayudarnos, ya no digamos a los comisariatos.

Y en ese trance de hambruna, el mismo Carlos ordenó que buscáramos una planta a la que llaman *Cola de mico*, que cuando se pela y se cuece, tiene el mismo sabor de la yuca, un alimento que no conocían ni los mismos campesinos que andaban con nosotros. Carlos contaba que habían descubierto esa planta en los tiempos de la guerrilla de Pancasán, y es lo que comían entonces para no alertar a la guardia buscando provisiones en los alrededores. Y frijoles sin sal y *Cola de mico*, era todo lo que teníamos para matar el hambre en el campamento del jefe de la revolución.

En ese nuevo campamento, al que bautizamos con el nombre de *Cola de mico*, nos quedamos algunos días, y a principios de octubre Carlos decidió que nos moviéramos rumbo a Waslala, y luego hacia Zinica, donde ya comenzaba a sentirse la presencia de las patrullas de la guardia. Porque en los meses anteriores el enemigo había estado concentrando sus fuerzas en la periferia de Matagalpa, desde San Ramón hasta La Tronca, Pancasán, El Horno, Guabule, Bijao Norte, Kuskawás y Yaosca Central, en plan de llegar hasta los campamentos de la Brigada Pablo Ubeda; y ahora avanzaba ya hacia la región selvática de Iyas, tendiendo un peine de Sur a Norte, y sembrando a su paso el terror y la desolación en todas las comarcas, Zinica entre ellas.

Por entonces, la situación era también muy angustiosa para *El Viejo Tirado López*, en Pancasán y Cerro Colorado, atrapado en la cola del rastrillo, y ya a esas alturas sólo le quedaban unos pocos compañeros: Chico Ramírez, Alvarito Her-

nández, Rogelio Picado, que iba a caer poco tiempo después en Managua, al lado de Eduardo Contreras; Carlitos Suárez, hermano de Nelson Suárez; Estanislao García, reclutado por Filemón en El Horno (por cierto, la Dirección Nacional acaba de darle este año la Orden *Carlos Fonseca*); Juan Ramos (*El Indio Emilio*), ahora capitán del EPS; y dos campesinas de apellido Campos que cayeron después: una de ellas en Managua, junto a Angelita Morales Avilés, el 14 de mayo de 1977, y la otra en Rivas, para la última ofensiva de 1979.

En los primeros días de octubre, Carlos envió a *Pedrito* y a otro compañero en una nueva misión a la vega del río Iyas, preocupado por tener noticias de *Modesto*. Trajeron de vuelta una correspondencia que les entregó *Casimiro*, y así nos dimos cuenta que de aquel lado las fuerzas de Carlos Agüero habían tenido ya dos combates con las patrullas de la guardia que empezaban a penetrar a Iyas.

En la primera de esas acciones lograron detectar al enemigo y le tendieron una emboscada, pero fueron sorprendidos por la retaguardia y en el encuentro perdieron las mochilas. Encachimbado por la pérdida, Carlos Agüero ordenó ponerse en persecución de los guardias, y se produjo entonces el segundo combate. Y según los informes que enviaba *Casimiro*, Carlos Agüero había tenido que salir en busca de *Modesto* para informarle de la situación crítica en que se hallaba: tampoco su gente tenía qué comer, ni siquiera sal. Y todo esto quería decir que *Modesto* continuaba en la profundidad, sin acercarse todavía al sitio de la reunión.

A finales de octubre, Carlos decidió que nos moviéramos de Waslala hacia la comarca de Cusulí, acortando ya distancia para dirigirse después a Iyas. Y el 2 de noviembre, reunidos en El Varillal en la casa de un campesino de

apellido Mendoza, que era el encargado de la ermita, nos planteó a los once compañeros que para entonces quedábamos con él, la necesidad de dividirnos en grupos para cumplir misiones distintas.

Un primer grupo, formado por Inés Hernández (*Pedrito*) y Víctor Manuel Urbina (*Juancito*), fue encargado de abrir una nueva ruta a través de la frontera con Honduras, por el río Par Par, para poder meter armas, porque hasta entonces las únicas rutas subían del Pacífico.

—No es posible —nos dijo en esa ocasión— que las armas que conseguimos en Honduras tengamos que pasarlas por todo el país para traerlas hasta la montaña. Necesitamos una ruta directa desde Honduras.

El segundo grupo, a cargo de Facundo Picado, y en el que iban el 116 (*Silvio*) y la *Mayra*, debía salir hacia El Bote para trasladar desde allí a los compañeros del Pacífico que llegarían a la reunión, a través de la ruta que pasaba por Waslala y luego por Bocaycito y El Sarayal, hasta Cusulí. Llevaban también el encargo de introducir medicinas, municiones y correspondencia.

Un tercer grupo, en el que me dejaba a mí, a Claudia Chamorro y a dos de los obreros de León, el 112 (*Leonel*) y el 113, debían permanecer en la zona de Cusulí para garantizar el traslado a Iyas de los que venían del Pacífico a la reunión, y para atender el trabajo con los campesinos.

—Además, vos te quedás aquí, porque esta gente no puede andar sola —me dijo, refiriéndose a los que se quedaban conmigo.

Y por último, una vez asignadas todas las misiones, escogió por compañía suya en la marcha de cinco días que iba a emprender hasta Iyas, a los dos restantes: al 114 (Benito

Carvajal), y a Cresencio Aguilar, un campesinito de dieciséis años, que tenía por seudónimo *Danilo*. Como ya dije antes, este chavalito era hermano de Fidel Aguilar, quien había caído junto a Jacinto Hernández en San Antonio de Kuskawás. Otro de sus hermanos, de apenas trece años, había sido asesinado cuando cayó *La Gata* Munguía.

Facundo Picado, *Pedrito* y yo, nos opusimos desde el primer momento a su decisión, porque significaba que iba a aventurarse por una ruta desconocida con dos acompañantes inexpertos. *Danilo*, el chavalito campesino, reclutado el año anterior, sólo había entrado dos veces por aquellos rumbos selváticos; y el 114 (Benito Carvajal), otro chavalito, todavía más nuevo, había llegado a la montaña hacía apenas seis meses. Discutimos con él, tratando de convencerlo de que escogiera a uno de nosotros tres, que se fuera con *Pedrito*, el mejor baquiano de todos. Pero fue imposible, insistía en que las otras misiones eran más importantes. Y al final, ya molesto, nos preguntó:

— Bueno, ¿quién es el que manda aquí? ¿Ustedes, o yo?

— Claro que usted —le respondí.

— Entonces, obedezcan, y hagan lo que yo digo —nos dijo. Y ésa fue su última palabra.

El día 5 de noviembre despedimos en El Varillal a los dos compañeros que iban hacia el río Par Par, y a los tres que se dirigían a El Bote. Y los otros seis permanecemos con él en Cusulí, esperando el momento de su salida para Iyas.

Y el 7 de noviembre, al ser las siete de la noche, mientras caía un gran aguacero, inició Carlos Fonseca su marcha postrera acompañado por los dos muchachos que se ha-

bía obstinado en elegir, dejándome a mí con los otros tres, Claudia Chamorro entre ellos. Antes de partir me ordenó entregarle a *Danilo*, el campesinito, los papeles que me había confiado cuando nos encontramos la primera vez en junio, y que yo anduve todo ese tiempo debajo de la camisa, metidos en un envoltorio plástico. Y así mismo le acomodé al chavalo el envoltorio, debajo de su camisa.

Me abrazó, y fue un abrazo para siempre. Y ahora que reflexiono en mis recuerdos sobre aquel momento, tan cargado de tristeza, encuentro que era extraño: siete compañeros que se despiden, a las siete de la noche de un siete de noviembre. Y la lluvia que caía sin clemencia.

Y tampoco olvido su estampa al irse: la barba de meses, poco desarrollada, sus gruesos lentes que le eran tan necesarios por la miopía, su uniforme verde olivo, sus botas altas, su escopeta automática calibre 12, su pistola Browning 9mm de catorce tiros y una granada de fragmentación al cinto.

Salía de noche, porque a pesar de que el problema de la vista le dificultaba la marcha en la oscuridad, el primer trecho había que hacerlo por un camino transitado, antes de penetrar al monte por un abra. El camino donde precisamente lo esperaba el enemigo ya detrás de sus pasos, olfateando en el aire que Carlos Fonseca, al que habían dado por muerto otras veces, se encontraba en la montaña.

Así fue que cayó en Boca de Piedra, comarca de Zinica, esa misma noche del 7 de noviembre de 1976, sorprendido por una patrulla de guardias a pocas horas de marcha de El Varillal, donde nos habíamos despedido, sin que yo lograra oír los tiros debido al ruido del aguacero que siguió cayendo hasta el amanecer. Combatió en desventaja, y el 114

cayó con él en el combate. *Danilo*, el campesinito, pudo escaparse, pero fue emboscado más tarde en otro trecho del camino, y lo mataron también. Entre nueve y once de la mañana del día siguiente, mientras nos alejábamos de El Varillal, escuchamos disparos por el rumbo de Boca de Piedra, acompañados de explosiones, a lo mejor era ésa la hora en que estaban matando al campesinito, no sé. Nunca llegamos a averiguar qué se hizo la documentación que yo mismo le había acomodado debajo de la camisa, si alcanzaría a esconderla mientras huía, o la encontró la guardia en su cadáver.

Fue directo a su muerte Carlos Fonseca, obsesionado por esa idea de una reunión imposible que no se le apartaba de la mente, medio ciego, guiado por un niño bajo la lluvia en la noche cerrada de la montaña y cercado por los peores presagios: patrullas asesinas, helicópteros, perros de presa, las comarcas sembradas de muertos, los ranchos y las milpas quemados, los caminos vigilados palmo a palmo, la guardia acampando en las capillas y en las ermitas, y cuando todo el mundo nos denunciaba por miedo y eran pocos los que se atrevían a colaborar.

Y ya nunca llegó a la vega del río Iyas, ya nunca se dio la reunión que tanto lo desveló y que le costó la vida.

9

UNA MUJER COMO HE CONOCIDO POCAS

Una vez que Carlos se había ido, decidí que lo más prudente era desalojar la casa del campesino Mendoza, el encargado de la ermita de El Varillal. Me despedí de él y de su familia;

y junto con los tres compañeros que quedaban bajo mi responsabilidad, salí en busca de una burra de monte donde pasamos la noche, aguantando en descampado el gran pencazo de agua que no amainaba. Mi intención era ponerme en marcha temprano del día siguiente, en dirección contraria a la ruta hacia Zinica que Carlos llevaba.

En los días posteriores nos movimos por distintos rumbos de las comarcas de Cusulí, Waslala y San José de las Bayas. Y en la madrugada del 10 de noviembre, todavía alta la neblina, me encontraba preparando el desayuno en el campamento que habíamos improvisado en un sitio de San José de las Bayas, arroz con caracoles de río y un residio de café vuelto a hervir, con mi radio de baterías al lado, cuando en el noticiero *Sucesos*, de Radio Corporación, que entraba a las seis de la mañana, el locutor empezó a leer un comunicado de la Oficina de Leyes y Relaciones de la Guardia Nacional, donde se anunciaba la muerte de Carlos Fonseca en Zinica. Luego el locutor leyó otro comunicado de fecha anterior, en el que se informaba las muertes de Eduardo Contreras y de Roberto Huembes en Managua.

Esos son los momentos cuando el más recio de los hombres flaquea, y al más pintado se le aflojan las rodillas, por mucho que uno cargue con la muerte a cuestas en su mochila de guerrillero. Y ráfagas alborotadas cruzaron por mi mente, desordenando mis sentimientos, tristeza desde lo hondo del alma, dudas que me hacían vacilar. ¿De qué estaban sirviendo todas esas muertes, una detrás de otra? La caída de Jacinto Hernández, la caída de mi hermano, tan reciente, la caída de *La Gata* Munguía, un año después, en la misma fecha. Y ahora Carlos, el jefe de la revolución, Eduar-

do Contreras, el *Comandante Cero* de la toma de la casa de Chema Castillo, Roberto Huembes, aquel estudiante callado que conocí en su casa, en Managua. ¿Tenía futuro la lucha en que estábamos metidos? ¿Llegaríamos a alguna parte pagando tantos sacrificios?

Pero en mi pesadumbre de animal que se siente acosado en el monte, Carlos Fonseca volvía a hablarme como otras veces: — Acuérdense, muchachos, cuando se sientan tristes, desanimados, desmoralizados, con ganas de correrse y dejarlo todo, con ganas de llorar, que nadie nos ha metido a la fuerza en esto, que andamos aquí voluntariamente; y piensen en los miles de niños que piden limosna, descalzos y casi desnudos, piensen en la injusticia de la miseria, piensen que los gamonales no van a rendirse por su propio gusto, que nosotros somos la única alternativa de los humillados y explotados, la única esperanza que ellos tienen en este mundo. Y si ustedes se acuerdan de eso, van a agarrar fuerzas, no sé de dónde, pero van a agarrar fuerzas, y van a seguir adelante.

Y cocinando aquel arroz humilde con caracoles de río en el fogoncito, viendo el hervor de aquel residuo de café usado tantas veces, trataba de aconsejarme yo mismo cómo iba a darles la noticia a los compañeros. Si así de confuso me siento yo, que ya soy viejo en esto, me decía, si yo que soy el jefe siento que me tambalean las piernas, ¿cómo se irán a sentir los otros? Y veía a la Claudia, haciendo posta con una carabina vieja, alejada de mí como para no haber oído la noticia, veía a los otros dos chavalos a *Leonel* y al *113*, inocentes también del suceso, una tropa de cuatro, prácticamente abandonada allí en la montaña, ya sin misión concreta, mal comidos y peor

vestidos, con pocas municiones, y cargando esas armas viejas, de culatas quebradas, que cuando los campesinos las veían, nos decían: —Uh, compa, ¿y éstas son las armas que andan? Las armas que iban a liberar a Nicaragua.

Y en esas dudas y reflexiones estaba, son cosas de segundos pero parecen horas eternas, cuando sonaron los disparos, porque nos estaba cayendo encima la guardia. Yo corrí a buscar mi arma, me puse a la par de la Claudia, y juntos nos parapetamos y empezamos a responder el fuego. Los otros dos muchachos, *Leonel* y el *113*, desconcertados, se desbandaron, abandonaron el combate sin orden, y nos quedamos solos los dos, la Claudia y yo, volando pija, hasta que pudimos evadir el cerco y retirarnos hacia otro sector en la misma comarca de San José de las Bayas.

Varios días busqué afanosamente a los otros dos compañeros por Cusulí, por Waslala, por San José de las Bayas, me aburrí rastreándolos por aquellas comarcas, pero nunca aparecieron. Yo quería rehacer mi grupo para cumplir con las órdenes de Carlos, seguir trabajando como si la reunión siempre fuera a darse, aunque la fecha ya hubiera pasado. Supe después que *Leonel* se enfrentó solo a la guardia, el 22 de noviembre de ese mismo año, y cayó en el combate. Y supe también que el otro, el *113*, embuzonó su arma, y en diciembre trató de salirse del monte, por Jinotega. Lo capturaron, lo torturaron y lo asesinaron.

Errando siempre por esos montes, entre el 18 y el 20 de noviembre regresamos a El Varillal, el punto de partida. Nos presentamos en la casa de los Mendoza, y allí sólo encontramos a las mujeres, porque el jefe de la ermita y todos los demás varones de la familia habían sido capturados por

la guardia tras la muerte de Carlos. Ellas me repitieron la noticia de su caída, creyéndola nueva para mí, y sin nada más que hacer en ese lugar, nos pusimos de nuevo en camino.

Y ahora es tiempo de hablar de Claudia Chamorro, la compañera *Luisa*. Era una muchacha que asombraba a los campesinos por su belleza. *La Yanka*, le decían, porque era alta, rubia, de ojos gatos. Ella, al principio, se disgustaba por eso. — Bueno, compa, — me reía yo frente a su enojo —, eso no es ninguna ofensa, porque también hay yankis pobres, que no son enemigos de nosotros. No todos los yankis son invasores, ni burgueses, ni millonarios. Pero ella no cedía: — No me gusta que me digan *Yanka*, y punto. Hasta que se acostumbró.

Ya dije que había entrado a la montaña en abril de 1976 acompañado de Carlos Fonseca, y la encontré en San José de las Bayas. Yo creo que se había metido a la guerrilla sin mucha conciencia de la lucha, persiguiendo la cercanía de Carlos Agüero, que era su compañero. No tenía para entonces ningún entrenamiento militar, ni idea de lo que era la vida en la montaña, y en las discusiones que se formaban entre nosotros al principio, yo la oí expresarse, y me engañaba su mentalidad, su manera de opinar. Claro, entre los dos había una enorme distancia, que hacía difícil el entendimiento; era una niña *high life*, de las familias oligárquicas de la Calle Atravesada de Granada, y yo, el hijo de un carpintero del barrio El Zapote, en las rondas de Estelí.

Pero fue cambiando *La Yanka*. Tuvo un cambio rapidísimo, y pronto dejó aquellas posturas de señorita mimada, asimilando las enseñanzas de Carlos Fonseca, las enseñanzas de Carlos Agüero, y las modestas enseñanzas que los de-

más podíamos brindarle, aprendiendo de todos en las conversaciones y discusiones, aventajada en el entrenamiento militar que Juan de Dios Muñoz y yo le dimos, entre junio y agosto, por instrucciones del propio Carlos Fonseca, a ella y a los demás compañeros del grupo que había llegado con él. Ya después, olvidando todos sus humos, chineaba a los niños de las campesinas y platicaba con las mujeres en los ranchos, les ayudaba en los oficios, como si siempre hubiera sido una de ellas.

Tuvo su bautizo de fuego en septiembre, cuando le tocó combatir junto a Carlos Fonseca, en la ocasión en que los jueces de mesta asaltaron el campamento en San José de las Bayas, y allí sorprendió a los demás por su serenidad y su coraje; y cuando combatió junto a mí el 10 de noviembre, lo hizo con la misma entereza. E igual después, cuando cayó. Y mi recuerdo de ella ahora, sobre cualquier otro, es el de una mujer valiente, decidida, heroica a la hora del combate y a la hora de morir, negándose ya herida a retirarse, para que me retirara yo.

Fracasada la búsqueda de los dos compañeros perdidos, seguimos moviéndonos por las mismas comarcas, sin alejarnos de Cusulí. Encontrar a *El Viejo* Tirado López en la sierra del Guabule era imposible, hacía meses no sabía nada de él, y no conocía su ubicación exacta; y tampoco podíamos subir hasta Iyas a juntarnos con *Modesto*, o con Carlos Agüero, porque me arriesgaba a perderme en el camino. Y además, tenía que esperar el regreso de los grupos que habían salido rumbo a El Bote y a la frontera con Honduras, ése era ahora mi deber principal.

Solos los dos en el monte, ocultándonos en el día, con pocas municiones y sin nada en las mochilas para comer,

buscábamos alimentarnos con caracoles, pescábamos en los parajes apartados de los ríos, cortábamos frutas silvestres, y a veces nos aventurábamos a meternos en alguna casa para comprar provisiones; y si teníamos suerte lográbamos que nos vendieran guineos, algo de azúcar, alguna cuajada. Yo conservaba debajo de la camisa, envueltos en un plástico, unos cuatro mil córdobas en tres fajos de billetes a dos córdobas, porque como ya dije antes, los billetes de más alto valor, estaban prohibidos.

Vigilábamos los ranchos desde las cuatro de la tarde, y ya cuando empezaba la oscurana nos metíamos, unas veces yo solo, haciéndome pasar por guardia, otras veces los dos, como una pareja de campesinos, o abiertamente como guerrilleros, dando la cara. Y cuando llegábamos en son de guerrilleros, nos poníamos a gritar órdenes, como si anduviéramos en escuadra, mencionando nombres, números de compañeros que no existían: ¡114 con sus hombres, a vigilar el camino! ¡115, emplace la ametralladora! La gente se asustaba, nos vendía los alimentos, pagábamos y nos retirábamos entre las sombras, seguidos de la tropa fantasma que nos acompañaba.

Y nos ingeniábamos en inventar alguna artimaña para hacer que los dueños de la casa no se movilizaran de inmediato, que se quedaran allí, hasta el día siguiente, porque era seguro que iban a correr a denunciarnos debido al gran terror que los dominaba. Y dejábamos huellas falsas, hacíamos gran alboroto aparentando que nos retirábamos por un rumbo distinto. Mañas para poder subsistir.

Y si sabíamos que el enemigo andaba cerca, mejor aguantábamos el hambre. Porque si en esas situaciones uno no se controla y se desespera por un trago de agua,

por un bocado de comida, puede pagar con la vida como le sucedió a algunos compañeros que no pudieron contenerse, y buscando apagar la sed, o saciar el estómago, fueron directo a la muerte.

Ahora se cuentan muchas leyendas sobre la Claudia Chamorro. Que estaba embarazada de Carlos Agüero, que cayó combatiendo junto a él, con el hijo de los dos en las entrañas, repiten por allí, cuando la realidad es que desde el mes de septiembre nunca volvió a verlo. Además, me consta que sufría de un trastorno serio con su menstruación, unas hemorragias muy copiosas, y las pastillas que había llevado al monte para controlar esos desarreglos, se le terminaron. Como tampoco andaba Kotex, lo que hacíamos era conseguir en las casas de los campesinos, trapos viejos que ella lavaba en los caños y en los ríos para ponérselos ya limpios en lugar del Kotex. Y cuando se le embebían en sangre los trapos volvía a lavarlos, y los tendía en los breñales. Esperábamos a que estuvieran secos, se los volvía a poner, y hasta entonces continuábamos la marcha. Se ocupaba ella de eso, y yo hacía posta con el arma bala en boca, alejado, sin perturbarla. En una de esas ocasiones en que lavaba sus trapitos, nos cayó la guardia, y mientras ella recogía sus cosas, yo les hice frente, pudiendo retirarnos ilesos.

Jamás se me ocurrió tampoco perturbarla en otras cosas. Es cierto que éramos un hombre y una mujer de carne y hueso, perdidos en la soledad y en las lejanías del monte, pero bajo las leyes de la guerrilla ella seguía siendo la compañera de Carlos Agüero, y yo había aprendido a respetar esos vínculos, que para mí eran sagrados, porque también eso estaba en las enseñanzas de Carlos Fonseca.

Y así llegamos a diciembre siempre solos, siempre andando de un lado a otro. Y vino entonces la Nochebuena. Desde que yo había entrado a la montaña, al acercarse la Navidad recibíamos de la ciudad un paquete para cada cuatro compañeros, que traía media botella de Flor de Caña, unos sobrecitos de *Kool-Aid*, para hacer fresco, y una cajita de galletas de soda. Y por cuenta de nosotros, cuando se podía, conseguíamos una gallina, o un chanco para completar el banquete que alegrábamos a la medianoche con cantos y alguna guitarra.

Esa Nochebuena de 1976 logramos conseguir pozol, un poquito de azúcar y una gallina cocinada. Y nos sentamos en el monte, escondidos, a esperar que dieran las doce de la noche para cenar bajo el cielo cundido de estrellas, recordando cada uno, con tristeza inevitable, los días de la infancia.

Entonces, haciendo rumbo por la comarca de Dipina, nos dio el 9 de enero de 1977 en un lugar que llamaban La Cosquilla. Arrimamos a una finca donde había un cañal abandonado, que descubrimos por el ruido que hacían en la hojarasca unos animales, vacas, terneros y caballos que andaban sueltos en el plantío. Era una bendición para nosotros el cañal. Nos metimos con mucho sigilo, procurando que no se espantaran, y como si fuéramos otros tantos animales entre ellos, agazapados entre las matas nos pusimos a comer cañas, pelándolas con los dientes, y después a cortarlas en trozos para guardarlas en las mochilas.

En medio del cañal estábamos, como a unos veinte metros de distancia el uno del otro, entregados al oficio dichoso de cortar las cañas, cuando apareció la guardia.

—¡Los pintos! —gritó la Claudia, que fue la primera en advertirlos.

A sus voces de alerta, yo busqué de inmediato el amparo de un tronco y me tendí en posición de tiro. Ella logró arrastrarse hasta otro tronco quemado que tenía cerca, se parapetó, y empezamos a combatir. Y tras el primer intercambio de disparos, la hirieron.

— ¡Chelito! — me gritó, porque sólo así me decía, chelito —, ¡retírate, que te van a matar como a mí!

Y yo, sin dejar de disparar, le grité a mi vez que se arrastrara entre las cañas a como pudiera, que se retirara ella, que yo la iba a cubrir. Pero era obcecada. En el combate anterior que habíamos tenido el 10 de noviembre, no quiso hacerme caso cuando le ordené que se retirara, y tuve que retirarme yo primero para que me siguiera.

Esta vez fue lo mismo. En sus gritos no dejaba de insistir en que me retirara yo, porque si no, me iban a matar también. Y seguimos gritándonos así, disparando yo y disparando ella que ya estaba mal herida. Nos lanzaron varias granadas de fragmentación. Una granada voló hasta su parapeto, vi el resplandor que la envolvía, y después de la explosión, vino el silencio. Ya no gritó nada más, y se calló también su fusil. Hasta entonces busqué la retirada. Me di vuelta, descubrí un hoyo, retrocedí entre el cañal hasta alcanzar el hoyo, me desguindé por una depresión del terreno, y me fui.

Y la gente dice ahora que le gritaba a Carlos Agüero: — ¡Amorcito, retírate! Mentiras que inventan. Cuentos. Qué me van a contar a mí, si todavía la oigo, diciéndome sin dejar de apretar el gatillo: alejarnos, ¡Chelito! ¡retírate, que te van a matar como a mí!

Por eso sostengo que fue una mujer como ha habido

pocas. Más valiente en la hora del combate y en la hora de la muerte, que muchos hombres que yo he conocido.

Y no son pocos los que he conocido.

10

JEFE DE UNA COLUMNA INEXISTENTE

Desde que mataron a la Claudia Chamorro me quedé solo durante dos meses, vagando como un alma en pena por Dipina, Las Bayas, Cusulí, Waslala, Zinica, caminando solo, escondiéndome solo, acampando solo, encerrado en mis pensamientos y hablándole al viento en la soledad, la soledad que a partir de entonces, junto con mis pensamientos, mis temores y mis recuerdos, fue mi única compañía.

Había perdido el radio de baterías que cargaba conmigo para mantenerme informado de las noticias, había perdido mi reloj de pulsera, y lo único que me quedaba eran la pistola automática y la carabina, más una dotación de apenas cien o ciento veinte tiros que ponía a calentar al sol para preservarlos de la humedad de la montaña.

Y seguía alimentándome de frutas, raíces y caracoles de río, seguía aventurándome a entrar en los ranchos en busca de comida, como guardia otra vez, o como guerrillero sin fortuna, jefe de una columna inexistente, repitiendo las mismas artimañas, sacando fuerzas del galillo para gritarle órdenes a nadie en el aire, ya sin la Claudia y acosado noche y día, las patrullas asesinas vigilantes en los caminos, el ladrido de los perros amaestrados persiguiéndome hasta en sueños, encima de mí el vuelo de los helicópteros que

peinaban las copas de los árboles, la represión envolviendo como un sudario las comarcas, el miedo transfigurado en las caras de los campesinos que se veían obligados a recibirme y a duras penas cruzaban una palabra conmigo. Por todo eso es que mucho tiempo, aun después de salir de aquel trance, pasé enfermo de delirio de persecución, despertándome al oír mis propios gritos desesperados cuando lograba dormirme.

Desde que nos separamos en grupos por órdenes de Carlos Fonseca, habíamos convenido con los compañeros que salieron hacia El Bote, y con los que se fueron a abrir ruta por la frontera con Honduras, que en caso de necesidad, cada quince días, en una fecha fija, íbamos a dejarnos mensajes depositados en un buzón, en un lugar previsto, el mensaje envuelto en plástico, dentro de un pote, enterrado en un hoyo.

Después del combate del 10 de noviembre, cuando logré retirarme con la Claudia del cerco de la guardia, les dejé puntualmente mis mensajes, y busqué los de ellos sin resultado: el 15 de noviembre, el 30 de noviembre, el 15 de diciembre, el 30 de diciembre, y visitaba el buzón un día antes, dos días después, para darles tiempo, por si acaso hubieran tenido algún atraso. Y así seguí haciéndolo ya solo, pero nada.

Hasta que la mañana del 11 de marzo, dos meses después del combate de la comarca de Dipina en que cayó la Claudia, me encontraron. Los dos grupos ya se habían juntado, y al fin recogieron en el buzón el último de mis mensajes, donde les daba las señas del lugar en que podían hallarme, entre San José de las Bayas y Waslala: recuerden el sitio aquél

donde tal día comimos tal cosa, les decía, agarren a partir de allí a mano derecha, y después de andar media hora, van a desembocar a un camino; van a torcer a la izquierda, y van a andar tantas horas, por tal rumbo. Van a ver entonces una casa de tales características, doblan siempre a la izquierda y siguen caminando, y así van a llegar a un lugar donde hay cuatro casas, en una de esas casas, la que es de tabla y techo de zinc, viven dos señoras, una de ellas tiene ojos verdes, hay dos niños; van a preguntar tal cosa, y les van a responder tal cosa, así me van a hallar. Y toda esta descripción, acompañada de un croquis, era suficiente en manos de *Pedrito*, que no se engañaba nunca en la montaña.

Fue un encuentro dichoso, no necesito decirlo. Era una dicha, el solo gusto de hablar, de sentirse otra vez acompañado, contarse las penurias y desgracias no dejaba de ser una dicha, y aún era una dicha el encuentro a pesar de que la *Mayra*, mi compañera, no volvía con ellos, por las razones que después voy a explicar. Les conté todo lo mío, y por el relato que ellos me hicieron, supe lo que les había ocurrido durante esos meses, desde la fecha de la despedida.

Cuando salieron la noche del 5 de noviembre para ponerse en ruta, los del grupo que iba hacia El Bote se quedaron en las cercanías de El Varillal, buscando asegurarse alguna provisión de comida que les sirviera durante el viaje, y así consiguieron que en un rancho les vendieran un chanco. Lo destazaron, se repartieron la carne en las mochilas, y la noche del 7 de noviembre, apenas al empezar la marcha, oyeron en la lejanía los tiros que a causa de la lluvia yo no pude oír.

Se fueron perturbados, creyendo que el combate había sido con el grupo mío, pero al amanecer del día 10,

ya lejos de allí, escucharon en el radio el comunicado de la guardia anunciando la caída de Carlos. Se sintieron golpeados, como me había sentido yo, pero aún así decidieron continuar su camino para cumplir la misión encomendada.

Lograron llegar a El Bote, hallaron a los colaboradores, y supieron que nadie estaba allí esperando ser llevado a la reunión en Iyas. Y después de recoger las medicinas y la correspondencia que les entregaron, emprendieron el regreso en busca mía y de los dos compañeros que habían seguido hacia el río Par Par, *Pedrito* y *Juancito*. Se los encontraron a poco de haber salido de El Bote, y ya juntos se dirigieron a El Sarayal.

Allí en El Sarayal, se les sumó un chavalo campesino como de quince años de edad, llamado Leopoldo Granados Martínez (*Antonio*), nieto del patriarca de San Antonio de Kuskawás, don Máximo Martínez. Este chavalo, colaborador nuestro desde el año 1973, cuando era apenas un niño, había emigrado hacía poco a El Sarayal junto con sus padres, su hermana y una tía, huyendo de la represión.

Luis Granados y Leoncia Martínez Salgado se llamaban sus padres; Leoncia (*Esmeraldita*) Granados Martínez se llamaba su hermana, mujer mía más tarde, dos hijos me tuvo; y Natividad Martínez Salgado se llamaba su tía por parte de madre, esposa de Matías Granados, recién asesinado por la guardia, tío suyo también por parte de padre. Todos ellos habían sido sacados de San Antonio de Kuskawás a través de unas gentes de El Sarayal, colaboradores de la época de Pancasán, el principal de ellos Porfirio Aguilar (*Manuel*), ahora capitán del EPS.

En El Sarayal se quedó la *Mayra*, donde para entonces estaba su familia, que también había emigrado de El

Chile por causa de la represión. Afectada por la caída de Carlos, y además porque los varones no cejaban de andarla enamorando, una mujer entre rijosos, decidió abandonarlos. No fue sino hasta mediados de abril que yo volví a verla, y ya no nos entendimos porque no quiso seguir en la lucha.

A partir de entonces, fueron cinco los que se pusieron en busca mía: Facundo Picado, *Pedrito*, *Juancito*, el 116 (*Silvio*) y el chavalito Granados recién reclutado. Hasta que me encontraron. Ese mismo 11 de marzo me puse a escribir un informe para *Modesto*, tan largo y tan minucioso que me cogió la noche sin haberlo terminado, y todavía me tomó todo el día siguiente: lo sucedido desde mi encuentro con Carlos Fonseca en San José de las Bayas, las misiones que nos había encomendado, la manera en que habíamos intentado cumplirlas, la situación actual del trabajo organizativo, la represión de la guardia, colaboradores que quedaban, los que estaba presos y los que habían sido asesinados. Un informe de los acontecimientos de ocho meses que redacté en dos días, estorbado por la dificultad que representa no saber escribir, pues yéndose por atajos en rodeos y babosadas uno pierde la sustancia, y en vez de agarrar lo concreto se le dan demasiadas vueltas a las cosas.

Con el informe también le adjuntaba a *Modesto* la correspondencia recogida en El Bote por el grupo de Facundo Picado, firmada por Pedro Aráuz Palacios (*Federico*) quien se encontraba para entonces en Estelí junto con Bayardo Arce (*Clemente*). En esa correspondencia venían noticias, en nada buenas, de lo que estaba pasando en el Pacífico, porque allá también el peso de la represión era fuerte. Sobre eso nada sabía yo hasta entonces, por toda la incomunicación de esos meses, ni mucho menos lo sabían *Modesto* y Carlos Agüero.

El 13 de marzo, ya listo el correo, designé a *Pedrito* para que junto con *Juancito* y el 116, saliera hacia Iyas en busca de *Modesto*. Arreglamos otros contactos en casas de los alrededores, y establecimos como nuevo punto de encuentro un lugar cerca de Waslala, donde yo me trasladaría en compañía de Facundo Picado y el chavalo Granados. Allí esperaba también alguna otra comunicación que llegara de Estelí.

Antes de dividirnos, decidimos celebrar con un banquete el acontecimiento de estar vivos, y estar todos juntos. Conseguimos que nos vendieran un chanco y lo destazamos nosotros mismos para freír chicharrones y cocinar carne, que no veíamos hacía siglos, y para que cada grupo llevara provisión para tres o cuatro días. Y en esos preparativos tan alegres nos distraíamos, cerca del caserío, entre bromas y jodederas, cuando a tiempo nos percatamos de que se acercaba una patrulla de la guardia. Uno de los campesinos que nos ayudaba, había ido a buscar a los pintos, por miedo o cobardía, para denunciarles el lugar donde nos encontrábamos.

Alcanzamos a emboscarnos en una especie de media luna, de dos en dos. Los esperamos con toda calma, y rompimos el fuego con la intención de ponerlos a la defensiva, y aprovechándonos de la sorpresa, tener la oportunidad de retirarnos. Y todo hubiera salido bien, si no es la desgracia de que al 116 (*Silvio*), el picador de piedras de Subtiava, le pegaron un balazo en la cabeza, y lo mataron. Ahora quedábamos cinco.

En la retirada, *Pedrito* perdió el correo. Y esa misma noche, calculando que los guardias habían abandonado ya el sitio del combate, regresó junto con Facundo Picado a

buscar el cadáver del 116, y los papeles. Pero ya no hallaron nada, sólo trozos del cuero cabelludo y las huellas de sangre en el suelo, porque habían arrastrado el cuerpo. Y ni trazas de los documentos dirigidos a *Modesto*, que eran tan importantes, y un regalo para el enemigo.

Entonces, tuve que olvidarme por fuerza de *Modesto*. Y con la guardia y los jueces de mesta siguiéndonos el rastro, abandonamos la zona y cogimos por picada con rumbo a Bocaycito, anduvimos días por el cerro La Hormiga, y finalmente seguimos en dirección a El Bote, más hambrientos que nunca, porque gente que buscábamos en los ranchos en demanda de algún alimento, ya sabíamos que corría a llamar a los pintos.

Y el 24 de marzo, aturdidos de tanto caminar, llegamos a un sitio cercano a la vega del río La Lana, con la intención de cruzarlo. No lejos de allí vivían unos campesinos conocidos de *Pedrito*, que habían sido colaboradores en los tiempos de Pancasán. Fue a visitarlos, le suministraron comida, y acordó con ellos que al día siguiente iba a enviar a *Juancito* a traer el desayuno.

Amaneció el día 25, y a la hora de ir por el desayuno, *Pedrito* decidió mejor mandar a Granados, el chavalo campesino, desarmado para no levantar sospechas. Pero la gente ésa ya había denunciado también, y la guardia y los jueces de mesta estaban esperando dentro de la casa. Lo capturaron, y lo empezaron a interrogar para que les revelara la ubicación del campamento que teníamos en la vega del río; y al no conseguir hacerlo hablar, allí mismo lo torturaron, sin lograr tampoco nada de él.

Como pasaba el tiempo y el chavalo Granados no volvía, nos alertamos, seguros de que lo habían capturado.

Sin tener la posibilidad de desplazarnos en aquel momento hacia otro sitio, nos tendimos, bala en boca, esperando que llegara la guardia y empezara el combate, que a lo mejor iba a ser el último; y así pasamos todo el día, inmóvil cada uno en su posición. Por muchas horas los oímos explorar de arriba hacia abajo, cercanas las voces de mando y los pasos entre la maleza, pero al no contar con ninguna información precisa, no pudieron dar con nosotros. Y a eso de las cuatro de la tarde, cesó la búsqueda, y después escuchamos un disparo.

Cuando cayó la noche, al ser tal vez las siete, todavía recelosos salimos al abra, y muy pronto nos topamos con el cadáver del campesinito Granados tendido sobre el polvo, ese guerrillero recién reclutado que aún era un niño, y que tan poco tiempo alcanzó a estar integrado en la lucha. No pudieron sacarle palabra, y lo asesinaron, como habían asesinado a otros de su familia.

Ya quedábamos sólo cuatro. Seguimos en dirección a Bocaycito, y luego llegamos a la hacienda El Escambray, en las vecindades de El Sarayal, cerca ya de la ciudad de Jinotega. Esa hacienda era propiedad de Adrián Molina, capturado a finales de 1974 junto con otros dos finqueros cuando la guardia dismanteló la red de apoyo a la guerrilla en la zona: Jaime Cuadra y Daniel Núñez, que ahora es presidente de la UNAG, dueño de la finca en El Bote, que nos servía de tránsito hacia las bases en la montaña. Los tres fueron liberados a raíz de la toma de la casa de Cherna Castillo, y con el Comando Juan José Quezada salieron para Cuba.

La verdad es que no se necesitaba ser “sajurín” para darse cuenta que la guardia nos había sacado de la montaña, que nosotros éramos el último grupo de apoyo a la Briga-

da Pablo Ubeda, que ya no quedaba nadie en las comarcas donde se había organizado con tanto esfuerzo el trabajo guerrillero, y que *Modesto* y Carlos Agüero estaban aislados en las profundidades de Iyas, con sus fuerzas diezmadas, y sin posibilidad de recibir abastecimientos.

Algo había que hacer, y mi única esperanza era encontrar a *El Viejo* Tirado López. Mandé a Facundo Picado a Jinotega para que desde allí se fuera a Matagalpa, que buscara cómo comunicarse con sus familiares en El Sabaleté, en la zona de El Tuma, y a través de ellos le hiciera llegar mi mensaje a *El Viejo*, informándole que estábamos en El Escambray, y que necesitaba comunicarme con él.

Facundo regresó después de dejarle la razón, pero pasaron varios días sin obtener respuesta. Hasta que al fin, a mediados de abril, se presentó una enviada de parte suya con una carta dirigida a Carlos Agüero. La enviada era una tía de Facundo, llamada Beatriz Picado Sánchez, compañera para entonces de *El Viejo*, un hijo le tuvo.

Era imposible hacer llegar esa carta a su destino. Desde El Escambray había por lo menos dos semanas de camino hasta Iyas; y suponiendo que me aventurara de regreso por aquellas remotidades, suponiendo que lograra evadir el acoso de la guardia, no conocía el lugar preciso donde Carlos Agüero se encontraba. Y tras mucho meditarlo, pensando que podía tratarse de una emergencia, me decidí a abrir la carta.

El Viejo Tirado López le escribía a Carlos Agüero contándole que se hallaba en un trance muy crítico, cercado por la guardia que reprimía en todo el sector de Pancasán y San Antonio de Kuskawás. Y que bueno, estaba jodido, en una

palabra. Sólo le quedaban cinco hombres en su escuadra, y necesitaba que le enviaran de inmediato a tres más, con sus armas, para ver si se podía sostener. Y si no, le decía, iba a tener que salirse de esa zona y bajar a la ciudad, porque allí ya no estaba haciendo nada.

Esos cinco últimos hombres que le quedaban a *El Viejo*, eran: Estanislao García, Chico Ramírez, Carlitos Suárez, Alvarito Hernández y Juan Ramos (*El Indio Emilio*), además de las dos muchachas Campos. Ya a Rogelio Picado lo habían matado en Managua, en el mismo combate en que murió Eduardo Contreras.

Aquel cuadro que *El Viejo* Tirado López pintaba en su carta, tenía los mismos colores que yo ya conocía. Y ante esos informes tan poco optimistas, ¿qué reflexión iba a hacerme? Pues que ambos andábamos igualmente jodidos; como a él, a mí me quedaban pocos hombres, y de combatiente guerrillero había pasado a ser, yo también, un perseguido. Y sin perder tiempo, aproveché el regreso de la tía de Facundo para contestarle ese mismo día, explicándole todas las negruras que hasta entonces me habían tocado en suerte, y por qué me había visto obligado a abrir su carta. —Mire, canoso, le decía, aquí estoy en las mismas, ¿en qué puedo ayudarle yo? En nada. ¿Y qué consuelo me podía dar él, si es que volvía a tener noticias suyas? Ninguno.

Era la Semana Santa de 1977. Y al día siguiente de recibir la carta y despachar la respuesta, me parece que fue el Viernes Santo, leyeron en el radio el comunicado de la Oficina de Leyes y Relaciones de la Guardia Nacional anunciando la caída en combate de Carlos Agüero. Los pintos asesinos, con sus perros amaestrados, sus helicópteros, estaban

ya en lo profundo de Iyas, buscando acabar con la Brigada Pablo Ubeda. Y lo que son las cosas, Carlos Agüero ya estaba muerto cuando la carta que le dirigía *El Viejo Tirado* López en demanda de auxilio, llegó a mis manos. Era una carta para un muerto. Y es que era verdad que nos estaban matando a todos, nos iban a matar a todos.

Pasados unos días, volvió la tía de Facundo. *El Viejo Tirado* López me escribía ahora desde una finquita en el camino de Muy Muy a Boaco. No habiendo ya nada más que hacer ni qué esperar, me decía, había tomado la decisión de salirse de la montaña con los cinco hombres que le quedaban; y me ordenaba hacer lo mismo, salirme también. Me informaba que ya tenía comunicación con Camilo Ortega en Granada, y a buscar cómo empezar la lucha de otra forma se iba, con destino a Honduras.

Yo debía acatar esas órdenes, pero casi al mismo tiempo, recibí desde Estelí otra carta de Pedro Aráuz Palacios (*Federico*). A través de los contactos de la zona había logrado averiguar mi paradero, y me enviaba la carta con una muchacha originaria de Santa Cruz, de seudónimo *Yaosca*, que le servía de correo. Me informaba que Omar Cabezas (*Juan José*), se había puesto en marcha por ruta de montaña, desde Santa Gallo, en las vecindades de Estelí, hasta El Cuá, para establecer en el macizo del Kilambé un nuevo frente guerrillero que se llamaría Bonifacio Montoya.

Según explicaba la carta, el objetivo de abrir ese nuevo frente era quitarle presión militar a *Modesto* ante la difícil situación en que se hallaba, con la guardia metida en Iyas; y al mismo tiempo, asegurarle una ruta alterna de abastecimiento y comunicación por el rumbo de Kilambé. Se

me ordenaba recibir a Omar Cabezas en El Cuá, conseguirle campesinos porque prácticamente venía solo, y ayudarle a instalarse en Kilambé. Y se me decía que una vez cumplida esa misión, yo debía volver a El Chile para mantener la ruta original de abastecimiento y entrada de hombres a Iyas.

Esos planes, tomando en cuenta todo lo que ya he relatado, a cualquiera le hubieran parecido fantásticos. Pero yo me dispuse a acatar las instrucciones recibidas, y envié a Facundo Picado y a una compañera de El Sarayal, de nombre Esperanza, a Los Encuentros de El Cuá, por donde cruza el río La Gusanera, para que por medio de colaboradores que teníamos en esa zona localizaran a Omar Cabezas, que ya debía estar por llegar, y lo trajeran a El Escambray.

Entre El Sarayal y El Cuá se podía viajar en camionetas de pasajeros, tomando la carretera de tierra que va de Jinotega a Wiwili, de modo que en un vehículo de esos se fueron a buscarlo, y de la misma manera regresó a los pocos días la Esperanza, trayendo a Omar. Facundo Picado se había quedado en El Cuá ocupado en auxiliar a la gente que había llegado con él desde Santa Gallo.

Nos pasamos horas conversando, yo contándole todas mis desgracias, y él desde el primer momento hablándome de la división dentro de las filas del Frente Sandinista, algo muy sorpresivo para mí. Me dijo que habían surgido tres tendencias, cada una con sus propios mandos:

Una tendencia llamada Tercerista, encabezada por Humberto Ortega, Daniel Ortega y *El Viejo* Tirado López, y en la que se alineaban Camilo Ortega y Germán Pomares (*El Danto*). Yo ahora me explicaba por qué *El Viejo* se encontraba ya concertado con Camilo, al salirse de la montaña.

Otra tendencia llamada Proletaria, encabezada por Jaime Wheelock y Luis Carrión Cruz, en la que ya estaba Roberto Huembes cuando lo mataron. Y la tendencia Guerra Popular Prolongada (GPP), encabezada por Pedro Aráuz Palacios, y según me informaba Omar, por *Modesto*, en ella también se alineaba Bayardo Arce Castaño (*Clemente*).

Me dio pormenores de la división, y de las expulsiones decretadas por la tendencia GPP, asunto que hasta entonces yo ignoraba a no ser los problemas con Jaime Wheelock que me había informado Carlos Fonseca; y trató de convencerme de que era hora de escoger bando, el bando de la tendencia GPP. A través de las estructuras de la GPP, bajo las órdenes de Pedro Aráuz, debíamos continuar nuestro trabajo en la montaña, me dijo.

Y finalmente lo oí decir que los compañeros de las otras tendencias, los de la tendencia Tercerista y los de la tendencia Proletaria, estaban considerados como traidores.

Yo le respondí que en eso de continuar mi trabajo en la montaña, no tenía ningún problema; si a morir me mandaban, a morir iba. Pero que en lo referente a escoger bando, no quería oír hablar de división, porque yo era un militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Que yo conocía muy bien a Humberto Ortega, y jamás podía aceptar que fuera un traidor; conocía a *El Viejo* Tirado López, conocía a Jaime Wheelock, a los que tampoco podía considerar como traidores a la causa sandinista. Sabía mejor que ninguno lo que pensaba Carlos Fonseca, que si había encontrado la muerte era buscando la unidad; y no era posible que después de muerto Carlos, muertos Jacinto Hernández, Filemón Rivera, René Tejada, Julián Roque, *La Gata* Munguía,

Eduardo Contreras, Roberto Huembes, Carlos Agüero, se siguiera hablando de división. Y yo no podía creer que Pedro Aráuz y *Modesto* estuvieran de acuerdo con la división, ni en considerar traidores a los otros.

Lo que nosotros debíamos hacer, le dije, era utilizar la autoridad moral que los dos nos habíamos ganado tras tantos años metidos en la montaña, y reclamar que terminaran todas esas discusiones para que el FSLN tomara una sola línea, la línea que Carlos Fonseca quería: pasar todos juntos a la ofensiva, que ya no siguiéramos huyendo, que no nos siguieran matando ni siguieran matando a los campesinos.

Y le advertí que mientras tanto, yo no podía inclinarme ni a uno ni a otro lado, quería escuchar antes a los de una y otra tendencia. Quería hablar primero con Pedro Aráuz, y buscar después a Humberto, a Jaime. Además, necesitaba informarle personalmente a Pedro Aráuz acerca de mi verdadera situación, porque no era así nomás regresar a El Chile, a organizar otra vez el apoyo que necesitaba *Modesto*, prácticamente solo, y con la guardia esperándome. Y que en vista de todo eso, lo mejor que podíamos hacer era irnos los dos a Estelí, a aclarar las cosas de una vez por todas con Pedro Aráuz. Y él aceptó.

Facundo Picado volvió a El Escambray al día siguiente, acompañado de José del Carmen Aráuz (*Jaime*), después conocido como *El Segoviano*. Este muchacho era el segundo hombre de Omar en Canta Gallo, y juntos habían hecho la marcha hasta El Cuá. Se dieron posteriormente otras discusiones entre Omar y yo, en las que Facundo y *Jaime* estuvieron presentes. Y seguramente *Jaime* ya estaba de acuerdo desde entonces con lo que yo decía, porque terminó

por abandonar a Omar, pasándose a la tendencia Tercerista, donde también iba quedar yo al fin. Combatí después en el Frente Sur, y fue uno de los principales jefes de la primera insurrección de Estelí en septiembre de 1978.

Hicimos la carta en la que solicitábamos la reunión, y la pusimos en manos de la *Yaosca*. Salió ella para Estelí en compañía de la Esperanza, llevando la carta, y para finales del mes de abril, volvieron con la respuesta. Nos esperaban. Entonces, Omar y yo nos trasladamos de inmediato a Jinotega, y de allí a Estelí, por carretera, a buscar cómo aclarar todo lo que era necesario aclarar, mientras Facundo Picado, *Pedrito* y *Juancito* se quedaban en El Escambray aguardando mi regreso.

Habían pasado cuatro años desde mi entrada a la montaña, y era la primera vez que bajaba a la ciudad. Después de tanto tiempo, hasta entonces volvía a subirme a un vehículo. Y también hasta entonces, iba a dormir de nuevo en una cama.

11

LOS INCRÉDULOS IBAN A SABER QUE EL FRENTE SANDINISTA EXISTÍA

Era también la primera vez que volvía a Estelí desde que había salido de allá en los días de Semana Santa de 1972 para entrar a la vida clandestina del guerrillero, y no dejaba de ser extraña para mí la sensación de aquel regreso en secreto, sin que mi papá y mis hermanas supieran que estaba de vuelta, sin poder visitar mi barrio.

Fuimos a parar a la casa de *Chicho* González, un colaborador del FSLN, adonde nos llevaron a Omar y a mí con los ojos vendados, como medida de seguridad. Y esto tampoco dejaba de ser extraño, por lo menos en mi caso, porque Estelí yo me lo conocía hasta en sus piedras, me lo podía recorrer a ciegas en plena noche oscura, y aún con una venda en los ojos, sabía dónde estaba parado.

En esa misma casa tuvieron lugar las reuniones con Pedro Aráuz Palacios (*Federico*) y con Bayardo Arce Castaño (*Clemente*). En la primera, que se dio al día siguiente de haber llegado nosotros, y que fue muy larga, estuvimos los cuatro, Pedro, Bayardo, Omar y yo. Allí les rendí un informe completo de todo lo sucedido. Les expliqué las dificultades graves en que se hallaba el trabajo en la montaña, prácticamente desmantelado a esas alturas debido a la represión, y por tanto, la imposibilidad que existía de acercarse a *Modes-to*; y también les comuniqué las últimas noticias que había recibido de *El Viejo* Tirado López.

Finalmente, de manera muy franca, les di mis criterios sobre el problema de la unidad, los mismos que ya le había expresado antes a Omar. Pedro Aráuz, que iba a caer en Tipitapa en octubre de ese mismo año, aunque habló poco esa vez, trató de tranquilizarme; me insistió en que se estaba trabajando en serio para lograr la unidad, que había comunicación con Camilo Ortega, que todo iba por buen camino, y que me regresara a continuar mis tareas en la montaña, sin preocuparme más del asunto.

El que más argumentó sobre ese tema fue Bayardo Arce. Para apoyar sus argumentaciones, y tratar de convencerme, me mostró una serie de documentos y fotocopias,

extendiéndose en toda clase de detalles. Yo les reiteré a los dos que a pesar de todo, consideraba necesario hablar con *El Viejo Tirado López*, con Humberto y con Jaime; pero frente a esa solicitud, no me dieron respuesta.

En la reunión de despedida, que tuvimos a solas los dos, Pedro Aráuz volvió a tratar de tranquilizarme. Me dijo que no hiciera caso de las exaltaciones, que ese asunto de la división era necesario verlo de una manera más fría y más calmada, que él estaba preocupado por resolverlo, y que iba a seguir en comunicación con Camilo. Y me definió con mejores detalles la importancia de la misión de ayudarle a Omar a abrir el nuevo frente en Kilambé para darle respiro a la Brigada Pablo Ubeda, y poderla abastecer por ese lado. Y que después, volviera a mi antiguo territorio y me dedicara a buscar cómo pegar otra vez con *Modesto*.

Al final, me previno de algunas acciones de la guerrilla urbana que se estaban preparando de manera simultánea en Estelí, León y Managua. Esas acciones, que se intentaron el 4 de mayo de 1977, consistían en ataques tipo comando contra patrullas militares que se desplazaban a bordo de jeeps descubiertos, artillados con ametralladoras, como los que usaban los yankis en las ciudades de Vietnam. Las patrullas, que dependían de la Brigada Especial Contra Actos Terroristas, eran conocidas como BECAT, y a los mismos jeeps también se les llamaba BECAT.

El ataque de Estelí, dirigido por Felipe Escobar, fue exitoso. La patrulla, sorprendida en el *boulevard* de la entrada sur de Estelí, casi frente al colegio de las monjas de El Rosario, fue aniquilada. Fracasó el de Managua, y fue allí cuando capturaron a la compañera Charlotte Baltodano, en

las inmediaciones del Centro Cívico. El de León, al fin no se pudo montar.

Debo decir que después de esta última plática, me sentí más sosegado, y con ánimo suficiente para emprender de nuevo mi trabajo, aunque el apoyo que se me podía ofrecer para volver a la montaña, una vez que dejara instalado a Omar Cabezas en Kilambé, era nulo. Seguía contando solamente con los tres compañeros que me esperaban en El Escambray.

De regreso a Jinotega, recogimos a dos compañeros destinados a integrarse a la fuercecita de Omar, los hermanos Justo Guido Ochoa (*Otoniel*) y Leonel Guido Ochoa (*Francisco*), sobrinos de Marcelino Guido que para entonces estaba con *Modesto* en Iyas, y ahora es comandante guerrillero. Ambos cayeron en la lucha, en distintos momentos: Justo murió en Kilambé, y Leonel en Sébaco el 19 de julio de 1979, el mismo día del triunfo, combatiendo contra un convoy de guardias que iba huyendo en busca de la frontera.

Dejé a Omar con los dos hermanos en un punto de la carretera a Wiwilí, cerca de Los Encuentros de El Cuá, y regresé a El Sarayal. Varios días después volví a buscarlo, llevándole a un chavalito de apellido Granados, hijo de Luis Granados, un colaborador del lado de La Sorpresa. A este chavalito lo asesinó más tarde *Macondo*, el guerrillero campesino renegado, del que ya antes hablé.

De vuelta a El Sarayal, llamé a reunión a los tres compañeros que me quedaban: Facundo, *Juancito* y *Pedrito*. Les expliqué: cómo se presentaba a partir de entonces la situación, y las instrucciones que traía de Estelí. Una vez que Omar estuviera más o menos instalado en Kilambé, debíamos agarrar viaje otra vez para adentro los cuatro, y por im-

posible que pareciera, hacerle güevo al trabajo de organizar de nuevo las redes de colaboradores, reclutar correos, y asegurar la ruta hasta Iyas.

Facundo Picado, que había estado escuchándome, mirando al suelo todo el tiempo sin hacer ningún comentario, me dijo al final que quería ser sincero conmigo, que su voluntad era irse en busca de *El Viejo* Tirado López para juntarse con él y seguirlo a cualquier parte. Yo traté de persuadirlo, pero se mostró tan terco que me fue imposible; o se iba con *El Viejo*, o nada. Viendo que ya no era posible convencerlo, tuve que aceptar su parecer. La verdad es que su devoción por *El Viejo* no admitía discusiones. Mi hermano y él lo habían metido a la lucha, y a su lado prefería estar.

Perdía a Facundo, y tampoco podía retener a *Juan-cito*; necesitaba bajar a la ciudad para curarse, porque la lepra de montaña le estaba comiendo la nariz. Esa enfermedad, transmitida por el piquete de chinche, era la que más estragos causaba entre los guerrilleros; yo mismo la había padecido en enero de 1971, y todavía tengo las cicatrices en la barbilla y en la mano derecha. De modo que se fueron juntos, y con ellos se fue también la *Esmeraldita* Granados, la hermana de Leopoldo Granados, el chavalo asesinado en la vega del río La Lana. Me la encontré poco después en Honduras, incorporada al naciente Frente Norte, y en Honduras fue ya mi mujer.

Me quedaba sólo *Pedrito*, y ahora me tocaba decidir con él lo que íbamos a hacer.

—Mirá, *Pedrito* —le dije.— En tus manos estamos los dos.

Vos sos el único que me puede llevar hasta donde *Modesto*, cualquiera que sea el lugar en que se encuentre. Esa

es mi misión. Así que decidite, y decime de una vez si te quedás conmigo y me contestó que estaba bien, que se quedaba conmigo, y que él me iba a acompañar, de vuelta otra vez a las comarcas asoladas por la represión, de donde la guardia nos había sacado.

Mientras tanto, se presentó la necesidad de recoger a unos cuatro campesinos que habíamos logrado reclutar a través de Oswaldo Fonseca, un colaborador conocido como *El Padrino* que vivía por el mismo rumbo de El Sarayal. Dos se le iban a pasar a Omar, y dos se vendrían conmigo cuando emprendiera el viaje de regreso.

El día convenido con *El Padrino*, envié a *Pedrito* a buscar a los campesinos. Pero da la desgracia que el muy irresponsable se echó sus tragos, y ya iba borracho cuando salió a la carretera entre El Sarayal y Jinotega. Le pidió raid al chofer de un camión, lo montaron, y por ir discutiendo con la gente que venía en el camión, cosas de picado, no se bajó en el punto en que tenía que bajarse y cuando se vio, fue en Jinotega.

Puesto en Jinotega se fue a meter a un prostíbulo, allí se encontró a unos guardias, y también entró en discusión con ellos. Parece que lo quisieron humillar:

—Indio, hijo de puta, ¿qué estás haciendo aquí?, andate a la mierda —algo así le dijeron. Entonces, sacó su pistola, les disparó, se armó una balacera, y uno de los guardias resultó herido. En el molote lo desarmaron, lo golpearon, y terminaron llevándoselo preso. Y preso quedó en Jinotega, como un bochinero de burdel cualquiera, sin que logran percatarse que tenían en sus manos al baquiano número uno de la guerrilla, buscado vivo o muerto en toda la montaña.

Como ya tardaba demasiado en regresar, me entró la preocupación por su suerte; y averiguando a través de los colaboradores de Jinotega, El Escambray y El Sarayal, vine a saber todo lo acontecido.

Otra vez me había quedado solo, y solo empecé a darle vueltas al imposible que tenía enfrente, porque sin *Pedrito* era un azar inútil agarrar viaje para la montaña. Y al ser los mediados de mayo, decidí que lo mejor era trasladarme de nuevo a Estelí, a rendir cuentas de la adversa situación.

Ya no hallé a Pedro Aráuz, y la reunión se dio con Bayardo Arce, en la casa de la familia López. Bayardo no quiso oír mis razones, y la verdad es que tuvimos una discusión que por desdicha fue ingrata. Me dijo, para empezar, que yo nada tenía que hacer en Estelí, que con qué autorización me había regresado, que mi lugar estaba en la montaña, a la montaña me habían mandado a cumplir una misión, y para allá tenía que agarrar sin más dilaciones. Bueno, yo también perdí la dulzura. No nos entendimos, pero a pesar de todo, acaté sus órdenes, y volví a El Sarayal.

Y así, solo, se me pasó el mes de mayo, sin posibilidades de ejecutar lo mandado. Entonces, al entrar junio, me llegaron desde Masaya noticias de Camilo Ortega y de Hilario Sánchez, al que hasta hoy no sé por qué llamaban *Camión*, un muchacho de Subtiava, fuera de serie, que se volvió célebre en las insurrecciones del Barrio de Monimbó y recibió el título de comandante guerrillero.

Murió después del triunfo, ahogado una noche en el Gran Lago de Nicaragua, cerca de Solentiname. Sucede que con el apoyo de la familia de Adrián Molina, dueño de la hacienda El Escambray como ya dije, habíamos logrado sa-

car a Jinotega, y de allí hasta Masaya, a Natividad Martínez Salgado, la tía del chavalo Leopoldo Granados a la que ya mencioné, buscando cómo alejarla de la represión. Y fue gracias a esa circunstancia que se llegó a abrir la comunicación con las estructuras de la tendencia Tercerista en el Pacífico.

Porque enterado así de mi paradero, Camilo me escribió una carta muy cariñosa a través de Porfirio Aguilar (*Manuel*), quien se había encargado de llevar a Masaya a la compañera Natividad. Me decía en esa carta que estaba al tanto de mi situación, que sabía lo jodido que se habían puesto las cosas en la montaña, que necesitaba platicar conmigo para explicarme lo que él pensaba del problema de la división, y que Daniel, *El Viejo* Tirado López, Germán Pomares (*El Danto*) y Joaquín Cuadra Lacayo, querían hablar también conmigo, y se adelantaba a explicarme el interés que tenían de iniciar en el menor tiempo posible una ofensiva político-militar para salir de la parálisis en que el Frente Sandinista se encontraba, porque si no se pasaba de inmediato a la acción, nos iban a seguir matando a todos, uno por uno. Lo mismo que me había repetido tantas veces Carlos Fonseca. En resumidas cuentas, que me fuera para Granada, donde él se hallaba entonces, a fin de que nos pusiéramos de acuerdo.

Entonces, yo le dije a Porfirio Aguilar que antes de hacer ese viaje hasta Granada, necesitaba asegurar el trabajo que tenía en El Sarayal, para no dejar en el aire a Omar Cabezas en Kilambé, ni perder la comunicación con Estelí. Y como él era un hombre experimentado por haber colaborado con la guerrilla de Pancasán, y luego con *El Viejo* Tirado López, le pedí que se quedara a cargo de lo que yo estaba haciendo, y él aceptó muy gustoso.

Llegué a Granada a principios de junio de 1977, y Camilo me expuso el plan ofensivo de que me había hablado en su carta, y que ya empezaba a ponerse en marcha: se trataba de atacar de manera simultánea cuarteles de la Guardia Nacional en distintas ciudades del país, tomar los cuarteles y armar a la población. Me informó que el contingente que se iba a hacer cargo de esos ataques en el norte se estaba ya reconcentrando en Honduras para recibir entrenamiento acelerado, y allí mismo me dijo que por mi preparación militar en Cuba y mi experiencia de cuatro años en la montaña, yo estaba llamado a participar como instructor de ese contingente. Y que por lo tanto, era preciso que me trasladara de inmediato a Honduras, donde me esperaban Daniel Ortega y *El Viejo* Tirado López.

Yo me mostré conforme en aceptar la propuesta, muy consciente de que a partir de ese momento me estaba pasando a la tendencia Tercerista. Y como ya no tenía caso regresar a El Sarayal, porque mi salida para Honduras era urgente, le insistí a Camilo en la necesidad de sostener el trabajito de apoyo a Omar Cabezas que había dejado allá en manos de Porfirio Aguilar, quien tampoco debía cortar el vínculo con Estelí. Y así mismo le insistí en que no se rompiera el esfuerzo por la unidad, contándole toda mi conversación con Pedro Aráuz. Camilo así me lo prometió, y así lo cumplió, porque hasta el día de su muerte se mantuvo en comunicación con la tendencia *GPP*, luchando por la unidad sin darse descanso. Y tampoco abandonó a Omar Cabezas. Ese mismo año, a través de Bayardo Arce le hizo llegar hasta Kilambé un lote de armas, de las pocas que pudo conseguir en el Pacífico para el ataque al cuartel de Masaya.

Por algo se le llama ahora el *Apóstol de la Unidad* y fue él mismo quien se encargó de procurar la libertad de *Pedrito*, otra de las cosas que yo le pedí. Por medio de colaboradores de Jinotega y de El Sarayal, en especial del *Tío Conejo* y su esposa, un matrimonio campesino que había convertido su casa en el buzón central de la guerrilla en aquella zona, se le consiguió un abogado, se juntó dinero y como a los ocho meses, *Pedrito* salió de la cárcel sin que hubieran podido descubrirlo. Su deseo fue volver a la montaña, en busca de *Modesto*, y hacia allá se fue.

En ese mismo mes de junio emprendí el viaje a Honduras, vía Chinandega y se me viene ahora a la mente un percance divertido. Me dio la hora de almorzar y me fui por el lado del mercado de Chinandega a buscar qué comer. Era mediodía en punto y hacía un solazo tremendo, y cuando terminé mi almuerzo, le pedí a la dueña del puesto de comida una taza de café negro, bien caliente. Me quedó viendo, extrañada, y al fin me preguntó:

— ¿Usted es del norte, verdad?

En la vida del clandestino hay sustos grandes, y sustos pequeños. Y hay averiguaciones inocentes, y averiguaciones que pueden ser mortales.

— ¿Por qué me pregunta? — le dije yo, buscando alguna malicia oculta en su curiosidad.

— Porque sólo a uno del norte, se le ocurre beber café negro caliente, a esta hora de Judas, con semejante resplandor. Y se le nota por lo chele — se rió ella, muy divertida de su hallazgo.

En una camioneta de pasajeros seguí para Somotillo, donde tenía que encontrarme con el baquiano que me iba a

pasar a Honduras a través del río Guasaule. Me senté apartado, esperando a que llegara, y perdido en mis pensamientos estaba, con la mano en la quijada, cuando sentí que me hablaban. Alcé la vista y descubrí a un hombre de gorrita, con trazas de obrero agrícola, al que nunca antes había visto.

—Lo noto pensativo —me dijo. —Se me parece a Rubén Darío, a como sale en las fotos.

Era *Francisco*, el baquiano. Me cayó en gracia su observación, y ya no la olvidé. Aguardamos a que cayera la noche para atravesar el río, y tras varias horas de camino llegamos a Choluteca sin ninguna novedad.

Puesto ya en Tegucigalpa, asistí a una primera reunión en la que estuvieron presentes Daniel Ortega (*Cleto* era para entonces su seudónimo, en recuerdo de Cleto Ordóñez, un líder popular del siglo pasado); *El Viejo* Tirado López, Germán Pomares (*El Danto*) y Joaquín Cuadra. Facundo Picado se hallaba allí con ellos, al fin tranquilo y contento al lado de *El Viejo* Tirado López.

—Bueno —me dijo Daniel al terminar la reunión— el seudónimo que tenés ya está muy quemado. Escogé otro, el que te guste.

—*Rubén*. Me voy a llamar *Rubén* —le respondí sin vacilar.

Pero no le aclaré que era por Rubén Darío. A Daniel era la primera vez que lo veía. Había caído preso en 1967, acusado del ajusticiamiento del más célebre torturador de la OSN, Gonzalo Lacayo. Fue condenado por los jueces somocistas, y tras siete años de cautiverio, en diciembre de 1974, salió libre hacia Cuba a raíz de la toma de la casa de Chema Castillo y a Germán Pomares, *El Danto* legendario, lo estaba conociendo también hasta entonces, lo mismo que a Joaquín

Cuadra, participante del comando Juan José Quezada que ejecutó el asalto a la casa de Chema Castillo.

Había ya unos cuarenta compañeros en Honduras, varones y mujeres llegados de muchas partes de Nicaragua, combatientes guerrilleros de la época más dura en la montaña, cuadros clandestinos de la lucha urbana, y otros que encontrándose para entonces en el extranjero habían acudido al nuevo llamado. Todos ellos formaban el núcleo fundador de lo que llegaría a ser el Frente Norte Carlos Fonseca. Fuera de los que ya dije, menciono a los siguientes, a como me los va dictando la memoria. De otros me iré acordando después:

Los unimos cinco que le habían quedado a *El Viejo* Tirado López, en su escuadra, y de quienes ya he hablado otras veces: Eslanislao García, capitán del EPS; Juan Ramos (*El Indio Emilio*), también capitán del EPS; *Chico* Ramírez, el que había sido guardia nacional; Alvarito Hernández, participante en la emboscada de San Antonio de Kuskawás el 9 de septiembre de 1975, muerto en un accidente de helicóptero después del triunfo, cuando era capitán del EPS; y Carlitos Suárez, campesino analfabeta que había entrado a la guerrilla a los once años de edad, hermano del baquiano Nelson Suárez. Fue herido en la segunda insurrección de Estelí en abril de 1979, cuando tenía ya el seudónimo *Guandique*, y ahora es mayor del EPS.

Víctor Manuel Urbina (*Juancito*), que no se quedó buscando cura en Nicaragua para la lepra de montaña que le estaba comiendo la nariz, y siguiendo a Facundo Picado vino a dar a Honduras. Para esos días, ya estaba en tratamiento. La Dora María Téllez y la Leticia Herrera, para entonces compañera de Daniel, las dos ahora comandantes

guerrilleras; Araceli Pérez, una muchacha mexicana muy linda, compañera de Joaquín Cuadra, asesinada en 1979 en el Reparto Veracruz, en León; Eugenia, otra mexicana que ahora es la esposa de Álvaro Baltodano; una de nombre Rosita, originaria de Chinandega; la Ramona Campos (*Normita*), campesina de San Antonio de Kuskawás; y la *Esmeralda*, que se había venido a Honduras con Facundo y *Juancito*.

Heriberto Rodríguez, campesino originario de Nueva Segovia, viejo de andar en la guerrilla; Ulises Tapia Roa, que cayó luego combatiendo en Masaya; Cristóbal Vanegas, del Barrio de Monimbó de Masaya, muerto después del triunfo junto a Alvarito González, en el mismo accidente de helicóptero, cuando era jefe del Estado Mayor de la VI Región Militar; Luis Rivera Lagos (*Santos*), también de Masaya, ahora capitán del EPS.

Elías Noguera, de Boaco, que llegaría a ser puntal del Frente Norte, como jefe de la Columna Facundo Picado, ahora comandante guerrillero; Carlos Manuel Jarquín y Roger Deshon Argüello a quien yo había conocido en el *Cuartel de los Bervis* en 1972, caídos los dos en el Reparto Veracruz, en León, junto a Araceli; Juan Ramos, ahora capitán del EPS.

El Cuervo Guerrero, militante sandinista de los tiempos de Daniel; Jorge Sinforoso Bravo, ese gran jodedor y bromista que cayó en octubre de ese mismo año de 1977 en el puente de *Los Cabros*, cerca de Chichigalpa, cuando andaba preparando con Lenín Cerna el ataque al cuartel de Chinandega; Óscar Benavides, de mi mismo barrio de El Zapote, el compañero de Filemón en las luchas sindicales, también liberado de la cárcel en diciembre de 1974, y que iba a morir en Nueva Guinea en 1979. Emerson Velásquez,

ahora capitán del EPS. Era responsable del trabajo del Frente Sandinista en Chinandega, adonde volvió unos días antes de terminar el entrenamiento. En 1978 fue jefe de la primera insurrección de Chinandega junto con Bias Real Espinales, caído en la lucha.

Allí en esa primera reunión que tuve con Daniel, *El Viejo* Tirado López, *El Danto* y Joaquín, en otras posteriores con ellos mismos, y en las conversaciones que sosteníamos entre los demás compañeros que nos disponíamos a entrar en combate, no se hablaba de encuevarse en la montaña, de aguantar plomo y huirle a la guardia. Se hablaba de entrar a Ocotal, la cabecera departamental de Nueva Segovia, atacar el cuartel, ocuparlo, armar a la población, tomarse la ciudad, controlar las carreteras, romper brecha a punta de bala, pegar con la Brigada Pablo Ubeda, y sumaria, insurreccionar a los campesinos en las comarcas, avanzar sobre Estelí, dominar Estelí y agarrar viaje para Managua. Y las otras columnas, que para entonces ya estarían posesionadas de San Carlos, en Río San Juan, Sapoá, Rivas, Masaya y Chinandega, iban a confluir también hacia Managua, varios frentes de guerra despertando al mismo tiempo, combatiendo en diferentes regiones, en el norte, en el sur, en el occidente del país, liberando las ciudades y marchando hacia Managua.

Que la gente oyera los ruidos del combate, que viera con sus propios ojos caer a los guardias, que agarrara los fusiles de los guardias muertos. Nada de eso era para pasado mañana, la ofensiva iba a desatarse en el mes de octubre de ese mismo año. Y nada de eso era nuevo para mí, porque estaba en la visión de Carlos Fonseca, quien había muerto convencido de que ésa era la salida, y no sólo lo repetía en

aquellos últimos meses antes de su caída. Desde el año 1972, cuando estábamos en Cuba, Carlos y también Humberto, nos hablaban de lo mismo: era necesario contar que el pueblo le perdiera el terror a la guardia, había que alentarle la osadía a las masas, quitar de las mentes la creencia de que sólo a los guerrilleros les entraban las balas, demostrar en el combate que los guardias no tenían nada de inmortales. Y eso se iba a lograr hasta que el pueblo oyera sonar los tiros por todos lados y viera a los guardias muertos.

Al mismo tiempo, se iba a dar otro paso audaz, que consistía en concertar una alianza con los sectores descontentos de la burguesía y con los partidos tradicionales de oposición a Somoza. Al estallar la ofensiva, se planeaba también anunciar un gobierno provisional amplio, que ya se estaba formando, como una respuesta política al éxito militar que tuviéramos, y en el que iban a participar empresarios patriotas, sacerdotes, profesionales, intelectuales, gente de prestigio. Y ese éxito militar nosotros lo veíamos seguro en aquel momento, porque se trataba de una cadena de acciones ininterrumpidas, hasta entrar en Managua. La toma del poder, de una vez por todas. Y también era cuestión de demostrarle al mundo que el FSLN no estaba muerto, no estaba destruido, que tenía fuerza, demostrarle al pueblo que no estaba solo, que íbamos al triunfo. Y en el peor de los casos, quitarles presión a los compañeros de la montaña, que seguían en una situación desesperada, lo cual no era ningún cuento. Muchos de nosotros veníamos precisamente de allá, y éramos los últimos que quedábamos, aparte de la gente de Omar Cabezas en Kilambé, que era poquita, y la Brigada Pablo Ubeda que no tendría entonces más de quince o veinte

compañeros. Porque después de la muerte de Carlos Agüero, la situación se volvió más dura e inclemente para ellos. En febrero había caído Aurelio Carrasca (*Chicón*), en Aguas Calientes, en el sector de Las Nubes; en agosto, Roberto Calderón (*EL Puma*) tuvo que entregarse sin más remedio a la guardia en Sofana, al quedarse perdido, solitario por cuatro largos meses. Otros, perdidos también, como el caso de un pequeño grupo en el que iba Hugo Torres, quien se integró más tarde a las estructuras Terceristas, tras caminar seis meses en la selva lograron salir a Honduras por el río Patuea, cuando ya se había dado la ofensiva de octubre, ignorantes de que la guerra cambiaba de curso.

Juan de Dios Muñoz iba a ser capturado el 26 de agosto en Estelí, junto con Raúl González Almendárez, siendo asesinados los dos posteriormente. Y por otro lado, el 16 de septiembre iba a caer combatiendo Martiniano Aguilar en la montaña, y el 23 de ese mismo mes, le tocaría la misma suerte a *El Pelón Casimiro*, que moriría en Zinica junto a Aquiles Reyes Luna (*Amílcar*).

Aquello ahora sí me gustaba, porque era otra cosa, entrábamos en otra dinámica. Y muy lleno de entusiasmo, me trasladé al departamento de El Paraíso, para empezar el entrenamiento. Se montaron dos escuelas, bajo absoluto secreto, ubicadas en fincas de colaboradores hondureños, una cerca de Danlí, y la otra cerca de un pueblecito, en el valle de El Ángel. Al mando de la primera que mencioné quedaron Germán Pomares (*El Danto*) y Facundo Picado, y al mando de la otra, Óscar Benavides y yo.

En ambos campamentos se impuso una disciplina muy estricta, y los combatientes fueron sometidos desde el

primer día a un régimen duro de entrenamiento, sin tregua ni respiro, porque había que estar listos cuanto antes. Y tan buenas resultaron las medidas de seguridad, que no tuvimos ni un sólo incidente de denuncia, y el ejército hondureño no logró detectarnos nunca y mientras empezaban a funcionar las escuelas, otros grupos se dedicaban al trabajo de exploración en Nueva Segovia, identificando las rutas, eligiendo los mejores sitios para levantar los campamentos y para ocultar los buzones de armas y comida, y buscando contactos en Ocotal para reactivar las redes de colaboradores, desde los antiguos partidarios de Sandino, hasta los de las épocas más recientes, de 1970 y de 1975.

Se trataba de revivir las estructuras golpeadas por la guardia a raíz de la represión de 1975, cuando el trabajo en Macuelizo y Ocotal quedó desmantelado. Bajo las órdenes de *El Viejo* Tirado López y de Germán Pomares (*El Danto*), trabajaban en esa línea Heriberto Rodríguez, que era de esa región, Carlos Manuel Jarquín, por ser originario de Ocotal y Pastor Montoya, que vivía en Totogalpa, hijo del viejito Bonifacio Montoya, asesinado en 1975, y cuyo nombre llevaba ahora la columna de Omar Cabezas, y procuramos también atraer a la gente de Estelí. Yo le escribí a mi papá explicándole los nuevos planes, y Óscar Benavides le escribió a sus familiares, para ganarnos a través de ellos el apoyo de los amigos y los viejos colaboradores.

El propio Germán Pomares (*El Danto*), que era diestro en ardides, se metió varias veces hasta Ocotal junto con Carlitos Suárez, Heriberto Rodríguez y Carlos Manuel Jarquín, para estudiar la situación del cuartel; se sentaban en una banca del parque, como ociosos que están platican-

do, y en sus cabezas anotaban las entradas y salidas de los guardias, el número de centinelas, la forma en que estaba defendido el perímetro. Y se puso en juego a partir de entonces otro elemento nuevo, que iba a ser la propaganda. Herty Lewites se apareció un día en los campamentos de entrenamiento a tomarnos fotos, y esas fotos se publicaron en los periódicos una vez que habían estallado las acciones. Los guerrilleros del naciente Frente Norte posamos frente a la cámara de Herty empuñando poderosas armas de guerra, fusiles automáticos y carabinas, aunque a decir verdad, los magazines no correspondían a las armas. Si alguien se fijaba bien, se daba cuenta de que esas armas, así como figuraban en las fotos, no servían para nada.

Pero ya se acercaba la hora. Venía octubre, y los incrédulos iban a saber que el Frente Sandinista existía, y que estábamos decididos a la victoria.

12

LA CHISPA ESTABA PRENDIDA

El 9 de octubre de 1977 abandonamos los campamentos en Honduras para penetrar al territorio de Nicaragua, y en una sola columna, bien pertrechados, emprendimos una marcha de tres días por las estribaciones neblinosas de la cordillera de Dipilto.

La columna iba al mando de Daniel Ortega, y *El Viejo* Tirado López era el segundo jefe. El Estado Mayor lo componíamos Germán Pomares (*El Danto*), Joaquín Cuadra, Óscar Benavides y yo. Por primera vez éramos dueños de

una ametralladora calibre 30, y en el arsenal de guerra se lucían dos subametralladoras Thompson, fusiles FAL, rifles Garand y carabinas.

El 12 de octubre, entre ocho y nueve de la noche, tal como estaba previsto en los planes, alcanzamos sin novedad la carretera panamericana, a media distancia entre Ocotál y el puesto fronterizo de Las Manos. Allí, propiamente frente al portón de la hacienda “San Fabián”, debíamos esperar los vehículos, aportados por colaboradores, para movilizarnos hasta Ocotál, distante apenas cinco kilómetros, y atacar el cuartel en las primeras horas de la madrugada del 13 de octubre. Fallaron en llegar los vehículos, por algún problema de esos que nunca faltan, miedo o imposibilidades de última hora, y entonces Daniel decidió que Germán Pomares se apostara en la carretera al mando de una escuadra en la que iba Alvarito Hernández, para detener y requisar los primeros vehículos que pasaran, mientras el resto de la columna esperaba emboscada a ambos lados de la ruta.

Pero ya puestos los retenes, dio la mala casualidad que los primeros focos en aparecer en la carretera fueran los de un jeep militar que venía de Las Manos. Al dársele el alto, los guardias abrieron fuego, trabándose un combate con la escuadra de *El Danto*. En el combate murieron tres de los guardias y salieron heridos algunos civiles, porque atrás venían otros vehículos. No hubo ninguna baja de parte nuestra. En la confusión, uno de esos vehículos logró evadir los retenes y siguió a toda velocidad hacia Ocotál. Al verlo alejarse, nos dimos cuenta que el factor sorpresa se había perdido, porque los ocupantes irían directo al cuartel a denunciar nuestra presencia, como en efecto sucedió. El plan original se venía abajo, y ya no era posible el ataque al cuartel.

Regresar a la cordillera de Dipilto significaba establecerse allí como una fuerza guerrillera, otra vez al mismo cantar. Y como no era ése el propósito, el mando decidió que lo mejor era preparar dos grandes emboscadas y esperar a las patrullas de la guardia, que necesariamente tenían que llegar desde Ocotál a averiguar lo que había ocurrido.

Se ordenó dividir la columna en dos fuerzas, situándose a la distancia de cuatrocientos metros una de otra, con posiciones de tiro en las alturas a ambos lados de la carretera. La primera, al mando de Daniel y de *El Viejo* Tirado López, que era la más numerosa, se ubicó hacia el sur, buscando Ocotál; y la segunda, al mando de *El Danto* y de Joaquín Cuadra, más hacia el norte, frente a la hacienda San Fabián. Óscar Benavides, Facundo Picado y yo, quedamos en la primera fuerza al mando de Daniel y esperamos, toda la noche esperamos. Hasta que cerca ya del amanecer, como a las cinco de la mañana, se presentó la primera patrulla de la guardia a bordo de tres *jeeps*. Los dejamos avanzar, y cuando llegaron a la entrada de la hacienda, rompió el fuego la fuerza de *El Danto* y cayeron en la segunda emboscada. En seguida aparecieron más *jeeps*, camiones repletos de soldados, y entonces fuimos nosotros los que rompimos el fuego y ya no pudieron pasar.

Los guardias, peleando en desventaja a lo largo del tramo de carretera, desesperaban por desalojarnos de las posiciones protegidas que teníamos y nunca lo consiguieron. En esos combates comenzamos a usar los famosos *nipples*, tubos de cañería rellenos de dinamita, con una mecha pirotécnica, confeccionados bajo la dirección de la Leticia Herrera, experta en explosivos. Ulises Tapia, que por haber

vivido desde muy pequeño en Masaya conocía el arte de los morteros de feria, hizo de bombero en ése y otros combates, lanzando con precisión los *niples*, que hacían estragos entre los guardias. Uno de los jefes de las patrullas, un teniente de apellido Guillén, famoso esbirro de Ocotál, se aventuró a subir por una escarpada buscando cómo alentar a su tropa a que avanzara, y uno de los compañeros, Luis Rivera Lagos (*Santos*), le disparó a corta distancia, matándolo en el acto. Le quitó la carabina M-2 de ráfaga que llevaba, le quitó la pistola, una esclava y un reloj de oro macizo, el anillo de graduación de la Academia Militar, y la documentación que andaba encima. Era uno de los primeros oficiales de la Guardia Nacional que yo veía caer en todos mis años de guerrillero.

El combate duró desde las cinco hasta las once de la mañana, seis horas de pijeo intenso, sin descanso, hasta que aparecieron en el cielo las avionetas *Push-and-pull* de la Fuerza Aérea. Volando en picada, comenzaron a rafaguear con fuego de ametralladora las posiciones nuestras, y a lanzar *rockets*, lo cual nos obligó a retirarnos hacia la cordillera de Dipilto, dejándoles una gran mortandad sobre el pavimento y montones de heridos.

Abandonamos el terreno en orden, sin haber tenido una sola baja, salvo un compañero al que le decíamos *Guerrillero Urbano* que fue rozado por una bala en el pie izquierdo, nada grave. Había sido una verdadera victoria, la primera acción del Frente Sandinista sin muertos ni capturados. El primero que recibió la orden de retirarse fui yo, y lo hice a la cabeza de una escuadra de ocho combatientes, varias de las mujeres, entre ellas: la *Esmeraldita*, la *Normita*, la *Rosita*, y las dos mexicanas, la Araceli y la Eugenia. Todas pelearon

valientemente ,y también la Leticia Herrera y la Dora María Téllez se fajaron duro, la Dora María al lado de Carlos Manuel Jarquín, quien tenía a su cargo la ametralladora calibre 30. La madrugada del mismo 3 de octubre, las fuerzas al mando de José Valdivia que debían tomar San Carlos, en Río San Juan, al otro lado del país, cumplieron con su cometido. Ocuparon el poblado y atacaron el cuartel, retirándose cuando aparecieron los *Push-and-pull*. Había sido por eso que los aviones, ocupados desde temprano del día en San Carlos, llegaron tarde a bombardearnos a nosotros.

No se dio el ataque a Rivas, falló el ataque a Chinandega porque mataron a Jorge Sinforoso Bravo, quien junto con Lenín Cerna era el responsable de dirigir la acción, como ya había dicho antes. El ataque al cuartel de Masaya tampoco cristalizó, por fallas de comunicación con Camilo Ortega, y sólo ocurriría hasta varios días después, el 17 de octubre, la misma fecha en que cayó Pedro Aráuz Palacios (*Federico*) en Tipitapa.

Ese día, mientras se asediaba el cuartel desde el parque y las torres de la iglesia parroquial, un retén de sólo dos compañeros detuvo por horas, en un puentecito de la carretera, a los refuerzos de la guardia que iban desde Managua hacia Masaya, con tanquetas a la cabeza de la columna; y no pudieron pasar hasta que mataron a los dos compañeros del retén. Se cerraron en Managua los bancos, los comercios, las escuelas. La guerra estaba ya en las vecindades del *bunker* de Somoza, la gente estaba oyendo los combates. Lo que sería el gobierno provisional, se transformó en el Grupo de los Doce, y el mismo 17 de octubre, día del ataque al cuartel de Masaya, sus integrantes publicaron en Costa Rica un comu-

nicado de respaldo al Frente Sandinista, que fue difundido en Managua y causó un gran impacto porque allí aparecían las firmas de banqueros, empresarios, sacerdotes. Somoza, encolerizado, ordenó procesarlos a todos por sedición.

Los acontecimientos ocurridos durante esos días de combate frontal no correspondían, en verdad, a los planes trazados originalmente. Pero habíamos logrado poner a la dictadura a la defensiva y aliviar a los compañeros de la montaña, porque la guardia, ocupada en defenderse y reforzarse donde la estábamos atacando, se vio obligada a retirar tropas de Zelaya Norte, debilitándose así el cerco que encerraba a la Brigada Pablo Ubeda.

Ya reunida toda la columna, llegamos al anochecer de aquel 13 de octubre a las primeras estribaciones de la cordillera de Dipilto, donde escogimos sitio para acampar. Una baja imprevista tuvimos durante la marcha: el *Cuervo* Guerrero se durmió en uno de los altos, lo dejamos atrás sin darnos cuenta de su ausencia, y cuando Facundo Picado volvió a buscarlo con una escuadra de compañeros no lo encontró. Hasta más tarde supimos de su prisión, denunciado por un viejito campesino que le había dado refugio en su casa.

Puestos allí esa noche, fuimos convocados por el mando y recibimos la orden de dividirnos en dos grupos: uno jefado por *El Danto*, compuesto por quince compañeros, entre ellos yo, debía tomarse sin tardanza el poblado de Mozonte, en las vecindades de Ocotal. El otro grupo, con Daniel a la cabeza, seguiría subiendo por la cordillera para establecer un campamento permanente, base de las escuadras que iban a desencadenar acciones ofensivas, de manera continua, sobre los valles, las poblaciones y las vías de co-

municación. La consigna era no aceptar combate en las alturas de la cordillera, salir a buscar al enemigo, hostigarlo; tampoco nadie podía regresar a Honduras, se nos dijo, salvo para asegurar tareas logísticas.

Teníamos encima muchos días de entrenamiento constante, jornadas agotadoras de marcha, desde Honduras hasta San Fabián, de San Fabián de vuelta a la cordillera de Dipilto, caminatas chabacanas en subida por las crestas, agobiados bajo la carga de grandes pesos, explosivos, minas, municiones; y teníamos encima el desvelo, la tensión y la fatiga del combate, todo el mundo estaba muy lastimado físicamente. Pero las órdenes eran no dormirse, no descansar, golpear y seguir golpeando y el 15 de octubre, cerca de las nueve de la noche, le caímos por sorpresa a Mozonte, dominando sin muchas vicisitudes la guarnición que estaba defendida por cinco números, entre guardias y jueces de mesta, uno de los cuales salió herido en el combate.

Los capturamos a todos, y al jefe de la guarnición, un sargento, lo enviamos desarmado a Ocotal, para que diera aviso del ataque, a ver si se resolvían a desplazar refuerzos, y emboscarlos. Pusimos en libertad a los reos que tenían en la bartolina del cuartel, y cortamos las líneas del teléfono y el telégrafo. Reunimos a la población en la placita para celebrar un mitin político; compramos provisiones en las pulperías, y después nos dedicamos a conversar tranquilamente con los vecinos. Asustados, nos preguntaban si éramos guerrilleros cubanos, y nosotros explicándoles que nada de eso, que habíamos nacido allí mismo, en Ocotal, en Estelí, éramos de León, de Managua, campesinos como ellos, obreros, estudiantes nicaragüenses. Y la gente, sencilla, no salía de su

asombro porque nos oían hablar de la misma manera, con su mismo acento.

A la una de la madrugada, nos retiramos en dirección a Bonete de Las Trojes, otra vez sin ninguna baja, y sin que aparecieran los refuerzos de Ocotál, llevándonos como trofeo de guerra la bandera de Nicaragua que izaban los guardias frente al cuartel. El 25 de octubre, a las diez y treinta de la noche, ocupamos el poblado de San Fernando, quince kilómetros al este de Ocotál. Hicimos explotar una bomba de *niple* sobre el techo del cuartel, y tras un ataque con fuego de ametralladoras, conseguimos que se rindiera la guarnición. Recuperamos armas y municiones, volvimos a reunir a la población, y en el mitin, el alcalde fue conminado, frente a todos, a renunciar a su puesto. A las dos de la madrugada; tras comprar otra vez provisiones a los pulperos, iniciamos la retirada con destino a El Mojón, entre Mozonte y San Fernando. En las semanas siguientes, divididos en escuadras de cinco compañeros cada una, logramos dar término con el mismo éxito a todos los otros operativos que nos propusimos, a veces varios el mismo día, con apenas diferencias de horas. El 11 de noviembre, a plena luz del día, ocupamos la hacienda El Volcán, donde reunimos a los obreros agrícolas para explicarles las razones de la lucha.

Al día siguiente, 12 de noviembre, a las dos de la madrugada, asaltamos la finca Mi Ilusión, propiedad del coronel Carlos Orlando Gutiérrez, un esbirro de marca mayor que se hacía apodar *El Ranger*, comandante departamental de Nueva Segovia. Se le prendió fuego a la lujosa casa-quinta que tenía allí para sus paseos y bacanales, y los reos de confianza, que le trabajaban sin paga, fueron puestos en li-

bertad. Pocos días después, Somoza lo destituyó, dejándolo en la casual. Y así, el 30 de noviembre nos tomamos la hacienda El Amparo, y el 2 de diciembre cayó en poder nuestro el poblado de Santa Clara. El 8 de diciembre, mientras *El Danto*, a la cabeza de una escuadra ocupaba en acciones sucesivas la hacienda Las Camelias, El Limón y varios otros de esos pueblitos de Nueva Segovia, Óscar Benavides y yo, al mando de otra escuadra nos apoderábamos del puesto fronterizo de Las Manos. Allí recuperamos varios fusiles Garand, subametralladoras, pistolas 45, revólveres 38, y las escopetas de cacería y también requisamos documentación.

El 10 de diciembre, una fuerza de quince compañeros al mando de Joaquín Cuadra le tendió una emboscada a una patrulla de la guardia en el puente de Lisupo, sobre la carretera entre San Fernando y Mozonte. Cinco muertos y muchos heridos tuvo el enemigo en esa emboscada y se logró recuperar allí una importante cantidad de armas y municiones. Participaron en la acción Facundo Picado, la Dora María, Elías Noguera, Carlos Suárez, Juan Ramos, Chico Ramírez y Carlos Rojas, quien tomó fotografías de ese combate. En una de las fotos se ven los momentos en que los compañeros están cargando con los fusiles y pertrechos, tras la derrota de la guardia.

Entre los muertos se identificó al capitán G. N. Humberto Reyes, jefe de la patrulla emboscada, al que llamaban *El Tigre de Waslala* porque sus carnicerías y atrocidades en la montaña lo habían hecho merecer ese nombre. Se le quitó de encima al cadáver una serie de documentos muy valiosos, listas de jueces de mesta y de paramilitares, y un reloj de oro puro que valía no menos de dos mil dólares.

Nos tomamos también planteles madereros, el plantel de la *Plywood*, por ejemplo. Antes de retirarnos pintábamos con *spray* en los tractores y los camiones las siglas FSLN, consignas: ¡Viva la insurrección popular sandinista! ¡Muerte al somocismo! Y así entraban tractores y camiones a Ocotal y Estelí, luciendo esos rótulos ante la admiración de la gente. En todas las operaciones cumplidas durante esos meses no tuvimos una sola baja, salvo las del comienzo, que ya dije: *El Guerrillero Urbano*, herido levemente en un pie en el combate de San Fabián, y el *Cuervo Guerrero*, que se durmió inadvertido en un descanso de la marcha.

Teníamos la iniciativa. Y además de la propaganda armada y de que estábamos fogueando permanentemente a los combatientes, seguíamos logrando que la guardia se viera obligada a abandonar sus operaciones contrainsurgentes en las montañas de Matagalpa y Jinotega, que aflojara el cerco en Zelaya Norte, con lo que disminuía también la ferocidad de la represión contra los campesinos en todas aquellas comarcas. Es cierto que no pudimos establecer comunicación directa con los compañeros de la montaña que respondían a las estructuras de la tendencia GPP ni integramos militarmente con ellos: la gente de *Modesto* en Zelaya Norte y la gente de Omar Cabezas en Kilambé, como estaba originalmente en los planes. Pero al mantener nosotros ocupada a la guardia en Nueva Segovia, ellos consiguieron revivir sus contactos con Matagalpa, con Estelí, con las ciudades del Pacífico, abrir otros nuevos con Siuna y Bonanza, en el Atlántico. Lograron fortalecer el frente guerrillero de Kilambé, fortalecer a la Brigada Pabo Ubeda, meter más cuadros, Lumberto Campbell, Irving Dávila, que subieron a Iyas en-

tonces junto con otros compañeros del Pacífico, y otra vez meter góndolas con armas, municiones y comida.

Ya para entonces, la guardia creía que nosotros éramos miles de guerrilleros. Habían reforzado las guarniciones, habían llevado a Nueva Segovia sus mejores tropas, operaban con aviones y helicópteros, desplegaban luces de bengala para alumbrar los cerros que rodean Ocotal, temerosos de un ataque nocturno. Ellos creyéndonos miles y nosotros éramos apenas cuarenta, moviéndonos en grupitos de cinco, de diez, de quince, apareciendo por donde menos esperaban, golpeándolos día a día, sin respiro.

Y mientras tanto, crecía la agitación en el Pacífico al terminar ese año de 1977. Se sucedían, como nunca antes, las huelgas y manifestaciones de protesta, se multiplicaban las pintas en las paredes, las patrullas de la guardia capturaban y reprimían en los barrios de Managua, León, Chinandega, Masaya y Diriamba, nacían los primeros brotes de rebeldía en Monimbó, los combatientes del Frente Sur hostigaban en el borde fronterizo de Costa Rica. Y la burguesía, asustada, buscaba cómo dialogar con Somoza.

Asesinan, entonces, a Pedro Joaquín Chamorro el 10 de enero de 1978 y el pueblo, enardecido, levanta las primeras barricadas en la carretera norte de Managua, incendia la empresa Plasmáféresis, un negocio de compra de sangre humana propiedad de Somoza y cubanos gusanos, y la fábrica de telas El Porvenir, también propiedad de la familia Somoza. Se insurrecciona Monimbó, aparecen las máscaras indígenas y las bombas de contacto. Y a principios de febrero, el Frente Sandinista se toma Granada y se toma Rivas y obliga a la guardia a replegarse dentro de los cuarteles.

Y cuando Camilo Ortega se traslada a Monimbó, en plena insurrección, lo asesina la guardia en Los Sabogales. Pero ya la chispa estaba prendida, y Nicaragua era un reguero de pólvora. En Nueva Segovia, nosotros continuamos el ritmo de las acciones durante esos primeros meses de 1978, con el campamento principal establecido siempre en la cordillera de Dipilto. Manteníamos abiertas las rutas con Honduras para el paso de armas y municiones, habíamos montado otras escuelas de entrenamiento en El Paraíso y ya Hugo Torres estaba a cargo de todas las operaciones de retaguardia en Tegucigalpa. La fuerza original de cuarenta compañeros empezó a crecer, ya éramos unos sesenta, nutridos con nueva gente de Ocotol y otros poblados, estudiantes y exiliados llegados de México, algunos campesinos hondureños.

Aún sin ser muchos teníamos a esas alturas una óptima experiencia combativa, y para los días en que ardía la insurrección de Monimbó quisimos ponerla en práctica, lanzando un ataque de mayor envergadura. Las tropas de la guardia habían montado su campamento principal en las alturas de la cordillera de Dipilto, en un lugar llamado El Rosario, para dirigir desde allí las operaciones contrainsurgentes, igual a como lo habían hecho antes en Waslala y Río Blanco. Entonces, el 3 de febrero de 1978, todas nuestras fuerzas disponibles fueron concentradas bajo el mando de Daniel Ortega y cayeron de manera sorpresiva sobre el campamento. Se le hicieron al enemigo cerca de cuarenta bajas y se logró desalojarlo de todas sus posiciones, poniéndolo en desbandada. Junto con Daniel participaron en el mando de esa operación, de la que yo estuve ausente, *El Danto*, Joaquín Cuadra y Óscar Benavides.

Por parte nuestra solamente tuvimos un muerto, un compañero de Chinandega de nombre Pedrito, que fue capturado vivo; lo torturaron y lo despellejaron, le cortaron el pene y se lo pusieron al cadáver en la boca. Facundo Picado fue herido en la nariz por un charnel. Pero a pesar de todos esos éxitos, y de que nos manteníamos permanentemente a la ofensiva, la situación empezaba a tomar, otra vez, el rumbo que nosotros no queríamos. La guardia reprimía ya indiscriminadamente en toda la región, asolando los valles, quemando los ranchos de los campesinos y desalojando por la fuerza caseríos enteros. Y ahora nos presentaba combate en la propia cordillera de Dipilto, con lo cual estábamos cayendo de nuevo en la vieja historia de la guerra de guerrillas en áreas de montaña, viéndonos obligados a pelear aislados en las alturas, lejos de la población.

Además, el ejército de Honduras comenzaba a cercarnos por el lado de la frontera, en operaciones concertadas con la guardia, dificultándonos el aprovisionamiento y las comunicaciones. Durante una de esas operaciones de yunque y martillo, bautizada como *Operación Veloz*, los hondureños capturaron el 14 de febrero en el borde fronterizo a Óscar Benavides; y el 10 de marzo capturaron a *El Danto* junto con Ulises Tapia y Alvarito Hernández. Los sorprendieron dentro de una casa, en la hacienda Peñas Blancas, de El Paraíso, cuando se ocupaban en la misión de trasladar a la escuadra de Joaquín Cuadra de Macuelizo a Dipilto. *El Danto* y los otros dos compañeros fueron llevados a la Penitenciaría Central de Tegucigalpa, donde ya tenían a Óscar Benavides; y allí, *El Danto*, gracias a que era muy matrero, entró en grandes intimidades con los guardianes y llegó a

caerles en gracia, de modo que a través de ellos podía sacar correspondencia y comunicarse con Hugo Torres. Después tuvieron que ponerlos libres a todos y los deportaron a Panamá a finales de ese mismo mes de marzo.

El Frente Norte Carlos Fonseca había servido en esa primera etapa de casi seis meses de lucha como una gran escuela de fogueo y como un semillero de cuadros de primera línea. Y ahora era preciso regar las semillas en otros puntos del país para fortalecer la continuación de la guerra insurreccional, que seguía siendo el gran objetivo. No una guerra de guerrillas en la cordillera de Dipilto, sino la insurrección nacional, de forma permanente, sin interrupción.

Por esas razones es que se vio necesario romper el círculo vicioso y pasar a otra etapa distinta. No se trataba de hacer desaparecer el Frente Norte, sino de darle otro sentido. Por eso, la primera decisión fue que Joaquín Cuadra se desplazara hasta el sector más cercano posible a Ocotal, la cordillera de Macuelizo, donde debía formar un nuevo destacamento guerrillero que se llamaría Jorge Sinforoso Bravo. Para esta misión designaron junto con él a Facundo Picado, Elías Noguera, y Carlitos Suárez, entre otros compañeros. Posteriormente Joaquín fue nombrado responsable del Frente Interno Camilo Ortega en Managua, adonde se envió también a Dora María Téllez, la que pasó más tarde al Frente Occidental Rigoberto López Pérez, en León. Carlos Manuel Jarquín y Roger Deshon fueron responsables de abrir el trabajo en León, aliado de Guadalupe Moreno, William Fonseca e Iván García, y a Chinandega, donde ya estaban Carlos Brenes, Carlos Rojas (*El Doctor*) y Emerson Velásquez, se envió a Hugo Torres. Los dos grupos, el de León y

el de Chiriandega, eran parte del naciente Frente Occidental. Ulises Tapia fue asignado para trabajar en Masaya, y Salvador Bravo, en Granada. Otros compañeros fueron enviados a reforzar el Frente Sur Benjamín Zeledón: Óscar Benavides, Alvarito Hernández, Chico Ramírez, Víctor Manuel Urbina (*Juancito*), Juan Salgado y Manuel Mairena (*Rufino*), originario de Totogalpa, quien después del triunfo llegaría a ser jefe de escolta de Humberto Ortega.

En Tegucigalpa, a cargo de la retaguardia quedaron Leticia Herrera y Araceli Pérez, junto con Tobías Gadea (*El Viejo*), René Fonseca y Francisco González (*Chico Toribio*); ellas dos pasaron a León antes de la ofensiva final. A mí se me dejó en Dipilto con la misión de despachar a la gente hacia los distintos lugares adonde iba asignada, y embalar en bultos las armas, las municiones y el abastecimiento sobrante para su traslado posterior a León, Chinandega, Masaya y Estelí. De esta manera que cuento, fue que surgieron los embriones de los distintos frentes insurreccionales:

El Frente Norte Carlos Fonseca Amador, en Nueva Segovia, con su destacamento guerrillero Jorge Sinforoso Bravo como eje principal, también llegaría a abarcar Estelí, Matagalpa y Jinotega. El Frente Occidental Rigoberto López Pérez, en León y Chinandega. El Frente Interno Camilo Ortega, en Managua, Masaya, Granada y Carazo, y el Frente Sur Benjamín Zeledón, en Rivas y Río San Juan, ya existente para entonces, pero que nosotros ayudábamos a reforzar.

La insurrección en toda la geografía de Nicaragua, tan soñada, ya se avecinaba. Y en verdad, el Frente Norte era su semillero.

NECESITO QUE ME AYUDEN

En el mes de junio de 1978, una vez cumplida la misión que se me había asignado en Dipilto y cuando cada uno de los compañeros ya estaban en sus nuevos lugares de destino, recibí instrucciones de trasladarme a Managua. Otra vez penetré de manera clandestina, atravesando el río Guasaule, y de Chinandega seguí para Managua en busca de Joaquín Cuadra que ya se encontraba allá, junto con Óscar Pérez Cassar (*El Gordo Pin*), al mando del Frente Interno Camilo Ortega. La orientación que se me dio entonces, fue irme de inmediato a Estelí, como responsable del Regional Norte, a preparar la insurrección. A mí me tocaba, contra reloj, organizar todo el trabajo en Estelí, Matagalpa y Nueva Segovia, y ponerme en comunicación con Facundo Picado y Elías Noguera, que habían quedado al mando del destacamento Jorge Sinforoso Bravo, en Macuelizo. Y se me dijo que una vez estudiadas las condiciones, quedaba a mi albedrío escoger si la insurrección debía estallar en Matagalpa o en Estelí. Y, lógicamente, ya puesto en el terreno, para mí resultó más favorable Estelí.

Se trataba de una responsabilidad inmensa y la acepté con mucho orgullo. Aunque es necesario tener en cuenta que se me mandaba a empezar prácticamente de cero, porque no podía contar con las estructuras clandestinas y las redes de colaboradores existentes en Estelí, todas en manos de la tendencia GPP. Y para colmo, se me enviaba sin un centavo. Lo único que me entregaron los compañeros en Managua, fue el valor del pasaje en bus. Llegué a Estelí y me

puse a trabajar de inmediato valiéndome de mis familiares, mi papá, mis hermanas, mis tíos y primos, de mis antiguas novias, de mis compañeros de juegos, de los colaboradores de mi hermano, gente que le había tenido cariño, que le cocinaba un pollito cuando llegaba a refugiarse en sus casas. Yo recogí esos cariños. Y en fin, los de quienes habían conspirado conmigo entre 1968 y 1972. Porque como era de esperarse, los mandos de la tendencia GPP me regatearon su apoyo desde el comienzo.

Lo primero que hice fue buscar una entrevista con Felipe Escobar, responsable para entonces de la GPP en Estelí, un compañero que ahora es capitán del MINT. Hablamos, me dijo que él no estaba de acuerdo con lo que nosotros pretendíamos, que aquello era aventurerismo; pero aún así, logramos por un tiempo amarrar juntos algunos trabajos, hasta que a él lo capturaron en Matagalpa.

Luego, en lugar suyo quedó Felipe Sáenz (*Ramiro 14*), ahora subcomandante del MINT, y fue lo mismo: no existían condiciones para una insurrección, era necesario prepararse mejor, esperar. Las reuniones que tuve con Cristian Pichardo (*Isauro*) resultaron igualmente infructuosas. Estaban cerrados, y esa falta de entendimiento hizo que la insurrección de septiembre en Estelí tuviera menos posibilidades y que no pudiéramos impulsar a la vez la insurrección en Matagalpa. Puntos de vista encontrados, a veces enconados, que no permitían apreciar las cosas desde el mismo ángulo, cosas para mí evidentes, porque las condiciones que ellos reclamaban era obvio que existían. Si algo se hacía necesario era empujarlas para que se multiplicaran, sin esperar a que crecieran solas. Desde el mes de abril, la ciudad de Estelí había em-

pezado a ser sacudida por la agitación popular, manifestaciones, fogatas nocturnas en las calles, huelgas estudiantiles, huelgas de trabajadores.

El 24 de abril, la multitud enardecida le había prendido fuego a la casa del diputado somocista René Molina, después que la guardia asesinara, el día anterior, al niño Wilfredo Valenzuela, que fue enterrado con un acompañamiento de miles de personas. Y el 24 de mayo, tras explotar una bomba en el cuartel de la Guardia Nacional, se había desatado una nueva ola de violencia callejera que se tradujo en incendios y saqueos de los comercios. Tuvo que renunciar, por miedo, el alcalde de Estelí, y Somoza se vio precisado a cambiar al comandante departamental, el coronel Carlos Edmundo Vergara, poniendo como sustituto al coronel Gonzalo Martínez.

La división, por asunto de concepciones en la lucha, es muy dolorosa entre compañeros de un mismo ideal. Hubo cosas injustas, como el hecho de que el 15 de julio matara la guardia en Estelí a José Benito Escobar, sin que yo me enterara que estaba allí, clandestino. Aún no sé si él llegó a darse cuenta de mi presencia, pero lo más probable es que no, porque de seguro me hubiera buscado. Con la autoridad que él tenía, como miembro de la Dirección Nacional, no iba a rehuirme. Después, en el mes de agosto, cae en Condega Juan de Dios Muñoz, cae en Matagalpa Cresencio Rosales, al que le decíamos *Denis* en la montaña, yo lo había recibido, yo lo había entrenado, y hasta entonces supe que andaban por allí. ¿Cómo se podía entender eso, que nos escondiéramos unos de otros, si era la misma causa, si nos estábamos necesitando en momentos tan difíciles? Pero esos problemas

eran parte de la realidad de la lucha, y fue la lucha misma la que se encargó de resolverlos.

Pese a todas esas dificultades, poco a poco fui tejiendo mi red. Encontré casas de seguridad, la principal de ellas en el barrio San Antonio, donde planificamos la primera insurrección de septiembre de 1978; a esa casa le dimos entonces el nombre de *El Cuartelito*. Allí vivía un matrimonio que me conocía desde niño: José Flores, maestro de obras de unos cuarenta años de edad, y Esmeralda Valle, padres de una muchacha de nombre Miriam, que llegó a ser mi compañera en 1979 y con la que tuve un hijo. Me les presenté como amigo, como viejo conocido, diciéndoles nada más: —Necesito que me ayuden. Y me ampararon sin estar preguntándome mucho. Una gente muy sufrida y muy valiente. La guardia les mató a un chavalo de quince años, y después del triunfo perdieron a dos niños: jugando con una granada de fragmentación, la granada les explotó y los despedazó y colaboraron conmigo familiares de combatientes caídos, la familia de Fausto Heriberto García, muerto en Pancasán, según ya dije, y la familia de Alesio Blandón, la familia de Rufo Marín, la familia de Igor Ubeda, personas capaces de compartir con uno su escaso bocado de comida.

Desde que llegué a Estelí y encontré los primeros colaboradores, se comenzó a orientar a la gente a conseguir combustible, kerosene, diesel, a rellenar botellas de ron y de aguas gaseosas con el combustible para tener preparados los *cocteles molotov*; a conseguir grapas y clavos para fabricar los *niples* explosivos, alambre de púas para las barricadas, tiros de rifle 22, tiros de escopeta; a recoger información sobre los *orejas*, lugares donde había armas, número de soldados en

el cuartel, sistemas de patrullaje de la guardia. Procuraba movilizarme con cuidado en mis vueltas mientras me empeñaba en esos trabajos. Pero en una ocasión en que por necesidad tuve que llegar a la casa de mi papá, un *oreja* lo supo y fue con la denuncia al comando, a pesar de que no era tan fácil reconocermelo; habían pasado cinco años desde que me había ido de Estelí. Y además, me camuflaba bien, bajo diferentes disfraces. Montaron entonces un operativo militar para cercar la casa, y como no dieron conmigo, se llevaron a mi papá. Mi hermana María Félix se entregó también a ayudarme. Otra de mis colaboradoras decididas fue doña Corina Toruño, a la que llamábamos cariñosamente *La Madrina*, cuñada de doña Fidelina Pérez, la mujer de mi papá. Su casa le había servido de refugio clandestino a Denis Enrique Romero Zamorán (*David*), jefe del Regional del FSLN en Estelí, asesinado por la guardia el 22 de noviembre de 1971, como ya relaté anteriormente.

Precisaba contar a mi lado con gente experimentada que conociera bien el terreno. Me acordé entonces de José del Carmen Aráuz (*El Segoviano*), jefe de tanques ahora del EPS, aquel segundo hombre de Omar Cabezas que se había bajado del Kilambé para pasarse a la tendencia Tercerista, según dejé ya dicho. Después de participar en las acciones combativas de Masaya se había integrado al Frente Sur; y viendo lo útil que me podía ser, pedí que me lo enviaran, y así me lo concedieron.

Sucedió, por otro lado, que en los días posteriores a mi llegada, Alfredito Lazo (*Samuelito*), un dirigente obrero conocido mío, me informó que un compañero al que tenían cortado desde años atrás los mandos de la GPP, quería ha-

blar conmigo. Este compañero era de mi barrio, de la generación de mi hermano. Se llamaba Juan Alberto Blandón, mejor conocido después como *Froylán*. A raíz de la represión de 1975 había ido a dar a la cárcel y cuando salió libre lo comenzaron a ver con sospecha y lo aislaron.

Sospechas pendejas, sin ninguna base. Porque a mi lado llegó a ser un combatiente ejemplar, jefe de una columna. Cayó en la insurrección de abril de 1979. Y adelante voy a relatar cómo fue que la guardia lo confundió conmigo, proclamando que yo había muerto en combate. Era un dirigente verdaderamente capaz. La prueba es que por su cuenta tenía adelantado un trabajo organizativo muy amplio dentro de la ciudad y en las zonas rurales, hacia El Sauce, por el oeste, y hacia Pueblo Nuevo y San Juan de Limay, por el noroeste.

Estaba metido en el movimiento de comunidades cristianas de base, que llegó a jugar un gran papel en las insurrecciones, y también controlaba el Sindicato de Transportistas Unidos, los furgoneros que en 1979 fueron claves para acarrear armas desde Costa Rica. Hablamos, me explicó el trabajo que tenía, contactos, redes, casas de seguridad, información sobre el enemigo. Todo lo puso a mi disposición y conmigo se quedó y había otro compañero, Salvador Loza Talavera (*El Viejo Martín*), uno de los primeros militantes del FSLN en Estelí, de los mismos tiempos de Filemón. Igual que a *Froylán*, lo mantenían aislado debido a no sé qué sospechas, a pesar de que también había logrado consolidar por su cuenta un tremendo trabajo entre los obreros de Estelí, los carpinteros, los albañiles, y entre los campesinos, en toda la zona hacia San Juan de Limay y Pueblo Nuevo.

Ya Joaquín Cuadra me había advertido, cuando me envió a Estelí, que allá sólo iba a encontrarme con las es-

estructuras viejas de la GPP, y con el trabajito independiente que tenía *El Viejo Martín*; y puesto que de aquellos no podía esperar mucho apoyo, me dijo que si yo veía bien la cosa, lo buscara, aún previniéndome de las sospechas en su contra. — Vos decidís si te vas a meter allí con él, eso queda en tus manos, me dijo. Pero por causa de todos esos resquemores, aunque tampoco había nada de verdad en las tales sospechas, no me le acerqué al principio, sino que empecé a infiltrar, poco a poco, sus estructuras.

Y me adelanto a contar lo que llegó a suceder con este compañero, *El Viejo Martín*. Por poco lo fusilan. Al tercer día de la insurrección de septiembre de 1978, el *Capi Rosales*, que entonces estaba todavía con la GPP, cuando lo vio en la calle armado con una escopeta, lo mandó a capturar, y lo quería pasar por las armas. Yo intervine, y lo salvé. Se me había concedido ya el mundo de todas las fuerzas por acuerdo de las dos tendencias, y me opuse. — Déjenme al compañero, yo respondo por él, le dije al *Capi Rosales*.

Una vez bajo mi protección, le hablé así: — Yo te conozco desde los tiempos de Filemón. Hay una sospecha contra vos, pero vamos a combatir. Cuando triunfemos, aclaremos las cosas. Le asigné un sector de la ciudad, y la verdad es que el hombre se portó tan tigre en el combate que después le di el mando de una columna. Ahora es capitán del EPS y allí está estudiando, superándose, un revolucionario de los de verdad. Me fui directamente a las bases de *El Viejo Martín* y también me encontré en esas estructuras con gente que me conocía, amigos, antiguos colaboradores sandinistas; les hablé, uno a uno, y aceptaron trabajar conmigo. A partir de ellos fui a dar con otros que colaboraban con la

GPP y tampoco tuvieron ningún inconveniente en ayudarme, porque no veían ninguna diferencia entre una y otra tendencia, veían al Frente Sandinista. Para ellos, las divisiones eran cosas de arriba, no sabían de esos problemas. O si sabían, no le ponían mente.

El movimiento cristiano, que ya tenía varios años de actividad, era para entonces fuerte, numeroso y muy beligerante. Los curas progresistas que lo dirigían, el padre Julio López entre ellos, habían conseguido inspirarle un carácter político a las ultrellas, los retiros espirituales, los cursillos de cristiandad. Entre cantos y rezos se discutían los problemas sociales, se tomaba conciencia de la realidad de la explotación, se proclamaba la necesidad de un cambio de sistema. La opción por los pobres, la liberación de los oprimidos, esos eran los compromisos que ellos sacaban del Evangelio. Y esos eran también los motivos esenciales de la lucha del Frente Sandinista.

Todo el mundo estaba metido en ese movimiento, tratando de influenciarlo. Estaba metido *Froylán*, estaba metido *El Viejo Martín*, estaba metida la GPP, también el Partido Liberal Independiente, el Partido Conservador. Participaban profesionales, artesanos, campesinos de las comarcas, las mujeres de los barrios céntricos junto a las mujeres de los barrios pobres, hasta mi papá andaba allí en esos famosos cursillos de cristiandad. Y en un tiempo, para los comienzos del movimiento, al mismo comandante departamental de la G.N. lo habían metido a rezar.

Ya para esos meses anteriores a la primera insurrección, los cristianos de base no tenían temor de apoyar la lucha armada, estaban muy decididos a rifarse con todo lo

que estaba por venir. Organizados por comarca, por barrio, por cuadra, ellos mismos habían llegado a desarrollar sus propios métodos conspirativos, contraseñas para entrar a las reuniones, formas de citarse en secreto.

El hombre que colaboraba de manera más cercana con el padre Julio López, era Orlando Benavides (*Pancrasio*), ahora diputado del FSLN en la Asamblea Nacional; otro de los activistas importantes del movimiento cristiano era Antonio Benavides (*Rafael*), un maestro que ahora es subdirector regional de educación de Estelí. Toda esa gente, captada en un principio por *Froylán*, empezó a trabajar conmigo y empezaron a trabajar conmigo dirigentes obreros, captados también por *Froylán*, entre ellos José Torres Benavides, capitán ahora del EPS, y Alfredo Lazo (*Samuelito*), al que ya mencioné. Ambos fueron después jefes de la insurrección de Matagalpa, en 1979, *Samuelito* cayó en uno de los combates por la liberación de esa ciudad, poco antes del triunfo.

Incorporé así mismo a dirigentes del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), como Antonio Castillo, ahora jefe del Estado Mayor del EPS en la VI Región Militar; a su hermano, Ulises Castillo, ahora jefe de las Tropas Rurales del EPS en Managua; a Mauricio Zelaya Ubeda, quien llegó a ser jefe de una columna guerrillera; a Donoso Zeledón Ubeda, un muchachito de dieciséis años, audaz, sereno y frío, una especie de Selim Shible. Cayó en 1979, en la forma que más tarde voy a explicar, y a su muerte, una columna guerrillera fue bautizada con su nombre. Gracias a que podía contar ya con correos seguros, logré establecer comunicación permanente con Facundo Picado y Elías Noguera, quienes seguían manteniendo la pequeña unidad de combate Jorge Sinforoso

Bravo en la cordillera de Macuelizo.

Ampliando la red de colaboradores pudimos fortalecer el trabajo en Ocotál con proyección hacia Somoto, Palacagüina, Totogalpa y Condega, sobre la carretera panamericana; y como Facundo y Elías manejaban los enlaces con Honduras, empezamos a meter el lote de armas, municiones y explosivos, asignado a Estelí, que se había dejado en Dipilto. Los bultos fueron transportados primero hasta Ocotál y después, por partes a Estelí, donde los almacenamos en distintas casas. Otras redes muy incipientes de colaboradores se habían abierto ya en Matagalpa y La Trinidad. Facundo y Elías, al recibir mi aviso, se trasladaron a Estelí para trabajar conmigo en la preparación de los planes de la insurrección. Con ellos llegaron otros compañeros seleccionados entre los mejores de la Unidad de Combate Jorge Sinforoso Bravo, y algunos de Ocotál: Carlitos Suárez, Edgard Espinoza (*El Águila Negra*), mayor ahora del EPS, Ramón Prudencio Serrano, al que le decíamos *Óscar*, caído más tarde, y Violeta Jiménez, capitana ahora del EPS, a la que llamábamos *María*. Era el mes de agosto. Ya estaba también conmigo José del Carmen Aráuz (*El Segoviano*), y entonces pudimos montar las escuelitas militares para entrenar a los combatientes que íbamos seleccionando, obreros y estudiantes, principalmente. Esas escuelitas funcionaron bajo estricto sigilo en casas de colaboradores, por distintos rumbos de Estelí. Y en el taller del Sindicato de Transportistas Unidos. En una de esas casas, del sector oeste, recuerdo que entrenamos a un grupo de dirigentes cristianos, enseñándoles a armar y desarmar los fusiles y a manejar el rifle Garand, las carabinas, escopetas y armas de cacería.

Parecía mentira que tanta actividad, tanta conspiración, tantas reuniones clandestinas, aquel ir y venir de gente, aquellas sesiones intensas de entrenamiento, el trasiego secreto de armas, la preparación de explosivos, el almacenamiento del material bélico disponible, el acopio de gasolina, diesel, grapas, alambre de púas, que todo aquello se pudiera hacer en un lugar tan pequeño como Estelí, con los *orejás* vigilantes en cada esquina y los guardias encima, patrullando día y noche las calles. Mientras llegaba la hora de la insurrección, la Unidad de Combate Jorge Sinforoso Bravo se mantuvo activa, librando acciones de hostigamiento en las vecindades de Ocotal. Y con la participación de gente organizada en el mismo Ocotal, se logró ejecutar un asalto a la agencia del Banco Nacional; no recuerdo la cantidad que se obtuvo, pero todo ese dinero se trasladó a Managua, que era donde más se necesitaba. También se le prendió fuego en Ocotal a una discoteca, propiedad de un somocista, y a unos prostíbulos, propiedad de oficiales de la guardia.

Nadie dudaba ya que el polvorín iba a estallar pronto. Continuaban día a día las manifestaciones contra la guardia y la población salía desafiante a la calle, armada con piedras, con palos, con cuchillos. El 15 de agosto, el mismo día que mataron a José Benito Escobar, entró a Estelí el Grupo de Los Doce, que ya estaba en el país y recorría las ciudades. La gente se lanzó a la calle, como nunca, a recibirlos, gritando consignas combativas, con las banderas del FSLN ondeando, con carteles de apoyo al FSLN, de apoyo a la lucha armada. Era una marejada que venía subiendo, y con teorías nadie podía detenerla. El mensaje aquél de que no había condiciones, de que era necesario esperar, ya nadie lo

escuchaba. Recuerdo que en las semanas anteriores a la insurrección de septiembre de 1978, cuando yo me movilizaba por todas partes, cada vez de manera más abierta, porque había trabajo que hacer por todos lados, la gente me paraba en la calle para preguntarme, para exigirme:

— ¿Qué andan haciendo ustedes? ¿Por qué no combaten? Reclamándome que pasáramos de una vez por todas a las acciones militares, que no siguiéramos esperando. Y muy a mi pesar tenía que responder que era preciso prepararse mejor, decir que nos estábamos alistando, que aguardaran, que era necesario tener más armamento, entrenar más gente, recabar mayor información, para que la ofensiva pudiera ser más efectiva, más contundente.

Pero una cosa eran mis intenciones y mis explicaciones, y otra muy distinta la realidad política, explosiva, que se sentía en el aire cargado de deseos de combate. Los jóvenes, sobre todo, no querían esperar. Cuando mataron a José Benito Escobar, el pueblo desfiló a colocar cruces en el lugar donde había caído. La guardia llegaba, quitaba las cruces, y la gente volvía a ponerlas, un pleito constante. Y honestamente, nada de eso tenía dirección nuestra, ni de ninguna tendencia. Eran manifestaciones espontáneas, la rabia contenida que explotaba.

Entonces, el 22 de agosto, se activó el formidable detonante que fue la toma del Palacio Nacional. Joaquín Cuadra y Óscar Pérez Cassar (*El Gordo Pin*), me habían convocado a Managua como dos semanas antes, porque se estaba en el proceso de escoger a los integrantes del comando que iba a realizar el asalto, y tuve una reunión con ellos en la casa de Nicho Marengo (*Nelson*), situada en un reparto nuevo de la

carretera sur, el Reparto Serranías, donde aún había muy pocas casas. En esa reunión, en la que estuvieron también Edén Pastora, que había entrado clandestino desde Costa Rica, la Dora María Téllez y Hugo Torres, designados los tres para dirigir la acción, se valoró la posibilidad de que Elías Nogueira y yo formáramos parte del comando. Luego, la Dirección Nacional Tercerista resolvió que no debíamos abandonar las tareas que ya estábamos cumpliendo en Estelí, en función de la insurrección. Me mandaron a pedir entonces que escogiera a dos compañeros de mi estructura y yo me decidí por Donato Aburcia Espinoza y Edgard Espinoza; pero al final me dijeron que tampoco ellos, porque era más importante que se quedaran conmigo.

La toma del Palacio Nacional era la acción más audaz emprendida por el Frente Sandinista desde que el comando dirigido por Eduardo Contreras asaltara la casa de Chema Castillo, el 27 de diciembre de 1974. De nuevo poníamos de rodillas a la dictadura y humillábamos a la guardia, siendo mayor ahora la rabia de Somoza porque aquél se suponía un reducto inexpugnable.

En el Palacio Nacional funcionaba el Congreso somocista, *la chanchera* como la llamábamos, y varios ministerios. Los integrantes del comando irrumpieron disfrazados de soldados de la EEBI, la fuerza de élite creada por *El Chigüín*, el hijo de Somoza. Trancaron las puertas, neutralizaron a los guardaespaldas y tomaron como rehenes a todos los diputados somocistas y zancudos, entre ellos el presidente del Congreso, primo hermano de Somoza, Luis Pallais Debayle. Somoza fue obligado a aceptar que una proclama de la Dirección Nacional Tercerista, formada por Daniel y Hum-

berto Ortega, y *El Viejo Tirado López*, se leyera por cadena de radio y televisión y se publicara en todos los periódicos. Fue obligado a entregar una fuerte cantidad de dólares, fue obligado a liberar a docenas de prisioneros sandinistas. Los miembros del comando, junto con los prisioneros encabezados por Tomás Borge, salieron hacia Panamá en un avión enviado por el General Torrijos. Camino al aeropuerto, el pueblo se lanzó de manera multitudinaria sobre la carretera norte, a vitorearlos. En las semanas anteriores, la situación en el norte estaba caliente no sólo en Estelí, como ya dije, sino también en Matagalpa. Fue inevitable entonces que el 28 de agosto, tras el asalto al Palacio Nacional, estallara un levantamiento espontáneo, en las calles de Matagalpa, dirigido por chavalos de poca edad, estudiantes de secundaria principalmente.

Los muchachos levantaron barricadas en todos los barrios, utilizando piedras de cantera, adoquines y sacos rellenos de arena, y armados con pistolitas 22, fusiles de cerería, palos, cuchillos y piedras, libraron durante varios días combates desiguales y encarnizados contra los batallones de la Guardia Nacional, enfrentando las tanquetas y los carros blindados con *cocteles molotov*. Era un levantamiento, que para decir verdad, no tuvo una dirección planificada por parte de ninguna de las tendencias del FSLN. Lo dirigía, en todo caso, el espíritu de Sandino, el ejemplo de tantos años de lucha del FSLN.

Este asunto vale la pena explicado bien. No es que a mí me sorprendiera el estallido de ese brote insurreccional, porque yo sabía que en cualquier momento los chavalos iban a desbocarse a combatir con lo que tuvieran a mano,

pero las estructuras Terceristas en Matagalpa eran todavía muy recientes y muy débiles, pues los principales esfuerzos los estábamos concentrando en preparar la insurrección de Estelí. Ésa es la escogencia que había hecho desde que me enviaron a organizar el Regional Norte y era eso en lo que nos atareábamos sin descanso.

Yo había estado en unas seis ocasiones en Matagalpa; y en reuniones que sostuve con muchachos obreros, estudiantes, en una casa por el puente sur, a la entrada de la ciudad, unas veces en presencia de Felipe Sáenz (*Ramiro 14*), el responsable de la GPP en todo el norte, y otras en presencia de cuadros que controlaba él, era fácil percibir las ganas desesperadas que esa gente tenía de entrar en combate. Me decían que estaban aburridos de reuniones, de andar nada más en mítines, que necesitaban acción militar.

Pero honestamente, yo no podía darles respuesta a sus ansias, porque repito, estructuras no tenía en Matagalpa, solamente colaboradores. Y le rogaba a Dios y al diablo que me alargaran los días, que me dieran tiempo de meterme también en Matagalpa, tiempo de preparar combatientes, entrenados, buscar armas, lo que menos había, porque ni siquiera contábamos con armas suficientes para la insurrección en Estelí. Y sin ninguna cooperación de los compañeros de la GPP, que eran dueños del trabajo clandestino en Matagalpa, era más difícil todavía cualquier intento, pues ellos seguían obstinados en esperar y más esperar. Y ahora pienso de nuevo que si esa cooperación se hubiera dado, la insurrección de septiembre la hubiéramos hecho estallar en las dos ciudades al mismo tiempo. No tengo dudas de eso y fue así que después de la toma del Palacio Nacional, el tiem-

po y las circunstancias nos agarraron con los calzones en la mano. Los muchachos se lanzaron sin dirección a enfrentar a la guardia y fue solamente hasta que ya estaban en las calles, en las barricadas, que algunos cuadros de la GPP salieron a encabezarlos, el primero de ellos Crescencio Rosales, quien había bajado de la montaña en 1976 y ahora era responsable del Comité Regional Faustino Ruiz en Matagalpa; la Lucy González, que me parece es alcalde de Matagalpa ahora, y otros que son subcomandantes del MINT, capitanes y tenientes del EPS.

Se rifaron en el combate a la cabeza de los chavalos, de los pobladores de los barrios, y gracias a eso se evitó una matanza, porque se le pudo dar alguna coherencia al levantamiento, cierta dirección, aunque nada había sido planificado. A esas alturas era el pueblo el que empujaba al Frente Sandinista, a pesar de los pesares y le pesara a quien le pesara, porque las teorías ya estorbaban.

Todo el país se precipitaba hacia nuevos acontecimientos. La huelga general, alentada por el Grupo de Los Doce desde el Frente Amplio Opositor (FAO), que estaba planeada para estallar de manera coordinada con la insurrección, se puso en marcha de manera adelantada al darse la toma del Palacio Nacional, y muchos comercios, oficinas y fábricas se habían cerrado en Managua. Los enfrentamientos callejeros, los mítines nocturnos con quemas de llantas, eran ahora comunes en los barrios de Managua, León, Chinandega, Jinotepe, Diriamba, Masaya, Rivas. La hoguera se encendía, atizada por todos lados.

Frente al poder de fuego de la guardia, ya lo dije, faltaban armas de guerra, ésa era mi más importante preocu-

pación. Y desgraciadamente, no podíamos esperar muchas más. El armamento de Dipilto, distribuido entre todos los frentes, fue a parar en su gran mayoría a Estelí y Chinandega. A mí me tocaron, para la insurrección de Estelí, doce armas de guerra en total: dos fusiles FAL, un fusil G-3, un fusil Garand, dos carabinas y seis escopetas, todas las cuales se reservaron para los combatientes mejor entrenados.

El resto del arsenal consistía en armas de cacería, riflitos 22, pistolas y revólveres, que habíamos ido acopiando en la ciudad. Otras armas de esas mismas, muy simples, las requisamos de las casas de los somocistas a la ahora llegada, o fueron entregadas por simpatizantes, también a la hora llegada. Y botellas de gasolina con mechas, morteros improvisados, *niples*, lo que daba la invención popular. *Bazookas*, lanzagranadas, ametralladoras, cohetes antitanques, eran cosas que podíamos soñarlas pero que estaban lejos, por imposibles, al momento de despertar a la realidad del combate que se avecinaba. Porque la verdad es que en esa primera insurrección de Estelí, casi todo iba a ser fruto de la invención popular.

14

TRECE DÍAS DE FEROCES COMBATES

Siendo los primeros días del mes de septiembre de 1978, recibí desde Managua el aviso esperado. El día 8 era el escogido para romper los fuegos en distintas ciudades del país, Managua, León, Chinandega, Rivas, Masaya y Estelí, apenas empezara a caer la tarde. En esa misma comunicación venía la orden de acelerar los preparativos del alzamiento

en Estelí, la cual no nos cogía desprevenidos. Y a partir de ese momento, me dediqué a ultimar los planes junto con *El Segoviano*, Elías Noguera y Facundo Picado, reunidos los cuatro en *El Cuartelito*.

En Dipilto, el destacamento Jorge Sinforoso Bravo reducido a seis compañeros, recibió órdenes de realizar operaciones de contención y distracción en la zona de Ocotál para impedir que la guardia pudiera desplazar refuerzos hacia Estelí. Al mando del destacamento habíamos dejado a Jaime Aburcia Moncada (*El Ronco*), de una familia de viejos luchadores de Macuelizo, ahora mayor del EPS, y como segundo suyo, a Donato Aburcia Espinoza. Los cuatro restantes eran Santiago Fajardo, también mayor del EPS ahora, al que le decíamos *Leonardo*; Salvador Siú, teniente primero del EPS, al que le decíamos *El Chino Samuel*; y otros dos, originarios de Ocotál. El núcleo central destinado a ponerse al frente de las operaciones ofensivas previstas en los planes, estaba formado por un total de veintisiete combatientes. El día 7 de septiembre, ya se encontraban reconcentrados en diferentes casas de seguridad y fueron distribuidos de la forma siguiente:

Una escuadra de cinco compañeros, al mando de *Froylán*, al oeste de la ciudad, con la misión de contener los refuerzos de la guardia que intentaran entrar desde El Sauce. Debían levantar a la población campesina que ya estaba esperando la señal en las comarcas de La Montañita, Poza Redonda, San Roque; y más adentro, alzar otras comarcas de los municipios de San Juan de Limay y Achuapa, donde los campesinos pertenecían principalmente al movimiento cristiano. Una vez sumados los campesinos, la tarea era bus-

car armas de cacería, que todo el mundo se armara a como pudiera, inutilizar los puentes de la carretera a El Sauce, y ajusticiar esbirros y jueces de mesta. Con *Froylán* quedaron en esa escuadra, Óscar Prudencio Serrano (*Óscar*) y Antonio Benavides. Una escuadra de cuatro compañeros, al mando de *El Segoviano*, al sur de la ciudad, con la misión de atacar el poblado de Santa Cruz. Debían insurreccionar también a la población campesina e incidir sobre la carretera panamericana, por el rumbo de La Trinidad.

Los integrantes de esa escuadra eran todos de Ocotál. Una escuadra de cuatro compañeros, al mando de Facundo Picado, al norte de la ciudad, buscando la salida a Condega, con la misión de montar una emboscada de contención sobre la carretera panamericana. Debían levantar igualmente a la población campesina de las comarcas de ese sector. Con Facundo Picado quedaron en esa escuadra, Carlitos Suárez, dos compañeros de Ocotál, y uno de origen salvadoreño. Los once restantes quedábamos en Estelí, empuñando las mejores armas disponibles, con la misión de atacar y tomar el cuartel departamental de la Guardia Nacional. Para este fin, nos dividimos en dos grupos: Elías Noguera, al frente de cuatro compañeros, debía lanzarse por la retaguardia; y yo, con los otros cinco, abriría fuego por el frente, del lado de la carretera panamericana, donde está la gasolinera Chevron.

Pero antes, íbamos a ponerles dos emboscadas a las patrullas motorizadas BECAT en puntos alejados del radio central, para aniquilarlas, recuperar las armas de los soldados y entregárselas a los combatientes populares que debían seguirnos en el ataque al cuartel. La participación de la población era clave dentro de los planes concebidos. Porque no

se trataba solamente de ejecutar operaciones militares. Los responsables de todas las escuadras tenían instrucciones de actuar también como jefes políticos, conducir al pueblo, hacerlo participar, no limitarnos a montar simples emboscadas de extinción y aniquilamiento nosotros solos, ni dejar que el ataque al cuartel fuera presenciado de lejos.

Por eso, a la par nuestra, aliado de lo que podíamos llamar los combatientes orgánicos, debían estar los civiles que habían recibido entrenamiento militar, ya advertidos de buscar a otros para integrarlos también, advertidos de conseguir escopetas, rifles 22, lo que hallaran. Y los que no lograran armas, que se ocuparan de levantar barricadas, que se ocuparan de suministrar agua, comida, colaborar en las brigadas de orden y en los equipos sanitarios de primeros auxilios y tal como fue planeado, se dio. Todo el mundo respondió en las comarcas rurales donde fueron asignadas las escuadras. Y dentro de Estelí, apenas salimos a la calle, ya con los fusiles en la mano, detrás de nosotros venían otros, buscando armas en las casas, quitándoselas a los *orejas*, a los somocistas, recibéndolas de colaboradores y simpatizantes, gente que si hasta ese momento no se había decidido, ahora entregaba sus armas voluntariamente. Y por cierto, que algunos todavía me las cobran cuando llego a Estelí: —Acordate de aquel riflito que les presté, *Zorro*. ¿Cuándo me vas a dar un AKA, para reponérmelo?, me dicen.

Se nos había ordenado romper los fuegos el 8 de septiembre, como ya dije, pero después hubo alguna incertidumbre porque en las otras ciudades aún no estaban listos; el mismo 8, ya en las horas de la tarde, nos avisaron de urgencia que no hiciéramos nada ese día, sino hasta el

siguiente. La gente de *Froylán* ya se había desplazado hacia las comarcas del oeste y apenas alcanzamos a hacerles llegar la instrucción de aguantarse. Detuvimos también a las otras escuadras, aunque tantas idas y venidas de última hora, desmontando las acciones, no podían dejar de hacerse obvias y seguramente fueron percibidas por la guardia y sus espías.

Porque al día siguiente, no había un solo guardia en las calles. Se sentía un ambiente tenso desde en la mañana en todo Estelí, un silencio extraño en todos los barrios, una gran quietud. Olfateaban lo que se venía y se reconcentraron en el cuartel desde muy temprano. De modo que las emboscadas de aniquilamiento contra las patrullas BECAT ya no podían darse. Por eso fue que cuando cayó la noche del 9 de septiembre, al salir las dos escuadras en plan de combate, ya el objetivo único era el ataque al cuartel. Atacarlo, con la ansiedad de tomárselo, y si no lográbamos tomarlo, por lo menos obligar a los guardias a abandonar su madriguera y batirse con nosotros y con la población, que ya estaba en las barricadas. Porque por el rumbo que uno mirara, se levantaban ya las barricadas, hechas con troncos de árboles, con piedras, muebles, chunches viejos, carcachas de vehículos. Y detrás de las barricadas, la gente armada con rifles 22, escopetas, fusiles de cacería, bombas caseras, las mujeres en las puertas de las casas con porras de café, con baldes de agua.

Ese 9 de septiembre, apenas media hora antes de salir a la calle, se presentó Felipe Sáenz (*Ramiro 14*) en *El Cuartelito*. Le expuse apresuradamente los planes y lo invité a sumarse a la insurrección con la gente de la GPP; aceptó, y me prometió que iban a participar en el ataque al cuartel, aunque después surgieron algunos imprevistos de parte de

ellos y no hubo tiempo de concretar las coordinaciones. Sin embargo, la verdad es que a la hora de los combates en las calles, sí estuvieron. Por su propia cuenta, al principio, bajo sus propios mandos, pero estuvieron.

Por ejemplo, *El Capi* Rosales me recordaba hace poco que él se encontraba escondido en una casa de seguridad, y cuando oyó esa noche, el rumor de la gente, insurreccionada en las calles, lo que hizo fue salirse de su escondite, decidido a meterse en la lucha que ya se avecinaba, sin saber nada de los planes. Y peleó. A las tres y media de la mañana del 10 de septiembre de 1978, iniciamos el ataque al cuartel por los dos flancos previstos y fuimos capaces de mantener el fuego hasta que empezó a clarear el día. Adentro, protegidos detrás de los muros que rodeaban el perímetro, había no menos de seiscientos guardias armados con rifles Garand, fusiles automáticos, *bazookas*, morteros, ametralladoras, a su disposición los arsenales repletos de cajas de municiones, las que quisieran. Y nosotros, parapetados afuera, éramos sólo once. De este cuartel voy a hablar después más en detalle, cuando cuente la forma en que al fin logramos tomarlo, en julio del año siguiente. Por ahora, digo que con el escaso poder de fuego de que disponíamos era una empresa imposible desalojar a los guardias del cuartel, rodeado como estaba por aquel espeso muro de concreto, un torreón en cada esquina del muro, en cada torreón una ametralladora pesada, y un extenso predio baldío por el flanco oeste, lo cual hacía difícil la aproximación. Pero a pesar de desventajas tan grandes, en todas esas horas de combate no lograron hacernos bajas; el único herido leve que tuvimos fui yo mismo, porque me pegaron un balazo en la mano derecha.

Como a las cinco y media de la mañana, di la orden de replegarnos a la primera línea de trincheras, a doscientos metros del cuartel, en espera de que los guardias salieran. Una avioneta, con altoparlantes, empezó a sobrevolar la ciudad, repitiendo el aviso de que la Guardia Nacional entraría pronto en acción, a retomar el control de la plaza. Y así se mantuvo volando esa avioneta, a lo largo de los dos días siguientes, haciéndole a la gente la advertencia de abandonar las calles. Poco antes de las siete de la mañana, abrieron los portones y salieron al fin los guardias formados en pelotones nutridos y reciamente armados, protegidos por las tanquetas que se desplazaban por delante disparando sus ametralladoras y cañones contra las trincheras y contra las casas. Apenas al verlos iniciar su avance, comenzamos a granear el fuego desde los parapetos de la primera línea de contención, sin aflojar la cadencia de tiro ni cederles terreno, obligándolos no pocas veces a retroceder. Tres días los mantuvimos a raya en las vecindades del cuartel, en combate desigual, mientras el resto de la ciudad seguía en nuestras manos. El control de los barrios nos permitió capturar esbirros y meterlos en cárceles improvisadas, cuando no fueron fusilados en juicios sumarios. También incendiábamos propiedades de somocistas y gusanos cubanos, las bodegas de tabaco de la Nicaragua Cigar's entre esas propiedades que fueron consumidas por las llamas justicieras de la insurrección.

Recuerdo que ese 10 de septiembre, como a las once y media de la mañana, me acerqué a una de las trincheras que sosteníamos en la primera línea mientras la guardia pugnaba por desalojarnos. Me hallaba físicamente agotado. La herida en la mano me había hecho perder mucha sangre.

Además del fusil FAL cargaba un salbe que con ochocientos tiros, un peso enorme cuando uno anda corriendo de un lado para otro. Y bueno, la tensión del combate, el desvelo, el trajín de los preparativos, todo eso. Sentía que no aguantaba más y seguramente influido por mi propio cansancio, se me ocurrió decir en voz alta:

— ¡A la puta! Nos deberíamos retirar a la otra trinchera, para no dejarnos acosar de esos cabrones. Me oyó uno de los chavalos que defendían la posición, armado de un riflito 22, desvelado y jodido al igual que yo. Me quedó viendo, y me dijo, muy calmado:

— No, compa, cómo va a creer. Esos perros sólo son imprenta. Nos están presionando, pero es para apantallarnos. Si nos retiramos, se nos vienen encima, porque van a pensar que nos estamos acobardando. Hay que hacerle güevo, compa. Me echó una retahila tremenda, un discurso encendido, allí, en medio cachimbeo. Y eso me reanimó a mí, y les dio ánimos a los demás combatientes que estaban a su lado en la trinchera. El enemigo seguía usando el fuego de las tanquetas sin ningún objetivo, dirigiendo los cañonazos donde mejor le parecía a los artilleros, contra las casas o contra las barricadas. Los estragos de esos disparos no eran decisivos, aguantábamos pecho en tierra la andanada y volvíamos a enfrentarnos a la infantería, que poco progresaba.

Disparaba la tanqueta, se adelantaba para despejarle el paso a la infantería, pero la infantería no se movía. La tanqueta se quedaba de pronto sola en media calle, como perdida, y los que iban adentro se acobardaban al verse aislados. Maniobraban entonces rápidamente y retrocedían, para volverse ajuntar más atrás con los soldados que se habían

rezagado, sin atreverse a avanzar, a pesar de la protección que les daba la tanqueta.

Así comprobamos que lo principal es la infantería, no la tanqueta. En los entrenamientos militares teóricos a uno le enseñan eso, pero en la calle se hacía evidente. Lo importante no son los blindados, ni la aviación, sino el soldado, si tiene capacidad de avanzar, o no. La tanqueta, por sí sola, no sirve de mucho, sino es para despejarle el camino a los que tienen los güevos de arrear para adelante.

A pesar de todo, era mentira que íbamos a sostener por mucho tiempo las primeras posiciones, porque la presión se hacía demasiado fuerte debido al número y la superioridad en el poder de fuego del enemigo. Y al fin, viéndonos obligados a ceder, a partir del tercer día fuímos perdiendo las trincheras de manera gradual.

Al día siguiente de haber estallado la insurrección, había entrado a Estelí la escuadra Pedro Altamirano, la fuercecita de la GPP que operaba por el lado de Santa Cruz, al suroeste de Estelí. Tenía por jefe a Julio Ramos, un muchacho muy hábil en el combate y muy serio, originario de Managua. Había sido estudiante de ingeniería, hoy es comandante guerrillero. Cuando oyó los tiros, sonando lejos, corrió a integrarse al combate con su gente, sin detenerse a pensarlo dos veces, me contaría luego. Pelearon en las calles, por su cuenta, y al tercer día se presentó en *El Cuartelito* en busca mía. A pesar de que era la primera vez que nos veíamos no tardamos mucho en ponernos de acuerdo; y gracias a ese entendimiento entre los dos que habría de durar el resto de la guerra, pudimos coordinar al fin las acciones militares y lograr un mando único, hasta la hora de decidir la retirada.

Fue clave esa entrevista, porque hasta entonces cada tendencia había estado combatiendo por su lado, en el sector de su escogencia, como ya mencioné. Pero ya con Julio Ramos de por medio, el 13 de septiembre nos reunimos en otra casa, ubicada frente a la ermita del barrio El Calvario, a la que designamos *Cuartel General Filemón Rivera*, y allí se logró integrar, entre otros, un estado mayor de la insurrección. En votación democrática, por unanimidad se decidió nombrarme jefe de ese estado mayor.

Tomada ya la decisión de hacerme jefe, invité a Julio Ramos a que trabajara directamente conmigo; al *Capi* Rosales a que se integrara a la fuerza de Elías Noguera; y a otros compañeros de la GPP, Felipe Sáenz (*Ramiro 14*) entre ellos, a sumarse a la fuerza de *Froylán*. Así se hizo. Nos dividimos por áreas la ciudad y las comarcas rurales, y periódicamente nos estuvimos reuniendo y coordinando las acciones.

El 17 de septiembre, tras nueve días de encarnizados combates, comenzaron las operaciones aéreas al verse el enemigo ante la imposibilidad de desalojarnos de las calles con la infantería y los blindados. Aparecieron entonces las escuadrillas de aviones *Push-and-pull* disparando *rockets*, los aviones DC-3 de carga dejando caer bombas de 500 libras por las puertas, los helicópteros Sikorsky ametrallando con piezas calibre 50.

Las bombas y los *rockets* explotaban sobre las casas de manera indiscriminada, saltaban por los aires techos y paredes, se propagaban los incendios. No nos dábamos abasto en los puestos de primeros auxilios con tantos heridos, y no era posible retirar los cadáveres de tantas víctimas de entre las ruinas. El aire olía ya a muerto, atrayendo aquel olor persistente inmensas zopiloterías que descendían sobre

la ciudad, mientras por todos los rumbos se elevaban las columnas de humo, negras y espesas. El padre Julio López conserva frente a su casa el casquete metálico de uno de esos *rockets* asesinos. Habíamos concentrado a una gran parte de los civiles heridos por causa de los bombardeos en la casa del barrio El Calvario, donde teníamos el *Cuartel General Fílemón Rivera*. En ese tiempo era una especie de *hobby* de la población escuchar en radios *Scanner* las transmisiones de la guardia; y una noche, se apareció alguien a informarnos que había oído las órdenes para que los aviones bombardearan la casa. De inmediato ordenamos desalojar a los heridos y evacuar completamente el lugar, dejando a algunos combatientes apostados en los alrededores, fogatas encendidas y otras señales visibles, para que creyeran que seguíamos allí. Y efectivamente, al apenas amanecer, los aviones estaban encima, demoliendo la casa. Los combatientes no se amilanaron ante los bombardeos constantes. La población que peleaba con nosotros defendiendo los barrios trinchera a trinchera y apoyándonos, tampoco se acobardó.

A pesar de la mortandad, de los heridos, de que ya empezaba a faltar lo esencial, de que había escasez de medicinas y comida, de que la luz eléctrica estaba cortada y el agua potable agotada, nadie retrocedió. Fueron días todos esos, de intenso heroísmo, de actos de valor desmedido. Y hasta el momento en que decidimos la retirada, mantuvimos el control de la ciudad, porque las columnas de la guardia que salían del cuartel casi no se atrevían a moverse más allá de un perímetro limitado. Les habíamos cedido terreno, es cierto, pero seguíamos esforzándonos en contener su avance a punta de plomo, desde las barricadas.

Muchos guardias rasos comenzaron a rendirse. A medida que se veían obligados a alejarse del cuartel y podíamos cercarlos en las calles, se entregaban, y eso causó impresión negativa en la tropa enemiga. A los heridos o capturados, ya desarmados, los poníamos a hablar con los otros guardias desde las trincheras, para inclinarlos a rendirse también. Incluso, se dio un momento en que *El Capi* Rosales logró comunicarse por teléfono con el cuartel y le pusieron al comandante departamental, coronel GN Gonzalo Martínez, quien se llegó a mostrar anuente a la capitulación. Sería que quería darse tiempo mientras arribaban los refuerzos desde Managua, o que veía su situación difícil, pero la verdad es que en esas pláticas por teléfono, habló de rendirse. Somoza había decidido que su mejor estrategia era recuperar ciudad por ciudad. Para dispersarlos, concentró la aviación y los refuerzos de infantería, primero en León, después en Chinandega, y por último en Estelí, las tres ciudades donde llegó a prender la insurrección, porque en Managua solamente se logró atacar varias estaciones de policía en acciones comando al atardecer del primer día, el 9 de septiembre.

Por eso es que los bombardeos aéreos sobre Estelí empezaron tarde, hasta que el enemigo consiguió dominar la situación en las otras ciudades. Y sólo hasta entonces desplazaron sus tropas de élite contra nosotros, ya cuando Estelí se había quedado peleando de último. Fue así que el 21 de septiembre comenzaron a acercarse las tropas de refuerzo, avanzando desde el sur por la carretera panamericana.

Llegaban a retomar la ciudad a fuego y sangre, en lo que la dictadura llamó Operación "Omega". Y la correlación, que ya era precaria para nosotros, por la debilidad del

armamento y por la inmensa escasez de municiones, cambió por completo en favor del enemigo. No teníamos capacidad de contener el avance de esos refuerzos, eran centenares de guardias bien pertrechados y ahora traían tanques *Sherman*. La escuadra al mando de *El Segoviano*, una vez tomada Santa Cruz, había vuelto a Estelí con la gente de las comarcas para combatir en los barrios del sur; pero ni sus hombres ni las armas eran suficientes como para establecer dominio sobre la carretera y organizar emboscadas de contención.

Entonces, encontrando libre la carretera, las tropas de refresco pudieron penetrar hasta las goteras de la ciudad en medio de los bombardeos aéreos. El combate se estableció primero en los barrios del sur, que no pudimos sostener. Una vez en sus manos el sector sur, las tropas fueron tomando control del trecho de carretera que bordea Estelí, avanzando siempre hacia el norte, y al día siguiente estaban ya en el Comando Departamental.

No nos quedaba otro camino que abandonar la ciudad, y dispusimos emprender la retirada para la noche del 22 de septiembre. Discutimos ese día el plan entre los miembros del Estado Mayor Conjunto, y a pesar de que todos estuvieron de acuerdo con mi propuesta, volvieron a surgir los problemas. Porque después que aprobamos el plan, Felipe Sáenz (*Ramiro 14*), que estaba supuestamente bajo mi autoridad directa, por su propia cuenta salió a las trincheras a comunicarle la orden de retirada a su gente. Y mientras los combatientes de la GPP se iban con él antes de tiempo, buscando Santa Cruz y El Sauce, por el rumbo suroeste, sin obedecer el plan trazado, los nuestros se quedaron desconcertados en sus puestos de combate, creándose una situación innecesaria de malestar y confusión.

Formados en tres columnas emprendimos la marcha al amparo de la oscuridad de la noche, tomando el rumbo oeste hacia San Roque, al área rural donde teníamos mejor desarrollado el trabajo con los campesinos y donde podíamos esperar, por lo tanto, el apoyo más sólido. Veintisiete combatientes habíamos iniciado la ofensiva el 9 de septiembre y ahora éramos ciento cincuenta, sin meter a los heridos, a los ancianos, mujeres y niños, que se retiraban con nosotros. A la cabeza íbamos Elías Noguera, *El Capi* Rosales, que ya se identificaba más con la tendencia Tercerista, *Froylán* y yo. Julio Ramos salió en dirección a Santa Cruz, de manera concertada con nosotros, llevándose a unos ciento veinte combatientes y numerosa población civil. Felipe Sáenz (*Ramiro 14*) se retiró por aparte, como ya dije, con otra buena cantidad de combatientes, juntándose más tarde con las fuerzas de Julio Ramos. Y muchos otros chavalos que habían peleado en las calles, familias enteras que huían de la presencia de la guardia, se fueron por distintos rumbos, a Matagalpa, a Managua, a Honduras a través de la frontera.

Tuvimos que dejar atrás a José del Carmen Aráuz (*El Segoviano*). Sucede que mientras combatía en uno de los barrios del centro de la ciudad fue alcanzado en una pierna por las esquirlas de un *rocket* que explotó sobre una casa, y sin consultar con el mando, lo condujeron a un puesto de la Cruz Roja y de allí al hospital. *El Capi* Rosales, a la cabeza de una escuadra, intentó rescatarlo antes de emprender la retirada, pero les fue imposible penetrar a las instalaciones porque la guardia las tenía tomadas. Lo trasladaron prisionero a Managua, donde fue interrogado y torturado, aunque nunca pudieron averiguar quién era en realidad, porque

si no, es seguro que lo hubieran asesinado. Posteriormente se hicieron gestiones a través de abogados y se logró su libertad. Regresó a Estelí, y fue necesario enviarlo a Honduras a curarse, pues había quedado lisiado. Así perdimos a un combatiente de los buenos y nos íbamos también sin Facundo Picado. Cayó combatiendo en Las Mesitas el mismo 22 de septiembre, mientras nosotros apresurábamos los planes de retirada. Las tropas de refresco pugnaban ya por apoderarse de los barrios del norte de la ciudad, donde él se encontraba a la cabeza de la defensa del sector. Una patrulla de la guardia sorprendió a una de sus escuadras cerca del puente de El Tular; los compañeros no pudieron hacer explotar los *niples*, se creó la confusión, arreció el ataque, y en el desorden Facundo se metió a dirigir el combate de manera frontal, exponiéndose a las balas que acabaron con su vida.

Me di cuenta de su muerte cuando envié a transmitirle la orden de retirada y volvieron diciéndome que había caído. Georgina Duarte (*Luisa*), una muchacha hondureña que fue mi compañera, hasta el año 1980, me entregó el equipo de Facundo, su fusil y su salbeque de tiros, que ella había recogido. El 20 de septiembre, como ya conté en otro capítulo, había sido asesinado en Condega el sacerdote Chico Luis Espinoza, director de la Escuela de Agricultura de Estelí y colaborador del FSLN, mientras trataba de evacuar a un grupo de heridos en compañía de José Norberto Briones, asesinado junto con él.

A pesar de todo, la insurrección de septiembre representaba un paso decisivo hacia adelante en la guerra contra el somocismo. Nos retirábamos, es cierto, pero con nuestras filas nutridas de jóvenes fogueados en trece días de feroces combates en las calles, muchachos entrenados en una escue-

la verdadera a plena luz del día, frente a guardias de verdad y tanquetas de verdad.

Para otros muchos chavalos que se iban también con nosotros, no había más alternativa que sumarse a la retirada. Porque ser joven se había convertido en un delito y la guardia no iba a perdonarles la vida, una vez que nosotros abandonáramos la ciudad y empezara la “operación limpieza” con su secuela de asesinatos, como había sucedido ya en León y en Chinandega. Crecieron nuestras filas, crecieron las fuerzas de las dos tendencias. Julio Ramos pudo convertir su escuadrita en la Columna General Pedro Altamirano, con la gente que se llevó, y con la gente que se fue con Felipe Sáenz (*Ramiro 14*). Cristian Pichardo (*Isauro*), que estaba en el noroeste del departamento de Estelí, en el sector de Canta Gallo, recibió gente nueva, y convirtió su escuadra en la Columna César Augusto Salinas Pinell. Y Omar Cabezas, que continuaba en Kilambé, también recibió gente suficiente para darle vida a la Columna Bonifacio Montoya.

Nosotros formamos dos columnas. A una, le pusimos por nombre Columna Filemón Rivera, en honor a mi hermano; y a la otra, Columna Facundo Picado, en honor a mi otro hermano en la lucha, caído en el último día de combates. Y fortalecimos la Columna Jorge Sinforoso Bravo, que ahora sí podía llamarse columna de verdad. En adelante sería capaz de asumir con más fuerza su papel de distraer a las guarniciones de Somoto y Ocotal, y servir de enlace con Honduras, hacia San Marcos de Colón y Choluteca, en función del abastecimiento.

La misión de impedir que la guardia se moviera de Ocotal, mientras nosotros luchábamos en Estelí, la cumplie-

ron a cabalidad. A pesar de ser sólo seis, atacaron la guarnición que vigilaba el puente sobre el río Coco, a la salida de la población, e incluso intentaron destruir el puente con explosivos, aunque no lo lograron y para esos mismos días, se tomaron el puesto militar en Ococona, acción en la que mataron a un teniente y a tres soldados, recuperando cinco fusiles Garand; provocaron incendios, levantaron combatientes, y para el 20 de septiembre eran ya más de veinte.

Otros tiempos nacían, otros días nos amanecían. Estábamos en el camino de nuevas victorias, y ya nunca más nos íbamos a quedar esperando que nos mataran, uno por uno.

15

MONTES Y COMARCAS HERVÍAN DE GUERRILLEROS

El 23 de septiembre detuvimos la marcha en un lugar llamado Las Cuevas, cerca de San Roque, y allí establecimos el primer campamento. Junto a quienes habíamos encabezado la insurrección iban todos los que ya dije: combatientes populares de los barrios, los que habían recibido entrenamiento previo y los que se habían improvisado en la lucha en las calles, miembros del movimiento cristiano, campesinos levantados en las comarcas y que también habían peleado en las barricadas, jóvenes y adultos, mujeres con sus niños, gente de la población civil que nos había ayudado, otros que huían por miedo a la guardia. Con todos se habló para explicarles la situación en que nos encontrábamos. Les hicimos ver que si nos quedábamos en el monte, era porque debíamos continuar la lucha insurreccional, que

quienes permanecieran con nosotros debían decidirlo voluntariamente, y en caso contrario, irse para donde mejor decidieran. Así, muchos escogieron dispersarse en el área rural, en fincas, en los caseríos, en poblados vecinos, para mientras regresaban a Estelí, cuando hubiera ya menos riesgo. Entre los que se fueron, había quienes llevaban claves de comunicación, dispuestos a cumplir tareas y a colaborar de alguna manera. En los campamentos quedaron sólo los jóvenes y algunos adultos con capacidad combativa. Y si bien es cierto que contábamos ahora con centenares de combatientes, apenas teníamos en nuestro poder unas cuantas docenas de fusiles, la mayoría de ellos muy deficientes. Además, las municiones escaseaban. Y gente con experiencia combativa a fondo, muy poca, porque una cosa es pelear en una insurrección y otra, la habilidad del guerrillero en el monte.

Dividí entonces al grueso del contingente de combatientes en las dos columnas que ya antes dije. Me puse al mando de la Columna Filemón Rivera, dejando como segundo a *Froylán*, y al mando de la Columna Facundo Picado puse a Elías Noguera.

El Capi Rosales pasó a ser jefe político de la Columna Filemón Rivera. La verdad es que desde los primeros combates fue identificándose con nosotros, y cuando nos acompañó en la retirada, ya había hecho su elección de abandonar las estructuras de la GPP. Para la segunda insurrección de abril de 1979, encabezó una de nuestras fuerzas de combate, y en julio llegó a ser uno de los jefes de la insurrección final de Estelí.

De los restantes, escogí a un grupo para enviarlo a Nueva Segovia a integrarse a la Columna Jorge Sinforoso

Bravo, en su mayor parte gente que había combatido con Facundo Picado en el sector norte, por la salida a Condega. A otros, Alfredo Lazo, (*Samuelito*) y José Torres Benavides, los envié posteriormente a Matagalpa, donde llegaron a convertirse en jefes de la insurrección final en 1979, como ya he mencionado antes.

Orienté que se empezara a entrenar intensivamente a todo el mundo: desplazamientos de arrastre, posiciones de fuego, simulacros de asalto. Después se pasó a operaciones de fogueo, recuperación de armas en fincas de los alrededores, exploraciones, ajusticiamiento de *orejas* y esbirros, para mientras nos tocaba combatir de nuevo. Y no descuidábamos la instrucción política.

Realmente acampábamos en las vecindades de Estelí, y lo mismo la columna de Julio Ramos, que acampaba hacia el suroeste, ambas fuerzas muy cerca una de otra. De manera que en los días siguientes pudimos establecer comunicación entre ellos y nosotros, y con la ciudad, pese a la presencia de la guardia, porque en manos de las tropas de refuerzo, Estelí hervía entonces de guardias. Desde San Roque, nuestras fuerzas podían desplazarse hacia los alrededores de Estelí, al lado de los caminos y las carreteras, en potreros sin ninguna clase de vegetación: la vegetación era la población, en esos primeros momentos.

Sin perder tiempo, también empezamos a tejer de nuevo las redes de colaboradores en los barrios de Estelí, con la gente que se había quedado y la que regresaba, a desarrollar estructuras urbanas clandestinas a las que llamamos *Tupamaros*, en broma, porque cuando uno habla de Estelí debe acordarse que no se trata de una gran ciudad, sino de un poblado medio campesino.

Llegaron a ser tres esas estructuras que digo. Una respondía directamente a mí, y al frente de ella puse a José Torres Benavides. La otra respondía a Elías Noguera, y tenía al frente a Luis Emilio Gámez, ahora capitán del MINT. La tercera respondía a Julio Ramos, y tenía al frente a un compañero al que le decíamos *Beto*. Entre septiembre de 1978, y abril de 1979, cuando se dio la segunda insurrección, *Los Tupamaros* ejecutaron dentro de Estelí numerosas operaciones de hostigamiento y agitación armada.

Pero si la ciudad de Estelí hervía de guardias, los montes y las comarcas hervían de guerrilleros. Estamos hablando de más de ochocientos combatientes en todas las columnas, desde San Roque, por el oeste, a Santa Cruz, por el suroeste, a Santa Gallo, por el noroeste. Más allá, a Macuelizo, por el norte, y más lejos, hasta el macizo de Kilambé.

Entre mis fuerzas y las de Julio Ramos no hubo ninguna dificultad en lograr la cooperación. Nos apoyábamos mutuamente con hombres, armas, municiones, dinero, víveres, supliéndonos necesidades, intercambiando información. Nos entendíamos a cada paso, sin sectarismos, a pesar de algunas contradicciones lógicas que no dejaban de darse, porque otra vez teníamos distintos mandos.

Preocupado por la falta de armas, busqué contacto con Managua. Pero falló el intento, debido a las grandes dificultades que interponía la represión desatada por la dictadura después de los alzamientos de septiembre; Somoza había puesto a todo el país en estado de sitio y eran comunes las capturas, los cateos.

El compañero que envié como correo a Managua, Edgard Espinoza (*El Águila Negra*), no pudo pegar con Joa-

quín Cuadra porque la casa de Polo Molina, donde debían encontrarse, estaba bajo vigilancia de la guardia, y no supo ubicar el otro punto de contacto, una finca de Carlos Schutze. *El Águila Negra* ya no regresó al campamento y se quedó estancado en Managua hasta el mismo día del triunfo. Allí combatió.

Entonces, a finales de septiembre decidí atravesar la frontera en procura de las armas, emprendiendo una caminata de tres días desde Las Cuevas, a través de veredas de montaña, por el rumbo de San Juan de Limay y Cacamuyá. Salí en compañía de dos campesinos que conocían la ruta, y de un estudiante de medicina llamado Tulio Torres, a quien enviábamos a Guatemala a recibirse de doctor, para que cuando triunfáramos nos ayudara. Allí está ahora en Estelí, curando enfermos.

Dejé la Columna Filemón Rivera al mando de *Froylán*, y le ordené desplazarse hacia las alturas del cerro El Tular, a dos horas de camino del campamento de Las Cuevas, que por estar ubicado en terreno llano, prácticamente junto a la carretera entre Estelí y San Roque, ofrecía poca protección. A Elías Noguera le ordené desplazarse con la Columna Facundo Picado hacia el norte, por el rumbo de Condega, cruzando la carretera panamericana, para que se estableciera en el Cerro Cuba. Le orienté, además, buscar comunicación con Cristian Pichardo (*Isauro*) en Canta Gallo, y con Omar Cabezas en Kilambé, mientras debía mantener el contacto con Jaime Aburcia (*El Ronco*) en Macuelizo.

Por la mala información que nos dio un campesino hondureño, al cruzar la frontera equivocamos el rumbo, yendo a salir directamente a un puesto de control militar, al otro

lado, y allí nos capturaron. Nos tuvieron todo un día detenidos en el puesto, a pesar de alegar que éramos refugiados, que íbamos huyendo porque Nicaragua estaba en guerra y la guardia perseguía y mataba a todo el mundo, de nada nos valió y nos remitieron presos a San Marcos de Colón.

Los campesinos y el estudiante podían librarse bien, como en efecto se libraron. El problema iba a ser conmigo, porque a pesar de que no me conocían, me denunciaba la herida de la mano derecha, recibida en el ataque al cuartel, y además tenía visibles en la misma mano y en la cara las marcas de la lepra de montaña que yo había padecido en enero de 1977, la enfermedad más común del guerrillero. De manera que decidí escaparme. Aprovechando un descuido de los soldados, que nos vigilaban en la acera de la Delegación Militar mientras adentro investigaban, me les corrí y me fui a meter a la Cruz Roja.

Me les perdí, y al día siguiente logré salir clandestinamente para Tegucigalpa. Busqué a Hugo Torres y me reuní con él y con Daniel Ortega, que estaba por allí de paso. Les expliqué toda la situación, y convenimos en que iban a entregarme veinticuatro armas de guerra y una buena dotación de municiones. Pero antes de organizar la introducción de las armas, se me dio el encargo de reunir a los combatientes que se habían retirado por la libre de Estelí y que andaban sueltos en San Marcos de Colón y en Choluteca. Regresé entonces a la zona fronteriza y me dediqué a localizar a todos esos muchachos, y a organizarlos. Una vez enlistados los que estaban dispuestos a regresar, elaboré un plan para meterlos gradualmente de vuelta a Nicaragua, a los campamentos del Frente Norte.

Permanecí cerca de dos meses en Honduras, moviéndome entre San Marcos de Colón y Choluteca y viajando a Tegucigalpa, dedicado a cumplir el trabajo de reclutamiento y a preparar el alijo de armas y municiones que iba a llevarme conmigo. Durante esa estadía en Honduras, muy afanosa por cierto, recibí noticias de Omar Cabezas, quien había salido del Kilambé, también en busca de armas. Quería verme. Nos encontramos, y lo ayudé en lo que pude, poniéndolo en comunicación con Hugo Torres, a pesar de que la GPP tenía sus propias estructuras de apoyo en Honduras.

Hacia finales de noviembre volví por la misma ruta, acompañado ahora por veinticuatro de los muchachos enlistados en Honduras. Llevaba conmigo, a lomo de seis mulas, los abastos de guerra que me habían dado, fusiles FAL en su mayoría, dotados de tromblones lanza granadas. Apenas atravesamos la frontera, la guardia se puso en nuestra persecución, y muchos trabajos pasamos para evadirla; pero aún así, a medio camino logré despachar a una parte de los nuevos combatientes, debidamente equipados, para que adelantaran a llegar al cerro El Tular, donde estaba el grueso de la Columna Filemón Rivera al mando de *Froylán*.

Varios días después, cuando nos acercábamos al cerro El Tular, descubrimos las huellas de una patrulla de la guardia que iba en dirección al campamento, delante de nosotros. Seguimos tras las huellas, pero al rato comprobamos que la patrulla había cambiado el rumbo, hacia el norte. Entonces, apresuramos la marcha para alcanzar el campamento. No había nadie. Restos de fogatas, sacos de bramante, pedazos de plástico fue lo que hallé, señales de

que el campamento había sido abandonado en desorden. Dejamos escondidas las bestias mientras explorábamos los vecindales, exploración que resultó infructuosa. Procedimos a embuzonar las armas, dormimos allí esa noche y temprano del día siguiente fuimos en busca de los contactos campesinos en los alrededores. Llegamos a la casa de la familia Centeno, y tampoco allí hallamos a nadie.

En aquella soledad, descubrimos unos tasajos de cecina ahumada, colgados de unos cordeles. Los compañeros querían matar el hambre, disponiendo de la carne, pero temiendo que pudiera estar envenenada, los paré en treinta. Todo era muy extraño. El campamento desierto, la casa de los Centeno abandonada, sin un alma.

Al rato apareció uno de los Centeno, un señor ya mayor, en compañía de la esposa de Roberto Mendoza Toruño (*Juanón*), un colaborador de la zona que llegaría a ser ayudante mío. Por ellos empezamos a saber lo que había acontecido en los últimos días.

Las órdenes que yo le había dejado a *Froylán*, eran las de continuar con el entrenamiento de los combatientes, recontactar a los colaboradores, para mientras yo volvía con las armas, sin meterse a emprender acciones ofensivas. Pero ocurrió que en el intento de apresar a un esbirro, los compañeros de una de las escuadras que se movían por la zona chocaron con la patrulla de un juez de mesta, y en la refriega perdieron un fusil, que fue llevado por la patrulla al cuartel de Achuapa.

Froylán, encachimbado por la pérdida del fusil, decidió ir personalmente a recuperarlo, contrariando mis instrucciones. El 25 de noviembre, una escuadra bajo su

mando, en la que iba como segundo un compañero al que le decíamos *Pedrito el hondureño*, atacó el cuartel de Achua-pa. En esa acción se logró hacerle seis bajas a la guardia, pero tuvimos un muerto, Óscar Ruiz Molina (*Nicho*). Y la tal arma bendita no se logró recuperar.

Mientras tanto, el enemigo había detectado la presencia de una escuadra de la Columna Filemón Rivera en el cerro El Pajarito. Urania Zelaya Ubeda, se llamaba esa escuadra, en honor de una muchacha originaria de Estelí, caída en Managua. El 29 de noviembre desplazaron desde Estelí una patrulla con la intención de desalojar el campamento. Los compañeros se dieron cuenta a tiempo, avisaron a El Tular y a los otros campamentos cercanos, y se le montó una emboscada a la patrulla en El Waylo. Se le causaron diecisiete bajas al enemigo, entre muertos y heridos, y se recuperaron armas y pertrechos, aunque del lado nuestro sufrimos dos muertos. En esa acción, alcanzaron a participar los compañeros que se me habían adelantado en el camino.

Durante el combate, *Froylán* se perdió. De regreso el grueso de la columna al campamento de El Tular, detectaron a la patrulla de la guardia, la misma que iba delante de nosotros. Viéndose sin mando, los compañeros abandonaron en desorden el campamento y se desplazaron a El Varillal, por el rumbo de Santa Cruz, donde estaban las fuerzas de Julio Ramos.

Enterado del paradero de la columna por boca de la esposa de *Juanón*, mandé a buscar a *Gorrión*, otro colaborador de la zona, quien también fue ayudante mío después, y lo despaché a El Varillal con una nota dirigida a Antonio Benavides (*Rafael*) y a Santiago Palacios Gómez (*Santana*),

ordenándoles que se presentaran delante de mí en el término de la distancia. Yo estaba verdaderamente enturcado por semejante irresponsabilidad. Nunca nadie me había visto tan bravo.

Llegaron los dos, me dieron su informe. Por medio de otra familia de la comarca, los Peralta, averiguamos el paradero de *Froylán*, y también lo mandé a llamar para que se presentara de inmediato. Dos días de reuniones tuvimos, los reprendí a todos, reprendí a unos por haber abandonado el campamento en lugar de ponerle una emboscada a la patrulla de la guardia, como era su deber, reprendí fuertemente a *Froylán* por su indisciplina. Ellos reconocieron su error.

Regresaron de El Varillal los integrantes de la Columna Filemón Rivera. Reestructuré la fuerza, disgregándola en escuadras, y el 20 de diciembre volvimos a ocupar el cerro El Tular y los lugares aledaños. Varios días después, el 31 de diciembre, el enemigo emprendió un gran operativo contra nuestras posiciones, decidido a ocupar los campamentos y aniquilar la columna. Desplazaron desde Estelí varias unidades de infantería y utilizaron la aviación, bombardeando intensamente El Tular y todos los alrededores, El Waylo, El Pajarito, El Nance, Las Labranzas, El Bolsón, Rodeo Grande, Las Pintadas, La Amerrisque.

Al empezar ese ataque, el mayor que habíamos sufrido hasta entonces, yo me encontraba en el Salto de La Estanzuela, muy cerca de Estelí, en la finca de unos colaboradores de apellidos Valenzuela y Benavides. Esperaba un cargamento de cien armas y municiones enviado desde Costa Rica por Humberto Ortega en furgones del Sindicato de Transportistas Unidos de Estelí, acondicionados con

doble fondo. El cargamento debía haber arribado el 24 de diciembre, aprovechando que la guardia estaría distraída con las celebraciones de la Navidad. Pero hubo retrasos, y no fue sino alrededor del 5 o 6 de enero que al fin lo recibí. Era el primero que Humberto me hacía llegar por esa vía, y también iba a ser el último.

En esa espera estaba, cuando recibí noticias del ataque. *Froylán* mandó a decirme que no me moviera porque podían bastarse solos, que lo importante era recibir las armas. Ya estaban entusiasmados otra vez los compañeros, con la moral en alto. Les había contado mis pláticas con Daniel Ortega en Tegucigalpa, sabían que todo seguía para adelante, la llegada del cargamento lo demostraba. Me mantuve en comunicación con ellos todos esos días y a través de los correos les indiqué la forma en que debían maniobrar para romper el cerco. Los combates se prolongaron hasta el 3 de enero de 1979, cuando *Froylán* logró completar la retirada de manera exitosa. Intacta, y ahora sí en orden, la columna se desplazó a El Varillal. Pese a los bombardeos y a la intensidad del fuego enemigo, sólo tuvimos tres muertos: Alba Luz Blandón (*Carol*), Enrique López (*El Coronel*), Odén Pérez, hijo de Luis Pérez, uno de los más viejos militantes sandinistas de Estelí. Preparaban un *niple*, no lo manipularon bien y les explotó. De esa misma explosión resultaron también varios heridos.

Recibidas las armas, ordené ocupar de nuevo el cerro El Tular, operación que cumplimos a los pocos días; sin problemas. Y a fin de distribuir el cargamento de armas y municiones de acuerdo a las necesidades, convoqué a una reunión a la que asistieron Elías Noguera, *Froylán*, *El Capi*

Rosales, y también Julio Ramos. Decidimos que una parte de las armas quedarían embuzonadas en distintos lugares. En su mayoría, esas armas de reserva fueron enviadas posteriormente a Matagalpa, donde se utilizaron en la insurrección final. La otra parte se distribuyó de inmediato entre las tres columnas bajo mi mando, y veinte entregué a la columna de Julio Ramos. Ya dominábamos las rutas, teníamos de nuestro lado a la población campesina, de manera que los alijos de armas, cargados por escuadras de colaboradores, y a lomo de bestia, llegaron sin novedad a los distintos campamentos.

Solamente tuvimos un percance causado por la traición de un tipo de apellido Gutiérrez, al que llamábamos *Cherry*. Nos había ayudado a transportar y embuzonar las armas, y en febrero de 1979, cuando yo estaba de nuevo fuera del país, le sopló a la guardia la ubicación de un buzón donde teníamos escondida una ametralladora MG-42, junto con varios fusiles. Por culpa de ese traidor nos mataron a varios colaboradores a los que denunció, entre ellos a los Valenzuela, dueños de la finca del Salto de La Estanzuela. Se pasó a las filas del enemigo el tal *Cherry*, se volvió un torturador desquiciado y feroz, y por mucho ojo que le pusimos no pudimos agarrarlo sino llegado el triunfo. Al fin lo fusilamos.

Además de acordar el destino de las armas, en esa reunión que dije nos distribuimos tareas logísticas. También aproveché para leerles a todos una carta que me había enviado Humberto junto con las armas, fechada en enero de 1979, y que dada su importancia discutimos de manera común. Esa carta, y otra de Edén Pastora que recibí en el

mismo correo se hicieron famosas, porque cayeron después en manos de la guardia y salieron en la primera página de *Novedades*.

Al hacerlas públicas, el enemigo quería que se supieran las contradicciones que existían ya con Edén Pastora, al que desde entonces se le veía asomar la cola de traidor debajo del manto de revolucionario. Porque Humberto me transmitía en su carta algunas opiniones sobre Edén, previniéndome de sus maniobras políticas en el extranjero; y Edén, en ese estilo poético de Almanaque Bristol que él tiene, me daba sus propias interpretaciones de la lucha, bastante pintorescas.

Humberto empezaba señalándome algunos errores: que yo no fechaba los informes y las cartas que le enviaba. Me decía, por otro lado, que cuando emitiéramos *partes* sobre las acciones combativas, nos limitáramos a lo estrictamente militar, sin entrar en consideraciones políticas, que eso era responsabilidad de la Dirección Nacional; porque aún con buenas intenciones, si nos metíamos a usar un lenguaje muy radical en esos *partes*, podíamos perjudicar todo el complejo trabajo que se estaba haciendo, de conciliar a distinta gente, al fortalecer las alianzas.

En los aspectos militares, me insistía, en que debíamos atacar al enemigo en movimiento, para no repetir errores cometidos durante la insurrección de septiembre de 1978, pues era cierto que varias veces nos habíamos quedado estancados en situaciones defensivas. Combinar las acciones defensivas con las ofensivas, emboscar al enemigo en las vías de comunicación, de Estelí a El Sauce, de Estelí a Condega, de Estelí a La Trinidad, de Estelí a San

Rafael del Norte. No esperar a que el enemigo nos buscara a nosotros, salirle al paso, sorprenderlo. Y que cuando no fuera a los *convoyes*, solamente atacáramos pequeñas guarniciones, para garantizar el éxito militar al menor costo en bajas y la recuperación de armas y pertrechos que nos permitieran la continuación de la guerra.

Yo les leí esa carta y la discutimos fraternalmente, de manera abierta incluso con Julio Ramos, a pesar de que allí se tocaban otros problemas internos de la tendencia nuestra, además de los que estaba causando Edén Pastora. Algunos compañeros tenían sus propias concepciones y seguían sin entender el asunto de las alianzas, seguían sin entender el papel del Grupo de Los Doce, como era el caso de Óscar Pérez Cassar (*El Gordo Pin*), responsable junto con Joaquín Cuadra del Frente Interno Camilo Ortega.

La unidad entre las tres tendencias ya empezaba a discutirse, volver a la Dirección Nacional única. Por todo eso, y para revisar la estrategia de la lucha, acordar un plan único, Humberto, me ordenaba, al final, salir de inmediato para asistir a una reunión que iba a darse en Panamá, entre los cuadros más importantes de la tendencia Tercerista.

Fue en abril de 1979 que esa correspondencia cayó en manos del enemigo. Yo había designado como ayudantes míos a Carlitos Suárez (*Guandique*) y Roberto Mendoza Toruno (*Juanón*). Andaban siempre conmigo, me manejaban los documentos y las claves de comunicación, los asuntos de logística más sensitivos, sabían los lugares donde estaban ubicados los buzones y en uno de esos buzones quedaron las cartas ésas, famosas, cuando tuve que irme a la reunión de Panamá.

Para la insurrección de abril, *Juanón* decidió sacar la correspondencia del buzón para entregármela. Entró a Estelí a la cabeza de una de las primeras escuadras, cayó combatiendo con una patrulla de la guardia, y le hallaron las cartas. Varios días después cayó también *Froylán*. Entonces hicieron la gran propaganda de que era a mí al que habían matado y que me habían encontrado encima las cartas, juntando así dos mentiras. De todo eso, quiero hablar después.

A mediados del mes de enero de 1979 salí del país, a pie, por el sector fronterizo de El Espino. Llegué por veredas a San Marcos de Colón, seguí para Choluteca, y de allí me trasladé a Tegucigalpa, donde me recogió una avioneta para llevarme a San José de Costa Rica. Elías Noguera, que debió viajar conmigo, según había orientado Humberto en la carta, tuvo que quedarse al mando de todas las fuerzas del Frente Norte, en mi ausencia.

Permanecí unos pocos días en San José, y continué luego a Panamá. La reunión, a la que dimos en llamar “el congresito”, se celebró en Farallón, una antigua base militar yanqui en la costa del Pacífico, que era ahora sede del Batallón *Machos de Monte* la fuerza élite de la Guardia Nacional de Panamá. El General Omar Torrijos renta una casa de descanso aliado mismo de las instalaciones de la base.

“El congresito” duró trece días con sus noches. Allí estaban: Daniel, Humberto, *El Viejo* Tirado López, Germán Pomares Ordullez, (*El Danto*). Estaban Óscar Pérez Cassar (*El Gordo Pin*), Joaquín Cuadra, por el Frente Interno; Edén Pastora, José Valdivia. Óscar Benavides, Iván Montenegro, por el Frente Sur; y estaba yo, en representación del Frente Norte.

La reunión, dura, muy difícil, estuvo dominada desde el principio por el enfrentamiento entre *El Gordo Pin* y Edén Pastora. Edén, con su personalidad ególatra, ambicioso de mando y de Luna, ya empezaba a sacar las uñas, como antes dije: Y *El Gordo Pin*, además de que no se tragaba a Edén, sostenía su posición radical, reacio a aceptar la política de alianzas.

Recuerdo que en una de esas largas sesiones, Edén se dirigió a mí en uno de sus discursos; y buscando sonsacarme a su lado, hizo alabanza de mi hermano Filemón y de Jacinto Hernández. Yo pedí la palabra y le respondí que ellos habían muerto heroicamente, era cierto, pero luchando por una causa común. Que tomara en varios ejemplos para pensar como nicaragüense, pues la vida no se la deben a sí mismo, sino al pueblo. Edén se volvió a levantar y dijo que mis palabras lo habían hecho recapacitar y que estaba dispuesto a seguir en la lucha. Porque su amenaza permanente era retirarse, chantajeándonos con la notoriedad ganada en la toma del Palacio Nacional.

Uno de esos días, mientras estuvimos en Farallón, Humberto me comunicó que el General Omar Torrijos deseaba conocerme. Entonces fui a visitarlo, en compañía de Humberto y Edén. Su casa de descanso tenía un corredor frente al mar y allí lo encontramos, acostado en una hamaca. Humberto estuvo al principio de la plática, pero después nos quedamos sólo Edén y yo. Edén seguía pensando que a mí podía manipularme, porque yo era un chavalito. Pero se jodió.

El general Torrijos sabía de todos los problemas con Edén, Humberto ya me lo había advertido. Y en determinado momento, me preguntó:

— Bueno, muchacho, ¿y cuál es el problema en Nicaragua? ¿Es asunto de hombres, de güevos, o de qué cosa?

— Un momento. Problema de hombres y de güevos, no tenemos ninguno — le contesté.

— ¿Y qué es lo que necesitan entonces?

— Lo que necesitamos son armas en puta — le dije.

— Este muchacho me gusta — dijo. Se levantó de la hamaca, y me dio la mano.

Más tarde, en otra plática con Humberto, le repitió lo mismo: — Me gusta ese muchacho. Le cayó bien mi respuesta, y a partir de entonces me cogió cariño. Volví a verlo en Estelí, después del triunfo, cuando visitó Nicaragua en julio de 1979; y en el acto público que hubo frente a la catedral, contó en su discurso esa conversación conmigo.

Trabajando con habilidad, Humberto logró al fin unificar todos los criterios. De esa reunión de Farallón, el famoso “congresito”, salimos fuertes como tendencia, con una línea política única y con un plan de acción militar bien definido: con base en la experiencia de la primera insurrección de septiembre, después de analizar todas las fallas y valorar los aciertos, se trazó el plan para la ofensiva que no se detendría hasta la toma del poder.

Se aprobó la estructura de los distintos frentes de guerra y fueron designados sus jefes y estados mayores. Joaquín Cuadra fue designado jefe del Frente Interno Camilo Ortega; *El Gordo Pin*, jefe del Frente Occidental Rigo-berto López Pérez; y *El Viejo Tirado López*, jefe del Frente Sur Benjamín Zeledón.

En lo que tocaba al Frente Norte Carlos Fonseca, se constituyó una comisión político-militar, encabezada por

Germán Pomares (*El Danto*), quien entraría desde Honduras al mando de un nuevo contingente, la Columna Óscar Turcios Chavarría. A mí se me nombró segundo jefe de esa comisión, que iba asumir la dirección de la guerra en Estelí, Matagalpa, Jinotega y Nueva Segovia. Y se creó una nueva columna, al mando de Iván Montenegro y Oscar Benavides, para operar en Nueva Guinea, entre Río San Juan y Chontales, con el objetivo de incidir sobre la carretera al Atlántico.

Fue ratificada la forma de conducir las acciones militares, todo lo ya expresado por Humberto en su carta: emboscadas contra el enemigo en movimiento, ataques a guarniciones pequeñas para pasar después a la toma de ciudades. Se insistió en que esas acciones debían darse siempre con el apoyo y la participación de la población, explotando políticamente cada golpe frente al pueblo para sumar cada vez más gente a la lucha. Y finalmente, quedó establecido el plan de comunicaciones entre los distintos frentes de guerra, y entre las columnas, ahora que íbamos a contar con aparatos de radio, enlazados a una estación central que se llamó Palo Alto.

Terminado “el congresito”, se me escogió como parte de un grupo que viajaría a Cuba con Humberto. En ese grupo estaban también *El Gordo Pin*, y Óscar Benavides, quienes iban a caer al poco tiempo. *El Gordo Pin*, en el Reparto Veracruz de León, cuando la guardia sorprendió en una casa a los miembros del Estado Mayor del Frente Occidental Rigoberto López Pérez y los asesinó a todos. Óscar Benavides, junto a Iván Montenegro, cuando se trató de abrir infructuosamente el nuevo frente de guerra en Nueva Guinea.

Antes de emprender ese viaje, le dije a Humberto que yo quería tener una conversación con Henry Ruiz (*Modesto*), quien se hallaba por entonces en Panamá, y Humberto se mostró de acuerdo. Nos reunimos un día entero, en la casa donde se alojaba. Empezamos hablando del asunto que entonces seguía siendo el más crítico, la unidad de las tres tendencias, unidad que se llegaría a firmar poco tiempo después, cuando se constituyó la Dirección Nacional Conjunta.

Le di un informe completo de la situación militar en el Frente Norte, con mapas y documentos, ubicación de las distintas columnas, pertrechos con que contábamos, planes combativos. Finalmente, lo enteré de la coordinación que yo mantenía con Julio Ramos, de la forma estrecha en que colaborábamos. *Modesto* desconocía realmente muchas de las cosas que yo le estaba comunicando, y creo que fue una buena conversación.

En Cuba permanecemos como siete días, y no menos de cinco veces nos entrevistamos con Fidel Castro. Como es un hombre que pregunta las cosas muy detalladamente, me sometió a un verdadero interrogatorio. Quería saberlo todo: por qué me había quedado tanto tiempo dentro de Estelí antes de retirarme, con cuántos hombres me había retirado, cómo estaban organizados los campamentos, si teníamos hamacas, cómo nos alimentábamos, la composición de las columnas, el mando de las columnas, la edad de los combatientes, el tipo de armamento, la geografía, que si había montañas alrededor de Estelí, las condiciones del terreno, la población, qué cultivaban los campesinos.

Me dejaba descansar, y entonces se ponía a discutir con Humberto sobre la concepción general de la lucha, la

estrategia insurreccional que estábamos desarrollando en los distintos frentes de guerra. Humberto le explicaba que era a partir del fortalecimiento de nuestra propia tendencia, y de su unidad, que íbamos a poder conducir la guerra insurreccional, junto a las otras tendencias; porque la verdadera unidad del FSLN solamente iba a darse si se contaba con una concepción única de la guerra, una concepción correcta, de ofensiva permanente, hasta lograr el triunfo, la misma que nosotros habíamos venido siguiendo desde octubre de 1977.

Terminada la misión en Cuba, volvimos a Panamá. En Costa Rica me encontré otra vez a Daniel, y Marcos Valle me hizo una entrevista para Radio Sandino, sobre la experiencia de la insurrección de septiembre de 1978, y lo que significaba ahora el Frente Norte. De allí salí para Tegucigalpa, en compañía de *El Gordo Pin*.

En Tegucigalpa tuvimos la oportunidad de reunirnos con Luis Carrión y Manuel Morales (*Pelota*), quienes andaban organizando trabajos logísticos de la tendencia Proletaria. Con mapas de Madriz y Nueva Segovia en la mano, discutimos la entrada de una columna que llevaría a *Pelota* como jefe, destinada a juntarse con mis fuerzas en la región, algo que ya no fue posible, porque *Pelota* cayó preso en Honduras a los pocos días.

Esta fuerza de *los proles* ingresó por fin en el mes de junio de 1979, desde San Marcos de Colón hasta Condega. Era un grupo de unos ocho a diez compañeros, al mando de Ramón Masís, y entre ellos venía Silvio Molina (*Ricardo*), quien después participó en la toma de Sébaco. Lo llamábamos *Ricardo Chiva*, porque para todo decía: — ¡Chiva

La marca del Zorro
con eso! *Ricardo Chiva* no era realmente *prole*, aunque formaba parte de ese grupo que combatió en la insurrección final de Estelí.

A través de la misma ruta, volví a los campamentos a mediados de marzo de 1979. A las pocas semanas, estaría por segunda vez peleando dentro de Estelí.

16

METIDOS EN LA RATONERA

Al regresar al campamento de El Tular me hallé con la novedad de la traición de *Cherry*. El buzón descubierto, perdidas las armas, los Benavides asesinados, gente que nos seguían matando en la ciudad y en los campos a causa de sus denuncias. Ordené entonces que lo buscaran a como diera lugar para ajusticiarlo, y no pocos planes y emboscadas fueron organizados para cazarlo. No pudimos conseguirlo, y yo penaba por eso. Su saña era tal que llegaba a dejar los cadáveres de los colaboradores asesinados cerca de los campamentos, amarrados de manos, visibles las señales de la tortura, los golpes, las quemaduras del chuzo eléctrico, las heridas. A dos tenía yo en la mira: a *Cherry*, y al torturador famoso de Estelí, Migdonio, aquel vendedor ambulante de Kola Shaler que había sido mi compañero de pupitre en la escuela de párvulos. Pero a ambos los tenía la guardia bien resguardados, casi no los dejaban salir del cuartel.

Cherry había puesto en peligro las redes de colaboradores, era cierto. Aunque a esas alturas éramos ya muy fuertes dentro de Estelí y en los alrededores, como para que

una traición hiciera derrumbarse el trabajo, que sólo nosotros desde el mando dominábamos en su totalidad. Fuertes en el apoyo de los viejos simpatizantes, el apoyo de la juventud estudiantil, del movimiento cristiano, de los campesinos de las comarcas. Así podíamos asegurarnos información militar, abastecimiento de víveres, medicamentos, las cosas esenciales que necesitábamos en los campamentos.

Superando ese percance, me dediqué a preparar la ofensiva general en todo el norte. Como ya dije, en “el congresito” de Panamá, se había decidido formar una comisión político-militar del Frente Norte Carlos Fonseca, teniendo por jefe a Germán Pomares (*El Danto*) y a mí de segundo. En el Estado Mayor quedaron Javier Carrión, Elías Nogueira, Jaime Aburcia (*El Ronco*), Antenor (*El Capi*) Rosales y Juan Alberto Blandón (*Froylán*).

Esa comisión debía dirigir las operaciones, siempre bajo la línea de sorprender al enemigo en movimiento, atacar aquellas posiciones de la guardia donde pudiéramos asegurar el éxito militar sin desgastarnos. Eso significaba que debía evitarse entrar, de primas a primeras, a ciudades grandes, como Estelí, donde la guardia concentraba el grueso de sus fuerzas. La orden era actuar en los alrededores de Estelí, para dar tiempo a que en las otras ciudades se fueran desarrollando condiciones para la insurrección final. Sólo entonces, de manera gradual, iríamos cerrando el cerco sobre Estelí, hasta asaltar la plaza y tomarla.

La nueva Columna Óscar Turcios Chavarría, que entraría desde Honduras con *EL Danto* a la cabeza, y todas las demás columnas asentadas ya en la región, debían coincidir en el mismo objetivo: el cerco sobre Estelí, el cerco sobre Matagalpa. Se trataba ya de dirigirse hacia la insurrección final.

Esta nueva etapa ofensiva tuvo su punto de arranque el 26 de marzo de 1979 con el ataque de la columna de *El Danto* a posiciones de la guardia en El Jícaro, departamento de Nueva Segovia. La columna había entrado pocos días antes desde Honduras, de acuerdo a los planes, y estaba formada por combatientes de la zona y por gente fogueada en la insurrección de Estelí, que se hallaban en Honduras.

Una parte de la fuerza cayó sobre un campamento anti guerrillero al norte de El Jícaro. Allí se le causaron cerca de cuarenta bajas al enemigo, y se pudo recuperar armas, municiones, equipos de comunicación militar y dinero en efectivo. La otra, atacó el cuartel del poblado, sufriendo seis muertos el enemigo. También se recuperó armamento y equipo militar diverso, incluyendo el primer fusil M-16 que tuvimos en la guerrilla.

Ya para entonces acababa de recibir el equipo de radio, que me permitía, por primera vez, la posibilidad de tener comunicación con la estación *Palo Alto*, donde Humberto siempre estaba en el aire, con mis columnas y con los otros frentes de guerra. Esta red fue ampliándose a medida que surgían nuevos frentes, y ya para la ofensiva final las estaciones eran: Managua (*Oficina*), León (*Taller*); Matagalpa (*Rocío*), Jinotega (*Oro Verde*), Condega (*Asunción*), Tegucigalpa (*Matorrales*) y San Marcos de Colón (*Espinales*). Mi estación era *Miramar* y también se identificaba como *Los Pinos*.

Esos eran los planes, ésa era la lógica, pero en abril yo aparecí metido en Estelí por segunda vez, algo que no estaba en la perspectiva. No lo decidí yo, lo decidieron los acontecimientos, fue consecuencia del ardor de la pobla-

ción que seguía ansiosa de vergueo. La gente en Estelí era un monte seco y cualquier chispa lo incendiaba.

Para que se vea cómo andaba la cosa de caliente, voy a dar un ejemplo. En la reunión que tuve con los mandos en enero, antes de salir de los campamentos para asistir a “el congresito” de Panamá, acordamos que el 21 de febrero, aniversario del asesinato de Sandino, se haría un hostigamiento fuerte a la guardia dentro de Estelí. Así se cumplió. Elías Noguera y Julio Ramos introdujeron al casco urbano una fuerza conjunta de cuarenta hombres, que una vez ejecutadas las acciones debía retirarse de la ciudad. Pero la gente, al oír los tiros, se salió a la calle a levantar las barricadas y a encender fogatas, se abrieron las casas para darles café a los muchachos, cuajadas, tortillas, todo lo que tenían listo. Y en muchas dificultades se vieron para convencer a los ansiosos.

—No, compañeros, esto no es insurrección, es un hostigamiento, vuelvan a metérseles decían. Discutiendo en la calle con la gente, y quién puta iba a entender.

Una vez que *El Danto* salió victorioso de El Jícaro, iniciamos la siguiente fase del plan. Se trataba de atacar las guarniciones de El Sauce, El Jícaro y Achuapa, en el norte del departamento de León; San Rafael del Norte y San Sebastián de Yalí, en el departamento de Jinotega; Santa Cruz, Pueblo Nuevo, San Juan de Limay y Condega, en el departamento de Estelí. Se trataba de emboscar a los refuerzos de la guardia en las carreteras, cuando acudieran en auxilio de las guarniciones. Todas esas operaciones las planificamos en coordinación con Julio Ramos y con el propio *Danto*.

Mientras tanto, otras acciones ofensivas debían irse desarrollando en los demás frentes de guerra, de manera

que la guardia no pudiera concentrar sus tuerzas en un solo punto. El clima insurreccional debía irse calentando por parejo, hasta sonar la hora de la ofensiva final, que estaba a pocos meses vista. Sin embargo, los operativos en el Frente Sur, en el Frente Interno, en el Frente Occidental, no lograron iniciarse en los mismos días.

Yo me comunicaba por radio con Joaquín Cuadra, urgiéndolo a confirmarme el arranque de las acciones en Managua, pero allá estaban dudosos de si lanzarse hoy, mañana, o pasado mañana. Los preparativos se les atrasaban, me pedían que esperara porque no había condiciones, la represión en la capital estaba en lo fino. En el Frente Sur también había atrasos, aunque por su parte, siempre estaban insistiendo conmigo, como si fuera yo el lerdito: — ¿Qué pasa con *El Zorro* que no actúa? ¿Qué pasa con Estelí?

Yo no podía esperar más, nos íbamos solos. El 8 de abril de 1979 desencadenamos las acciones en el Frente Norte, se dieron hechos imprevistos, y Estelí no pudo escaparse de ellos. Era como tocar un cuerpo, y que la cabeza no respondiera.

Dos emboscadas debían montarse entre Condega y Estelí, sobre la carretera panamericana, para entorpecer el envío de refuerzos a Condega, donde una fuerza conjunta de nuestra Columna Facundo Picado y de la Columna César Augusto Salinas Pinell, de la GPP, atacaría la guarnición.

La fuerza de sesenta hombres encargada de ejecutar las dos emboscadas, al mando de Salvador Loza Talavera (*El Viejo Martín*), fue detectada por un esbirro somocista, ajusticiado después. La aviación los bombardeó, lograron derribar dos aviones que fueron a caer en los potreros ve-

cinos, pero se vieron obligados a trabar combate defensivo en las puertas de Estelí. En la maniobra de retirada no tuvieron más alternativa que meterse en los barrios del sector norte de la ciudad, porque no había montaña cerca donde replegarse. Su única protección era la ciudad.

Esta maniobra imprevista, provocó que se activaran las escuadras de combatientes guerrilleros urbanos que teníamos dentro de Estelí, convocados por los ruidos del combate y porque, para decir verdad, les picaba el dedo por apretar el gatillo. La población, otra vez insurreccionada, se lanzó tras ellos. Y a partir de allí, díganme, ¿quién detenía a nadie?

Tal como estaba previsto, se dio el ataque a El Sauce, en conjunto con fuerzas de la GPP, y allí se derribó otro avión. Se cayó sobre Achuapa, Río Grande, San Rafael del Norte, Pueblo Nuevo y Limay, todas esas acciones exitosas. Pero al fracasar la emboscada sobre la carretera panamericana, y al establecerse los combates en el norte de Estelí, la guardia ya no se movió, excepto a Santa Cruz, y no fue posible montar las demás emboscadas previstas.

Las fuerzas conjuntas de las columnas de Elías Noguera y Cristian Pichardo atacaron la guarnición de Condega. La aviación los bombardeó, y Elías, que dirigía la acción, resultó herido en la pierna por la esquirla de un *rocket*, viéndose obligado a retirarse con su gente hacia el Cerro Cuba, sin que nadie quedara al mando del brote insurreccional provocado en las calles de Condega por el ataque, porque también las fuerzas de la GPP se retiraron hacia Santa Gallo.

Como consecuencia de la retirada de Condega, no había ninguna fuerza disponible para acudir desde el norte

en auxilio del contingente de Salvador Loza Talavera (*El Viejo Martín*), que combatía ya en los barrios de San José, San Pablo y Los Ángeles junto a las escuadras de guerrilleros urbanos. La Columna Jorge Sinforoso Bravo estaba demasiado lejos, hacia el este de Ocotál.

La emboscada que habíamos puesto entre Estelí y Santa Cruz resultó mal organizada, la gente iba mal armada y nos mataron como a siete compañeros. Se dieron otras irregularidades, imprevisiones, que nos echaron abajo el plan, tal como había sido concebido.

Froylán se hallaba situado con su gente entre Estelí y El Sauce, esperando emboscar a los refuerzos de la guardia. Al ver que pasaba el tiempo y no aparecía ningún *convoy* en la ruta, avisado del combate en Estelí decidió correr a sumarse al pijeo. No me lo consultó, pero de seguro yo lo hubiera autorizado.

El 9 de abril yo me encontraba al oeste de Estelí, en Los Araditos —en la finca de unos colaboradores, distante como a media hora de camino de la ciudad— con una fuerza de quince combatientes, con el radio de comunicaciones en la mano. El enemigo detectó seguramente la señal de radio, ubicó la posición y nos montó un cerco con helicópteros. Me vi obligado a retirarme del lugar, hice un rodeo hacia el noroeste, por la quebrada de El Zapote, y sin pensarlo mucho me introduje a Estelí. —Bueno —me dije— yo no me voy a quedar afuera. Mi tropa está combatiendo dentro de Estelí. Y yo voy para allá. ¿Para qué otro lugar iba a agarrar?

Entré a Estelí ese mismo día, por el rumbo de mi barrio. El cuartel general fui a establecerlo en el barrio vecino

de Los Placeres en una casa a la que le decían *La casa del yanki*, porque allí había vivido un extranjero. Y de inmediato, me dispuse a asumir la dirección del combate.

Dentro de la ciudad, el total de hombres que contaba con armas de guerra era de unos ciento sesenta, insuficientes para combatir contra la concentración de infantería de la guardia, muy superior en número y capacidad de fuego, pues libres las carreteras podían recibir refuerzos desde Managua.

El enemigo, apoyado por la aviación, tendió un doble cerco alrededor de la ciudad. Detrás del cerco, hacia el norte, en Cerro Cuba quedaba la columna de Elías Noguera; también hacia el norte, en Santa Gallo, quedaba la columna de Cristian Pichardo (*Isauro*); hacia el suroeste, por el lado de Santa Cruz y El Sauce, quedaba la columna de Julio Ramos. Distintos contingentes de la Columna Filemón Rivera se hallaban dispersos por los rumbos de San Rafael del Norte, San Sebastián de Yalí, El Sauce, San Juan de Limay. De modo que había hombres suficientes para concentrarse sobre Estelí, romper el cerco y combatir con la guardia en las calles de manera exitosa. Pero era imposible llamarlos, porqueno disponían de equipos de radio.

Instalé mi estación en *La casa del yanki* y mantuve abierto el canal con Humberto, en *Palo Alto*, y con los otros frentes de guerra en las demás regiones. No existía comunicación con las columnas, ni tampoco con las escuadras dentro de la ciudad. Nunca llegamos a contar con enlace radial táctico-operativo, una de las grandes limitantes que tuvimos, hasta el fin de la guerra; y en aquel momento, esa carencia hacía aun más difícil dirigir el combate, en situación tan comprometida.

Era inútil llamar a la Columna Jorge Sinforoso Bravo por hallarse tan lejos, inútil llamar a la Columna Óscar Turcios Chavarría, lejos también. Después del ataque a El Jícaro, *El Danto* se había quedado enmontañado en Nueva Segovia, aguardando la oportunidad de emboscar a unas patrullas de la guardia que andaban por allí. Y la gente de Omar Cabezas, en Kilambé, mucho más lejos, ni cuenta se dio de lo que estaba pasando.

Tampoco los otros frentes de guerra tenían capacidad de movilizarse para organizar acciones de distracción y quitarnos la presión. Esta segunda insurrección de Estelí no estaba en los planes, los tomaba desprevenidos; no pudieron estar listos a la hora de arrancar la nueva fase ofensiva, como ya expliqué, y menos lo estarían ahora.

No me quedaba más recurso que despachar correos, dándoles parte a Julio, a Elías y a Cristian, de la perra situación en que me hallaba, el doble cerco de infantería, la artillería, los aviones, los helicópteros sobre nosotros. Siete compañeros, de los muchos que envié a pie, a marcha forzada, llevando esos mensajes, cayeron asesinados en el camino.

La incomunicación, la falta de coordinación, lo que no estaba previsto y resulta en los hechos, los avatares inconstantes de la guerra, distinta en los planes a como en realidad se presenta en cada momento. Y encima las incomprensiones, los mandos separados, las tendencias, a pesar de que ya para entonces se había firmado la unidad del Frente Sandinista, con una sola Dirección Nacional conjunta de nueve miembros.

Julio Ramos, sin vacilar, se dispuso a llegar en mi ayuda con su columna. Comenzó a operar en la parte oeste

de Estelí, pero los mandos de la GPP le jalaron la chaqueta, ordenándole que no se metiera, y tuvo que retirarse. Si de él hubiera dependido, no me deja solo.

Le envié a decir a Elías Noguera, inmovilizado en Cerro Cuba por su herida: —Ve, avísale a Cristian Pichardo, avísale a Omar Cabezas que hagan algo. Si no pueden venir, que ataquen por algún lado, que distraigan a la guardia, que me quiten presión.

Sin embargo, los compañeros de la GPP, dijeron que yo era un aventurero. Cristian dijo: —Ese Chico Rivera es loco, así como se metió allí, así tiene que salir. Como si yo me había metido en Estelí por mi capricho, y en honor a la verdad, nos quedamos solos. Mejor dicho, nos dejaron solos. La unidad estaba firmada, pero seguía vivo el asunto de las tendencias, las distintas concepciones de lucha.

Elías, herido como estaba, no me abandonó. Hizo lo que pudo. Envío una fuerza de su columna al mando de Héctor Flores y en una acción heroica, atacaron a la guardia por el sector norte de Estelí. Pero qué iba a ser eso suficiente. El cerco seguía estrechándose y los combates se avivaban en todos los barrios de la ciudad.

Me quedé ensartado dentro de Estelí, ya sin esperar nada de nadie con ciento sesenta combatientes valerosos, con la gente insurreccionada en las calles, detrás de las barricadas. Nos llovía fuego por todas partes, mientras lo único que me mandaban a decir era: —Salite, salite. Como si eso hubiera sido tan fácil. Pero salí al fin, cuando yo lo quise, sin disparar un solo tiro.

Esta vez, el enemigo no se hizo fuerte en el cuartel, sino que se dispersó por todo el perímetro de la ciudad,

en cuatro o cinco guarniciones, bien fortificadas: el Colegio de El Rosario, la Catedral, el Banco Nacional, TELCOR, los edificios mejor contruidos. De modo que nos veíamos precisados a mantener distintos frentes de combate para mantenerlos a raya y evitar que concentraran sus fuerzas y nos aislaran en un solo sector.

En el curso de las acciones, averiguamos que *Cherry*, el traidor, y Migdonio, el torturador, estaban en el Colegio de El Rosario. Escogí entonces una unidad formada por quince o veinte hombres, de los más experimentados, para atacar la posición con la mira de agarrarlos vivos, o matarlos; pero no se pudo cumplir el propósito, aunque en la acción recuperamos un fusil ametralladora Browning.

El 12 de abril, comenzaron a penetrar por la carretera panamericana los refuerzos de infantería que venían desde Managua. Desembarcaban también tropas helitransportadas en los alrededores, y en todos los accesos a la ciudad establecieron posiciones con nidos de ametralladoras, para dejarnos encerrados, una trampa mortal, sin salida posible.

Ese mismo día cayó *Froylán* en el barrio de El Calvario, al suroeste de la ciudad. Avanzaba a la cabeza de una escuadra de cuatro compañeros, y al penetrar en un solar fueron emboscados por una patrulla enemiga, pereciendo todos. Fue entonces que la guardia me tomó a mí por muerto, proclamando que era yo el caído, y no *Froylán*.

Estábamos metidos en la ratonera. Pero al sexto día, el 15 de abril de 1979, decidí que era el momento de salir, y salimos. Cerca de las siete de la noche, empecé a concentrar las fuerzas en un punto al norte de la ciudad, y a la una de la madrugada del 16 de abril, iniciamos la marcha. Reuní a

toda la gente en una sola columna, combatientes guerrilleros, combatientes populares de las barricadas, gente que se había sumado otra vez a la insurrección, familias enteras, mujeres, ancianos y niños, y nos dispusimos a romper brecha por donde menos nos esperaba el enemigo, por la parte sur de Estelí.

Bajo orden de estricto silencio, seguimos hacia la carretera panamericana por el rumbo del colegio de secundaria que ahora se llama Francisco Luis Espinoza, en honor al sacerdote asesinado en Condega en septiembre de 1978. Allí era precisamente donde la guardia tenía su mayor concentración de tropas, con ametralladoras pesadas emplazadas.

A la vista de la vanguardia de la columna, formada por treinta compañeros seleccionados entre los más heroicos, que llevaban dos ametralladoras calibre 20, dos lanzacohetes RPG-2 y fusiles FAL, los guardias abandonaron sus posiciones; se replegaron hacia ambos lados de la carretera y nos dejaron el paso franco. Se rajaron, se corrieron, no tuvieron el valor de combatir, de mantener sus posiciones. No dispararon ellos ni disparamos nosotros. Ni un solo tiro disparamos.

Sucedió así, debido a que —a esas alturas— la moral se le estaba desmoronando a la guardia, debido al factor sorpresa, que se vuelve poderoso en la más negra de las situaciones. Hasta el último momento mantuve en secreto la escogencia de la ruta y ellos no nos esperaban por allí, ése era el lugar por donde menos nos esperaban. En septiembre de 1978 nos habíamos retirado por el rumbo oeste, y pensando que seguiríamos el mismo camino, los helicópteros estuvieron dedicados todo el día a quemar

los potreros de ese sector para obligarnos a marchar al descampado y mejorarle la visibilidad a las tropas. Querían cazarnos como conejos en el zacate ardido. Yo partí, además, de ese principio militar que dice que el enemigo siempre se confía más, allí donde es más fuerte, y tiende —por lo tanto— al descuido.

Ahora lo cuento, y parece fantasía. Pero fue una retirada heroica, elegimos el riesgo mayor y salimos victoriosos. Así se escribió ese pequeño párrafo de la guerra insurreccional del pueblo. Algunos compañeros, los más de ellos combatientes populares de las calles; no acataron la orden de sumarse a la columna, o no recibieron a tiempo la orden, por falta de coordinación, y decidieron irse por otros rumbos. Un grupo de doce o quince que escogió salir por el noreste, fue emboscado por la guardia y desgraciadamente murieron todos, no quedó uno.

La gente que se iba con nosotros abandonaba con dolor sus casas, sus querencias, sus haberes, se sumaba a las columnas en las calles oscuras en medio de la chamusquina de los cadáveres. Lloraban. Muchos querían cargar con sus cosas, sus enseres, motetes de ropa, baldes, cacerolas, trastos de cocina, colchones, y me preguntaban a mí: —¿Qué llevamos?

—Dejen todo —respondía yo en la oscuridad—, después van a tener eso y más. Lo único es que no les dije cuándo.

Salimos, aunque atrás quedaba *Froylán*, quedaba el doctor Dávila Bolaños, capturado dentro del hospital y asesinado a balazos, quedaba mi tía Concepción Rivera, asesinada en su casita del barrio El Zapotal, por pura venganza contra mí. Mi papá tuvo que tirarse al monte como veinte

días para salvarse, pero después volvió a Estelí, amarrándose los güevos.

Cruzamos la carretera panamericana hacia el este, dejando a un lado los silos, a unos mil metros del colegio, y tras horas de marcha fuimos a amanecer en un potrero donde acampamos acompañados por las vacas en medio del zacatal, los combatientes y la población civil revueltos con los heridos, sin agua ni alimentos. Desde allí podíamos mirar el humo y las llamaradas que se alzaban desde la ciudad incendiada por la guardia, las zopiloterías que otra vez bajaban a regalar con la mortandad, el vuelo de los aviones que bombardeaban los alrededores persiguiendo el rastro de los que huían. Debido a que había crecido la cantidad de combatientes disponibles, procedí a dividir las fuerzas, y al efecto creé dos nuevas columnas:

La Columna Juan Alberto Blandón, bautizada así en honor a *Froylán*, enrumbo al este, por Llano Largo, hacia un sitio llamado La Nueva. Puse al mando a Mauricio Zelaya Ubeda, y como segundos a Gilberto González y Pedro Lazo Espinoza (*Rito*). La Columna Donoso Zeledón Ubeda, bautizada así en honor a un combatiente caído también en esa segunda insurrección, enrumbo al noroeste, cruzando otra vez la carretera panamericana. Puse al mando a Salvador Loza Talavera (*El Viejo Martín*), y como segundo a Fredman Torres (*Damián*).

La antigua columna Filemón Rivera enrumbo al tercer día hacia el cerro de Tomabú. Puse como jefe militar a *Pedrito el hondureño*, y como jefe político a Antenor *El Capi* Rosales. Con ella me desplazé yo.

De Donoso Zeledón Ubeda ya hablé antes. Era dirigente estudiantil muy heroico, de apenas diecisiete años,

sobrino del comandante Juan José Ubeda. Murió durante una emboscada que se preparaba en el camino a El Sauce contra patrullas de la guardia provenientes de las guarniciones de Achuapa y El Sauce.

Este muchacho se movilizaba con otro combatiente a bordo de un *jeep* requisado, ubicando a las fuerzas enemigas; otros compañeros, por imprevisión, dejaron pasar una patrulla a un área que se suponía bajo nuestro control, no alcanzaron a alertarlos, y la patrulla los sorprendió. Los mataron, y con la misma dinamita que cargaban en el *jeep*, hicieron explotar los cadáveres, despedazándolos.

Era tal la cantidad de gente que se había venido conmigo en la retirada, mucho más que la vez anterior, que después de formar las dos columnas nuevas, todavía alcanzó para desplazar combatientes a otros lugares: El Sauce y San Rafael del Norte. Aproveché para enviar con ellos a las mujeres, ancianos y niños, pues era preferible dispersarlos, por el peligro y porque representaban una carga para las fuerzas de combate.

Ahora teníamos más de ochocientos combatientes divididos en seis columnas: la Filemón Rivera, la Juan Alberto Blandón y la Donoso Zeledón Ubeda, entre Tomabú y Llano Largo; la Facundo Picado, en Cerro Cuba; la Jorge Sinforoso Bravo, en Macuelizo; la Óscar Turcios Chavarría, en camino de Nueva Segovia hacia Estelí, con *El Danto* a la cabeza.

Tras la retirada se fortalecieron también las tres columnas de la GPP: la Pedro Altamirano, de Julio Ramos, entre Santa Cruz y El Varillal; la César Augusto Salinas Pinell, de Cristian Pichardo (*Isauro*), en Santa Gallo; la Bonifacio Montoya, de Omar Cabezas, en Kilambé.

Pese a todas las críticas injustas que recibí, la segunda insurrección de Estelí había sido un éxito político y un éxito militar. Rompimos el cerco, sacamos más combatientes, se nutrieron todas las fuerzas. Ahora había en el norte nueve columnas con cerca de mil cuatrocientos combatientes sobre las armas. Ya no se trataba de cuatro guerrilleros acosados y desperdigados, disparando un tiro ahora y otro pasado mañana, huyendo todo el tiempo de la guardia, sino de un verdadero ejército popular.

Haciendo después mis propias reflexiones, como me las hago hoy, he llegado al convencimiento de que haber tomado la iniciativa en abril de 1979 fue decisivo. Le quebramos los planes al enemigo, que sabiendo ya donde estábamos: en El Tular, en El Varillal, en Santa Cruz, en Cerro Cuba, en Los Araditos, en Canta Gallo, se preparaba a caer sobre nosotros para ponernos cerco en nuestros propios campamentos. Los madrugamos. Si nos hubiéramos quedado allí, de manera pasiva, nos hubieran ido a buscar, obligándonos a defendernos en desventaja. Fuimos nosotros los que salimos a presentarles combate y les descalabramos sus planes. Una ganancia estratégica en todos los sentidos, porque hicimos variar a nuestro favor el curso de la guerra. Se empezaban a abrir las puertas del triunfo, y las acciones de abril resultaron claves. Estoy totalmente convencido de eso.

Y si salí de Estelí por segunda vez, fue sólo para entrar de nuevo, menos de dos meses después, la tercera y la última. Entrar de nuevo y quedarme ya para siempre.

—Váyanse, no se preocupen por nosotros. La tercera es la vencida, me dijo la Anita Altamirano desde la puerta de su casa.

Y así fue.

17

NOSOTROS ÉRAMOS LA LEY

Al tercer día de la retirada me trasladé con la Columna Fílemón Rivera al cerro de Tomabú, y ese mismo catorce de abril logre restablecer desde allí la comunicación por radio con *Palo Alto*. Fue entonces cuando Daniel me pidió que dirigiera un mensaje al pueblo de Nicaragua, que iban a grabar para pasarlo por Radio Sandino y desmentir así las comunicaciones de la guardia, respecto a que yo había caído en Estelí, que *El Zorro* estaba muerto.

También me comuniqué con Joaquín Cuadra, en Managua, y por última vez con Oscar Pérez Cassar (*El Gordo Pin*), en León, porque a los dos días fue que lo asesinó la guardia en el reparto Veracruz.

En todo ese sector, que da para el rumbo de La Concordia y San Rafael del Norte, desde el cerro de Tomabú a Llano Largo, La Nueva, Licoroy y El Coyolito, Julio Ramos y yo habíamos organizado después de la insurrección de septiembre de 1978 un trabajo de base muy compartimentado, con miras a asentar allí una columna guerrillera. Enviábamos a cuatro compañeros a iniciar el contacto con la población campesina, y después a ocho más, de manera que ya para la retirada de abril de 1979 teníamos condiciones mínimas de apoyo. En mayo, la Columna Pedro Altamirano, de Julio Ramos, también recaló en ese sector.

Al momento de la retirada llevábamos catorce heridos de guerra, de los cuales ocho eran de gravedad. No

podíamos atenderlos porque solamente contábamos en las filas con un médico, una enfermera y unos cuantos auxiliares paramédicos. Además el médico sin ninguna clase de instrumental para operar. Ya en Tomabú, buscando cómo sacar a los heridos graves, solicité el auxilio a una red de colaboradores establecida en La Trinidad, San Isidro y Sébaco, a lo largo de la carretera panamericana, colaboradores que yo había ganado desde unos meses antes a la insurrección de septiembre de 1978.

El mismo 14 de abril que ya dije, pudimos evacuar a los heridos del cerro de Tomabú y los ubicamos en casas de campesinos amigos al lado de la carretera panamericana, listos para trasladarlos desde allí, en vehículos, hacia León y Managua. Pero ese mismo día, la guardia nos tendió un cerco con tropas helitransportadas y fuerzas de infantería en el mismo cerro de Tomabú, donde yo me encontraba con Antenor *El Capi*; Rosales y *Pedrito el hondureño*, al mando de las fuerzas.

Un individuo al que le decíamos *Guapachá*, infiltrado de la guardia, se salió del campamento y se fue directo a Estelí a informar al comando que yo estaba en el cerro de Tomabú con el equipo de comunicación. Más tarde, durante los combates que se dieron, le quitaron, a balazos, el radio, al compañero que lo cargaba en la espalda. El radio se le dañó, y me quedé incomunicado.

El *Guapachá* ése, fue ajusticiado en Sébaco para los días del triunfo, cuando una tropa de la guardia que venía huyendo de Managua, buscando la frontera con Honduras, chocó con nosotros. El tipo iba allí. Algunos de los compañeros que habían ayudado a sacar a los heridos en la

operación que al fin logramos montar, lo reconocieron entre los guardias que se entregaron y lo fusilaron en el acto. Y digo que más que un traidor era un infiltrado, porque anduvo integrado en un equipo de zapadores, encargado de colocar explosivos al paso de las tanquetas, y siempre salía todo mal, las cargas estallaban antes, o las tanquetas no llegaban al punto donde estaban sembradas las minas.

El enemigo, de una manera absurda, escogió mal la hora de iniciar el ataque, porque rompieron los fuegos a las cinco de la tarde. Lo que nosotros hicimos fue defender nuestras posiciones en los flancos y las alturas del cerro, haciendo tiempo a que cayera la noche. Entonces, al amparo de la oscuridad, iniciamos la retirada.

Su primer ardid fue tratar de incendiar los pinares del cerro, era tiempo de verano y el monte estaba seco, pero no tuvieron éxito. Una sola baja lamentamos, un compañero de apellido Toruño, de apenas quince años. Resultó herido en combate, desgraciadamente se nos desangró en la retirada nocturna, y se nos murió. El enemigo se quedó como cinco días cercando el cerro y buscando a nadie allí.

El grueso de la columna partió a Llano Largo, por rumbo de La Concordia, donde se hallaba la Columna Juan Alberto Blandón. Yo, con unos quince hombres, salí en dirección a la carretera panamericana, de vuelta otra vez a las orillas de Estelí, llevando a los heridos levemente; rodeamos el cerro de Tomabú y esa noche alcanzamos el restaurante *Las Colinas*, ubicado en una de las faldas del mismo cerro.

La dueña del restaurante, colaboradora nuestra y madre de combatientes, me ayudó. Hijo suyo era Fredman Toruño (*Damián*), segundo al mando de la recién formada

Columna Donoso Zeledón Ubeda, quien iba conmigo; poco antes de que se iniciara el cerco había llegado a buscarme, para informarme de la situación de su columna. Escondimos a los heridos en unos hoyos excavados en la cercanía, los tapamos con hojas secas; y situé varios centinelas en las alturas. No se presentó el enemigo, y allí amanecimos.

Le entregué los heridos a *Damián* y le di una carta dirigida a Julio Ramos pidiéndole que se hiciera cargo de curarlos. Partió *Damián* de noche al cuidado de los heridos, por el rumbo de La Quebrada, donde se encontraba para entonces la columna de Julio Ramos. Con él se fue una escuadrilla de combatientes, entre ellos Orlando Benavides (*Pancrasio*), el dirigente cristiano, originario de aquella zona. Julio Ramos recibió a los heridos, y fueron curados.

Entonces, con el resto de la gente, unos ocho compañeros salí esa otra noche para Llano Largo, a juntarme con el grueso de mi tropa. En mi cabeza reinaba la obsesión por los heridos graves que habían quedado escondidos en las casas de los campesinos a la orilla de la carretera, Carlitos Suárez (*Guandique*), pegado en un pie por un balazo de Galil, y otros chavalos valientes, ahora jefes de BLI, los Batallones de Lucha Irregular que le han hecho estragos a la contra. Temía mucho que la guardia los hubiera descubierto y asesinado.

Me aturdía el peso de la conciencia al sentirme responsable de su suerte, aunque trataba de calmarme, repitiéndome que era la traición de *Guapachá* la que había impedido evacuarlos. Pero por mucho que forzara mis reflexiones, no podía sosegarme. Llegué al campamento y aún no se sabía nada de ellos.

Cinco días hube de penar en esa angustia e incertidumbre hasta que aparecieron dos combatientes que se habían dispersado en la retirada, trayéndome alegres noticias: los guardias que avanzaban en dirección al cerro de Tomabú para ponernos el cerco, no se metieron a registrar las casas, apenas se habían asomado por las rendijas de caña, creyéndolas abandonadas. Tres días pasaron los heridos allí mientras la guardia atacaba el cerro, hasta que los campesinos colaboradores del sector pudieron llevárselos hacia el valle de Los Espinales donde se hallaban todavía, en espera de ser evacuados.

Escogí de inmediato a ocho compañeros de los mejores, bien equipados. Los mandé a hacer contacto con la gente de La Trinidad y San Isidro, consiguieron una camioneta que se logró meter al valle de Los Espinales, sacaron a los heridos y los repartieron en casas de colaboradores a lo largo de la carretera panamericana, hasta Sébaco; otros fueron trasladados a la mina El Limón. Luego se les llevó a Managua y Matagalpa para ser curados clandestinamente. Toda una operación audaz y exitosa.

Una vez juntas las dos columnas en Llano Largo, procedimos a reunirnos con la población campesina a fin de organizar las redes de apoyo, como habíamos hecho en otras ocasiones en que nos tocaba asentarnos en un territorio nuevo. El asunto principal a resolver era la alimentación de los cuatrocientos hombres que componían las dos columnas: Maíz, frijoles, plátanos, carne, un problema logístico serio.

Ahora no teníamos más remedio que echar mano del ganado. A los guerrilleros nos decían “come-vacas”, lo

cual no dejaba de ser una exageración, porque carne casi no comíamos cuando éramos pocos. Y si no podíamos pagarles a los finqueros, les dejábamos en paz sus animales.

Pero ya con tantas bocas que alimentar, sobraba ese cuidado. Afectamos primero a los elementos nocivos, guardias y somocistas, y muy a nuestro pesar terminamos comiéndonos el ganado de colaboradores y amigos, aunque procurábamos pagarles religiosamente por cada res apersegada y destazada. A falta de dinero les firmábamos vales, todavía les estamos debiendo esas cuentas.

Matancina masiva, pero con tiento, orden, respeto para quienes no eran enemigos. No faltaban grupos de cuatrerros que trataban de aprovecharse de la revoluta, por lo que se imponía proceder contra ellos, vergüear a tres o cuatro bandidos y meterlos en cintura. En esos territorios nosotros éramos ya la ley.

Practicado el recuento de las armas y municiones, resultaron extremadamente pocas. La munición escasa fue uno de los principales limitantes de la insurrección de abril, como lo había sido en la insurrección de septiembre del año anterior. Tuvimos que combatir contando cada tiro y racionando el poder del fuego, porque cada bala valía su peso en oro.

La verdad es que desde el envío de las cien armas de guerra y el parque que recibimos de Costa Rica en enero de ese año nunca nos llegó ningún otro cargamento. Recuerdo que los furgoneros, colaboradores nuestros, amenazaron con suspender el transporte de armas a las otras ciudades, si no se le entregaban también a Estelí. Esa presión se la hicieron a Polo Rivas, encargado de los despachos en San

José, los dirigentes del Sindicato de Transportistas Unidos, Carmelo Aráuz —asesinado en Guatemala después del triunfo— y Juan de Dios Castillo (*Israel*).

Tampoco por aire recibimos nada, cuando se establecieron los vuelos de las avionetas que aterrizaban en las carreteras trayendo armas y municiones. Ya Polo Rivas, en León, para el mes de junio, algo nos dio de unas municiones llegadas en un avión que bajó en la carretera entre Telica y Malpaisillo. Eso fue todo. De modo que el único abastecimiento que teníamos seguro, era el que ingresaba desde Honduras, por las rutas de la frontera.

Elías Noguera me envió un correo proponiéndome trasladarse, con su gente a Llano Largo para juntarse conmigo y operar juntos, pero yo le contesté que se quedara en Cerro Cuba, en espera de la columna de *El Danto*, y que al mismo tiempo buscara cómo pegar con Cristian Pichardo (*Isauro*) en Santa Gallo, y Omar Cabezas en Kilambé, para coordinar las futuras acciones.

En la ciudad de Matagalpa, ya contábamos a esas alturas con dos fuerzas de la tendencia Tercerista, organizadas en función de la insurrección: la unidad de Combate Héroes de Veracruz al mando de Carlos Rojas —*Julio* o *El Doctor*, como también le decíamos—, teniendo como segundo a Francisco Jarquín (*Camilo*); y la unidad de Combate Alesio Blandón, al mando de Alfredo Lazo (*Samuelito*), mecánico del taller de la Cooperativa de Transportistas Unidos de Estelí, quien como ya mencioné, cayó durante los combates finales por la liberación de Matagalpa.

Francisco Jarquín y Alfredo Lazo eran parte del grupo de ocho compañeros que yo había desplazado a Ma-

tagalpa después de la primera retirada de Estelí, en septiembre de 1978. Otros de ese mismo grupo, Celso Ramón González (*Andrés*), y Carmen Rivera, pariente mío, militante desde los tiempos de mi hermano Filemón, se hallaban en Jinotega, preparando también la insurrección.

De acuerdo al plan de campaña aprobado en Panamá, la orientación general que confirmé a todos los jefes de columnas y unidades de combate que respondían directamente a mi mando en Estelí, Matagalpa, Nueva Segovia y Jinotega, fue la de mantenerse activos sobre las vías de comunicación, no aflojar en las acciones contra guarniciones menores, mientras llegaba el momento de iniciar la ofensiva final.

A comienzos de mayo de 1979, la Columna General Pedro Altamirano se reconcentró con mis fuerzas en Llano Largo. Para entonces Julio Ramos había salido hacia Managua, a solicitar instrucciones de los mandos de la GPP, de manera que la columna se presentó a mis campamentos al mando de sus lugartenientes, Óscar Lanuza (*El 16*), Rigoberto Salgado y José Angel Amador (*El 33*), todos ellos muchachos de Estelí, amigos míos.

Por allí, alrededor del 10 de mayo, recién llegados ellos, el enemigo lanzó un nuevo operativo militar, más formidable que los anteriores, sobre los campamentos de La Nueva, donde se hallaban reconcentradas las Columnas Filemón Rivera, Juan Alberto Blandón y la General Pedro Altamirano. Fue otra vez un cerco con tropas escogidas, de infantería apoyadas por aviones y helicópteros, y ahora por blindados. Los tanques y tanquetas irrumpieron por el camino que va de Estelí a La Concordia y San Rafael del Norte, protegiendo el avance de las nutridas columnas de

soldados que se disponían a cumplir las órdenes de aniquilarnos, impartidas por el propio Somoza.

En base al estudio de las desventajas del terreno, estábamos prevenidos de antemano para enfrentar la contingencia. Porque tratándose de una zona de puros potreros, levemente quebrada y de pocas alturas, sin ninguna vegetación, las operaciones de guerrilla se tornaban difíciles y quedábamos expuestos a los bombardeos aéreos y al cañoneo de los blindados.

Por tanto, no era nada extraño que el enemigo se alagartara en sus ambiciones de imponernos un cerco, con el designio de dejarnos atrapados. Pero como se trataba también de un área bastante extensa, topo lo que es La Nueva, El Coyolito y Llano Largo, nuestra fortaleza estaba en saber dispersarnos, en no presentar combate en unidades cerradas. Y en base a esta táctica de dividir las fuerzas en escuadras, yo había organizado con los mandos de las tres columnas el plan de defensa, en previsión del ataque.

Ausente Julio Ramos, la jefatura de la Columna General Pedro Altamirano fue asumida por Óscar Lanuza (*El 16*). Con él, con Rigoberto Salgado y José Ángel Amador (*El 33*), me puse de acuerdo sin problemas, mostrándose conformes los tres en que yo asumiera el mando de las tres columnas.

Se iba consolidando la unidad de las tendencias, aunque las columnas de la GPP seguían operando por separado y sus directrices eran distintas. La Columna General Pedro Altamirano recibía sus propias orientaciones militares y políticas a través de *cassettes* grabados que les llegaban a La Nueva desde Managua y Matagalpa. Los lur-

gatenientes de Julio Ramos, amigos de infancia, me llamaban y me consultaban:

—Mirá, Chico, veamos cómo es esto que nos dicen aquí, en esto estamos de acuerdo, y aquí está esto otro sobre la relación con ustedes, los Terceristas, en esto no estamos de acuerdo. Entonces, hablábamos, yo trataba de aclararles políticamente la situación, nos entendíamos. De suerte que a la hora de enfrentar aquel cerco de la guardia, confiaron en mí.

Y cuando precisamente nos afanábamos en la tarea de dispersar a los combatientes hacia las posiciones de defensa que debían, ocupar, fue que el enemigo se nos presentó por distintos rumbos, para atacarnos en los puntos donde esperaban encontrarnos, concentrados como columnas guerrilleras.

Recién iniciados los combates, me llegó un nuevo aparato de radio introducido desde Managua a Matagalpa, de allí a Jinotega, y de Jinotega a los campamentos de La Nueva, a través de la estructura que ya teníamos en esos lugares, una bendición en aquellas circunstancias.

Y en medio de esos combates, con la guardia encima tratando de penetrar por todos los caminos vecinales, recibí también un mensaje de Germán Pomares (*El Danto*), a través de un correo llamado *Pantaleón*. Me informaba que ya se encontraba con su columna en el Cerro Cuba, en los campamentos de Elías Noguera, que ya estaba allí con Javier Carrión, su segundo al mando, y me ordenaba presentarme de inmediato para sostener una reunión entre nosotros cuatro, a fin de cerrar el plan de la ofensiva final.

Ante las órdenes recibidas, la escogencia era difícil, ir o no ir. *El Danto* me citaba de urgencia y me tocaba obe-

decer; como jefe de las tres columnas, no debía consultar con nadie. Pero precisamente, por ser el jefe, tenía la responsabilidad de dirigir la defensa de los campamentos, y no podía abandonar el combate así por así. De manera que resolví convocar a consejo a todos los mandos, incluyendo a los de la GPP.

— Bueno, para mí es feo salir en estas circunstancias — les dije a los compañeros en esa reunión, en pleno cachimbo —, yo no quiero dejarlos aquí, pero *El Danto* me llama para decidir cómo vamos a organizar el empuje final de esta guerra. ¿Cuál es el parecer de ustedes?

Que me pusiera sin dilaciones en camino, respondieron de manera unánime; que escogiera a dos baquianos y me fuera tranquilo sin preocuparme por el cerco, ya no se trataba de una columnita, sino de tres columnas bien fogueadas, actuando bajo un solo plan. Además, no se sabía cuánto iba a durar el asedio, si tres días, o muchos más; y cualquiera que fuera el tiempo de mi ausencia, ellos estaban en capacidad de dominar la situación. La Columna General Pedro Altamirano acababa de recibir un cargamento de fusiles FAL, M-16, carabinas, Garands, municiones. Había armas, había hombres, más de cuatrocientos combatientes. Ni con aviones ni tanques los iban a sacar de allí.

Entonces, decidido el viaje, orienté a los compañeros cómo debían seguir desarrollando el plan de defensa. El enemigo estaba maniobrando con sus tropas para presentarnos un combate de posiciones, más que un combate irregular, y eso lo ponía en desventaja, a pesar de la artillería, los tanques y la aviación. Ya nos habíamos dispersado, era preciso mantener la dispersión de las fuerzas, no caer en la

pendejada de combatir frontalmente. Y les dejé dicho que aquel asedio iba para largo, era necesario maniobrar hacia lugares de mayor vegetación y mayores alturas, por rumbo de San Rafael del Norte y San Sebastián de Yalí, donde yo los buscaría a mi regreso.

Y la noche del 7 de mayo de 1979, en compañía de dos campesinos baquianos de la zona, partí por veredas a Cerro Cuba para encontrarme con Germán Pomares Ordóñez, *El Danto* de tantas hazañas y tantas leyendas.

18

NO HABRÍA MÁS RETIRADA

Andando unos trechos a pie, otros a caballo, por única arma una pistola, vestido de botas y sombrero como los campesinos, porque nunca me puse en la guerra uniforme militar, fui a amanecer el 13 de mayo en las vecindades del llano de Moropotente. Desde allí subí la noche de ese mismo día al Cerro Cuba, que aparece a mano derecha de la cuesta de Cucamonga si uno marcha en dirección norte, como yo iba.

Las Cuchillas se llamaba ese cerro, pero Elías Noguera lo había bautizado Cerro Cuba, en son de jodedera, porque la guardia insistía en sus comunicados que los centenares de guerrilleros dueños ya para entonces de todos esos montes, eran cubanos.

Allí estaba Germán Pomares (*El Danto*), en el campamento de Elías Noguera, quien todavía caminaba apoyado en una muleta debido a la herida de la pierna recibida en el ataque a Condega. Con él se hallaban algunos miem-

bros del Estado Mayor de la Columna Óscar Turcios Chavarría, acampada, mientras tanto, en La Sotana, cerca de San Sebastián de Yalí: Javier Carrión, su segundo al mando; Cristóbal Vanegas, el muchacho de Monimbó que murió después del triunfo en un accidente de helicóptero; Pedro Antonio Agurcia, al que le decíamos *Antonio Maceo*, ahora mayor del EPS, y otros compañeritos, jefes ahora de Batallones de Lucha Irregular. Ése era el equipito de muchachos que lo acompañaba siempre.

Para esos días de mayo, la columna de Elías Noguera, ya bien nutrida en hombres, dominaba un amplio territorio. Se proyectaba por el este y el oeste, a ambos lados de la carretera panamericana, y hacia Condega, por el norte. Tal como habíamos resuelto en noviembre de 1978, después de la primera insurrección de Estelí, mantenía comunicación con la columna de Cristian Pichardo (*Isauro*), en Santa Gallo, por el rumbo noreste, y hacia Kilambé, con la columna de Omar Cabezas. Y también había cumplido la tarea de desplazar a un grupo de combatientes para que se adentrara en la montaña y pudiera pegar con la columna de *El Danto*, en su avance desde Jalapa, en la frontera con Honduras.

Ese grupo, que recibió a *El Danto* en La Sotana, a comienzos de mayo, estaba encabezado por Antonio Castillo, un dirigente estudiantil de Estelí, combatiente de la primera insurrección; Héctor Flores (*Casimiro*), y Ramón Prudencio Serrano (*Óscar*). De manera muy rápida habían ido desarrollando un excelente trabajo de reclutamiento campesino en el área de San Sebastián de Yalí, al punto de formar la nueva Columna Carlos Agüero.

En la marcha con *El Danto* venía un periodista colombiano llamado Germán Téllez, quien filmó una película llamada *El camino de la montaña al bunker*. En esa película hay escenas donde se nos ve reunidos en Cerro Cuba, se ve la tropa formada, se ve la vida en los campamentos, y se ve a *El Danto* arengando a los combatientes.

Celebramos la reunión que *El Danto* quería. Analizamos la situación operativa, la disposición de las fuerzas, yo le informé de la coordinación lograda hasta entonces con las columnas de la tendencia GPP. Se alegró mucho de los entendimientos que yo tenía con Julio Ramos, pero me dijo que él no se metía en eso, que ese clavo me lo dejaba a mí. Ése fue un punto de discusión en el que no cedió.

El otro punto de discusión en el que también mostró terquedad, fue sobre su papel de jefe del Frente Norte. Elías, Javier y yo, le insistimos en que su misión era asumir el mando de todas las fuerzas, tal como se había acordado en “el congresito” de Panamá. Aunque en alguna medida yo había mantenido comunicación con él, recibiendo sus instrucciones por radio, por correspondencia, a través de los correos, para desarrollar mi trabajo, ahora le tocaba sustituirme, tomar el mando de todas las columnas, dirigir las acciones ofensivas en esta última etapa de la guerra insurreccional. Así se lo dije. *El Danto* era duro, poco le entraban razones. Se le metió que no. Que él era responsable máximo y todas esas cosas, lo aceptaba, pero que él iba a tomarse Jinotega, nadie lo detenía. De esa cerrazón no lo pudimos sacar. Hicimos resistencia, nos enzarzamos en una larga discusión, inútil cualquier argumento. Y al final, igual que Carlos Fonseca cuando habíamos tratado de per-

suadirlo de que cambiara su compañía al dirigirse a la vega del río Iyas, a su mentada reunión, dijo:

— Bueno, ¿quién manda aquí? ¿Ustedes o yo?

— Claro que usted, le respondí.

— Entonces, estamos claros — me dijo. — Yo me voy a tomar Jinotega, y después sigo para Managua. Allá nos vemos en el *bunker*. Y usted se me queda por aquí, a usted le toca coordinar esas columnas jodidas. Además, usted es de estos lados, a usted lo conocen, ya ha andado con todos esos jodidos. Yo me voy a tomar Jinotega, y allá nos vemos en Managua.

Como tres días pasamos juntos allí en el Cerro Cuba, y el 18 de mayo partimos hacia La Sotana, Elías y yo acompañándolo. Antes de salir del campamento se organizó un acto, con la tropa formada, una tropa pobre y mal vestida, eso está en la película; se cantó el himno original del Frente Sandinista, compuesto por Julio Alonso Leclair. Ahora es la marcha del EPS:

*Luchar, luchar, luchar,
es nuestro grito de guerra,
vencer, vencer, vencer,
es nuestro ideal....*

El Danto les dirigió una arenga a las tropas de Elías, con su oratoria sencilla. Les habló sobre el ejército de nuevo tipo que estaba naciendo, el ejército popular que iba a consolidarse con el triunfo; les recordó que una nueva guerra, más difícil, vendría después, porque los yankis tratarían de arrebatarlos el poder.

—Vamos a salir a darle los últimos golpes a la dictadura. Yo les digo, compas, que Nicaragua será libre antes de que terminen las lluvias— fueron sus palabras finales.

Me pidieron que yo hablara, y hablé, sin ser hombre de mucha palabra, habló también Elías. Y cuando llegamos a La Sotana, donde lo aguardaba su columna, a su solicitud volví a tomar la palabra delante de la tropa. En realidad, no era difícil hilvanar un discurso porque los hechos hablaban por nosotros entonces.

El 17 de mayo de 1979, nos despedimos para siempre. Él salió ese mismo día rumbo a Jinotega, y yo de vuelta con Elías al Cerro Cuba. Para siempre, porque a este viejo terco, calvo y cetrino, machetero cortador de caña desde los días de su infancia miserable fundador del Frente Sandinista, guerrillero de mil combates, héroe proletario, mal hablado y jodedor como él solo, valiente hasta decir quitá, franco y transparente, al que nadie le amarraba la lengua, lo mataron en su soñada toma de Jinotega.

Salió directo desde La Sotana a tomarse Jinotega, al mando de las columnas Óscar Turcios Chavarría y Carlos Agüero. El 19 de mayo, a los dos días de nuestra despedida, ya estaba en los cerros que rodean la ciudad, bajó a las calles a la cabeza de los combatientes, se enfrentó a los blindados armado de un lanzacohetes RPG-2, dominó gran parte de los barrios, y estuvo a punto de rendir al enemigo.

El 22 de mayo, lo alcanzó una ráfaga mientras se libraban los combates en las calles, y murió desangrado la madrugada del día 23, cuando trataban de retirarlo en una camilla rumbo al cerro de La Cruz. Javier Carrión asumió entonces el mando de las dos columnas, las que después entrarían, a punta de plomo, a Matagalpa.

Regresé con Elías al Cerro Cuba para comunicarme por radio con La Nueva, a ver en qué situación se hallaban las tres columnas que habían quedado trabadas en combate con la guardia, resistiendo el cerco. Pero no fue posible establecer el enlace, y hasta después me di cuenta que *El Capi* Rosales había vuelto a perder el radio en medio del cachimbeo.

El 18 de mayo me trasladé a Canta Gallo, pues quería discutir con *Isauro* los problemas de coordinación que se seguían dando entre su columna y la de Elías. Volví al Cerro Cuba el 20, y ese mismo día salí para La Naranjita, a medio camino entre Cerro Cuba y La Nueva. Despaché un correo para que fuera en busca del mando de las columnas, y allí permanecí en espera de recibir el informe, ya que a esas alturas todavía ignoraba si habían logrado romper el cerco. Como necesitaba disponer de suficientes correos, ahora me acompañaban cuatro campesinos.

Aún en los campamentos, prefería rodearme de poca gente, uno o dos ayudantes, a mano los hombres que me servían de correo. Tampoco me gustaba permanecer mucho tiempo dentro de los propios campamentos — para trabajar con más libertad, dedicado a escribir mensaje tras mensaje y a despachar los correos a todas partes — pegado al aparato de radio, en comunicación con las fuerzas bajo mi mando ubicadas en otras áreas, con la estación *Palo Alto*, y con los demás frentes de guerra. Ese trabajo, que era vital, no se podía hacer dentro de un campamento porque los jefes lo requerían a uno a cada rato para resolver cualquier cosa.

En la reunión que habíamos sostenido con *El Danto*, en las arengas a los combatientes, insistimos en no parar

ni un momento las acciones ofensivas contra el enemigo en movimiento. Así fue que el 22 de mayo, una fuerza de la Columna Facundo Picado, comandada por Luis Emilio Gómez (*Dimas*), le montó una formidable emboscada a la guardia en la cuesta de Cucamonga, sobre la carretera panamericana, con fuego de fusilería automática, ametralladoras y *rockets*. Treinticinco guardias que iban en el *convoy* quedaron calcinados por los cohetes, y se recuperó una gruesa cantidad de armas y municiones.

El correo regresó con noticias a La Naranjita. Se había ido en vano el enemigo, a pesar de la concentración de tropas, de los aviones, los tanques y los helicópteros, desistieron del cerco a los cuatro días de iniciado, un fracaso militar de inmensas proporciones. De acuerdo a mi mandato, el grueso de los cuatrocientos hombres se había desplazado al noreste, hacia San Sebastián de Yalí y La Concordia, en procura de las elevaciones y la vegetación. Parte de la Columna Filemón Rivera permanecía aún en el mismo lugar, entre Llano Largo y La Nueva.

A partir de entonces, se aceleró la frecuencia de las acciones ofensivas. Después de la emboscada en la cuesta de Cucamonga, se montaron otras, también exitosas, en la carretera que va de Condega a San Sebastián de Yalí y en la que va de Estelí a San Rafael del Norte, la guardia ya a la defensiva en los caminos, y nosotros, dueños del terreno y dueños de la iniciativa, decidiendo sobre el día, la hora y el lugar de los combates.

Mientras tanto, consolidábamos las distintas rutas que a partir de septiembre de 1978 nos habíamos empeñado en abrir a través de la frontera. La Columna Jorge Sinforoso

Bravo tenía acceso a Honduras por el lado de la cordillera de Dipilto y la Columna Filemón Rivera contaba ya con su propia ruta, lo mismo que la Columna Facundo Picado. De manera constante estábamos metiendo más gente, armas, explosivos, municiones, *niples* — desde Tegucigalpa, donde la estructura dirigida por Hugo Torres se había fortalecido — a Choluteca, Danlí y San Marcos de Colón, y de allí, hasta los campamentos de los frentes guerrilleros.

La GPP disponía de su propia estructura de abastecimientos, a cargo de Germán Gutiérrez, originario de Estelí, y Ana Julia Guido (Xóchitl), antigua combatiente de la Brigada Pablo Ubeda. Su ruta iba de San Marcos de Colón a San Juan de Limay y Achuapa.

Todo ese trabajo intenso duró hasta los primeros días de junio de 1979, mientras a la par afianzábamos los planes para la ofensiva final, pese al golpe que representó la muerte de *El Danto*, y al descalabro sufrido esos mismos días por la Columna Jacinto Hernández en Nueva Guinea. Tratando de abrir el nuevo frente de combate en el sureste de Nicaragua, el contingente había sido prácticamente aniquilado, cayendo sus jefes: Óscar Benavides, Iván Montenegro y Adolfo García Barberena.

De regreso en La Nueva, alrededor del 25 de mayo, recibí un mensaje de Javier Carrión informándome de lo acontecido con *El Danto*. Humberto y Daniel, ya al tanto de la noticia, habían instruido mantenerla en secreto para no desmoralizar a los combatientes que en todo el país se alistaban para el empuje definitivo. También me decía Javier que tras avanzar con sus fuerzas en dirección a Matagalpa, se hallaba establecido en aquel momento en Los Papales, un área de montaña en las cercanías de la ciudad.

De inmediato, ordené a la Columna Juan Alberto Blandón, ubicada en las vecindades de San Rafael del Norte, salir sin pérdida de tiempo hacia Los Papales en busca de las columnas de Javier Carrión para juntarse con ellas, en preparación del ataque a Matagalpa.

Llegado el mes de junio, ajustamos sobre la marcha el plan de la insurrección final, acordada con *El Danto* en la reunión de Cerro Cuba, tomando en cuenta las nuevas orientaciones que me transmitió Humberto a través de *Palo Alto*, restablecida ya la comunicación por radio. El 2 de junio, la Dirección Nacional Conjunta lanzó por Radio Sandino el llamado al pueblo a empuñar las armas, convocando al mismo tiempo a una huelga general. Era la señal definitiva. A partir del 4 de junio, los frentes de guerra debían movilizarse a la ofensiva en todo el país, tomar las vías de comunicación, liberar las ciudades.

A la hora de romper los fuegos, la disposición de mis fuerzas en el Frente Norte Carlos Fonseca era la siguiente:

La Columna Donoso Zeledón Ubeda al oeste de Estelí, entre Achuapa y El Sauce, al mando de Salvador Loza Talavera (*El Viejo Martín*), y Fredman Toruño (*Damián*).

La Columna Juan Alberto Blandón, originalmente al este de Estelí, entre Jinotega y San Rafael del Norte, al mando de Mauricio Zelaya Ubeda, recibió las instrucciones que ya dije, de juntarse con Javier Carrión.

La Columna Óscar Turcios Chavarría, al mando de Javier Carrión, y la Columna Carlos Agüero al mando de Héctor Flores (*Casimiro*) y Ramón Prudencio Serrano (*Óscar*). Después del intento de tomar Jinotega, se habían desplazado a Los Papales, camino de Matagalpa.

La Columna Filemón Rivera, al sureste de Estelí, entre La Nueva y Llano Largo, al mando de *Pedrito el hondureño* y *El Capi* Rosales.

La Columna Facundo Picado, al norte de Estelí, en el Cerro Cuba, entre Condega y Estelí, al mando de Elías Noguera.

La Columna Jorge Sinforoso Bravo, en las cercanías de Ocotal, al mando de Jaime Aburcia Moncada (*El Ronco*) y Donato Aburcia Espinoza (*Róger*).

Las unidades de combate Héroes de Veracruz, al mando de Carlos Rojas (*El doctor Julio*), y Alesio Blandón, al mando de Alfredo Lazo (*Samuelito*), dentro de la ciudad de Matagalpa.

En esos primeros días de junio, todo el mundo ya distribuido en sus posiciones, los planes de combate definidos, las misiones asignadas, cada cual bien claro de lo que debía hacer, recibí en La Nueva una carta de Julio Ramos informándome que se encontraba entre San Isidro y La Concordia con *Chepe León*, que era ahora el seudónimo de Bayardo Arce. Me decía más o menos lo siguiente: —Aquí estoy ya con *Chepe León*, queremos ir a la ofensiva de manera conjunta, pero *Chepe León* orienta que es necesario hacer concentraciones de tropas, juntar el mayor número posible de hombres en una sola unidad, y hasta después combatir; las columnas de la GPP, la General Pedro Altamirano, la César Augusto Salinas Pinell y la Bonifacio Montoya van a formar una sola brigada, la Brigada Coronel Santos López, y vos debés hacer lo mismo, formar una sola brigada con todas las columnas, y una vez listo el bloque, pasar a la ofensiva, las indicaciones son esas.

Y para concretar todos esos planes, me proponía una reunión en la que debía participar también Elías Noguera. Por allí guardo esa correspondencia, y también copia de lo que yo le contesté. —Bueno —le dije— como idea táctica a mí me parece bien, muy buena concepción. Pero yo ya voy de viaje, la gente está en movimiento, cumpliendo sus planes, y echar para atrás esos planes, para juntar a mis hombres en un solo bloque, a estas alturas del campeonato es imposible. Está bien lo de concentrarse en unidades más grandes, esas orientaciones ya las tiene mi gente. Yo tengo un plan que se discutió en “el congresito” de Panamá, se volvió a discutir en Honduras en marzo, se revisó con Pomares en la reunión de Cerro Cuba, se volvió a revisar después de su caída. Todo eso les expliqué con lujo de detalles.

—Está bien la idea de la reunión —le sigo diciendo a Julio Ramos—, pero es imposible detener todos los planes para celebrar una reunión como la que me proponen, ya nosotros nos reunimos, ya planificamos, ya estamos moviéndonos, vamos a la insurrección final. Así que lo que yo te sugiero, es que parte de la Columna Pedro Altamirano la dirijás hacia Matagalpa, a juntarse con las Columnas Óscar Turcios Chavarría, Carlos Agüero y Juan Alberto Blandón, que tienen órdenes de atacar la ciudad, y que la otra parte se junte con la Columna Filemón Rivera, que está por esos lados, para que ataquen el sur de Estelí; y que Cristian Pichardo y Omar Cabezas se peguen a Elías Noguera para caer sobre San Sebastián de Yalí y Condega. No hay otra posibilidad, no hay tiempo de concentrarse en brigadas, no hay tiempo para reuniones, y así nos vamos a la ofensiva final, así como estamos. A final de cuentas me contestaron

que estaba bien, que estaban de acuerdo, y tal como se los propuse, procedieron. Bayardo Arce, a la cabeza de una parte de la Columna General Pedro Altamirano, marchó hacia Matagalpa, y allí coincidió con las columnas de Javier Carrión y Ramón Prudencio Serrano, que el 4 de junio habían entrado a pija limpia a la ciudad.

Peleando dentro de la ciudad estaba también la unidad de combate Cresencio Rosales, de la GPP, al mando de Álvaro Baltodano, y estaban las unidades de combate nuestras, la Héroes de Veracruz y la Alesio Blandón. Se logró un solo esfuerzo combativo, una sola ofensiva, hasta que cayó la ciudad de Matagalpa y quedó liberada. En la práctica, así fueron las cosas, por simples coincidencias, o porque me oyeron.

El plan original de la ofensiva sobre Estelí preveía emboscadas al enemigo en la carretera panamericana, al norte y al sur de la ciudad, al mismo tiempo que la Columna Facundo Picado tomaba Condega, para establecer allí una contención fuerte y evitar el desplazamiento de las tropas de Ocotal y Somoto, mientras la Columna Filemón Rivera ocupaba Santa Cruz y La Trinidad. Otras emboscadas debían ponerse entre Estelí y El Sauce, por el oeste, y entre Estelí y San Rafael del Norte, por el este. Luego, de manera gradual, todas las columnas irían estrechando el cerco hasta entrar en la ciudad, y tomarla.

Pero después de la emboscada del 22 de mayo en la cuesta de Cucamonga, el enemigo ya no se movió de Estelí, dedicándose más bien a reforzar las seis u ocho guarniciones que ahora tenía establecidas en el perímetro urbano: el Colegio de El Rosario, en el *boulevard* sur, el Instituto Na-

cional de Secundaria, al que después le pusimos Francisco Luis Espinoza, también en el *boulevard* sur, el Hospital Departamental, que ahora se llama Alejandro Dávila Bolaños, siempre al sur. En el centro, cerca de la plaza, el Banco Nacional, TELCOR, el Almacén Karim, el Palacio Municipal, que sería incendiado, y la Catedral. Además de esos puntos, reforzaron el Comando Departamental, con tropas llegadas de Managua.

Fue una táctica que al final les resultó negativa, porque los obligó a dividir sus fuerzas. Cuando nosotros entramos a Estelí, lo que hicimos fue concentrarnos sobre cada uno de esos lugares, para irlos desalojando uno por uno, y hasta no tener dilucidada la situación, no pasábamos a atacar el siguiente. Lo mismo que había hecho Somoza durante la insurrección de septiembre de 1978 con las ciudades: primero León, después Chinandega, por último Estelí.

El primer contingente en penetrar a Estelí el 9 de junio, fue una avanzada de la Columna Facundo Picado. Elías Noguera ya se encontraba para entonces restablecido de la herida en la pierna, y no fue necesario sacarlo a curarse a Honduras, tal como habíamos resuelto con *El Danto* en la reunión del Cerro Cuba.

Como la insurrección final se nos venía encima, se curó más rápido y dejó a un lado la muleta. Milagros de la guerra.

Ese contingente penetró por el sector noroeste, que es por donde habíamos entrado en las dos insurrecciones anteriores, ya que ofrecía las mejores condiciones tácticas, por el terreno y por el apoyo político de la población. Detrás venía la Columna Donoso Zeledón Ubeda, avanzando

desde el oeste. Esas dos fuerzas fueron las primeras en levantar a la gente y tomarse las calles de los barrios de El Cementerio, Los Placeres y El Zapote.

Otra parte de la Columna Facundo Picado, en conjunto con la Columna César Augusto Salinas Pinell, de la GPP, cayó sobre Condega, de acuerdo con el plan que le había propuesto a Julio Ramos en mi carta. Se logró ocupar la plaza, en una acción dirigida por Raúl Monzón (*Elías*), estableciéndose sobre la carretera panamericana el punto de contención que queríamos, para dejar aislada a la guardia en Ocotál y Somoto. Una vez asegurada Condega, parte de esas fuerzas fueron desplazadas gradualmente hacia Estelí.

La Columna Filemón Rivera ocupó Santa Cruz, ocupó La Trinidad, y tras limpiar todos los caminos del sector suroeste, avanzó a Estelí, penetrando por los barrios del sur.

Una vez que parte de la Columna Pedro Altamirano enrumbo hacia Matagalpa al mando de Bayardo Arce, la otra, combinada con la Columna Bonifacio Montoya, cayó sobre San Sebastián de Yalí y todos los demás poblados al noreste de Estelí. Luego fueron acercándose a Condega para fortalecer el punto de contención.

La Columna Jorge Sinforoso Bravo avanzó desde Nueva Segovia hasta Condega, bajo la orden de no buscar combate, para fortalecer todo el sector norte y terminar de asegurar el aislamiento de las guarniciones de Ocotál y Somoto.

La línea estratégica de que esos lugares en la retaguardia de las operaciones del Frente Norte debían quedar aislados, para apresurar la toma de Estelí, me había sido transmitida por Humberto Ortega. Tomar Estelí cuanto antes, porque la ofensiva fundamental iba a darse

necesariamente sobre Managua. Todos los frentes de guerra, desde todos los puntos del territorio, debían llevar la mira de la conquista de la capital. Era asunto de apresurarse a caer sobre Managua, frente a las maniobras de los yanquis que todavía trataban de salvar a la guardia, ya cuando era inevitable la caída de Somoza.

Pero antes, era necesario conquistar Estelí, estableciendo primero el dominio de las poblaciones vecinas, carreteras y caminos. Con pequeñas fuerzas logramos ocupar también, en los días posteriores, El Sauce, Achuapa, Pueblo Nuevo, San Juan de Limay, y una vez tomadas las guarniciones, fuimos dejando unidades en control de los poblados, mientras el grueso de las columnas, tanto las nuestras como las de la GPP, se dirigían a Estelí desde todos los rumbos.

El 14 de junio de 1979, entré yo a Estelí, después de haberme mantenido desde el día 9 en el sector de Las Naranjitas y El Coyolito, al noreste de la ciudad, en las cercanías de la Escuela de Agricultura. Allí había trasladado mi puesto de mando al salir de Las Vueltas, auxiliado siempre por los ocho hombres que me servían de correo, y allí terminé de completar todos los planes y la distribución de las fuerzas. Por armamento teníamos unos tres fusiles y pistolas automáticas. Una vez recibido el aviso de que Elías Noguera estaba ya en la ciudad, di la orden de marcha, y haciendo un rodeo, fui a entrar otra vez por el barrio El Zapote, mi barrio.

Me establecí primero en distintos cuartelitos, a partir del dominio que íbamos teniendo de los barrios, y después en el *Cuartel General*, la casa de la familia Benavides en el Barrio El Calvario, un barrio combativo, como ya dije,

La marca del Zorro
con mucha gente de confianza política. También llegó a funcionar un comando por cada sector de lucha.

En estos comandos se reunían los jefes de columna con los jefes de pelotón y los jefes de escuadra para discutir las operaciones del día, puntualizar las órdenes, resolver los asuntos urgentes, asignar posiciones de combate. Se comía rápidamente, lo que hubiera, y de allí se iba cada quien a lo suyo, a la línea de fuego, a las trincheras. En el *Cuartel General*, se reunía el Estado Mayor de todas las fuerzas.

Volvía por tercera vez, en son de insurrección, a la ciudad donde había nacido. Cada una de las veces anteriores, salí con más gente de la que había entrado conmigo.

—Ya es hora —me dije aquel 14 de Junio. —Y con mis pocos hombres atravesé la carretera panamericana, mientras sonaba ya el combate.

Sabía que ahora éramos miles, que los combatientes avanzaban desde todos los rumbos. Y mi palpito era que ahora sí me quedaba para siempre. No habría más retirada.

19

LOS SACAMOS A PIJA LIMPIA

Fueron cinco semanas de encarnizados combates que libramos, desde el 9 de junio hasta el 16 de julio de 1979 cuando al fin pudimos izar la bandera rojinegra del Frente Sandinista sobre las ruinas del Cuartel Departamental de la Guardia Nacional.

Una vez dentro de Estelí, formé el Estado Mayor Insurreccional, nombrando a Elías Noguera como segundo al

mando. En la medida en que las otras columnas entraban a la ciudad, las nuestras y las de la GPP, sus jefes fueron integrándose a ese organismo único, bajo mi jefatura, que pasó a llamarse Estado Mayor Conjunto del Frente Norte Carlos Fonseca y de la Brigada Coronel Santos López: *El Viejo Martín*, *Pedrito el hondureño*, *El Capi* Rosales; *Isauro*, Omar Hallesleven, Julio Ramos y Omar Cabezas, que según me parece llegaron juntos a Estelí después del 20 de junio, más otros cuadros políticos y militares del FSLN.

Ya para la última etapa, al frente de las operaciones tácticas quedaron Elías Noguera, por nosotros, y Omar Hallesleven, por la GPP. No hubo ningún problema en la coordinación, y la autoridad superior se me dio de nuevo por consenso general. En nombre de todos yo firmaba y sellaba las órdenes y los despachos, las requisitorias de entrega de vehículos, armas, municiones, combustible, abastos.

Al irse dilucidando a nuestro favor la situación de los poblados de la periferia, San Sebastián de Yalí, San Rafael del Norte, San Juan de Limay y El Sauce, aparecían otras fuerzas, como la de Víctor Hugo Tinoco, que había asegurado El Sauce; y desde la frontera con Honduras entraban más hombres, más armas, al irse allanando las rutas. Había ya una especie de división del trabajo en las operaciones de toda la región para cada fuerza, las Terceristas y las de la GPP.

La tropa popular, los chavalos osados pero inexpertos del principio, que en cada retirada iban nutriendo las columnas guerrilleras, no eran ya los mismos de antes. Ahora eran gente fogueada, más disciplinada, con mejor disposición combativa, con mayor astucia táctica; sabían

valorar la munición, caminaban vestidos con la uniformidad que se podía: cada escuadra la misma camisa, el mismo pantalón, una escuadra de sombrero, otra escuadra de gorra, otros con un pañuelo rojinegro en el cuello, otros, sin nada; cada unidad procuraba tener el mismo tipo de armas, unos con Fal, otros con Garand. Todo ya más militar, más organizado. Como que de esa semilla que al principio aventaban los vientos y ahora entraba en el surco, nacería el nuevo ejército que soñaba *El Danto*.

Empezamos por quitarle al enemigo sus posiciones en la parte oeste y en la parte norte, donde se dieron los primeros combates decisivos; los guardias se aventuraban a salir de sus guarniciones para tratar de desalojarnos de las calles en las rondas del pueblo, teniendo que enfrentarse allí con las fuerzas guerrilleras y con la población armada de los barrios, mientras otros contingentes atacaban las guarniciones. Y a medida que penetraban nuestras columnas a la ciudad, podíamos reforzar los frentes de ataque sobre las guarniciones de la parte sur, mejor defendidas porque los edificios de los colegios eran de concreto.

Logramos sacarlos del Colegio de El Rosario, y nos lo volvieron a quitar, para recuperarlo de nuevo; y así, otras guarniciones del centro, TELCOR, el Banco Nacional, el Palacio Municipal, se las quitábamos nosotros y volvían ellos a recuperarlas, muchas veces por descuido nuestro, o por debilidad en el poder de fuego.

Fueron combates duros, encarnizados, las explosiones y los disparos resonando día y noche, sin tregua alguna, el terreno disputado palmo a palmo, casa por casa, calle por calle. Peleaba todo el que dispusiera de algún tipo de

arma, y aquellos que no alcanzaban fusil, actuaban como exploradores para informarnos las posiciones del enemigo, confundidos con los refugiados y con los que huían en medio del fuego cruzado. Esas misiones las cumplían primero “por la libre”, después ya de manera organizada. Y mientras los combatientes dormían en las trincheras, cansados de la batalla, o bebían café, esos mismos civiles desarmados montaban guardia al lado u ocupaban provisionalmente su puesto en la trinchera. Y cuando alguno caía, de inmediato tomaban su fusil.

Muchos guardias acababan rindiéndose en esos combates. A los que se entregaban con todo su equipo, por su voluntad, o porque estaban heridos, se les respetaba su condición de prisioneros de guerra. Pero otros se rendían solamente porque se quedaban sin parque, y al requisarles el arma, la encontrábamos inutilizada, sin la pieza principal. Entonces, a esos guardias se les fusilaba.

Se respetaba a los otros que, ya dije, y se fusilaba a los tramposos, pues se trataba de hacer valer la justicia revolucionaria, evitando, además, que cada cual la ejerciera por su propia mano. Aunque debo decir que no resultaba así en todos los casos, pese a que el mando era estricto en sus órdenes. Muchas veces, llegábamos tarde.

El enemigo ya no tenía posibilidades de recibir refuerzos ni pertrechos. No podía esperar nada de Matagalpa, Managua y León, porque controlábamos por el sur la carretera panamericana con emboscadas de contención, a partir de La Trinidad, y habíamos excavado, además, profundas zanjas en el pavimento. Tampoco podían esperar nada de Ocotol y Somoto, por el norte, porque controlába-

mos de la misma manera la carretera, a partir de Condega. Nada de Jinotega, nada de El Sauce. Rutas, poblaciones y caseríos, igualmente dominados.

Por otro lado, no disponían de fuerzas importantes que desplazar hacia Estelí, obligados como estaban a defenderse en los barrios orientales de Managua, en León, en Chinandega, en Masaya, en Diriamba, en Jinotepe, en Rivas y en Matagalpa. Buena parte de sus tropas de élite, la EEBI, el Batallón Blindado, se empeñaban en sostener las colinas al sur de Rivas para evitar el avance de las columnas del Frente Sur Benjamín Zeledón, escenario donde se peleaba una verdadera guerra de posiciones. Ahora debían hacernos frente, al mismo tiempo, en todo el país.

El 12 de julio de 1979, en medio de los bombardeos aéreos, logramos sacarlos a pija limpia de sus últimos reductos en el radio central de la ciudad, la Catedral, el Banco Nacional, el Palacio Municipal y TELCOR, mientras los incendios ardían por todos lados. Desalojados de todas sus guarniciones, se vieron obligados a concentrarse en el Cuartel Departamental de la 15 Compañía GN, su refugio final, llevándose los blindados que no les habíamos inutilizado en las calles. Ese mismo día caía en poder de las fuerzas sandinistas el Cuartel Departamental de la ciudad de Matagalpa.

A partir de ese momento, la ciudad quedaba por completo en nuestras manos, aunque el daño mayor nos lo seguían haciendo los morteros emplazados dentro del perímetro del cuartel; esos morteros, que nos llegaron a causar verdaderos estragos, los habían usado antes desde las guarniciones con igual efectividad destructiva, graneando el fuego sobre las trincheras y las casas.

Aislado ya el enemigo en el cuartel, procedimos a consolidar nuestras posiciones hacia el sur, a partir de La Trinidad, con la mira de ir allanando el camino a Managua. No hubo combates en San Isidro y preparamos el ataque sobre Sébaco.

Fueron pendejos los guardias, no tenían ningún dispositivo de importancia allí, a pesar de ser un nudo clave de vías de comunicación, la llave de Estelí y Matagalpa, desde Managua y León. Escogimos una gente de San Isidro, gente de Estelí, *El Viejo Chicho*, Tito González, los reforzamos con combatientes guerrilleros experimentados, y nos lanzamos a la toma del poblado. En dos días de combates se le causó numerosas bajas a la guardia, se recuperó una gran cantidad de fusiles, y Sébaco quedó liberado. Ya teníamos el paso franco.

Antes, con base en la audacia, aún con la guardia en Sébaco, habíamos logrado pasar vehículos hasta León para sacar heridos graves, traer dinamita, algunas armas y comida. Pero una vez dominado el punto, el abastecimiento se hizo fluido. Fue cuando logramos meter municiones, de las que desembarcaban los aviones en la carretera, entre Telica y Malpaisillo. A los compañeros de León pudimos llevarles maíz, algo de frijoles, y allí nos dieron aceite, harina y otros comestibles para alimentar a la tropa y a la población.

Con la finalidad de resolver esas necesidades de abastecimiento, tanto de víveres como de municiones, y para discutir asuntos de coordinación militar, hice un viaje por carretera, a León, el 12 de julio de 1979, en compañía de *El Capi Rosales*, Julio Ramos y Omar Cabezas. Allí celebramos una reunión en la que estuvieron presentes Jai-

me Wheelock, la Dora María Téllez, Mauricio Valenzuela y Guadalupe Moreno, quien habría de caer poco después en combate.

A partir de la insurrección de septiembre de 1978, habíamos organizado en cada barrio los Comités de Defensa Civil, que se ocupaban de diferentes tareas: proveer el agua, pues al quedar cortada la energía eléctrica era necesario traerla del río, y hervirla; suministrar comida y café a los combatientes; retirar a los heridos de las trincheras, procurarles primeros auxilios, enterrar a los muertos, limpiar los escombros, ayudar a apagar los incendios.

Los niños recibían la leche y lo poco que hubiera de alimentos, antes que nadie; les seguían los combatientes, y luego la población en general, todo de manera racionada. La distribución, estaba a cargo de compañeros de confianza, honestos, nombrados por los comités, que ejercían un control estricto sobre las provisiones básicas, la leche, el azúcar, el aceite, las medicinas.

Los puestos de socorro sanitario funcionaban en distintas casas, con personal paramédico, enfermeras y algunos médicos. Los heridos graves eran llevados a los hospitales de campaña, improvisados en otros sitios. Los jefes de columnas, pelotones y escuadras, además, del paquete de primeros auxilios, recibían pastillas de cloro para el agua.

Ahora, liberada ya toda la ciudad, la responsabilidad era más grande, y la tarea más compleja. Funcionaban siempre los Comités de Defensa Civil, y de entre sus mejores miembros escogimos a las autoridades: alcalde, junta municipal, delegados de salud y jueces. Era necesario vigilar el orden público, evitar los saqueos, controlar las

bebidas alcohólicas, impedir los pleitos, mantener a raya a los delincuentes comunes. Ya éramos gobierno.

Intervenimos las clínicas privadas que existían en Estelí, y además improvisamos pequeños hospitales de campaña, lejos del alcance de los morteros, donde se trataba a los heridos de mayor cuidado. Se les acomodaba en el suelo y se protegían las paredes con colchones que sacábamos de las casas del radio central, para evitar el Impacto de los charneles. Uno de esos hospitales de campaña funcionaba en el barrio El Zapote, a cargo de médicos y sanitarios llegados de Honduras: otro, entre Estelí y El Sauce. Por lo general, los cadáveres de las víctimas de los bombardeos, eran quemados, para evitar las epidemias.

Fuimos desarrollando también equipos rudimentarios de inteligencia para impedir la infiltración enemiga en nuestras filas y prevenir los saqueos. Dimos órdenes terminantes de reportar al mando los objetos de valor requisados en las casas de los somocistas conforme inventario. Se hacía inspección rigurosa de los almacenes, las pulperías, los lugares donde hubiera material inflamable. Capturábamos a los elementos antisociales, en previsión de robos y asaltos, poniéndolos bajo resguardo en cárceles distintas, de las que habíamos habilitado para los prisioneros políticos.

Para que los combatientes respetaran las ordenanzas que prohibían los saqueos, procurábamos usar primero la persuasión y, en muchos casos, al fracasar los buenos modos, no quedaba otro remedio que la coerción. Aunque era difícil evitar que los muchachos no se quedaran con alguna cosita que les gustara.

Otro asunto espinoso era el guaro, impedir que la gente se nos emborrachara. Tratábamos de hacer relevos

de la tropa cada cinco días sacando a los combatientes de las trincheras para darles un periodo corto de descanso y expansión, que comieran lo mejor que pudieran, que se distrajeran y se olvidaran de la bebida. En la retaguardia y en los refugios organizábamos fiestecitas, actos musicales, representaciones cómicas, piñatas para los niños. No faltaban las guitarras, los *chiles*, la jodedera, en esos momentos de alegría; y si por allí circulaba alguna botella, era de manera clandestina.

Recuerdo que una noche, unos *compas* aparecieron en la casa donde yo estaba con una caja de champán francés, recuperada en las alacenas de algún ricachón somocista. Por averiguar el sabor que tenía, abrimos las botellas y empezamos a probar el champán; y uno de los *compas*, de tanto que lo probó, se quedó con el apodo de *Champú*, porque ya bastante bebido, no paraba de repetir:

—Qué rico el *champú*, quiero más *champú*...

Bebiendo y bebiendo, caímos dormidos. La aviación somocista bombardeó el sector, varios *rockets* explotaron cerca de la casa, y cuando se levantaron las llamas del incendio, ni cuenta nos dimos. La población apagaba el fuego con baldes de agua, y nosotros todavía perdidos en el sueño.

En casas abandonadas instalamos las cárceles populares donde encerrábamos a los prisioneros somocistas. Allí llevábamos a todos los señalados como eternos corruptos, desfalcadores, socios de los guardias en negocios turbios, a los responsables de abusos, a los sicarios reconocidos, alimañas propensas a la delación, para ser juzgados posteriormente, cuando se consolidara el triunfo revolucionario. Se advertía a los combatientes y al pueblo no tocarlos, pero

esas órdenes a veces no eran obedecidas, y al mínimo descuido, varios fueron fusilados ante la presión de las mismas víctimas. En aquellas circunstancias resultaba difícil controlar a la gente que había padecido los desmanes de esos esbirros y ahora los tenía en sus manos. Hubo aún algunos que lejos de todo control, se aprovecharon para saldar cuentas personales.

Cuando era posible, trasladábamos los cuerpos de nuestros caídos a la retaguardia, se les hacía guardia de honor y después se les enterraba en ataúdes, o envueltos en sábanas a falta de ataúdes. Pero cuando la ofensiva arreciaba, teníamos que avanzar sobre los cadáveres de nuestros propios hermanos, no había tiempo para honores, y quedaban insepultos. Muchas bajas fatales sufrimos tratando de recuperar a los heridos, porque nunca abandonamos a un compañero herido que quedara al otro lado de las líneas.

Ya que ahora entrábamos para siempre, podíamos pensar en procesos judiciales, de cara al futuro. En la primera insurrección de septiembre, y en la segunda de abril, había sido distinto. Llegado el momento de retirarnos, no teníamos opciones para los *orejás*, asesinos, esbirros, guardias que se habían entregado al verse sin municiones y dañaban las armas a propósito. No era posible llevarlos con nosotros, y soltarlos no dejaba de ser una injusticia. Así que en esas dos ocasiones, se ordenó fusilarlos.

En abril, cuando nos mataron a *Froylán*, nos vimos precisados a fusilar a un grupo de treinta de esos prisioneros que habíamos encerrado en el cuarto de una casa. Fueron ejecutados de dos en dos, en las trincheras que abandonábamos, y le pusimos un sombrero a cada uno, con un

palo a manera de fusil, para hacerlos aparecer como combatientes caídos. Allí los encontraba la guardia, ya nosotros lejos, y fue por eso que proclamaban a esos muertos como bajas de la guerrilla, dando la lista detallada en sus *partes*: tantos en tal sector de barricadas, tantos en otro. Inventos, eran sus propios secuaces.

Sólo nos quedaba pendiente, como ya dije antes, la toma del Cuartel Departamental, ubicado en la parte noreste de la ciudad, junto a la carretera panamericana. En ese cuartel, construido después del año 1971, la guardia tenía su mando superior, su centro de comunicaciones, arsenales y cárceles. El comandante de Estelí, refugiado dentro del perímetro con todas sus tropas, era el coronel Vicente Zúñiga, a quien llamaban *La Sombra*; al verse perdido, pidió por radio que lo evacuaran por aire, pero Somoza le había ordenado resistir, prometiéndole de manera mentirosa el envío de refuerzos.

Tal como lo habíamos comprobado en la primera insurrección de septiembre, era un lugar difícil de asaltar; y aunque ahora disponíamos de muchísimos más hombres y de mayor poder de fuego, esto no bastaba para una operación eficaz de infantería. Tomarlo representaba un inmenso costo, lanzar oleada tras oleada de combatientes bajo las balas, y yo no estaba dispuesto a pagar ese costo. En términos militares su importancia era poca: teníamos el control de la ciudad, el control de todas las poblaciones circunvecinas, el control de las carreteras, ellos no podían recibir refuerzos ni abastecimiento por tierra.

Pero sin adueñarnos del cuartel, no era posible avanzar hacia Managua con el grueso de las columnas. La libera-

ción de Estelí no se completaba si la guardia seguía allí, y por muy hechos mierda que estuvieran adentro, con la comida racionada y hacinados, armas y municiones suficientes sí tenían. Además, para nosotros era un asunto de orgullo.

La situación defensiva se le presentaba ventajosa al enemigo desde todo punto de vista. El cuartel estaba rodeado en todo el perímetro por un muro de concreto, un torreón en cada uno de los cuatro ángulos del muro, con ametralladoras de grueso calibre emplazadas en los torreones, las ametralladoras servidas por una dotación de tres o cuatro guardias, más otros nidos de ametralladoras por el costado sur, instalados en el segundo piso de las casas vecinas que aún no les habíamos quitado.

Por el costado este, un campo llano, donde ahora está el estadio de béisbol, que habían mandado a aplanar años antes, previendo seguramente la posibilidad de un asalto. La aproximación a descubierto por ese lado se volvía suicida, porque las ametralladoras, contando con un amplio ángulo de tiro, podían barrer fácilmente el descampado.

Por el, costado norte, otro espacio descubierto, que daba a un barrio de viejos colaboradores y protegidos de la guardia. Y por el costado oeste, cruzando la carretera panamericana, la pista de aterrizaje, por donde tampoco era posible aproximarse; mientras, ellos conservaron abierto un corredor de acceso a la pista, en espera del abastecimiento prometido por Somoza, y que nunca les llegó.

Como se ve, se necesitaban piezas de artillería serias y respetables, capaces de derribar los muros para hacer penetrar a la tropa y tomar por asalto el reducto. Y nosotros sin un solo mortero sin un solo cañón, lo más que teníamos eran

dos ametralladoras antiaéreas; a una la habíamos bautizado *La Niña*, y a la otra, *La Llorona*; una ametralladora 30, a la que llamábamos *La Chiguina*, y lanzacohetes RPG-2, con una dotación máxima de diez granadas por pieza, todo insuficiente para librar de manera definitiva esa última batalla.

A partir del 3 de julio establecimos el sitio, tendiendo una media luna con fuerzas nutridas, del oeste al sur, la primera línea de nuestras posiciones protegida con sacos de arena y tierra. Al principio no fue posible cerrar el círculo por el este, el lado de la pista. Pero muy pronto logramos dominarla y les quitamos el corredor.

Les montamos emboscadas en la cabecera este, incidiendo desde el norte con unidades de desplazamiento rápido, fuertemente armadas, y ya ahuyentados de allí los guardias, nunca volvieron a aparecer los aviones y los helicópteros. Todavía pudieron usar el corredor por algunos días, pues aún se aventuraban a salir del cuartel en procura de ganado y otros bastimentos; pero el miedo a las emboscadas fue reduciendo su área de movimientos.

Todo el que se atrevía a alejarse del reducto en busca de comida, o el que quería huir, caía en las emboscadas. A muchos los hicimos prisioneros, otros murieron en combate, otros fueron ajusticiados. De esta manera los obligamos a no moverse más de su refugio, y se quedaron encerrados dentro de los muros, ya sin posibilidad de obtener comida.

Dominado el sector de la pista de aterrizaje, el cerco fue estrechándose por el sur. Avanzamos por los patios, dentro de las casas, abriendo boquetes en las paredes medianeras, combatiendo desde los techos, puertas y ventanas; pero llegó un momento en que la fusilería ya no nos

posibilitaba acercarnos más y por la parte este, nos quedaba de por medio ese gran predio vacío al que ya me referí. Intentamos desplazar en la oscuridad de la noche una que otra escuadra de compañeros por el predio baldío, pero nos hicieron muchas bajas, entre muertos y heridos, y tuvimos que desistir.

La situación se nos estancó. Ya llevábamos doce días discutiendo, buscando qué hacer, porque un peligro grave veíamos venir: si no tomábamos el cuartel, corríamos el riesgo de quedarnos nosotros con las posiciones que ya teníamos, y la guardia con la suya. Una vez ido Somoza, los gringos iban a tratar de darle fuerza a la guardia para que no se derrumbara completamente. Y la única forma de sacarla del juego era la derrota total, nadie negocia cuotas de poder con prisioneros. De modo que era urgente, más que nunca, liquidar de una vez por todas, ese asunto.

En el Cuartel General del Estado Mayor Conjunto, reunión tras reunión, examinábamos variedad de ideas e iniciativas, muchas de ellas descabelladas y locas, y otras que aunque sonaban aceptables, para decir verdad, también eran muy temerarias y aventadas; pero no todo es cordura en la guerra, y entre el humo de la pólvora, la imaginación sale a volar. Fue así que en una de esas reuniones habló Germán Gutiérrez, el muchacho aquél, responsable de las rutas de abastecimiento de la GPP, ahora jefe de escolta de Daniel, quien había entrado a Estelí con la columna de *Isauro*.

Nos dijo que antes de ser guerrillero, trabajaba en las plantaciones de tabaco como tractorista, y conocía bien la fuerza y poder de esos animales. Que consiguiéramos un

tractor, o mejor una pala mecánica. El chunche podía avanzar cierto trecho, el operador protegido desde atrás por el fuego de la fusilería; después de ese cierto trecho el operador se lanzaba fuera del chunche, dejándolo puesto para que siguiera solo, y así el trasto iría a dar contra el muro de concreto por su propia cuenta, para derribarlo.

Acogimos con entusiasmo esa idea; y sin parecer-nos suficiente, aceptamos otra: unos colaboradores de Julio Ramos, en Sébaco, le habían propuesto requisar una de las avionetas que regaban insecticida sobre los plantíos de arroz y las hortalizas. Allí estaban los aviones en la pista de Sébaco, nadie los había tocado. Era sólo cosa de buscarse un piloto valiente, instalarle al avión unas bombas debajo de las alas, y bombardear el cuartel.

Finalmente, resolvimos la necesidad del cañón. Hicimos contacto con una gente de Jaime Wheelock que estaba por el lado de la mina El Limón, y logramos que nos prestaran un cañón de 75 milímetros, de fabricación china; junto con la pieza nos proporcionaron al artillero, un muchacho hondureño, de ascendientes alemanes, que me parece era de profesión ingeniero, Róger Reichann se llamaba. Mandamos a traer de inmediato al compañero con su cañón, dotado de nueve proyectiles, advirtiéndonos los compas *proles* al momento de la entrega, el carácter devolutivo del préstamo. Al cañón le pusimos el seudónimo *Domingo Gómez Gadea*, en honor a un compañero caído en Estelí en esa ofensiva final. Devolutivo, todavía me da risa.

Planeamos la toma definitiva del cuartel para el día 15 de julio, de manera que el asalto se diera en conmemoración de la fecha en que había caído José Benito Escobar,

en Estelí, dos años antes, y en conmemoración de la fecha en que había caído Julio Buitrago, en Managua, diez años atrás, peleando solo, contra centenares de guardias, tanquetas y aviones en una casa del barrio Monseñor Lezcano, un combate contra un hombre solitario, como si se hubiera tratado de todo un ejército. Tiempos lejanos aquellos del Frente Sandinista.

Íbamos a recordarle a la guardia esas fechas, para eterna memoria.

20

EL FIN DE UN LARGO VIAJE

Nos dedicamos a trabajar febrilmente en los preparativos de la toma de cuartel. No iba a ser una sola pala mecánica, conseguimos varias en el plantel de construcción de Obras Públicas, y suficientes operadores decididos a manejarlas hasta el trecho contemplado en la propuesta de Germán Gutiérrez.

Requisamos una de las avionetas en la pista de Sébaco, de esas de un solo motor, sin instrumentos de navegación ni nada, la pintamos con los colores rojo y negro y la bautizamos en clave con el nombre de *El Fito*. Un compañero de seudónimo *Dionisio*, entrenado en Honduras en el manejo de explosivos después de la primera insurrección, le instaló un mecanismo debajo de las alas, para que cargara dos bombas a cada lado, cuatro en total. Bombas caseras, rellenas de pura dinamita, un trabajo fino en todo sentido, con espoletas de contacto y todo lo necesario para que estallaran al contacto con el suelo.

Conseguimos al piloto, un compañero de apellido Larios que estuvo un tiempo en la FAS después del triunfo. No era cualquier piloto el que iba a atreverse a bombardear el cuartel con una avioneta de fumigación convertida en bomba volante, pues a cualquier descuido, ante cualquier mala maniobra, estallaba en el aire. Se le indicaron dos lugares para el aterrizaje en caso de emergencia: un descampado al lado de los silos, en la salida sur de Estelí, y otro frente a unos garajes, entre Sébaco y San Isidro. Le advertimos que si el plan fallaba, debía soltar las bombas sobre un lugar desolado, a medio camino. De lograrse el éxito, volveríamos a cargar el avión para bombardear el cerro La Virgen, en los alrededores de Matagalpa, donde todavía había contingentes de guardias que no querían rendirse.

Tenía que aproximarse desde Sébaco en la madrugada del 15 de julio, como a las cinco y media de la mañana, para tomar provecho de la media oscuridad, no fuera a ser detectado desde los torreones del cuartel. Debía cuidarse de no despegar demasiado temprano, pues al faltarle instrumentos, la avioneta no podría orientarse. Toda clase de precauciones, porque tampoco Larios era piloto militar ni nada parecido, lo que sabía era fumigar.

Cuando nosotros oyéramos aproximarse el avión, empezaría a desarrollarse todo el plan: para evitar que el ruido del motor fuera escuchado en el cuartel, todas las tropas situadas en la retaguardia, hacia el sur, la gente en las calles, en las puertas de sus casas, iban a sonar latas, porras, toda babosada que hiciera ruido, algo que no podía extrañarles a los guardias, porque eso de las alharacas era tren de todos los días; iban a sonar también los pitos de

los camiones, los pitos de los *trailers*, la cosa era armar una gran bullaranga para ubicarle el perímetro del cuartel al piloto, dispusimos cuatro grandes fogatas, de manera que dejara caer las bombas al centro de las mismas.

Al estallar las bombas, las palas mecánicas ya debían tener encendidos los motores para ponerse en marcha al mismo tiempo y avanzar en fila frontal, protegidas por los fusileros. Detrás de los chunches, iría la infantería, lista a entrar por los boquetes que abrieran los armatostes en los muros. Mientras tanto, el cañón de 75 milímetros dispararía contra los torreones.

Nos adelantamos a prever una dificultad que podría presentarnos el cañón: al emplazarlo en un punto fijo, al primer o segundo vergazo los guardias tratarían de neutralizarlo, concentrando el fuego allí donde percibieran el deslumbre del disparo. Por lo tanto, escogimos a un grupo de compañeros que debían estar alertas junto a la pieza para cargarla después de cada disparo y llevarla en carrera a una nueva posición, dos o tres posiciones distintas.

Ése era el plan, tal como quedó listo la noche del 14 de julio. ¿Pero qué pasó? Los compañeros encargados de encender las cuatro, fogatas para fijar el blanco no entendieron las instrucciones y más bien se dedicaron a atizar un rosario de hogueras desde la entrada sur de la ciudad hasta las vecindades del cuartel, como si se tratara de dirigir el rumbo del avión. La gente siguió el ejemplo en los demás barrios, y al acercarse el piloto, se encontró con centenares de fuegos prendidos por todos lados.

Tampoco el piloto había acatado las instrucciones respecto a la hora, y apareció cuando aún no había empezado

a amanecer, lo cual contribuyó a que no pudiera orientarse. Sobrevoló varias veces la ciudad, no logró ubicar el cuartel, y temeroso de provocar una matanza entre la población civil y entre los mismos combatientes, no tuvo más remedio que alejarse de nuevo con su carga de bombas.

Y para colmo, por amor a las bombas regresó a Sébaco sin soltarlas a medio camino, como se le había dicho, reacio a perderlas, ya que tanto había costado fabricarlas e instalarlas en las alas de la avioneta. Aterrizó con ellas, y de puro milagro no explotaron.

Ese día venía yo muy temprano de Matagalpa, después de asistir a una reunión que se había realizado el día anterior con Bayardo Arce y *Modesto* para coordinar los planes militares, en la que estuvieron también *El Capi* Rosales y Julio Ramos. Desde la carretera, en la neblina del amanecer vi regresar la avioneta, y la vi aterrizar. Me devolví en busca del piloto, deseoso de conocer el resultado de la operación, y lo encontré en la pista de aterrizaje, llorando.

—Ideay, ¿qué pasó? —le pregunté.

—Es que fallé —me dijo. —No pude bombardear el cuartel. Y me explicó todo el percance de las fogatas.

—¿Y las bombas? —le pregunté. —¿Dónde las dejaste caer?

—No, si aquí están. Mañana se puede repetir el plan —me contestó, señalándome la avioneta, con sus cuatro bombas debajo de las alas.

Me fui de inmediato a Estelí, a informarme de lo que había ocurrido. En efecto, por todos lados se veían las fogatas, humeando todavía.

Preparamos todo de nuevo para el amanecer del día siguiente, 16 de julio de 1979. Controlamos bien el

asunto de las fogatas, se encendieron solamente las cuatro que eran necesarias, y se cumplió con toda la bullaranga de cazuelas, trastos y pitos. El piloto apareció en punto, a la hora apropiada, bajó en vuelo rasante y dejó caer las bombas. Dos explotaron en las cercanías, y las otras dos hicieron blanco en las instalaciones: una en el dormitorio de los guardias, y la otra en la cárcel. El piloto todavía tuvo la audacia de pasar de nuevo encima del cuartel, rigioso de comprobar los estragos que había causado, por lo cual lo agarraron a balazos, sin que por dicha logran tocarlo. Meses después le pedí a *Isauro* que se conservaran los boquetes abiertos por las bombas, como un recuerdo histórico, pero ni modo, los cerraron.

Ubicamos el cañón de 75 milímetros a cien metros del cuartel, por el lado sur, en una casa esquinera de dos pisos al otro extremo de la manzana, montado sobre un parapeto de muebles para que alcanzara la ventana. Al primer cañonazo el parapeto se derrumbó y el fogonazo del disparo causó tremendos estragos en la vivienda. El artillero falló ese primer tiro, pero se rehizo el parapeto, se calculó bien el ángulo, y el segundo sí fue efectivo, porque impactó en el torreón sureste: Inmediatamente, los compañeros designados alzaron en peso la pieza y la llevaron a la carretera a otra posición, al lado suroeste, desde donde se volvió a disparar contra otro torreón, sin errar tampoco el tiro, y así, desde una tercera posición aliado noroeste, se hicieron siete disparos en total, uno de ellos para inutilizar el poder de fuego de una tanqueta averiada que habían estacionado en la esquina suroeste del comando. Aún nos sobraron dos proyectiles.

Arrancaron mientras tanto los tractores y las palas mecánicas desde una pequeña plazoleta al lado suroeste, protegidos por la fusilería. Tal como estaba previsto, los maquinistas se lanzaron de los chunches en marcha que fueron a dar con todo su peso contra el muro sur, derribándolo. Y por los boquetes, entre gritos de victoria, penetró la infantería.

Quedaban dentro del cuartel unos ciento cincuenta guardias nada más, desvelados, desmoralizados, sin contar a los *orejas* y esbirros refugiados detrás de los muros, y a una fuerza ínfima frente a la numerosa concentración de tropas que nosotros comprometimos en el asalto. Encontramos alguna resistencia y se combatió por cerca de tres horas dentro del perímetro de las instalaciones, ellos ya sin mucho orden, defendiéndose como mejor podían, retrocediendo a sus últimos reductos porque no tenían escapatoria. Y al fin fueron rindiéndose, lanzaban al suelo sus armas, y los sacábamos manos arriba.

Entonces, mientras se libraban los últimos combates dentro y fuera de los muros, se nos quiso escapar *La Sombra*. Tratando de tomar ventaja de la confusión salió como a las nueve y media de la mañana a bordo de un *jeep* por el portón de la parte noreste del cuartel, donde no teníamos una aproximación inmediata del cerco, su pechera rellena con ocho magazines, un fusil Galil en la mano. Delante del *jeep* puso a un grupo de sus más íntimos allegados, guardias, *orejas*, jueces de mesta de las zonas campesinas aledañas, sicarios de toda laya, somocistas incondicionales, unos sesenta en total, todos reciamente armados con fusiles FAL, Galil, Garand.

Su intención era llegar hasta la aldea S.O.S., un centro de atención de niños huérfanos y desamparados, me-

terse en la aldea, tomársela y agarrar a los niños como rehenes, seguramente para ponernos condiciones y negociar su salida del país. Algo por el estilo llevaba en mente ese cabrón en su intento desesperado de fuga. Quería usar de escudo a los niños, sabiendo que nosotros nunca íbamos a sacrificar a esas criaturas por agarrarlo a él y a sus secuaces.

Pudieron alejarse un buen trecho del cuartel, porque nosotros no teníamos tropas en esa dirección, el mismo rumbo de la pista de aterrizaje, precisamente para no exponer a los niños al fuego del combate. Pero ya habíamos previsto una maniobra de ese tipo, calculando que si intentaban huir, buscarían meterse en la aldea de los niños. Y al momento de los cañonazos, de la embestida de las máquinas, una parte de la fuerza que cerraba el cerco por el sureste maniobró hacia el noreste y los esperó para cortarles el paso.

La Sombra y su cortejo de sicarios se encontraron de pronto con la tropa guerrillera a medio camino entre el cuartel y la aldea. Los combatientes desafiaban bala en boca y a pecho descubierto a aquella partida de asesinos, ladrones y bandidos, unos tendidos en el suelo, otros detrás, de rodillas, los últimos de pie, una ametralladora calibre 30 emplazada de cara a los facinerosos. Los fusiles FAL, los lanzacohetes RPG-2 temblaban en sus manos de pura impaciencia por acabarlos de una vez por todas.

Jaime Aburcia (*El Ronco*), quien iba al mando de la tropa, les gritó que se rindieran allí mismo o les llovía plomo. No acataron la orden. Abrieron fuego, se les respondió con fuego, y no quedó vivo uno solo de ellos. Pagó *La Sombra* sus crímenes, y todos los demás que lo acompañaban en esa última correría pagaron la inmensa cuenta de sus

desmanes, denuncias, abusos, torturas, persecuciones, asesinatos. Era el punto final, el momento en que aquel régimen genocida desaparecía para siempre de Estelí.

Yo me encontraba en el Cuartel General, pues los compañeros no me dejaban acercarme a las trincheras, con la jodedera de que yo era el jefe y no debía exponerme, cuando cerca de las once de la mañana apareció *El Capi* Rosales manejando una camioneta llena de armas, de las primeras que se habían sacado de los arsenales. Daba gritos de alegría, como un loco:

— ¡*Chelito*, nos tomamos el cuartel! ¡Cayó el cuartel!

Al poco rato llegó Jaime Aburcia (*El Ronco*), a entregarme el fusil de *La Sombra* y los documentos que se le habían hallado encima. Me fui con ellos a inspeccionar el cuartel, donde ya los compañeros habían izado la bandera rojinegra que el viento empezaba a amotinar en la altura. Luego reconocimos el lugar del último combate: entre el reguero de cadáveres estaba el de *La Sombra*, las insignias de coronel de la Guardia Nacional prendidas en el uniforme pinto. Estelí era nuestro.

En lo único que nos equivocamos fue en el tiempo que tardaríamos en apoderarnos del cuartel. Empezando la ofensiva a las cinco y media de la mañana, con la entrada en acción de la avioneta habíamos calculado tomarlo cerca de las dos de la tarde. Pero mucho antes que eso, a las once y media de la mañana yo estaba ya dentro del cuartel con el Estado Mayor Conjunto, haciendo el reconocimiento.

En distintos recovecos encontramos una gran cantidad de cadáveres insepultos, guardias que quisieron desertarse y fueron fusilados, guardias heridos que fueron rema-

tados, porque *La Sombra* tenía una escuadra de ejecución compuesta por incondicionales suyos.

Liberamos a los prisioneros políticos, a quienes ya no alcanzaron a asesinar, gente nuestra, colaboradores denunciados por el famoso *Cherry*, combatientes jóvenes, militantes del FSLN, y algunos señores miembros de los partidos tradicionales de oposición. Ya no alcanzaron a asesinarlos, porque el plan de *La Sombra* era incendiar el cuartel al momento de la retirada, con todos los prisioneros adentro. Iniciaron el fuego, pero la rápida entrada de la infantería permitió apagarlo en sus comienzos.

Liberamos a los reos comunes, marihuanos, ladroncitos, que también habrían muerto calcinados. A muchos de ellos les dimos la oportunidad de cambiar de vida, y cambiaron; se incorporaron y allí están todavía con nosotros, algunos pasaron al MINT, otros al EPS, a las cooperativas, al trabajo político. Dejaron sus vicios y hoy son útiles a la revolución.

Hallamos los arsenales repletos de fusiles nuevecitos, morteros, ametralladoras y docenas de cajas de municiones, granadas de mortero, granadas de fragmentación suficientes para hacer volar no sólo las instalaciones del cuartel sino también las trincheras y las casas vecinas al prosperar el incendio que planeaban, con lo cual habrían perecido centenares de combatientes y civiles junto a los prisioneros.

Ordené organizar de inmediato la evacuación de los prisioneros, y el traslado del armamento, explosivos y municiones hacia nuestro Cuartel General en el barrio El Calvario, operación confiada a los combatientes y a la población, un hormiguero de gente que pasó todo el día transportando

las cajas a puro lomo. Pero luego vimos que era una temeridad almacenar todo junto, por el peligro de una explosión, y esa misma noche dislocamos el arsenal en distintos sitios. Ahora sí, con esas armas, la tropa podía marchar hacia Managua, bien pertrechada. Ya nada nos detenía.

Nos dolió no encontrar dentro del cuartel a *Cherry* y a Migdonio, pero no tardaron en caer en nuestras manos. A *Cherry* lo capturamos pocos días después, cuando intentaba huir a Honduras entre un grupo de guardias. Se nos escapó en el mes de octubre, lo agarramos de nuevo cerca de la frontera y lo fusilamos en un sitio al noroeste de Estelí, hasta donde llegó el pueblo en romería para comprobar la verdad de su muerte, tantas habían sido las denuncias y traiciones de aquel individuo. A Migdonio también lo capturamos mientras trataba de huir, fue juzgado por los Tribunales Populares Antisomocistas, y todavía sigue preso.

El mismo 16 de julio comenzamos a organizar la salida de las fuerzas principales hacia Managua. Esa medianoche Somoza se preparaba a abandonar para siempre el país con destino a Estados Unidos, su verdadera patria, dejando en su sillón a aquel tal Urcuyo, el pobre diablo que quiso hacerse el gato bravo con la banda presidencial. Pero antes de que se le cumplieran cuarentiocho horas, tuvo también que salir huyendo de Nicaragua. De manera que ahora, con más razón que nunca, urgía llegar cuanto antes a la capital para acabar de descalabrarle todos sus planes a los yankis. Avanzar, avanzar sobre Managua, era lo que Humberto repetía desde *Palo Alto*. Ya Daniel estaba en León, la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional iba para León. Allí se instalaría el gobierno revolucionario, para mientras se trasladaba a Managua.

Muy temprano del 17 de julio, las columnas partieron hacia Matagalpa al mando de Elías Noguera, debidamente pertrechadas con los nuevos elementos de guerra conquistados en el cuartel. Se juntaron allí con las fuerzas de Bayardo Arce, *Modesto* y Javier Carrión, y siguieron hacia Boaco, por Matiguás y Muy Muy, una ruta que seguramente se escogió para evitar el riesgo de un ataque aéreo, pues hubiera sido más expedito el avance por la carretera panamericana.

Un contingente se quedó en Boaco, fortaleciendo la contención sobre la carretera a Juigalpa, y el grueso de las fuerzas continuó hasta el empalme de San Benito, en las puertas de la capital, nutridas ya con la columna de Luis Carrión que bajaba de Chontales. La mañana del 18 de julio, después de controlar Tipitapa, tomaron sin resistencia el aeropuerto internacional Las Mercedes y allí acamparon.

Conmigo permaneció una parte de las fuerzas. Manteniendo un contingente en Estelí, me empecé de inmediato en la toma de la ciudad de Jinotega, liberada el 18 de julio, y en operaciones de contramarcha sobre Nueva Segovia, donde no hallamos ninguna resistencia, pues los guardias habían huido en desorden hacia Honduras, abandonando las guarniciones de Somoto y Ocotal; de modo que ese mismo 18 de julio, ya teníamos establecidos pequeños destacamentos en ambas poblaciones y en los puestos fronterizos de El Espino y Las Manos. Todo el norte estaba en nuestro poder.

Los acontecimientos se precipitaron en Managua y ya no hubo resistencia de la guardia allí tampoco. Una vez que el tal Urcuyo cogió el avión para Guatemala, los guardias dejaron botados sus fusiles en la desbandada y el ejér-

cito somocista se desmoronó por completo. Las columnas que desde temprano del 19 de julio habían comenzado a avanzar por todos los rumbos, la carretera norte, la carretera a León, la carretera sur, la carretera a Masaya, llegaron hasta los puntos claves de la ciudad sin disparar un tiro. El famoso *bunker* de Somoza, las instalaciones de la EEBI y el Batallón Blindado en la Loma de Tiscapa, todo fue encontrado desierto. Era el día de la victoria.

El mismo 19 de julio se dio en Sébaco la acción militar en que cayó Leonel Guido, ya para entonces segundo al mando de la columna de Omar Cabezas. La fuercecita que habíamos puesto allí chocó en un primer momento contra un *convoy* de seiscientos guardias que huía a la desesperada de Managua, buscando la salida para Honduras, todos bien armados de fusiles Galil, piezas antiaéreas, ametralladoras calibre 50 emplazadas en los camiones. Familiares de los guardias, personal civil, *orejas*, un molote de gente iba en el mismo *convoy*.

Avisados del encuentro que se estaba librando, pudimos desplazar de inmediato refuerzos muy nutridos desde Matagalpa y Estelí. Les hicimos una gran cantidad de bajas, requisamos el armamento y cerca de cuatrocientos guardias fueron capturados; el resto se dispersó a pie, robando y asesinando a lo largo de su camino a la frontera, por lo que organizamos un intenso patrullaje en toda la zona, con compañeros de las milicias campesinas, y así los fuimos cogiendo de dos en dos, de tres en tres. Se les quitaba el equipo, y sin más contemplaciones eran fusilados.

En la región se siguieron presentando problemas que aún tenían que ver con las viejas tendencias, a mí me

tocó ir a resolverlos a Matagalpa; otros problemas con la organización del mando, problemas entre hondureños y nicaragüenses en Estelí y, sobre todo, los que estaba causando *Macondo* en Jinotega. No quería someterse, y varias veces tuve que meterme entre sus fuerzas y las nuestras con bandera blanca para tratar de persuadirlo; a mí me hacía caso, porque nos conocíamos de chavalos, y por ser hermano de Filemón. Se había vuelto corrupto y prepotente *Macondo*, y a pesar de todo gozaba de ascendencia entre su gente, la mayoría de ellos muy jovencitos, a los que al fin logramos sustraer de su dominio: Manuel Rivas Guatemala, Félix Palacios, Antonio Castillo, muchachos que ahora son excelentes cuadros militares.

También me ocupaba de ir por los montes en busca de los viejos colaboradores para sacarlos de sus tierras pobres y llevarlos a las haciendas de café expropiadas a los somocistas, mientras lidiaba en Estelí con todas las circunstancias nuevas del mando, poniendo las cosas en orden, evitando los abusos, improvisando soluciones, inventando medidas de gobierno. Todos éramos inexpertos en manejar el poder, un juguete nuevo al que si se le daba mucha cuerda, se nos podía destrastar. Pero era necesario echarlo a andar, la gente quería verlo en movimiento, por eso había luchado y había sufrido.

No fue sino hasta el 22 de julio que vine a Managua, en el afán de averiguar lo que debíamos hacer en adelante, cómo debíamos organizar el ejército. En esa ocasión me entrevisté con *El Viejo* Tirado López.

—Volvete para allá, y organízalo todo como vos querrás —fue que respondió *El Viejo*.

Pusimos manos a la obra, y de allí que hasta grados militares nos asignamos. A mí me dieron el rango de coronel, él mismo que ahora tengo, pero que en ese tiempo no existía.

Después me escogieron para viajar a Cuba a las celebraciones del 26 de julio, con otros jefes guerrilleros. No pude ir, me costaba abandonar Estelí.

Por qué me quedé yo en Estelí, por qué no me puse a la cabeza de las columnas que marchaban a Managua, no lo recuerdo bien. Puede haber influido algo el asunto de la expectativa política, la incertidumbre sobre las maniobras de los yankis, no dejar descabezado el norte, por si a los yankis o a los hondureños se les ocurría invadirnos por la frontera. No sé, la verdad es que en Estelí me dio el día del triunfo, mientras los compañeros lo celebraban en Managua. Los discursos los escuché por radio.

Sentía crecer un gran silencio mientras se celebraba el triunfo en la Plaza de la Revolución en Managua. Extenuado, tranquilo, me dejaba rodear por el silencio. Como quien llega de un largo viaje, cansado, adolorido, y se sienta a oír el radio.

Eso es, un largo viaje. Por abras, por picadas, por montes, por cañadas, subiendo montañas y bajando a los valles, entrando clandestino de noche a un caserío campesino, saliendo por veredas, siempre andando.

Y en aquel silencio, sentía que al fin había llegado al punto de donde había partido. A mi barrio proletario, a mi infancia, a la voz serena de mi hermano Filemón enseñándome a ser hombre, a los gritos de mi padre puteando borracho a la guardia, al ruido del agua escurriéndose entre las

piedras del río mientras mi madre lavaba ropa ajena, y yo metido en el agua ayudándole con las prendas pequeñas, las prendas íntimas, vestido con un camisoncito de niña.

Todo eso me traía el viento en medio del silencio ese 20 de julio de 1979.

Pero ya había llegado.

Cronología selectiva*

1954

4 de abril

Un grupo de patriotas nicaragüenses entre los que sobresalen el veterano sandinista Optanacio Morazán, los militares Adolfo Báez Bone, Luis F. Gabuardi, Rafael Praslín y Agustín Alfaro; y los civiles Luis Morales Palacios y Jorge Rivas Montes, intentan poner fin a la dictadura que oprime al pueblo de Nicaragua, mediante una conspiración cuyo fin último era eliminar a Anastasio Somoza García y sus hijos Luis y Anastasio Somoza Debayle, en una emboscada sobre la carretera que conduce al sur del país. Traicionada por elementos de la burguesía opositora conservadora, la conspiración concluye con el asesinato de la mayoría de los implicados, y la dictadura se proclama victoriosa.

1956

21 de septiembre

El poeta y revolucionario nicaragüense Rigoberto López Pérez, ajusticia al dictador Anastasio Somoza García, en una fiesta que el oficialismo de la ciudad de León le ofrecía en celebración de su reciente nominación como candidato del Partido Liberal Nacionalista para un nuevo período presidencial. Luis Somoza Debayle, completa el período de su padre y prolonga su mandato hasta 1963. La Guardia Nacional, al mando de Anastasio Somoza Debayle, desata una feroz represión a escala nacional. Carlos Fonseca y Tomás Borge figuran entre la larga lista de detenidos.

1957

3 de noviembre

Luis Somoza Debayle revela que oficiales de la Fuerza Aérea de la Guardia Nacional, entre ellos los capitanes Víctor Rivas Gómez y Napoleón Ubilla Baca, y los subtenientes Carlos Ulloa y Alí Salomon, han conspirado en contra de su gobierno. Posteriormente, un Consejo de Guerra juzga y condena a todos los implicados.

1958

Abril

Fracasa el movimiento armado que patriotas y revolucionarios nicaragüenses, y viejos políticos opositores de filiación conservadora, intentan organizar para invadir Nicaragua desde los llanos de Lepaguare en territorio de Honduras. Entre los primeros sobresalen Julio Alonso Leclair y los veteranos sandinistas Ramón Raudales y Heriberto Reyes.

Septiembre-octubre

Una guerrilla al mando del coronel Ramón Raudales opera en el departamento de Nueva Segovia, al norte del país. Los veintidós hombres del Primer Ejército de Liberación Nacional, incursionan en Teotecacinte, Los Encinos, El Chipote, El Vigía y Jauli, lugar en donde Raudales cae combatiendo contra la guardia somocista.

1959

Junio-julio

En los llanos de Olama y Los Mollejones, departamento de Boaco, se desarrolla un efímero movimiento armado anti-

somocista de filiación conservadora prontamente sofocado por las fuerzas de la Guardia Nacional. Entre los participantes debe mencionarse a Pedro Joaquín Chamorro, Reynaldo Antonio Téfel, Víctor Rivas Gómez y Napoleón Ubilla Baca.

Junio-agosto

La columna guerrillera Augusto César Sandino al mando del periodista y revolucionario nicaragüense Manuel Díaz y Sotelo opera en la región de Las Segovias, al norte de Nicaragua. Díaz y Sotelo es capturado y asesinado por la Guardia Nacional.

Junio-noviembre

Movimiento guerrillero de Chale Haslam en los departamentos de Matagalpa y Jinotega.

24 de junio

Revolucionarios nicaragüenses y combatientes internacionalistas latinoamericanos que intentaban consolidar un movimiento guerrillero en la región de El Chaparral, Honduras, para luego invadir Nicaragua, son masacrados por fuerzas combinadas de la Guardia Nacional y el ejército hondureño. Nueve patriotas caen en combate, y Carlos Fonseca es herido de gravedad.

23 de julio

Durante el desarrollo del carnaval universitario que tradicionalmente se celebraba en la ciudad de León, tropas de la Guardia Nacional disparan contra una manifestación

La marca del Zorro
estudiantil que protestaba por la masacre de El Chaparral.
Cuatro estudiantes son asesinados y muchos más heridos.

Agosto-febrero de 1960

Al sur de Nicaragua, frontera con Costa Rica, se desarrollan diversas acciones armadas impulsadas por un movimiento antisomocista encabezado por Indalecio Pastora.

Octubre

La Columna 15 de septiembre, encabezada por Julio Alonso Leclair opera en el departamento de Nueva Segovia, combatiendo exitosamente en Santa Clara, Susucayán, Quilalí, cerro El Chachagón y río Poteca.

Noviembre

En el sector de Yamales, cerca del borde fronterizo con Honduras, se desarrolla la guerrilla de Heriberto Reyes.

1960

1 de enero

El movimiento guerrillero del veterano sandinista Heriberto Reyes, comienza a operar en la región de Santa Clara, departamento de Nueva Segovia.

12 de enero

Se funda Juventud Patriótica Nicaragüense (JPN), organización integrada por jóvenes de distintos sectores sociales del país. Entre sus fundadores se cuentan Daniel Ortega Saavedra, José Benito Escobar, Germán Pomares Ordóñez y Julio Buitrago. JPN lucha por el restablecimiento de la de-

mocracia, la defensa, de la soberanía nacional, y la justicia económica, política y social en Nicaragua.

27 de febrero

La Columna Manuel Blandón del Frente Revolucionario Sandino comienza a operar en el departamento de Nueva Segovia. Cerca de diez patriotas son asesinados por la Guardia Nacional en la finca El Dorado, propiedad de Luciano Vélchez.

18 de mayo

Edwin Castro, Cornelio Silva y Ausberto Narváez, acusados de estar implicados en el ajusticiamiento de Anastasio Somoza García, son asesinados en los patios de la cárcel La Aviación, al noreste de Managua.

29 de septiembre

Fuerzas guerrilleras al mando del veterano sandinista Heriberto Reyes, se enfrentan a tropas de la Guardia Nacional en Boca del Yamales, departamento de Nueva Segovia.

11 de noviembre

Un grupo de opositores al régimen somocista toma por asalto los cuarteles de la GN en Jinotepe y Diriamba, departamento de Carazo. En dicha acción participan algunos miembros de JPN.

31 de diciembre

Dos columnas guerrilleras al mando de Julio Alonso Leclair comienzan a operar en las montañas del departa-

mento de Nueva Segovia. Un mes más tarde son prácticamente abatidas en las cercanías de Quilalí, por patrullas de la Guardia Nacional.

1961

Julio

Carlos Fonseca funda el Movimiento Nueva Nicaragua (MNN), Organización antecedente del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Germán Pomares Ordóñez, el veterano sandinista coronel Santos López, Silvio Mayorga, José Benito Escobar, Óscar Benavides y Tomás Borge, entre otros, también participan en la constitución del MNN.

Carlos Fonseca, Santos López, Silvio Mayorga, Tomás Borge y Faustino Ruiz, entre otros, fundan el Frente de Liberación Nacional (FLN), organización política y militar que ya para 1963 sería conocida como Frente Sandinista de Liberación Nacional.

1962

Mayo

Bajo el mando del coronel Santos López, los primeros combatientes del FLN comienzan a reunirse en las márgenes del río Bocay para levantar un campamento guerrillero, y realizar trabajos de exploración y búsqueda de colaboradores para estructurar la necesaria red de apoyo.

1963

René Schick asume la Presidencia de Nicaragua. La dictadura militar apoyada por el gobierno norteamericano, intenta mostrar un rostro civil y democrático que está lejos de poseer.

Junio-octubre

Escuadras guerrilleras del FSLN operan en el sector de Raití y Bocay, sobre el borde fronterizo norte, bajo el mando del Coronel Santos López. En los enfrentamientos con fuerzas de la Guardia Nacional, caen heroicamente, Faustino Ruiz, Modesto Duarte, Jorge Navarro y Francisco Buitrago, entre otros.

1964

Luego de las acciones guerrilleras de Raití y Bocay, el FSLN orienta a sus miembros incorporarse al trabajo legal y clandestino con las masas populares, principalmente en los barrios periféricos de Managua y León, lo mismo que en las estructuras del movimiento estudiantil.

1965

15 de mayo

Tropas de la Guardia Nacional de Nicaragua son aerotransportadas a República Dominicana, como parte de la fuerza militar interamericana que, encabezada por Estados Unidos, interviene, ocupa y agrede a esa nación caribeña.

1966

11 de julio

Muere René Schick. Lorenzo Guerrero, viejo incondicional a la familia Somoza, asume la Presidencia de la República.

Octubre-noviembre

Carlos Fonseca, Óscar Turcios, Silvio Mayorga, José Benito Escobar y otros cuadros del FSLN suben a las montañas de

Matagalpa, al norte de Nicaragua, en preparación de lo que sería el movimiento guerrillero de Pancasán.

1967

22 de enero

Varios centenares de nicaragüenses son masacrados por fuerzas de la guardia somocista, durante una multitudinaria manifestación convocada por la oposición burguesa agrupada en la llamada Unión Nacional Opositora (UNO). Mientras el pueblo era asesinado en las calles de Managua, los principales dirigentes de dicha organización abandonan a sus seguidores y se refugian en las instalaciones del Gran Hotel, local que abandonan dos días más tarde bajo la protección de representantes de la jerarquía católica y funcionarios de la embajada norteamericana acreditados en Nicaragua.

13 de abril

Muere Luis Somoza Debayle, quien sucedió a su padre Anastasio Somoza García, en la Presidencia de la República en 1956, y prolongó su mandato hasta 1963.

17 de abril

Combatientes del FSLN se establecen en un punto de las montañas de Matagalpa, en cumplimiento de los planes para asentar y desarrollar una base guerrillera en la zona de Pancasán.

1 de mayo

Anastasio Somoza Debayle, tercer miembro de la dinastía somocista, toma posesión de la Presidencia de la República.

6 de agosto

Selim Schible, audaz combatiente de la Resistencia Urbana del Frente Sandinista de Liberación Nacional, cae en combate contra la guardia somocista durante el desarrollo de un operativo de recuperación económica al noreste de la ciudad de Managua.

7 de agosto

Voceros de la Guardia Nacional anuncian la creación de una fuerza especial de contrainsurgencia urbana conocida como Brigadas Especiales Contra Actos de Terrorismo (BECAT).

18 de agosto

La Guardia Nacional informa que sus tropas están desplegadas sobre las montañas de Matagalpa, en persecución de tres frentes guerrilleros que operan en la zona.

27 de agosto

Fuerzas guerrilleras del FSLN chocan contra patrullas de la guardia somocista en Pancasán, departamento de Matagalpa. Silvio Mayorga y Rigoberto Cruz (Pablo Ubeda), miembros de la Dirección Nacional del FSLN, y más de una decena de patriotas caen en combate. Óscar Turcios, sobreviviente de la Jornada Heroica de Pancasán, recuerda que en las montañas solamente quedaron siete hombres mal armados. Sin embargo, en términos perspectives, esta derrota militar se transformaría en una victoria política.

23 de octubre

Una escuadra del FSLN conformada por Daniel Ortega Saavedra, Edmundo Pérez, Óscar Turcios, Hugo Medina y

Gustavo Adolfo Vargas, ajusticia en la ciudad de Managua al torturador Gonzalo Lacayo, sargento de la Oficina de Seguridad Nacional.

18 de noviembre

Daniel Ortega Saavedra, responsable de la Resistencia Urbana del FSLN, es capturado en la ciudad de Managua. Posteriormente es juzgado por su participación en el ajusticiamiento de Gonzalo Lacayo, y condenado a ocho años de prisión.

1968

5 de abril

David y René Tejada Peralta, militantes del FSLN, son capturados en la ciudad de Managua por el mayor de la guardia somocista, Óscar Morales Sotomayor. David es asesinado a golpes y su cadáver arrojado al cráter del volcán Santiago, ubicado en el departamento de Masaya. René es torturado y un tiempo después puesto en libertad. El crimen desata una ola de protestas a nivel nacional.

1969

Carlos Fonseca redacta el “Programa histórico” y los “Estatutos” del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

15 de julio

Julio Buitrago, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y responsable de la Resistencia Urbana, cae en combate luchando solo contra más de trescientos guardias apoyados por tanquetas y aviones de la GN en la ciudad de Managua.

23 de diciembre

La escuadra Juan Santamaría del FSLN, al mando de Humberto Ortega Saavedra, e integrada por Germán Pomares Ordóñez, Rufo Marín, Julián Roque Cuadra y Fabián Rodríguez, intenta el rescate de Carlos Fonseca, quien se encontraba prisionero en la cárcel de Alajuela, Costa Rica, acusado de diversos delitos. Humberto Ortega Saavedra y Rufo Marín son heridos de gravedad mientras el resto de los combatientes logra escapar, Carlos Fonseca es recapturado.

1970**13 de febrero**

La Columna Pablo Ubeda del FSLN, que operaba desde hacía un año en las montañas del norte de Nicaragua, es detectada por patrullas de la Guardia Nacional en la zona comprendida entre El Bijao, departamento de Matagalpa, y Zinica, departamento de Zelaya. Luego de los primeros enfrentamientos, el grueso de los guerrilleros sandinistas, al mando de Víctor Tirado, Óscar Turcios y José Benito Escobar, se reconcentran en las profundidades del cerro El Bijao.

21 de octubre

Un comando del FSLN, al mando de Carlos Agüero, secuestra una aeronave de la compañía costarricense LACSA, en la que viajaban funcionarios de la United Fruit Co. Los combatientes sandinistas exigen la inmediata libertad de Carlos Fonseca, Humberto Ortega, Rufo Marín y Plutarco Hernández. El gobierno de Costa Rica accede a las demandas de los sandinistas y los prisioneros son liberados, trasladándose posteriormente a La Habana, Cuba, vía México.

27 de noviembre

Anastasio Somoza Debayle y Fernando Agüero Rocha, a nombre de los partidos Liberal Nacionalista (PLN) y Conservador de Nicaragua (PCN) respectivamente, inician conversaciones que concluirán con una nueva componenda política que afianzará en Nicaragua el dominio de la burguesía liberoconservadora y la hegemonía del somocismo.

1971

28 de marzo

Se suscribe el Pacto Somoza-Agüero, también conocido como Kupia-Kumi (un solo corazón), por medio del que se acuerdan reformas a la Constitución Política y el establecimiento de un triunvirato liberoconservador y una Asamblea Constituyente, todo con el fin de allanar el camino de Somoza Debayle a un nuevo período presidencial.

1972

23 de diciembre

Un violento terremoto destruye gran parte de la ciudad de Managua. Las víctimas fatales sobrepasan las diez mil. Anastasio Somoza Debayle y sus más cercanos allegados se apropian ilegalmente de la ayuda internacional dirigida a mitigar un poco el dolor de los capitalinos, al igual que de los fondos la reconstrucción de la ciudad. La burguesía opositora, deseosa de participar con mayor cuota en el reparto del botín, reclama a Somoza y le demanda igualdad de oportunidades.

1973

18 de septiembre

Óscar Turcios y Ricardo Morales Avilés, miembros de la Dirección Nacional del FSLN, son capturados y asesinados por la guardia somocista en Nandaime, departamento de Granada, mientras Juan José Quezada y Jonathán González, caen en combate contra patrullas de la GN en los alrededores de dicha ciudad.

1974

1 de diciembre

Anastasio Somoza Debayle asume nuevamente la Presidencia de la República.

27 de diciembre

El Comando Juan José Quezada del FSLN, al mando de Eduardo Contreras, y en el que participan, entre otros, Germán Pomares Ordóñez, Roger Deshon, Joaquín Cuadra, Hugo Torres y Omar Hallesleven, toma por asalto la casa de José María “Chema” Castillo, mientras se celebraba una recepción en honor de Turner B. Shelton, embajador yanki en Nicaragua, y en la que tomaban parte altos funcionarios del gobierno somocista, miembros de la empresa privada y representantes del cuerpo diplomático acreditado en el país. Los combatientes sandinistas exigen la libertad de catorce reos políticos, rescate en efectivo y la publicación por todos los medios de comunicación de dos comunicados del Frente Sandinista de Liberación Nacional al pueblo de Nicaragua y al mundo en general. Luego de tres días de tensas negociaciones y ante la férrea decisión de los sandi-

nistas, la dictadura cede a las exigencias de los patriotas, permitiendo la publicación de los dos comunicados, entregando el rescate en efectivo y poniendo en libertad a los presos políticos, entre ellos Daniel Ortega Saavedra, José Benito Escobar, Julián Roque Cuadra y Óscar Benavides. El pueblo de la capital se lanza a las calles vitoreando a los sandinistas en su ruta hacia el aeropuerto internacional “Las Mercedes”.

1975

Cientos de miembros, colaboradores y simpatizantes del FSLN, en prisión unos, en ausencia otros, son juzgados por un tribunal militar por su supuesta participación en la toma de la casa del funcionario somocista José María Castillo, en diciembre del año anterior. El Frente Sandinista de Liberación Nacional se divide en tres tendencias: Tercerista, Proletaria y Guerra Popular Prolongada, pero conservando inalterable todas ellas su naturaleza sandinista y su objetivo estratégico de la toma del poder.

9 de septiembre

Una escuadra del FSLN embosca a fuerzas de la Guardia Nacional en San Antonio de Kuskawás. En la acción cae combatiendo Jacinto Hernández, miembro suplente de la Dirección Nacional del FSLN.

13 de septiembre

Filemón Rivera cae en combate en Cerro Grande de Kuskawás.

26 de septiembre

Juan Alberto Blandón es capturado por la guardia somocista en Estelí. Se le tortura y se le acusa de colaborar con el FSLN.

1976

4 de febrero

Tomás Borge, miembro de la Dirección Nacional del FSLN, es capturado por agentes de la Oficina de Seguridad Nacional, al sureste de la ciudad de Managua.

7 de noviembre

Calos Fonseca, fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, cae en combate en Boca de Piedra, cerca de la comarca de Zinica, departamento de Zelaya.

1977

4 de mayo

Circula entre la militancia sandinista el documento “Plataforma político-militar del FSLN”, elaborado por Humberto Ortega Saavedra, miembro de la Dirección Nacional del FSLN.

12 de octubre

Surge en San José, Costa Rica, el Grupo Los Doce, integrado por empresarios, profesionales, religiosos e intelectuales nicaragüenses que propugnan por una solución nacional a la crisis de su país, a la vez que reconocen y apoyan la lucha del FSLN.

13 de octubre

Inicio de la ofensiva insurreccional del FSLN. Escuadras del Frente Sur Benjamín Zeledón y Frente Norte Carlos Fonseca atacan simultáneamente en San Carlos — departamento de Río San Juan — y Nueva Segovia, respectivamente.

17 de octubre

Escuadras del FSLN atacan el cuartel de la Guardia Nacional en la ciudad de Masaya, sin lograr tomarlo, Pedro Aráuz Palacios, miembro de la Dirección nacional del FSLN, cae en combate cerca de Tipitapa, departamento de Managua.

21 de octubre

La oposición burguesa, la jerarquía de la Iglesia Católica y el sector empresarial, anuncian la próxima constitución de una comisión para la celebración de un diálogo nacional. Tal maniobra pretende preservar los intereses de las clases dominantes frente al ascenso experimentado por la lucha de las masas populares.

1978

10 de enero

Pedro Joaquín Chamorro, director del diario La Prensa es asesinado en la ciudad de Managua por una banda paramilitar al servicio de la dictadura somocista. El pueblo de Nicaragua condena violentamente el crimen.

22 de enero

La burguesía opositora y las centrales sindicales del país convocan a una huelga nacional.

5 de febrero

En medio de una gran tensión, se celebran las elecciones municipales convocadas por la dictadura somocista. El pueblo de Nicaragua manifiesta su repudio absteniéndose de participar en la farsa electoral.

19 de febrero

Insurrección popular en el barrio indígena de Monimbó, Masaya, que se prolonga hasta finales del mismo mes. Camilo Ortega Saavedra, Hilario Sánchez y otros militantes sandinistas se colocan al frente de las masas insurreccionadas.

26 de febrero

Camilo Ortega Saavedra, Arnoldo Quant Ponce y Moisés Rivera, caen en combate contra la guardia somocista en Las Sabogales, departamento de Masaya.

24 de mayo

Se constituye el Frente Amplio Opositor (FAO), conformado por partidos políticos vinculados a la oposición burguesa, y dos centrales sindicales. Dos meses más tarde se incorpora el Grupo Los Doce.

5 de julio

Los integrantes del Grupo Los Doce arriban a Nicaragua con la consigna: “La dictadura es un cadáver, venimos a su entierro”. Su presencia en el país provoca grandes movilizaciones por todos los puntos de la geografía nacional.

15 de julio

José Benito Escobar es asesinado en la ciudad de Estelí, como resultado de la delación de un infiltrado en las filas del FSLN.

17 de julio

Se constituye el Movimiento Pueblo Unido (MPU), organización de masas coordinada por el FSLN. Forman parte del mismo, partidos políticos, centrales obreras, organizaciones estudiantiles y gremiales.

22 de agosto

Con el operativo “Muerte al somocismo: Carlos Fonseca”, el Comando Rigoberto López Pérez toma por asalto las instalaciones del Palacio Nacional. Altos funcionarios del régimen somocista, ministros, funcionarios públicos, diputados, familiares del dictador Anastasio Somoza Debayle y varios centenares de personas que realizaban gestiones en las oficinas gubernamentales ubicadas en el edificio son hechos rehenes por los combatientes sandinistas. Se exige la libertad de los miembros del FSLN que se encuentran prisioneros en las cárceles del somocismo, la publicación de un parte de guerra, rescate en efectivo, garantías para salir del país y la solución de las demandas planteadas por los

trabajadores de la salud. El operativo es dirigido por Edén Pastora, quien posteriormente traiciona a la revolución, Hugo Torres Jiménez, Dora María Téllez y Walter Ferreti. Después de dos días de tensas negociaciones, la dictadura se ve obligada a ceder, y los miembros del comando, acompañados de los prisioneros políticos liberados, entre ellos Tomás Borge, Javier Carrión y Roberto Calderón, abandonan el país luego de haberse cumplido todas las exigencias de los sandinistas.

25 de agosto

El FAO llama a un paro nacional (huelga empresarial), para tratar de frenar el ascenso de la lucha popular.

28 de agosto

Las masas populares de Matagalpa se insurreccionan con armas cortas y de cacería. Los combatientes sandinistas destacados en dicha ciudad se colocan al frente del pueblo matagalpino y luego de cinco días de intensos combates se repliegan a las montañas de los alrededores.

9 de septiembre

Cumpliendo instrucciones de la Dirección Nacional del FSLN, Estelí, Masaya y León se alzan insurrectas en contra de la dictadura.

Septiembre

Luego de los violentos enfrentamientos armados entre la Guardia Nacional y los combatientes del FSLN, el imperialismo norteamericano trata de buscar una salida nego-

ciada a la crisis de Nicaragua que le permitiera preservar su hegemonía en la nación centroamericana. A través de la Organización de Estados Americanos (OEA), se constituye la Comisión Internacional de Cooperación Amistosa y Esfuerzos Conciliatorios, más comúnmente conocida como Comisión Mediadora, integrada por representantes de los gobiernos de Estados Unidos, Guatemala y República Dominicana.

25 de octubre

El Grupo Los Doce se retira de FAO y sus miembros se asilan en la embajada de México en la ciudad de Managua. Cada vez más el FAO cede a las presiones norteamericanas y su interés parece centrarse en lograr un acuerdo rentable para Somoza Debayle, Washington y la burguesía criolla, pero lesivo a los intereses populares.

1979

1 de febrero

Se constituye el Frente Patriótico Nacional, con la participación del Movimiento Pueblo Unido, el Grupo Los Doce y diversas organizaciones políticas y gremiales.

8 de marzo

Las tres tendencias en que se había dividido el FSLN suscriben en Ciudad de México el documento en que se consignan la unidad histórica de la vanguardia del pueblo nicaragüense.

24 de mayo

Muere Germán Pomares Ordóñez, quien había sido herido dos días antes durante los combates que se registraron en el asalto y toma de la ciudad de Jinotega.

4 de junio

Inicio de la Huelga General convocada por el FSLN y apoyada por el Frente Patriótico Nacional y el Movimiento Pueblo Unido. Se generaliza el proceso insurreccional a escala nacional en su etapa de ofensiva final.

16 de junio

Se constituye formalmente en Costa Rica la primera Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional. Dos días más tarde emite su primera proclama en la que demanda el reconocimiento diplomático de todos los gobiernos democráticos del mundo, a la vez que llama a la unidad de los nicaragüenses para reconstruir el país una vez derrocada la dictadura.

27 de junio

Las fuerzas del Frente Interno, acompañadas de combatientes populares y numerosa población civil, inician el Repliegue táctico hacia la ciudad de Masaya, a donde llegan dos días más tarde.

17 de julio

Anastasio Somoza Debayle renuncia a la Presidencia de la República y abandona el país rumbo a Estados Unidos. Le sucede Francisco Urcuyo Maliaño.

18 de julio

Francisco Urcuyo Maliaño, quien había afirmado que, dejaría la primera magistratura hasta 1981, abandona Nicaragua y se refugia en Guatemala. La Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional se instala formalmente en el Paraninfo de la Universidad Nacional Autónoma, en la ciudad de León.

19 de julio

La Dirección Nacional del FSLN ordena a todas sus fuerzas avanzar sobre Managua. La población capitalina se lanza a las calles a recibir a los combatientes procedentes de todos los puntos de la geografía nacional.

20 de julio

Los miembros de la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional y de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional arriban a Managua. Las masas populares se concentran en la Plaza de la Revolución, sellando con júbilo la Victoria Popular.

*Esta Cronología selectiva ha sido elaborada únicamente para que sirva como una referencia básica de los sucesos acaecidos a nivel nacional entre 1954, año en que nace Francisco Rivera Quintero, y el triunfo de la Revolución Popular Sandinista en julio de 1979. En consecuencia, no tiene la pretensión de ser exhaustiva.

Sergio Ramírez

Nació en Masatepe, Nicaragua, en 1942. Ingreso en 1959 a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de León. Fundó la revista *Ventana* en 1960, y encabezó el movimiento literario del mismo nombre. Al mismo tiempo participó en la resistencia cívica de los estudiantes contra la dictadura de la familia Somoza. Se graduó con el título de doctor en Derecho en 1964. Fue electo dos veces, en 1968 y en 1976, secretario general de la Confederación Universitaria Centroamericana (CSUCA), con sede en Costa Rica. En 1968 fundó la Editorial Universitaria Centroamericana (Educa). En 1977 encabezó el grupo de Los Doce, formado por intelectuales, empresarios, sacerdotes y dirigentes civiles, en respaldo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en lucha contra el régimen de Somoza. En 1979, al triunfo de la revolución, integró la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional. Fue electo vicepresidente en 1984. Desde el gobierno, presidió el Consejo Nacional de Educación y fundó la Editorial Nueva Nicaragua en 1981. En 1996 se retiró de la política para retomar su vida de escritor.

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Mayo 2016.